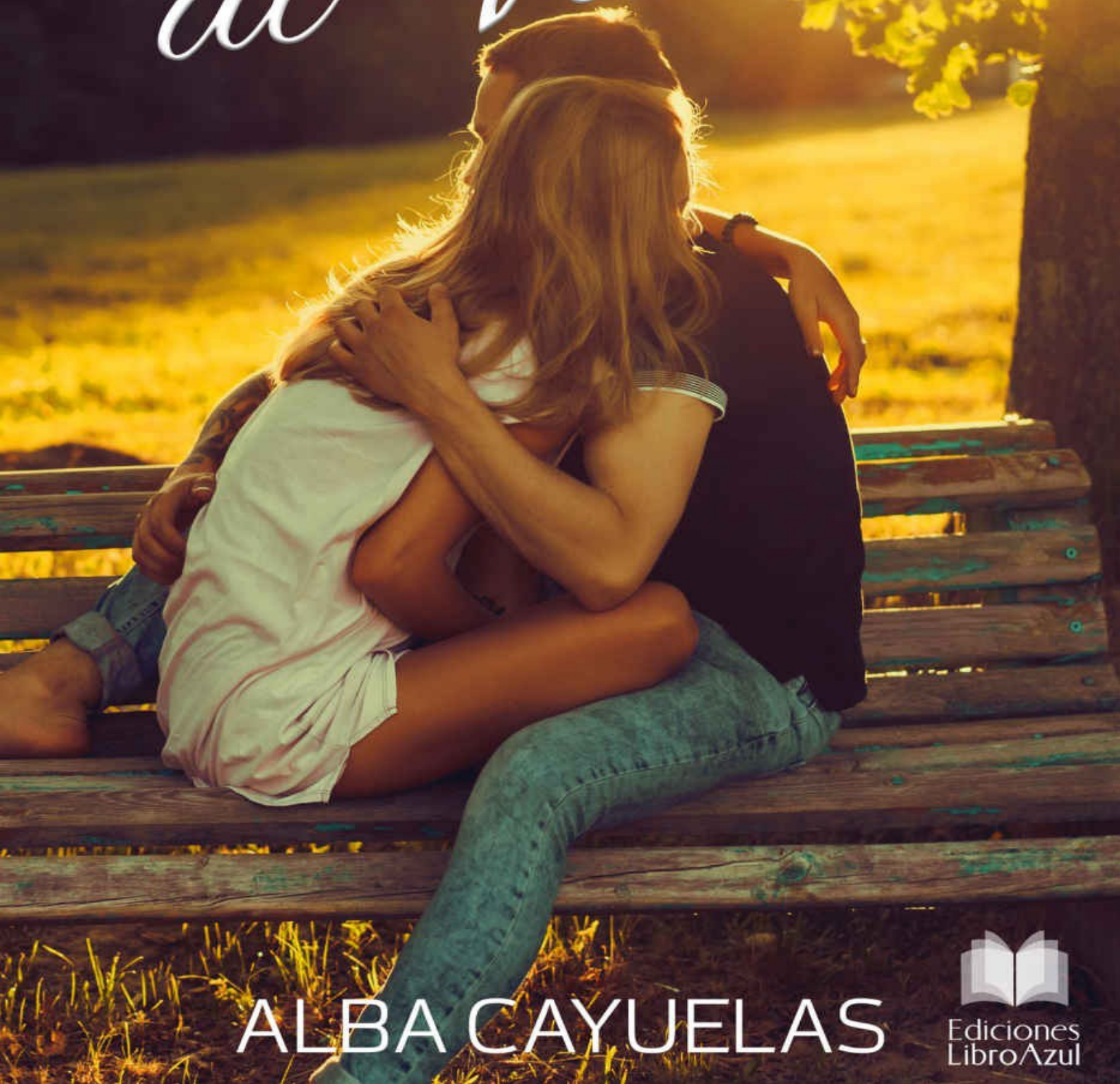


ESPERANDO

al Viento



ALBA CAYUELAS



Ediciones
LibroAzul

ESPERANDO *al Viento*

ALBA CAYUELAS



Ediciones
LibroAzul

ESPERANDO AL VIENTO

Primera edición: febrero de 2020

©Alba Cayuelas

©Portada: Ediciones Libro Azul

©Maquetación: Ediciones Libro Azul

Depósito Legal: MU 192—2020

[http://albacayuelasautora@gmail.com](mailto:albacayuelasautora@gmail.com)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Contenido

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y Uno](#)

[Capítulo Treinta y Dos](#)

[Capítulo Treinta y Tres](#)

[Capítulo Treinta y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta y Cinco](#)

[Capítulo Treinta y Seis](#)

[Capítulo Treinta y Siete](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Biografia

*Para Elsa.
Que este fantástico mundo de historias y
aventuras interminables te acompañe siempre,
allá donde la vida quiera llevarte.
Y para Alex, ojalá te ayude a encontrar tu rinconcito dentro de él.*

Prólogo

Todos vestían de negro.

Lo cual era lógico dada la situación, pero Abby no podía dejar de pensar que a él no le iba a gustar, lo iba a odiar. O lo habría detestado. No, quería decir que lo odiaba. Una vez le había dicho que aborrecería que todo el mundo llorara en su funeral y, aún más, que el negro fuera el color predominante. Quería que todos asistieran vestidos de colores vivos y alegres o que no fueran.

Así era él: alegre. Alegre, divertido y vivo. Lo era, pero no lo estaba. Ya no.

Menos mal que no la había obligado a prometérselo, pensó, porque no habría podido cumplirlo. No había tenido ocasión de hablar con sus padres y, de todas formas, dudaba que hubieran acogido con gusto la idea.

Por eso, ahora todo el mundo iba de negro.

Trajes negros, miradas negras, sentimientos negros.

Ataúd marrón oscuro casi negro.

Y, mirara donde mirase, velas blancas por doquier, llenando toda la superficie de la iglesia. Su color favorito era el verde porque, según él, siempre debía quedar esperanza. De dicho color era la vela que ella sostenía entre sus manos, la que su tía había conseguido encontrar y traer en el último momento. Era el único resquicio de color que había en ella en ese momento; su madre, Sara, había incluso tapado la escayola que le cubría la pierna derecha hasta medio muslo con una media negra opaca, para variar. Decía que era el color adecuado.

Abby sabía que estaba despierta. El dolor palpitante de la pierna y el pecho se lo recordaban cada segundo desde hacía dos días, que era el tiempo que llevaba sin dormir, excepto cuando la drogaban en el hospital. Sin embargo, aún le parecía todo un sueño, seguía sintiéndose atrapada en esa pesadilla de la que no había forma de escapar.

Durante el sermón del sacerdote pensó en el tiempo. Era irónica la forma que tenía de discurrir: se aceleraba exponencialmente en los buenos momentos, escapándose entre sus dedos sin dejarse agarrar, sin darle apenas un respiro, una oportunidad de disfrutar, de sentir, de vivir y de amar todo lo posible. Al contrario, se alargaba de manera mortal frente a alguna desgracia, la obligaba a mirar y a sentir su lento transcurrir, torturándola, como un eco interminable de dolor y sufrimiento.

Moraleja: el tiempo era un hijo de puta, cruel y sin sentimientos. Y nadie podía fiarse de él.

La ceremonia en la iglesia había durado tan solo media hora, aunque para ella parecía haber pasado medio siglo. Había mirado al frente todo el rato, pero sin ver nada en realidad. Sus ojos habían estado fijos y perdidos en la pared del fondo. Podría decir cuántas grietas el tiempo había creado sobre ella, aunque era incapaz de recordar quiénes habían subido al altar a decir unas palabras, ni habría podido repetir ninguna de ellas. Sin embargo, ahora sí veía.

Seis hombres se acercaban al altar para transportar el ataúd hasta el coche fúnebre. Entre ellos reconoció al hermano de Adam, Leo, dos de sus tíos y el resto eran amigos cercanos. Supuso que su padre estaría junto a su madre.

El féretro ya estaba cerrado. Los hombres lo levantaron con algo de esfuerzo y, al pasar por su lado, Abby alargó el brazo y estiró los dedos todo lo posible, en un intento por tocarlo una última

vez, como si aquella caja de madera fuera él mismo. No llegó, su mano se quedó a escasos centímetros. El cortejo pasó de largo, sin detenerse ni reducir su ya de por sí lenta marcha, y salió por la puerta.

No había podido verle una vez más, tocarle, besarle. No había podido despedirse. Y aquella sería la última que estuviera tan cerca de él.

Volvió a sujetar su vela con las dos manos y esperó hasta que el pasillo central se despejó lo suficiente para que su madre pudiera empujar su silla de ruedas hasta la salida y, después, hasta el coche que la llevaría al cementerio. Esa mañana su tío Tom, más en calidad de psiquiatra que de familiar, le «había desaconsejado» ir, bajo el pretexto de que esa visión no sería conveniente ni positiva para su recuperación, tanto física como mental. Ella había insistido hasta que su tía y su madre salieron en su defensa, diciendo que tenía derecho a estar allí si quería. Y eso haría.

El vehículo estaba parado en la puerta, al final de la rampa, esperándola. Tom estaba al volante. A pesar de sus «recomendaciones», incluso él había querido acompañar a Adam en su último viaje. Maggie, su tía, también estaba allí.

En aquel momento, la lluvia lo inundaba todo, y los truenos se oían como bombas lejanas. «Tormenta de finales de verano» y «gota fría» lo habían llamado los medios. Ella habría dicho que el cielo lloraba su muerte. Muy apropiado para un funeral. A pesar de las nubes y el agua, el calor era el mismo de días anteriores, asfixiante y claustrofóbico.

Su madre la cubrió con el paraguas —negro— que llevaba en una mano y empujó la silla con la otra durante el trayecto al coche.

Abby no estaba acostumbrada a ver cementerios ni entierros de verdad, ya que su única experiencia con los mismos era lo que había visto en películas, sobre todo americanas. A pesar de que aquel era el primero al que asistía, no era tonta y sabía que no encontraría esa estampa. Para empezar, donde ella vivía no «enterraban» a las personas, al menos no de forma literal. No había ataúdes bajo tierra, con una cruz encima, cubiertos por un césped verde brillante immaculado, cuidado y recortado a la perfección. Simplemente, no había tierra. Había sepulcros, nichos y panteones. Un océano infinito de mármol se extendía en cada dirección.

Los sepelios, el acto en sí de dar sepultura a alguien, tampoco eran en absoluto íntimos, bonitos o especiales. No eran conmovedores. Nadie decía unas palabras. Nadie cogía un puñado de tierra para arrojarlo al interior de la hoya. Los entierros eran macabros y horriblos.

La familia de Adam tenía un sepulcro donde otros antepasados descansaban desde hacía tiempo. Cuando ella llegó, empujada por su tío, ya había bastante gente congregada a su alrededor. Un mar de paraguas negros sobre el abismo blanco. Se preguntó si la gente compraba paraguas de dicho color para esas expresas ocasiones, y consideró si uno de *Mickey Mousse* desentonaría tanto.

No solo había familiares: también amigos, conocidos de clase, compañeros de fútbol; algún que otro periodista que, con disimulo, intentaba hacerse con la exclusiva del momento. Hasta ese extremo llegaba hoy día la sociedad de la información.

Lo primero que vio fue el sepulcro abierto, el ataúd y un par de bolsas de aspecto extraño. Habían colocado una especie de tela a modo de toldo sobre él, imaginó que para poder trabajar. Dos personas comenzaron entonces a introducir la caja en el agujero. Su tía le puso una mano sobre el hombro y su madre sujetó una de las suyas entre las de ella con fuerza.

Escuchó a alguien llorar. No, no alguien, varias personas, pero lo hacían de forma tan acompañada que parecían uno solo. Ese llanto acompañó al féretro en su rápido descenso, como si de un canto se tratase.

Cuando el ataúd llegó al fondo dejó de verlo. Intentó incorporarse en la silla, pero su tío se lo

impidió. De repente el tiempo se aceleró, como le gustaba hacer, y todo había sucedido demasiado deprisa. Ahora sí que no volvería a verlo. Ya no había vuelta atrás.

Acto seguido, los enterradores cogieron las extrañas bolsas y las introdujeron en el agujero. A su lado, un niño preguntó a sus padres qué eran. Abby, que hasta ese momento había creído que se trataba de algún tipo de protector para el ataúd, no podía estar más equivocada. El padre se agachó y le explicó a su hijo, con mucho tacto, que dentro de aquellas bolsas se encontraban los restos de otras personas que habían fallecido y enterrado antes en el mismo lugar, y que debían meterlos en esas bolsas porque no cabían tantos ataúdes en ese espacio tan reducido. Además, con el tiempo, la madera se pudría y las cajas se rompían. Su mente reparó de inmediato en la parte que el padre había omitido con toda la intención, la de qué pasaba con los cuerpos. Se sintió como una idiota. ¿Para qué creía que podía necesitar un ataúd cualquier tipo de protección? ¡Qué ingenua! Podrían otorgarle un premio a la estupidez humana.

Se mareó y le entraron ganas de vomitar, pero no solo por eso. Mientras estaba distraída escuchando la explicación, los enterradores habían colocado la lápida de mármol sobre el agujero, sellándolo. El nombre y la imagen de Adam —una foto que ella misma había sacado meses atrás— podían verse esculpidos encima.

La gente comenzó a dejar coronas de flores, fotos y cartas sobre la tumba, y a abandonar el lugar. Había docenas de velas rojas por todas partes, en especial alrededor de su tumba. Ese color le recordaba al de la sangre, su sangre; el recuerdo hizo que le costase respirar. Se dio cuenta de que pronto empezaría a hiperventilar si no conseguía calmarse. Tom intentó mover la silla, pero ella puso el freno de las ruedas, impidiéndoselo. Permaneció allí, quieta, apretando su vela hasta que los nudillos se le pusieron blancos por el esfuerzo. Esperó hasta que todos dejaron sus recuerdos y solo quedó la familia más cercana. La madre de Adam estaba teniendo un ataque de ansiedad, mientras su marido y su otro hijo intentaban también alejarla de allí.

Sin embargo, ella no podía verlos. Solo veía el mármol blanco, cubierto de flores y velas rojas, y pensó en la monotonía de los colores. Se acercó, moviendo con dificultad la silla de ruedas ella misma; no era fácil maniobrar con una pierna en posición horizontal. Su madre la siguió con el paraguas en alto sobre su cabeza, aunque no le habría importado mojarse. Llegó hasta la tumba y puso la mano sobre la lápida, aquello sería lo más cerca que volvería a estar de él, lo más cerca que volvería a tocarlo. A pesar del calor de octubre, estaba helada. Igual que se sentía ella.

Con cuidado, apartó un poco las cosas que había sobre la piedra y, justo en el centro, dejó su vela verde, que resplandecía con luz propia resaltando sobre la uniformidad del rojo que desprendían todas las demás. Había conseguido protegerla del agua hasta aquel momento y su llama aún brillaba con fuerza.

Bajo esa fría piedra se había quedado su corazón, sus deseos, sus sueños. Encima de ella, abandonaba toda su esperanza.

Dejó que su familia la sacara de allí. Concentró todos sus esfuerzos en no mirar atrás, pues sabía que, si lo hacía, no podría separarse de aquel lugar.

No había llorado antes. Tampoco ahora. No podía hacerlo.

Capítulo Uno

Abby levantó la mano y se la colocó sobre los ojos a modo de visera cuando el sol la alcanzó de lleno a la salida del hospital. A pesar de ser finales de octubre, aún caía con fuerza. La última vez que pisó la calle había sido dos días atrás, en el entierro de Adam. Esta vez, salía para no volver, al menos por el momento.

Había estado una semana ingresada. Una semana entera encerrada en una habitación que cada día se llenaba con más ramos de flores y macetas con mensajes de ánimo y recuperación, con la pierna en alto, sin libros, sin nada para ocupar la mente y sin televisión, porque su madre la había prohibido. Siete días en los que no dejó de escuchar las continuas discusiones entre su madre y su tío, sobre cualquier cosa, relativa a ella o no. Incluso habían llegado a discutir porque el pollo de la cafetería estaba un poco salado. Vale que una era su madre, pero Tom, con sus gafas de culo de vaso, sus camisas de cuadros y su pelo moreno siempre alborotado, solo quería ayudar. A veces se ponía un poco pesado y técnico, si bien no lo hacía con mala intención. La verdad era que nunca se habían llevado demasiado bien, aunque el roce de aquellos días parecía haber avivado su animadversión. Sin embargo, la enorme cabezonería de su madre la hacía ganar la mayoría de discusiones.

—Como tú veas, Sara —solía ceder Tom en esos casos, llenando de aire los pulmones y soltando un largo suspiro hasta vaciarlos por completo.

Hasta esa mañana en la que su madre había solicitado su alta voluntaria al hospital y su tío, por primera vez, había estado de acuerdo con ella, pues «un entorno familiar favorecería ampliamente sus posibilidades de recuperación y beneficiaría, asimismo, su salud mental». También por primera vez, Abby había agradecido que Tom sacara su vena psiquiátrica en cualquier situación.

Al final, el hospital había accedido a darle el alta, no sin antes programar un amplio calendario de visitas médicas y aleccionarles sobre la medicación que debía tomar, a pesar de que, desde que había regresado del entierro, se había negado a que le pusieran la vía y había rechazado cualquier analgésico o somnífero que le habían ofrecido. Por eso, creía que se los habían estado mezclando con la comida, porque caer dormida de un momento a otro sin ayuda, con lo nerviosa y angustiada que se sentía, no le parecía ni medio normal.

Antes de abandonar el frío hospital, su madre la ayudó a vestirse y le hizo una coleta apretada en el pelo, como cuando era pequeña. Por un momento, se sintió como si estuviera a punto de salir para dirigirse al colegio.

Tom la ayudó a subir al asiento trasero de su Opel Zafira y su madre se sentó a su lado, le abrochó el cinturón e hizo lo mismo con el suyo. Sara se había pedido unas semanas de permiso en el trabajo para cuidar de ella. Había pasado días sin parar de insistir en que regresaran a su casa del pueblo, pero ella se había negado en rotundo a volver a mudarse. No podía volver allí. Si su madre supiera... Eso era lo último en lo que necesitaba pensar en aquel momento.

Tom metió unas bolsas, las flores y macetas que aún seguían vivas —a pesar de que ella se habría deshecho de todas— en el amplio maletero. El golpe que dio la puerta al cerrarse la sobresaltó y su madre le cogió la mano.

—¿Has cerrado bien? —preguntó Sara con ironía cuando Tom abrió la puerta delantera.

Él la ignoró, se acomodó en el asiento, se abrochó el cinturón de seguridad y se estiró la camisa

por debajo, como siempre hacía, para evitar las arrugas que tanto detestaba.

Abby cerró los ojos durante todo el viaje hasta que sintió el coche detenerse frente a la puerta de la casa de sus tíos, donde vivía desde hacía un año. Tom tuvo que subirla en brazos el tramo de escaleras hasta el primer piso, ya que la vivienda no tenía ascensor y ella aún se sentía débil, mientras su madre cargaba con las bolsas más imprescindibles. Las plantas quedaron olvidadas en el maletero del coche. Por ella, como si se quedaban allí para siempre.

Su tía Maggie los esperaba en la puerta y la recibió con un fuerte abrazo; después, los siguió hasta su habitación. Tom la dejó sobre la cama y salió. Sobre el suelo, medio ocultas por el faldón de la colcha, sus suaves y cálidas zapatillas blancas con forma de oso polar y orejas y morro morados parecían sonreír, dándole la bienvenida.

—¡Las flores! —gritó su madre, que siempre estaba en todo, hacia el pasillo. Poco después oyeron como se abría de nuevo la puerta principal.

Mientras su madre le ayudaba a ponerse un pijama se fijó en la nueva televisión que ahora ocupaba la mesa frente a su cama, y que Maggie trataba de encender.

—Te hemos traído esto para que te entretengas mientras estés en reposo. Ya me ha dicho tu madre que, de momento, tendrás que estar como un mes en cama. —Maggie siguió dándole a todos los botones sin éxito. Escucharon un rumor de pasos, roces de celofán y un golpe seco en la cocina, seguido de una serie de maldiciones—. Bueno, si es que consigo encenderla...

—¿Puedo entrar ya? —preguntó Tom desde el pasillo.

—Mmm —su tía comprobó que estuviera ya vestida—, sí.

El hombre entró, le arrebató el mando a distancia de las manos a Maggie y se agachó a su lado.

—Le das a este botón y a este otro y se enciende. Después ya sabes, para arriba o para abajo. O aquí, en Guía TV, te salen todos los canales y la programación, ¿entendido? —Abby asintió—. Si tienes alguna duda pregúntame a mí, y no a estas dos cavernícolas. —Tom le dio un apretón en el hombro y se dirigió a la puerta—. Estaré en la cocina haciendo la comida.

—Flipado —dijo Maggie en voz baja cuando pasó por su lado.

—No era tan difícil —bromeó él.

Abby observó a su madre ordenar en los cajones del armario la pequeña maleta que habían traído del hospital mientras hablaba con Maggie. Le pareció que, a pesar de que siempre había sido una mujer menuda, había encogido incluso más después de aquella semana del terror. Las ojeras parecían haber pasado a ser un signo familiar, pues se adivinaban en el rostro de todos ellos, y su cabello castaño, recogido también en una coleta alta y apretada, había tenido días mejores.

Abby no escuchaba lo que decían. Desde la noche anterior no había tomado ningún medicamento contra el dolor, ya que no había probado el desayuno del hospital, y este le atravesaba el pecho como si fuera un hierro al rojo vivo, aunque ahí no tenía nada roto que ella supiera. Bueno, aparte de lo obvio. Su corazón sí lo estaba, se había fracturado en una miríada de partes diferentes, como cuando se echa agua fría en un recipiente de cristal recién sacado del horno. Tom decía que ese dolor se debía a la ansiedad y le insistía para tomar uno de sus queridos fármacos, pero ella se negaba todas las veces: prefería sentir ese dolor a tomar drogas para enfermos mentales. Además, sentía que debía sufrirlo.

El pie no había vuelto a dolerle desde hacía dos noches. Ahora casi no lo sentía, estaba como dormido. No sabía si debía alarmarse o si sería normal. Lo cierto era que no le preocupaba en absoluto. Fantaseaba con que, en la siguiente visita al hospital, cuando le quitaran la escayola dos semanas después, el médico se diera cuenta de que algo había salido mal en la operación, que se le hubiera gangrenado todo el pie y tuvieran que cortárselo. Dudaba que le importara siquiera eso.

De momento, no quería volver a levantarse de la cama, y esa sería una muy buena excusa.

Sara empujó la puerta de la habitación con el pie y entró sujetando una bandeja con comida que colocó sobre sus piernas. Era una de esas bandejas especiales con patas para comer en la cama. Debían haberla comprado especialmente para ella, porque no le sonaba haberla visto por allí todo ese tiempo. Abby no sabía qué hora era, aunque supuso que cerca del mediodía. No recordaba que su madre ni Maggie hubieran salido de la habitación, no se había dado cuenta. Solo recordaba estar pensando en lo mismo. Desde hacía una semana no era capaz de pensar en otra cosa.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Adam.

Con cada inspiración, con cada expiración, con cada latido de su destrozado corazón. Su nombre se repetía sin descanso ni fin.

En algún momento había perdido el hilo de sus pensamientos y la noción del tiempo. Habrían pasado un par de horas o más desde que llegó; pero para ella había sido como unos pocos minutos y, a la vez, varios años. No sabía cómo era posible; no obstante, así era. Quizá se había quedado dormida, aunque tampoco recordaba la sensación de abrir los ojos al entrar de nuevo su madre en el cuarto.

El sonido de la televisión era como un ruido sordo en el fondo de su cabeza. No estaba atendiendo, pero algo en la pantalla llamó su atención. El telediario había comenzado. La presentadora hablaba en la mitad izquierda de la pantalla y, aunque no la oía, no le costó demasiado identificar de qué trataba el reportaje: en la mitad derecha había una periodista con un micrófono en la mano, detrás de ella se veía el hospital del que acababa de salir y, en la parte de abajo, un texto que rezaba: «Trágico accidente».

Sara lo vio al mismo tiempo que su hija y se abalanzó sobre el mando a distancia, con toda la intención de cambiar de canal o apagarla, pero Abby fue más rápida: el mando ya estaba en su mano y apretaba el botón «VOL +». Por el camino, casi había volcado la bandeja que tenía sobre las piernas. El agua del vaso se movía furiosa en su interior, amenazando con desbordarse en cualquier momento.

—... comunicaba la Dirección del Hospital que esta mañana han dado el alta voluntaria a Abby Palmer, solicitada por sus familiares, que esperan que se recupere mejor en casa. Todavía no ha trascendido ninguna declaración por parte de la chica ni de su familia, por lo que aún no conocemos su versión de lo ocurrido aquella fatídica noche.

Aparecieron imágenes del lugar del accidente. Esa calle tan conocida para ella, por la que había pasado casi a diario durante varios meses para ir a casa de Adam, se mostraba ahora diferente: un lugar concreto de la acera se encontraba abarrotado de ramos de flores, coronas, velas, fotos y papeles que, supuso, eran cartas, que se habían acumulado en los últimos días. Un homenaje cargado de sentimientos para él. Mientras, una voz en *off* seguía hablando.

—«Todavía no se han aclarado las circunstancias que dieron lugar al accidente producido en esta carretera hace ya una semana. Según las causas probables, pudo haberse producido una

irrupción de los dos chicos en la calzada con el semáforo en rojo, a la vez que se baraja y estudia la hipótesis del exceso de velocidad del vehículo siniestrado.

»El conductor, que resultó herido leve, ya ha pasado a disposición judicial, acusado de un delito de homicidio imprudente y otro de lesiones imprudentes.

»Los vecinos del lugar ya habían denunciado con anterioridad la necesidad de construir rotondas en esta calle, pues debido a su rectitud y longitud, es muy común que los vehículos circulen a velocidades excesivas, tanto de día como, sobre todo, de noche.»

Las palabras cayeron sobre Abby como una jarra de agua fría. No daba crédito a lo que había escuchado. ¿Sería posible que intentaran culparlos de lo sucedido? Acababan de decir que posiblemente habían cruzado en rojo, y eso, en televisión, quería decir «con seguridad». ¿Por qué? ¿De quién era hijo ese cabrón para que lo excusaran de esa forma? Ya no era suficiente con que una persona hubiera perdido la vida, además soltaban eso como diciéndole: «te lo mereces». Les echaban la culpa porque Adam ya no podía defenderse y Abby era la chica trastornada que, ¿qué iba a decir? Aun así, no era verdad, ni justo, y la necesidad de explicarse y defenderse hizo mella en ella.

Sara consiguió hacerse con el control del mando a distancia, preocupada por su hija. Apretó unos cuantos botones al tuntún, nerviosa, hasta que logró que el trasto que tenía entre las manos cambiara por fin de canal. Al parecer, tanto su hermana como ella eran igual de obtusas en lo que a tecnología se refería.

—Cariño, no necesitas ver esto.

Los canales se sucedían en la pantalla uno tras otro, sin decidirse a dejar ninguno por temor a que volviera a producirse la misma situación.

—No cruzamos en rojo.

—No pasa nada, no tienes que pensar ahora en eso, tú solo come un poco de...

—No cruzamos en rojo —repitió Abby, con la mirada fija en el televisor. Sabía que para su madre no sería necesario, pero sentía que necesitaba dar una explicación, defenderse, por lo menos delante de ella. No quería que, sobre todo a ella, le quedara esa posibilidad en la cabeza —. Adam siempre me obliga a esperar a que el semáforo se ponga verde. Sabes que en casa muchas veces cruzábamos en rojo porque hay pocos coches pero, aquí, él nunca me deja cruzar antes; aunque se vea con claridad que no viene nadie, siempre me hace esperar.

A Sara se le encogió el corazón un poco más. Todo el sufrimiento de su hija le dolía como si fuera suyo propio. Y ojalá así fuera, para que ella no tuviera que pasar por todo aquello. Ella también había perdido a su pareja, el padre de su hija, hacía ya tiempo y, aunque en circunstancias completamente diferentes, le había dolido, pero esto... sabía que esto no tenía punto de comparación. Se sentó en el borde de la cama y le puso una mano sobre el muslo.

—Parecía un buen chico.

—Lo es —respondió Abby sin dudar.

Sara no creía que fuera bueno para ella seguir hablando de él en presente, como había estado haciendo durante los últimos días, aunque no la corrigió.

—Intenta comer algo —le dijo, saliendo de la habitación, mientras aún tenía el mando a distancia en la mano.

Se dirigió al salón y aferró con fuerza el teléfono fijo de su hermana, dispuesta a estrangular a alguien con el cable. No podía dejarlo pasar. Ya llevaban días diciendo ese tipo de cosas por televisión, pero que su hija lo hubiera visto y hubiera tenido que defenderse ante ella era la gota que colmaba el vaso.

Le costó dar con el teléfono de la cadena y, más aún, conseguir que la atendiera algún

responsable del noticiario pero, después de hablar con varios teleoperadores, esperar minutos interminables escuchando melodías insufribles y que le pasaran con otros al menos diez veces, por fin la iban a oír, ¡y de qué manera! Su enfado no había hecho sino aumentar durante el tiempo que había perdido con el teléfono en la oreja. ¡Se iban a enterar aquellos periodistas de tres al cuarto! ¡No eran más que una panda de tertulianos sin ninguna clase de ética ni moral!

A Abby le rugió el estómago frente al olor de la comida: pechuga de pollo y puré de patatas, y, aunque no se veía capaz de tragar nada, se obligó a coger los cubiertos e intentar meter algo en su cuerpo. Una hora y tres bocados de carne más tarde, después de haber removido un rato el puré en el plato, escuchó a su madre gritar desde el salón, hablando por teléfono.

—¡Tengo a mi hija sin poder levantarse de la cama y tiene que aguantar que su cadena diga esas cosas!... ¡Exijo que se retracten!... ¡Me da igual lo que un funcionario público escriba en un puto papel! ¡Si mi hija dice que cruzaron en verde es que cruzaron en verde, y es lo que vais a decir en el Telediario de esta noche!... Ah, ¿que tenéis que estudiarlo? ¡Pues mientras tanto os voy a poner una demanda que os vais a cagar! ¡Ya podéis empezar a estudiar eso!

Después, oyó un fuerte golpe al colgar Sara el aparato y sus pasos por el pasillo. Mientras escuchaba a su madre maldecir por teléfono, se había sentido un poco mejor. Era tranquilizador verla defenderla de esa forma. Pensó que quizá tendría que haber contado con ella hacía más de un año, es posible que todo aquello no hubiera pasado de esa forma. Ahora ya era tarde.

Sara volvió a entrar en el cuarto, un poco acalorada.

—¿No quieres más? —preguntó, al ver el plato casi lleno todavía. Abby negó con la cabeza—. Está bien, supongo que algo es mejor que nada. ¡Ah!, toma. —Le devolvió el mando mientras recogía la bandeja—. Intenta descansar un poco, ¿vale? Luego te traeré algo de merendar.

Mientras salía, Abby cambió rápido de canal. Antes, su madre había dejado la tele en el *Cosmopolitan*, un canal donde ponían series y pelis románticas para chicas todo el día. No lo soportaba. Subió por la Guía TV, tal y como le había explicado Tom —habría sabido hacerlo aunque no le hubiera dicho nada, que ella ya había nacido en la era digital; no era un hacha, pero sus conocimientos tecnológicos llegaban a saber manejar un simple televisor—, hasta dar con uno que emitía películas de miedo, y bajó el volumen casi al máximo. Dejó de prestarle atención antes de que transcurrieran cinco minutos. Su mente y sus pensamientos volvían a volar hacia él, con su incesante canto.

Adam.

Adam.

Adam...

Capítulo Dos

En el pasado, Abby nunca había tenido que pensar en la muerte. Claro que la conocía, sabía lo que era, pero no de esa manera.

De pequeña, había tenido unas cuantas mascotas. A su perro *Lucky* lo atropelló un coche; no murió en aquel momento, lo llevaron al veterinario, quien le colocó una escayola en una pata. Pasó unos días bien, como siempre, y de repente un día le dio un ataque al corazón. Reparó en la analogía de ambas situaciones: quizás en poco tiempo también le daría a ella un ataque cardíaco como al poco afortunado *Lucky*. Desde luego, no sería por no sentir ese dolor...

Después, su madre le compró una pareja de hámsteres que, al cabo de un tiempo, tuvieron bebés. Se comieron entre ellos, lo que fue bastante asqueroso, y los pocos que quedaron con vida decidieron regalarlos.

Más tarde, tuvieron una tortuga suicida: le daba por subirse a la palmerita de su terrario y tirarse al vacío desde lo alto de la lavadora. Un día desapareció y no volvieron a saber de ella. Es posible que siguiera escondida por algún lugar del lavadero.

Y mejor no hablar de los peces de colores que no duraban vivos ni una semana.

En esos casos, nunca derramaba una lágrima. Se sentía triste, sí; pero más por ella, que se quedaba sola, que por los animales. Su madre siempre le decía que iban a un lugar mejor y la creía a pies juntillas, hasta podía entender que se fueran.

Ahora, era diferente.

En condiciones normales, sería genial aquella sensación de no poder dejar de pensar en una persona: pensar en él por la mañana, verlo por la tarde y tenerlo en mente otra vez por la noche. O en un orden distinto. El problema surgía cuando esa persona que ocupaba su cabeza día y noche, en quien pensaba las veinticuatro horas al día, siete días a la semana, a jornada completa, solo era eso, un pensamiento.

Era horrible pensar tanto en alguien, tanto que dolía, tanto que quería dejar de hacerlo; pero por más que lo intentaba, no quería marcharse y la atormentaba como una pesadilla recurrente. Alguien a quien no podía ver ni tocar, aunque ese fuera su único deseo, y con quien no podía ni siquiera hablar para aliviar el sufrimiento que solo crecía en su interior. Alguien que solo vivía ya en su cabeza.

Se imaginaba la Muerte todo el rato, como una sombra negra con túnica y capucha, manos huesudas y una guadaña entre ellas, cerniéndose sobre Adam aquel día, apartándolo de su lado, imparable, llevándosele lejos. Quizás, en eso influían todas las películas de terror que veía sin ver. Aunque no les prestaba atención, algo se le debía quedar marcado en la retina.

Había momentos en los que pensaba que todo estaba ya escrito; que había un motivo para lo que pasó. Que no podría haberlo evitado. Que el Destino era como un río imperturbable, que seguía su camino llevándose por delante todo lo que caía en él, sin detenerse por nada ni nadie.

Otras veces se preguntaba mucho acerca de qué habría al otro lado, si Adam habría llegado a encontrar su paraíso particular y ahora sería absolutamente feliz y dichoso, si es que había algo después. O si, por el contrario, tan solo quedaba la nada, una nada oscura en la que no se veía, no se oía, no se pensaba, no se sentía. No se era.

Se sentía culpable. Cada día, sin excepción. Eso era en lo que más pensaba, si fue culpa suya.

Si ella lo mató. La mayoría del tiempo estaba segura de que el castigo había sido para ella, no para él. Y no poder desahogarse era la mayor penitencia que podía sufrir una persona.

Sabía que a esas alturas no deberían quedarle lágrimas, que sus mejillas deberían estar arrugadas de tanto llorar, que debería estar seca por dentro. Pero no podía hacerlo. Después de veintinueve días sin Adam, las lágrimas aún no habían hecho acto de presencia. Sencillamente, el dolor no quería salir. Porque las lágrimas eran dolor, y el suyo se había instalado en su interior, se había hecho un ovillo acomodándose en ella y no pretendía abandonarla.

Sara sabía que su hija aún no había llorado la muerte de Adam. Algunas noches la escuchaba gritar en sueños, pero no llorar. Nunca llorar. Y había estado atenta, esperando el momento, porque sabía que era necesario para que se desahogara y empezara a curar la herida. Tom se lo había repetido varias veces en los últimos días —como si ella no lo supiera ya— e incluso había sugerido poner en práctica algún tipo de tratamiento de choque, enseñándole fotos y hablándole de él. Ella se había negado. Su hija ya estaba bastante mal como para atormentarla a propósito un poco más. A veces, su cuñado parecía más psiquiatra que humano.

Abby también estaba cansada de las continuas charlas de Tom. Su tío venía cada mañana a traerle el desayuno y, ya de paso, a hablar con ella. Se había negado a ir a sesiones con otro psiquiatra o con un psicólogo, así que a cambio tenía que aguantarlo a él. Sabía que en casa todos estaban preocupados por ella. Incluso hacía días que le traían la carne en trocitos y solo un tenedor. También estaba preocupada por sí misma, pero aquella rutina de cada mañana era una tortura. Abby miraba el tazón de leche con Nesquik y removía los cereales con desgana, mientras escuchaba a Tom, queriendo taparse los oídos, por enésimo día consecutivo.

—Está claro que sufres un trastorno de estrés postraumático y deberíamos empezar a tratarlo como tal. Te vendría bien si hablaras conmigo. O bueno, no necesariamente conmigo, puedes elegir cualquier otra persona, tengo colegas que estarían encantados de recibirte en su consulta y te tratarían muy bien. Pero es necesario que salgas de este estado, que aceptes lo que ha pasado y comiences el proceso de duelo. Si sigues negándote...

—No me estoy negando a nada.

—Bueno, sigues hablando de Adam en presente, es un hecho. Cosas así no te permiten aceptar que ya no está. Y si no lo haces por ti misma, vamos a tener que empezar a pensar en otras opciones.

—¿Qué otras opciones?

—Medicación, por ejemplo —contestó Tom sin rodeos, empujándose las gafas hacia arriba con el dedo índice. Parecían encantarle los tratamientos farmacológicos—. Puede llegar a ser muy efectiva si damos con el tratamiento correcto.

—No voy a tomar nada, que te quede claro —repitió ella, como tantas otras veces antes.

—Pues algo tenemos que hacer, nada no es una opción. Tú, solo, piénsalo, ¿vale? Si no quieres hablar, algún tipo de medicación te podría venir bien. Pero lo ideal sería que hablaras y sacaras todo por ti misma. —Dio por finalizada la conversación y la dejó sola.

Los cereales se habían reblandecido de más en la leche. Ahora eran una pasta viscosa que ya no pensaba comerse. Apartó la bandeja con un bufido. ¡Dios! Tom la volvía loca con todo su vocabulario técnico y psiquiátrico que no sabía si esperaba que entendiera, pero que no paraba de soltarle. Siempre el mismo rollo. Ahora sí que comprendía a su madre y por qué nunca le había caído demasiado bien. Odiaba que Tom la tratara como a uno de sus pacientes, y más ahora que empezaba a creer que él de verdad pensaba que había perdido la cabeza. Despertarse así cada mañana era peor que un paseo por el infierno, y eso que ya se sentía en él.

Intentó cambiar de posición en la cama, sin mover la pierna; tarea complicada. El dolor en esa

parte de su cuerpo había regresado y la torturaba cada día cuando se movía lo más mínimo. Sin embargo, era peor por las noches, cuando le dolía aunque estuviera inmóvil. En las últimas tres semanas solo se había levantado de la cama para ir al baño, y solía aguantar bastante para que fueran las menos veces posibles. Cada día, su madre le ofrecía los analgésicos que le había recetado el médico, y cada día, ella los rechazaba. El dolor era inmenso, sí; pero estaba viva, y Adam había muerto. Bien podía soportar lo insoportable un poco más.

Al cabo de unos minutos, Sara entró para recordarle que tenían cita en el hospital para retirarle la escayola y los puntos, y la ayudó a vestirse y a arreglarse. Optaron por un vestido fino de manga larga, pues, a pesar de ser mediados de noviembre, aún hacía buena temperatura; además, no consiguieron meter la pernera del pantalón por el vendaje sin que le produjera dolor. A pesar de la holgura del vestido, esa era la primera vez que se ponía ropa de calle desde que volvió a su casa, y esta la hizo sentirse atrapada, frente a la libertad y comodidad que le habían ofrecido los pijamas aquel tiempo.

Hacía tres semanas que Abby vivía prácticamente en la penumbra de su cuarto, así que fue un alivio cuando salió y comprobó que el cielo estaba nublado. Mejor, de esa forma la excesiva luz no le dañaría los ojos. Aun así, se colocó sus oscuras gafas de sol. Le gustaba la protección que le brindaban, poder mirar donde quisiera y a quien quisiera sin que nadie pudiera seguir la verdadera dirección de su mirada.

Igual que el día que llegó, Tom tuvo que cargar casi todo su peso escaleras abajo hasta el coche.

—Creo que pesa ya más la escayola que tú —le soltó a mitad de camino, a lo que Abby respondió poniendo los ojos en blanco—. Cuando vuelvas sin ella seguro que flotas.

Era obvio que se refería a lo poco que comía. A veces, Tom tenía un sentido del humor un tanto peculiar.

El viaje hasta el hospital transcurrió relativamente rápido. Era media mañana, hacía horas que todo el mundo había llegado a donde fuera que fuesen al salir de sus casas, y el tráfico era escaso. No obstante, acostumbrada a la quietud de su habitación, tanto sonido, tanto movimiento de repente, la abrumaron hasta el punto de empezar a hiperventilar. Sara, que conducía, estiró la mano derecha por el hueco entre los asientos delanteros, le tocó la pierna y le sonrió por el retrovisor, lo que consiguió relajarla un poco.

Lo que sí les costó trabajo fue encontrar aparcamiento, así que su madre la dejó en la entrada del hospital, sentada en una silla de ruedas mientras ella se alejaba con el coche para buscar sitio y volver.

El doctor Roca ya las esperaba en su consulta cuando llegaron. Era el mismo traumatólogo que la había operado hacía ya casi un mes, pero era la primera vez que se fijaba en su cara; apenas si lo reconoció. La enfermera la ayudó a subirse a la camilla y, con mucho cuidado, el doctor empezó a cortar la escayola para revelar una pierna en su interior. Abby se impresionó un poco al verla: estaba visiblemente más delgada que la otra, lo que ya era decir, y algo morada, aunque no negra. No se le había gangrenado, no tendrían que cortársela y no sabía si debía sentirse agradecida por ello. En la parte superior, por donde se había salido el hueso y luego le habían metido el metal, había una ristra de puntos, demasiados como para contarlos.

—Bueno, esto está mucho mejor. Tiene buena pinta —comentó el doctor, examinando la herida.

Donde no había reconocido la cara, ahora sí recordó la voz. Esa voz, diciéndole a su familia que se había producido una fractura helicoidal de tibia y peroné con desplazamiento que había llegado a perforar levemente la piel: «Algo normal en este tipo de lesiones», había añadido entonces, y que tenían que operar para recolocar los huesos. El resultado: una placa de veinte

centímetros en la tibia con nueve tornillos, dos de ellos atravesándola en paralelo para sujetar y alinear el peroné. Fácil, como un paseo en bici por un volcán en erupción. ¿Lo bueno? Habían utilizado unos nuevos tornillos biodegradables que al degradarse no dejaban hueco en el hueso, con lo que no tendrían que volver a intervenirla para sacarlos. Lo que significaba que su cuerpo iba a estar alimentándose de ellos durante los veinticuatro meses siguientes a la operación. «¿Veis? —le habría gustado decirle a su familia—, ni siquiera necesito comer para sobrevivir».

El doctor Roca empezó a cortar y extraer las cuerdecitas que formaban los puntos. Dolía. La gente siempre decía que quitarlos era una tontería y que no se notaba nada; pero ella sí que lo hacía, y no poco. Mientras, el doctor hablaba con su madre como si ella no estuviera presente.

—Desde este mismo momento tiene que empezar a mover, por lo menos, los dedos de los pies. ¿Lo ha hecho estas semanas?

Sara miró a su hija inquisitivamente, pero la verdad era que Abby no recordaba haber movido nada de nada. Más bien al contrario: siempre trataba de moverse lo menos posible porque el dolor era atroz, y eso significaba menos de medio centímetro de movimiento, por decir algo. Así que se limitó a encogerse de hombros.

—Bueno, pues a partir de ahora sí. Además, voy a derivarla a fisioterapia. Tiene que hacer caso en todo lo que le digan. Debe estar preparada, podrían ser varios meses de dolorosa recuperación para llegar a andar de forma parecida a antes del accidente.

—El dolor ya lo estoy sintiendo —se le escapó a Abby en voz baja.

—¿Qué? —preguntó el doctor, mirándola por encima de las gafas.

—He dicho que el dolor ya lo estoy sintiendo —repitió—. Qué más da un poco más.

—Mmm, sí, doctor Roca, haremos todo lo que nos digan. —Sara lanzó una mirada furibunda a su hija. No veía la necesidad de que esta se comportara de manera tan maleducada con quien le había salvado la vida.

El doctor terminó de quitar los puntos y, mientras la enfermera le curaba y le colocaba un apósito, se acercó a Abby.

—Tienes que entender que es posible que te duela mucho. Y con mucho quiero decir muchísimo. Que te parezca un infierno. Que desees tirar la toalla y no volver a caminar. Pero tienes que pasar por todo eso y hacerlo, ¿entiendes?

—Claro, doctor, porque hasta ahora me lo he estado pasando pipa. —El tono irónico de su voz fue más que evidente para todos.

El doctor Roca sonrió de medio lado, sacudió la cabeza y se dirigió a Sara.

—Va a tener que estar muy pendiente de ella.

Antes de marcharse, el médico quiso saber si se encontraba bien. Abby no comprendía la manía que tenía la gente de preguntarle eso, cuando era obvio que estaba peor que mal. ¿Qué esperaban que respondiera? ¿Que sí, que estaba bien, para que no tuvieran que preocuparse y sus conciencias se quedaran tranquilas? Pues ella no era de las que daban esa satisfacción a los demás, al menos ya no, así que no respondió. Pero él volvió a insistir.

—Tuviste mucha suerte, eres consciente de ello, ¿verdad?

—Dudo mucho que, en mi caso, la suerte haya sido quedarse aquí. Te espero fuera, mamá.

Dando por finalizada la conversación, Abby salió de la consulta haciendo rodar la silla y se dirigió hacia el ascensor, sin mirar atrás y dejando la puerta abierta.

Sara se sentía un poco avergonzada por el comportamiento de su hija, pero el sentimiento predominante era el de preocupación.

—No se preocupe. Saldrá de ésta, se lo aseguro. Solo necesita tiempo —trató de tranquilizarla el médico poniéndole la mano en el hombro.

—Supongo que sí. Si al menos quisiera volver a casa conmigo... A veces tengo la sensación de que podría haber evitado todo esto, si tan solo le hubiera prohibido mudarse aquí con sus tíos..., en parte es culpa mía.

—Los accidentes ocurren en cualquier sitio, no se pueden evitar. Tranquila, cuando vuelva a andar y a sentirse un poco más independiente, la cosa mejorará. Ya verá como sí.

Sara quiso creerle y de verdad deseaba que fuera así. Esperaba que su hija se tomara en serio la rehabilitación, que pusiera de su parte e hiciera todo lo posible por mejorar, curarse y dejar toda aquella pesadilla en el pasado. Pero, por lo que había visto las últimas semanas, no las tenía todas consigo. Sí, era verdad que tuvo que permanecer un mes entero postrada en la cama, sin poder apenas moverse. A veces gritaba por el dolor de la pierna; otras, por el que no quedaba a la vista. Eso podía haberla deprimido más. Aunque su hija tendría que ser la primera en darlo todo para volver a caminar, y solo el futuro diría si estaba dispuesta a hacerlo o no.

Abby no pudo evitar escuchar a su madre hablando con el doctor Roca. La culpabilidad de Sara se le hundió en lo más profundo de su ser. Meses atrás, cuando su tía les contó que la habían contratado en su actual instituto para trabajar en la secretaría del centro, Abby se amparó en su prestigio y su fama para convencerla de que la dejara mudarse con ellos, bajo el pretexto de los estudios. Era la excusa perfecta para huir de su vida y sus demonios. De ese secreto que seguía guardando muy dentro de su ser. Lo hizo para protegerse a sí misma, pero también para protegerla. Y ahora, ella se sentía culpable por algo que no podría haber evitado, algo que ella provocó. La única culpable era ella misma, no su madre. Pero no sabía cómo hacérselo ver, cómo explicarle todo. Era demasiado tarde para hablar.

Igual que al llegar, tuvo que esperar a que Sara la recogiera con el coche. Estaba sentada en una silla de la sala de espera, hojeando unos folletos sobre seguros médicos e higiene de manos, cuando le hizo una llamada perdida al móvil, lo que significaba que ya se encontraba en la puerta. Cogió las muletas que le acababan de dar, pues el médico había dicho que ya tenía que empezar a usarlas, y se levantó con bastante esfuerzo. Se encontraba débil después de tantas semanas encamada y alimentándose casi del aire. Cuando se sintió segura, dio el primer paso y el dolor le atravesó la pantorrilla hasta el talón. De acuerdo, tendría que llevar más cuidado para evitar los meneos de la pierna.

Recorrió despacio los pocos metros que separaban la recepción de la puerta del hospital. Miraba al suelo para no tropezarse con nada, así que no veía mucho por delante. Estaba a punto de abrir la puerta para salir a la calle cuando alguien la abrió de golpe desde fuera y casi se chocó de bruces contra ella. El chico se detuvo a escasos centímetros, y Abby se encontró mirando unos ojos que conocía a la perfección.



Leo entró a la carrera en el hospital; esperaba no llegar tarde a la hora de visitas de la mañana, cuando casi se tropezó con una chica que salía apoyándose en un par de muletas. Miró hacia abajo, ya que le sacaba algo más de una cabeza, y sus ojos se toparon con otros que lo observaban fijos y sorprendidos. Conocía a aquella chica de sobra. No solo la había visto a diario en clase durante todo un año, sino que también la había tenido que soportar varias veces por semana en su propia casa. Aun así, por un momento, le costó reconocerla. Estaba mucho más delgada que la última vez que la vio, hacía casi un mes, en el entierro de su hermano, y unas grandes ojeras habían transformado su rostro. Le sostuvo la mirada de forma fría; era la última persona a la que habría querido ver allí. Se fijó en el gran apósito que cubría casi todo el largo de su pierna derecha, expuesto en su totalidad bajo el dobladillo del vestido que llevaba, y recordó

que ella tampoco salió indemne; pese a eso, en comparación, no le parecía suficiente.

Sin decir una palabra, se apartó para que ella pasara y le sostuvo la puerta mientras salía, reparando en cada mueca de dolor que su cara reflejaba a cada paso. Por un momento, creyó que se alegraría de ello. Su vista siguió clavaba en su espalda a través del cristal de la puerta cuando esta se cerró, hasta que una voz lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué desea? —le preguntó la enfermera que se encontraba en el mostrador de recepción.

—Buenos días. Quería saber si habían subido ya a mi madre a planta. Sofia Parnasso.

Leo esperó mientras la enfermera pulsaba unas cuantas teclas en el ordenador.

—Sí, se encuentra en la habitación doscientos veintiuno. Planta de psiquiatría —le confirmó al fin.

—Gracias. —Leo dio unos pasos hacia el ascensor, pero regresó al mostrador—. Si la han sacado de la UCI, significa que se va a recuperar, ¿verdad?

Capítulo Tres

—Hola, cariño, me llamo Laura. Encantada —le dijo la chica de la clínica dándole un beso en cada mejilla—. Seré tu fisio durante los próximos meses, y esperemos que no sean muchos —añadió, intentando bromear, a lo que siguió una amplia sonrisa—. Vamos a ver qué tenemos aquí.

Laura dio una palmadita sobre la camilla para indicarle que subiera. Abby se sacudió la deportiva del pie. Fue fácil quitársela porque llevaba las cordonerías desatadas y el zapato le quedaba ancho y suelto. Se impulsó con las manos y dio un pequeño saltito con la pierna buena para subirse; después, subió la otra con cuidado y la extendió sobre la camilla.

—Recuéstate —ordenó Laura.

Abby le hizo caso. Se apoyó sobre los codos y vio como Laura le subía la pernera del pantalón de deporte que llevaba. El roce de la tela sobre la cicatriz le produjo dentera y un pequeño escalofrío. Ya no llevaba ninguna venda o apósito, pues le habían recomendado que empezara a dejar la cicatriz al aire, pero el tacto de la ropa sobre la misma le producía una sensación extraña y nada agradable que la hacía estremecerse.

Laura estudió un poco la herida ya cerrada. Después, le sujetó el pie con fuerza y lo movió un poco arriba de arriba abajo.

Era una chica alta y delgada, con una larga melena rubia que llevaba sujeta en una cola. También era guapísima y de piel dorada. Parecía una surfista que acabara de regresar de cabalgar unas cuantas olas. Además, parecía demasiado joven, como recién salida de la facultad, pero sus manos se sentían firmes y seguras. Experimentadas.

Abby se quejó un poco por el dolor y ella puso una mueca de disgusto.

—Lo tienes muy agarrotado —le dijo, mirándola de reojo—. Imagino que no lo has movido en absoluto durante el tiempo de reposo.

Abby se puso colorada y negó con la cabeza. La chica lo había dicho con un tono de voz que le hizo sentirse mal por no haberlo hecho.

—En ese caso, tenemos mucho trabajo por delante.

Fue a la otra punta de la habitación y volvió con un aparato hueco cilíndrico conectado a una máquina. Lo puso sobre la camilla y la ayudó a introducir la pierna por la abertura. Después, pulsó unos cuantos botones.

—Esto es un equipo de magnetoterapia —explicó—. Será mejor que te pongas cómoda, vas a estar con él un ratito. Volveré dentro de unos minutos. ¿Todo bien?

Abby asintió. Laura sonrió y la dejó sola. Una débil melodía sonaba a través del hilo musical. Parecía uno de esos CD que solía escuchar en los centros de belleza, grabados con la intención de relajar a la gente; pero a ella no la estaba relajando nada, más bien todo lo contrario.

Apoyó la cabeza sobre la camilla y esperó. Cada poco tiempo miraba al reloj que colgaba en la pared de su derecha; no obstante, las agujas parecían no avanzar. Miró hacia arriba y contó las placas de escayola que formaban el falso techo y los plafones que escondían las bombillas. Estudió la sala, pero nada le llamó la atención.

Su vista regresó al reloj. Las manecillas parecían haberse quedado estancadas en las once y veinticinco, pues ya hacía tres miradas que seguían marcando la misma hora. Suspiró, cruzó los brazos sobre el pecho y dejó vagar la mente.



Abby no era muy popular en el instituto; más bien nada. Aunque quizá tenía más que ver con el hecho de que hacía tan solo dos días que había llegado nueva al centro. Tampoco era una chica que resaltara especialmente entre la multitud. Con la excepción de las dos chicas que le habían hablado desde el primer día, para los demás era poco menos que invisible. Por eso, fue la primera sorprendida cuando Leo Cavali, uno de los chicos más populares del instituto, la invitó a una fiesta en su casa el viernes por la noche. Incluso ella, que acababa de llegar, sabía ya quién era.

De las dos chicas, solo Marga se emocionó con la invitación.

—¡Vaya suerte! No invitan a cualquiera a esas fiestas —le había dicho.

Todo lo contrario que Alexia.

—Huye mientras puedas. —El aviso fue su único comentario al respecto—. Esa gente no te conviene.

Al principio se sintió insegura sobre si asistir o no, pero Marga no dejó de animarla porque, ¿qué clase de chica no se sentía halagada si alguien como Leo Cavali la invitaba a una de sus fiestas? Y más aún, ¿a qué chica no le gustaba Leo Cavali? Estrella del equipo de fútbol del instituto, alto, guapo, musculoso... según había oído por los pasillos, era posible hacer la colada en sus abdominales, literalmente. Todo un tópico al que era difícil resistirse. Eran justo esos encantos de los que trataba de huir. ¿Podía fiarse de aquel chico y sus amigos? Desde luego, aquello no era el pueblo, no quería cerrarse en banda por lo que había pasado allí tiempo atrás, y Marga parecía encantada con la idea. Alexia debía de ser la única chica con la que no funcionaba su hechizo, a saber por qué.

De todas formas, no podía permitirse el lujo de rechazar invitaciones de ese estilo, no si quería hacer algún amigo más en el nuevo instituto, así que el viernes por la noche se puso un vestido corto, unos zapatos negros de tacón que le dejó Maggie y cogió un taxi hasta la casa de los Cavali.

Y, por ese motivo, tan solo media hora después estaba fuera, en la calle, calada hasta los huesos, ropa, bolso, todo; rezaba para que, por casualidad, decidiera pasar por allí otro taxi que la llevara de vuelta a casa, ya que su móvil, que estaba dentro del bolso que se había transformado en un surtidor de agua, había dejado de funcionar.

Abby acababa de averiguar por qué Alexia la había prevenido tanto contra Leo, y de la peor forma posible. En concreto, había coincidido con el momento en que aquel imbécil la había tirado a la piscina. Acababa de entrar por la puerta, ni siquiera había dejado aún el bolso. La casa era enorme, pero todo el mundo estaba en el jardín, alrededor de la piscina. El anfitrión estaba en el borde y le hizo un gesto para que se acercase a él.

—¡Vaya! Mirad quién ha venido. —La cogió de la mano y le dio una vuelta—. ¡Qué guapa!

Y justo al final de la vuelta, ¡splash! Con un pequeño empujoncito, había acabado con el agua hasta el cuello. Nunca mejor dicho. Todos a su alrededor estallaron en un coro de risas. Risas que aumentaron de intensidad cuando un tacón se le trabó en un peldaño de la escalerilla, resbaló y volvió a caerse. Al parecer, ella había sido la atracción inicial de la noche. Cuando por fin consiguió salir, corrió hasta la puerta sin mirar atrás.

Mientras esperaba un milagro pensó en Alexia, y en si quizás ella habría sufrido algo parecido. Empezó a enumerar una lista de tareas para el futuro.

Primera nota para el futuro: empezar a hacer caso a Alexia en todo lo que dijera, sin excepción.

Segunda nota para el futuro: matar a Leo Cavali.

Se quitó los tacones mientras imaginaba la manera perfecta de hacerlo. Algo humillante y doloroso... O quizá podría contratar a un profesional y pasar de mancharse las manos con basura que no valía la pena. La sangre le iba a hervir de un momento a otro de lo enfadada y avergonzada que se sentía. Entonces, apareció su milagro. Oyó un carraspeo a su espalda y, creyendo que era Leo, se encaró con él.

—¿Vienes a por más?! —exclamó, dándose la vuelta, para descubrir que no era él quien estaba detrás de ella, sino otro chico que solo llevaba un pantalón de pijama y unas zapatillas. Una descripción más acertada habría sido «sin camiseta».

—Tranquila, vengo en son de paz —respondió el chico sin camiseta, levantando las manos frente a ella. De una de ellas colgaba una toalla blanca—. Te he visto por la ventana y te he sacado esto. Parece que te vendría bien, se está moviendo viento.

—Pues no parece que tú tengas demasiado frío.

—Vamos, ¿la quieres o no? —Volvió a tenderle la toalla y, por un instante, Abby se negó a cogerla, pero al final la aceptó, porque empezaba a refrescar de verdad—. ¿Por qué sigues aquí?

Abby levantó el móvil a modo de respuesta y un chorrillo de agua cayó al suelo.

—Me lo imaginaba. No te preocupes, te he llamado un taxi antes de salir.

Vale. Abby reconocía que el chico sin camiseta intentaba ser amable, también que era guapísimo, y que verlo ahí delante de ella con el torso sin cubrir, con el cuerpazo que lucía, no ayudaba nada a su concentración; pero en ese momento sentía cero ganas de responder bien ni de agradecer nada, así que, con un gran esfuerzo, le dio la espalda y volvió a mirar a la carretera. Debía recuperar su concentración, y mirarlo no la ayudaba en absoluto. Siempre caía en esa trampa masculina y no quería repetir el error tan pronto.

—Está bien. Ya puedes volver a tu casa —le dijo, cubriéndose con la toalla.

En vez de hacerlo, el chico sin camiseta se acercó, se puso a su lado y la miró a la cara.

—¿Estás bien?

—¿A ti te parece que esté bien?! —casi gritó. Sabía que se estaba comportando como una niñaata y pagando su frustración con él, que no tenía la culpa de lo que le había pasado, pero no podía evitarlo. Gritar le hacía sentir un poco mejor. Además, visto lo visto, todos los tíos parecían ser iguales, este también se quitaría la máscara de un momento a otro.

—Lo siento mucho, de verdad. Mi hermano puede ser bastante gilipollas a veces. Resulta que se nos perdió cuando era pequeño y lo crío una manada de lobos —explicó—. No tiene ni una chispa de educación; hasta ellos terminaron echándolo.

Aun intentando hacerse la dura, Abby no pudo evitar sonreír un poco. Enseguida cambió la expresión. ¿Era su hermano? La alarma sonó en su cabeza. A ver si esa iba a ser la segunda parte de la broma... No tenía pinta, pero ya no podía fiarse.

—¿Has dicho que Leo es tu hermano?

El taxi llegó en ese momento; por lo menos, esa parte de todo lo que le había dicho sí era cierta. El chico sin camiseta levantó la mano para hacerle el alto y le dijo a Abby que esperara un momento, mientras él se acercaba a la ventanilla del vehículo e intercambiaba unas palabras con el conductor. Luego regresó a su lado.

—Solo dile a dónde vas. Y no te preocupes, ya está pagado.

—No hace falta...

—¡Claro que sí! Después de lo que te ha hecho mi querido hermanito, es lo menos que puede hacer mi familia por ti —respondió, mientras la guiaba hasta el taxi, le abrió la puerta y la ayudaba a subir.

Abby pensó que era lo más romántico que alguien había hecho por ella en toda su vida. Su experiencia anterior... era preferible no recordarla pero, en general, no había sido así, ni siquiera al principio. Entonces se dio cuenta de su aspecto y se avergonzó, aunque él no parecía estar fijándose en eso.

El chico sin camiseta cerró la puerta, pero volvió a abrirla como si se le hubiera olvidado algo. Abby reparó en la toalla que todavía llevaba sobre los hombros. Claro.

—Por cierto —dijo—, me llamo Adam. ¿Puedo preguntarte tu nombre sin que me saques un ojo o algo peor?

«Así que chico sin camiseta tiene un nombre», pensó, sonriendo.

—Soy Abby.

—Hum, interesante nombre. Algún día quiero conocer esa historia. Encantado, Abby.

Sonrió, cerró de nuevo la puerta y esperó en la acera hasta que el taxi se puso en marcha y ella lo perdió de vista. Él ni siquiera había nombrado su toalla.



Recordar dolía, pero no hacerlo suponía una tortura aún mayor. No podía hacer como que no había existido, que no había pasado. Así que ella recordaba. Y sentía. Podía notar la mano de Adam sobre la suya, ayudándola a subir al taxi. También oía su voz, diciendo su nombre. Notaba su respiración, su olor de aquella primera noche.

Rememorar ese instante le proporcionaba un poco de descanso, una chispa de luz la hacía pensar que era posible salir de aquel túnel. Pero el recuerdo se desvanecía enseguida, y la oscuridad que entonces le sobrevenía era tan profunda que la asfixiaba, le hacía retroceder los pequeños pasos que había conseguido dar hacia delante. Solo sabía que quería volver a verle, que lo necesitaba. Precisaba ver su cara, sus ojos, oír su voz. Más que respirar, lo necesitaba para vivir, porque él era su vida. ¿Qué iba a hacer con ella ahora que Adam no estaba?

Abby cerró los ojos y se concentró en él. En sus profundos ojos, sus pobladas cejas, un poco más oscuras que el resto de su cabello, su nariz, mucho más perfecta que la suya. El pelo que le caía sobre la frente, sus labios... Esos labios que se había muerto por besar cada segundo, desde el primer momento en que lo vio.

Cuando volvió a abrirlos, un instante después, ahí estaba, delante de ella, sentado a los pies de la camilla, mirándola con cariño, como le había sorprendido hacer mil y una veces antes. Sonreía.

—Vaya, estás echa un desastre.

Él la miró a través de sus largas pestañas, como hacía cuando intentaba seducirla.

—Le dijo la sartén al cazo —respondió ella.

—Perdona, ¿has dicho algo? —Laura acababa de pasar por delante de la puerta con unos papeles en la mano y se detuvo al escucharla.

—No —negó ella con rapidez.

—Vale. Ahora mismo estoy contigo para empezar a mover esa pierna —dijo, y continuó su camino.

Abby volvió a mirar al lugar donde había visto al chico. Adam seguía allí, mirándola y sonriéndole, como una imagen fija, de no ser porque podía notar como subía y bajaba su pecho con cada respiración.

Pero, en realidad, no estaba.

Ella no se engañaba. Sabía que eran imaginaciones suyas, que no era más que un espejismo de su atormentada mente. Probablemente su tío estaba en lo cierto y se había vuelto loca. No le importaba. Verle allí sentado, al alcance de su mano y bromeando sobre su aspecto, suponía un

alivio tan enorme que, por vivir un segundo de aquella mentira, habría sido capaz de pasar el resto de su vida encerrada en un manicomio.

Sin embargo, al mismo tiempo, parecía tan real, y la alegría que le invadía era tan absoluta, que no quiso que desapareciera. Así que intentó creérselo, pretendió creer que de verdad estaba allí. Y por eso le respondió, como si no hubiera pasado nada. Como si fuera un día cualquiera de su anterior vida.

Capítulo Cuatro

Sara volvió preocupada y con mala cara aquella mañana a casa de su hermana, tras recoger a Abby de su enésima sesión de rehabilitación, y, aunque lo había intentado, no había podido ocultarle su estado. Así que, cuando su hija se metió en su cuarto después de comer, o más bien después de remover el plato de sopa —al menos ya salía a comer con todos a la cocina—, Maggie se encaró con ella.

—Sara, dime qué sucede.

—Ya te he dicho que nada —respondió por cuarta vez.

—¡Sara, no seas cría! Tienes que empezar a compartir las cosas conmigo, sobre todo si pretendes que Abby se quede aquí después de Navidad, cuando tú vuelvas al trabajo. ¿Cómo se supone que voy a cuidar de ella si no sé nada de lo que le ocurre?

Tras meditar sus palabras, Sara tuvo que ceder. Su hermana tenía razón. Dentro de un mes no estaría y Maggie se encontraría sola con Abby, ya que su hija seguía negándose a regresar al pueblo. Y Tom tampoco era de mucha ayuda, más bien al contrario: con su insistencia en sus queridos tratamientos farmacológicos alejaba a la chica cada vez más. Tenía que empezar a compartir sus preocupaciones por Abby con ella al menos.

—Laura ha hablado conmigo antes.

—¿Y? —Tuvo que insistir Maggie, ante un nuevo silencio.

—Dice que Abby no está poniendo de su parte, que no se esfuerza lo suficiente.

—A lo mejor no puede más, no sabemos lo duro que puede ser...

—Sí que puede. Laura dice que puede, que si hiciera en casa todos los ejercicios y pasara más tiempo de pie podría. No quiere. ¿No te has dado cuenta?, tiene la botella esa de los ejercicios ahí de adorno. Me ha dicho que con dos semanas de rehabilitación y toda la caña que le está dando ya debería ser capaz de dar algún paso sin apoyo, pero que está como... bloqueada. —Sara se dejó caer en una de las sillas de la mesa de la cocina y puso la cabeza entre las manos—. No sé. No sé qué pensar. No sé si lo está de verdad o lo hace aposta.

—No creo que lo haga a propósito, Sara.

Levantó la cabeza de golpe, con las dudas asaltándola.

—¿Y si en realidad no quiere hacer nada, pero hace lo justito para que no la obligue a volver al pueblo conmigo? Porque ella sabe que, si no avanza nada, me la llevaré.

—Mujer, eso es un poco enrevesado, ¿no? —dijo Maggie, sin poder evitar soltar una carcajada—. Te estás poniendo paranoica.

—A mí no me hace ninguna gracia.

—Es verdad, lo siento. No te preocupes, peor ya no puede estar, ya solo puede ir hacia delante. Dale un poco más de tiempo. Y espacio. Al final andará. Y... yo qué sé... si al final tiene que usar una muleta durante algún tiempo más, tampoco es el fin del mundo. —Sara miró a su hermana con los ojos entrecerrados, no estaba convencida—. Ya verás, cuando vuelva al instituto se esforzará más, no creo que quiera ir todos los días arrastrando las muletas por allí.

—Hablando del instituto, he llamado a sus amigas para que vengan. A ver si ellas la hacen entrar en razón.



Marga y Alexia fueron a visitarla un jueves por la tarde, después de una sesión especialmente dura de fisioterapia. Laura le había dado caña los últimos días, pues en dos semanas casi no había avanzado nada. Así mismo, estaba enfadada porque su madre le había contado que no estaba haciendo todos los ejercicios en casa. «¡Claro que no!», pensó Abby, ya sufría lo suficiente por las mañanas como para empeorarlo por las tardes. Por las tardes se dedicaba a descansar la pierna. Además, su madre exageraba. Laura le había dicho que tenía que salir a la calle y ella había bajado un par de días al parque, por lo que algo sí hacía.

Diciembre había entrado y, con él, el frío. La pierna le dolía como si aquel coche la hubiera atropellado un par de horas antes. Se masajeara el pie y el gemelo cuando su madre abrió la puerta de su cuarto.

—Cariño, tienes visita.

Le pareció extraño, hacía tiempo que no esperaba a nadie. Su madre se apartó y dejó pasar a las chicas. Al ver su pierna, Marga puso cara de asco y apartó la mirada, pero Alexia observó su cicatriz con ojo crítico.

—¡Puaj!, Abby, no esperaba tener que ver eso hoy —dijo Marga, tan directa como siempre—. Bueno, supongo que podría ser peor.

—De hecho, ha estado mucho peor —respondió Abby.

A aquellas alturas, la herida se había cerrado por completo y ya solo era una larga línea rosada, un poco abultada y con veinticinco puntitos a cada lado. A decir verdad, contrastaba bastante sobre el resto de su piel extremadamente blanca. Abby supuso que, para quien la viera por primera vez, debía dar un poco de aprensión, por lo que se bajó la pernera de su nuevo pijama, tres tallas más grandes de lo normal, para taparla. Lo necesitaba así de ancho para no sentir el tacto de la tela sobre la cicatriz, sensación a la que no terminaba de acostumbrarse.

Alexia se acercó.

—No le hagas caso, ya la conoces. ¿Puedo sentarme? —Abby se ladeó un poco en la cama, con algo de esfuerzo, y Alexia se sentó a su lado—. ¿Cómo te encuentras, cariño? Y dime la verdad, no lo que le estés diciendo al resto del mundo.

Abby levantó la cabeza y la miró a los ojos. Las dos eran sus amigas pero, mientras Marga era alocada, fiestera y más superficial, Alexia era tranquila, más cercana y profunda. Y quizá podía ver un poco en su interior. Incluso físicamente, no podían ser más diferentes: Alexia era alta y delgada, y su pelo corto la hacía parecer moderna y sofisticada, mientras que Marga, con su pequeña estatura, la cabeza llena de apretados tirabuzones y las mejillas sembradas de pecas, siempre tenía un aspecto aniñado e infantil que ella trataba de disimular con mucho maquillaje y ropa atrevida.

Sara se marchó y cerró la puerta, dejándolas solas para darles intimidad.

—Ya sabes... —contestó Abby, bajando la mirada.

Alexia le apretó la mano.

—Lo sé. Lo siento mucho. Habríamos venido antes, pero tu madre no nos ha dado permiso hasta ahora.

—Lo entiendo, no os preocupéis. Yo tampoco soy buena compañía en estos momentos.

Abby se dio cuenta de que Marga no se había acercado mucho. Pasaba el peso del cuerpo de una pierna a otra hasta que optó por sacar la silla del escritorio y sentarse en ella, un poco alejada. Sabía que las enfermedades, los enfermos y las situaciones tensas la ponían nerviosa y no sabía cómo actuar, y en ese caso tenían de todo. Esa era ella ahora, la chica enferma, la que necesitaba tiempo, espacio y tacto.

—¿Cómo van las clases? —les preguntó para alejar la atención de ella.

Al recordar el instituto, pensó en la primera vez que tuvo a las chicas en su habitación. Fue la mañana después de la fiesta. Habían quedado para trabajar juntas en un proyecto de clase y, ya de paso, comentar la noche anterior, si bien las dos habían esperado algo diferente a lo que les contó. Ambas se sorprendieron al saber lo ocurrido y con quién terminó hablando, Marga incluso aplaudió varias veces. Las horas se les pasaron volando entre criticando a uno y conociendo al otro.

—¿Abby? ¿Sabes cuándo podrás volver?

La pregunta de Alexia la pilló por sorpresa. Había vuelto a perderse en su memoria sin prestar atención a la conversación y, además, todavía no se había planteado la posibilidad de regresar a las clases. Sabía que su madre quería que volviera, pero no estaba segura de poder hacerlo.

—La verdad es que aún no lo he pensado.

—A ver, tu madre nos ha pedido que te lo preguntemos —soltó Marga.

—¡Marga! —la interrumpió Alexia.

—¡Qué! Es la verdad... A ver, obviamente, nosotras también queremos que vuelvas. Te echamos de menos —continuó, dando rienda suelta a su verdadera forma de ser.

—¿Cómo están las cosas por allí?

—Calmadas —respondió Alexia, antes de que Marga pudiera hacerlo—. Los primeros días después de... fueron malos. Ahora la cosa está tranquila, pero no es como antes. La gente está diferente. Los profesores preguntan mucho por ti.

—La Mocho pregunta mucho por ti —aclaró Marga. Abby sonrió ante el conocido sobrenombre—. Parece que esté enamorada.

—¿También os da clase este año?

—Nos da clase, querrás decir. Tienes que volver. Selectividad está a la vuelta de la esquina.

—Es que no sé si seré capaz...

—¡Claro que puedes! Tómate el tiempo que necesites, pero que sepas que estaremos esperándote. No podemos acabar el curso sin ti. —Alexia la abrazó antes de irse, mientras Marga se despedía desde la puerta—. Estaremos en contacto, ¿vale?

Cuando Abby se quedó sola no pudo evitar reparar en las enormes diferencias que separaban aquel día del de su recuerdo. Esa vez no había libros ni folios de por medio, no había alegría entre ellas, risa ni emoción. Era doloroso ser consciente de que, a pesar de todo, el mundo no se había parado, la Tierra seguía girando sobre sí misma y alrededor del Sol. Nada había cambiado fuera de su cuarto y la vida continuaba. Tanto las chicas como los del instituto seguían con su día a día. Solo ella se había estancado. Odiaba esa situación, pero más saber que, si hacía como los demás, perdería lo poco que le quedaba de él.

—*No es culpa suya* —dijo Adam, desde la misma silla donde minutos antes había estado sentada Marga.

—Ya lo sé —respondió Abby sin mirarlo.

Capítulo Cinco

—*Buenos días, princesa.*

Abby se despertó con una conocida voz en su cabeza, pero ni siquiera se giró en la cama.

—Eso no vale —le dijo—, lo has copiado de la película de anoche.

—*Alegra esa cara, hoy es Navidad, el día más feliz del año.*

—Será para otros —respondió, mientras se tapaba la cabeza con la almohada.

—*Por mucho que te escondas, no podrás amortiguar el mundo exterior eternamente.*

Abby se incorporó de golpe al oírlo demasiado cerca, tirando por el camino la almohada por un lado de la cama, pero Adam ya no estaba allí. Justo en ese momento se abrió la puerta de su cuarto.

—Genial, ya estás despierta —dijo su madre—. Hay que empezar a arreglarse para ir a la comida. Espero que hoy estés de mejor humor que anoche. O, al menos, que te esfuerces en ocultarlo —añadió por lo bajo mientras cerraba la puerta.

La noche anterior había sido un desastre. Sus abuelos habían venido del pueblo a cenar con ellos por Nochebuena, aunque, después de lo que pasó, deberían llamarla la Noche de la Intervención, porque habían estado todo el rato hablando de ella y de su recuperación, o más bien de su no recuperación, sin parar de insistirle en que debía pasar página e incluso volver al pueblo para cambiar de aires.

Podía entender que todos se preocuparan por ella, pero que su madre trajera a sus abuelos para tocarle la vena sensible sí que no lo aceptaba; había discutido con ella delante de todos y, cuando se fueron a Misa de Gallo —lo que supuso una nueva discusión por no querer acompañarles—, se encerró en su cuarto y se quedó dormida viendo *La vida es bella*, con la presencia de Adam al otro lado de la cama. Ese día iban a comer en un restaurante con la familia de Tom, y Abby esperaba que ese elemento externo la protegiera de más discusiones.

Se estiró para recoger la almohada del suelo y observó su habitación. Las paredes y los muebles parecían desnudos. Todas sus fotos con Adam habían desaparecido durante su estancia en el hospital, aunque no había reparado en ello hasta mucho después de volver. Las echaba de menos, pero ni siquiera tenía fuerzas para discutirsele a su madre; ya peleaban por suficientes cosas como para echar más leña al fuego. Además, por otra parte, a veces agradecía no tener que verlas durante todo el tiempo que pasaba en aquel cuarto.

Incluso los portarretratos del escritorio habían sido sustituidos por montones de libros sin tocar de todo tipo, que su madre y su tía le habían traído poco a poco durante las últimas semanas, en un vano esfuerzo por acercarla de nuevo a la lectura.

Leer, una actividad que en el pasado había devorado con verdadera pasión, ahora le parecía una tarea tediosa y dolorosa, inútil y sin sentido. Demasiados sentimientos a flor de piel que prefería mantener a raya lo máximo posible. Por eso, había acabado aficionándose al cine de terror.

Se destapó las piernas y comenzó moviendo los dedos y el tobillo arriba y abajo para desentumecerlos. Después, se arregló para afrontar otro maravilloso día familiar.

Tal y como había pensado, en la comida no se volvió a sacar el tema, e incluso la dejaron un poco en paz los días siguientes. Hasta que llegó Nochevieja, su madre empezó a hablarle de

volver al instituto y siguió haciéndolo cada día hasta el de Reyes.

Sara entró en la habitación de su hija y se la encontró igual que siempre, viendo nada más que basura en la televisión. Esa situación ya la sacaba de quicio, pero intentó controlar la voz para no volverla más en su contra. Ya estaba enfadada por su insistencia en el tema «instituto», no quería imaginársela cuando le soltara la otra bomba que tenía guardada.

—Abby, ¿por qué no empiezas a prepararte los libros del instituto para pasado mañana? Maggie te trajo ayer un paquete de folios para el archivador y unos bolígrafos nuevos.

—Ya te he dicho mil veces que me parece demasiado pronto para ir —le respondió Abby, con cara de pocos amigos.

—¡Ya han pasado casi tres meses! Llevas un trimestre entero sin hacer nada y todos hemos sido extremadamente pacientes contigo. ¿Sabes? No entiendo toda esta enorme reticencia a volver a las clases, cuando fuiste tú la que se pasó un mes entero insistiendo cada día, como si te fuera la vida en ello, para venir aquí, porque era un instituto buenísimo, que tenía las plazas contadas pero como Maggie iba a trabajar ahí te dejarían entrar, que te abriría las puertas de un montón de universidades y toda esa palabrería que usaste para que te dejara venir. De verdad, no lo entiendo. —Sara se volvió hacia la puerta dispuesta a marcharse, pero se giró de nuevo.

»Yo no quería que vinieras, no quería dejarte, por mucho que dijiste que iba a ser menos trabajo para mí y toda esa mierda. Estabas muy bien en tu antiguo instituto, eras de las mejores y te iba bien, no necesitabas este sitio. Fuiste tú la que quiso venir a toda costa. Y ahora, ni una cosa ni la otra.

Abby reconocía que su madre tenía razón. Fue ella quien insistió en ir allí, y sabía que no había sido fácil para ella permitirselo. En realidad, le habría dado igual mudarse allí o a Siberia, lo único que deseaba era poder dejar de mirar a su espalda cada cinco segundos mientras caminaba por la calle. Le vino de perlas cuando Maggie les contó lo de su nuevo trabajo en el Instituto Isabel I de Castilla.

Sara vio el debate interno en la cara de su hija y decidió que había llegado la hora del ultimátum.

—Muy bien, pues tú eliges. El viernes a las nueve de la mañana tengo que estar en el trabajo y tú, o te quedas a las ocho y media en el instituto, o te vuelves conmigo. Tu tía no se quiere quedar contigo de esta manera; ya me ha dicho que, o te pones las pilas, o te vuelves a tu casa. Así que tú verás lo que haces.

—¡Está bien! Pero es viernes. Para un día, al menos podría empezar el lunes, ¿no? Al menos podrías dejarme un solo día más —dijo ella, intentando retrasarlo lo máximo posible.

Ahí estaba el momento que tanto temía Sara que llegara.

—El lunes no vas a poder ir a clase. —Abby la miró sin comprender—. Ha llegado una citación para que vayas a declarar ante el juez.

Abby sintió que la sangre abandonaba su rostro. ¿Ya la habían citado? ¿Tan pronto? No podría hacerlo, todavía no había sido capaz de enfrentarse a ese recuerdo en su mente, no sabía si podría contarle en voz alta. Además, ¿instituto y juzgado en días casi consecutivos? Eso era estrés doble. Desde luego, las desgracias nunca venían solas.

—Cariño, no te preocupes. —Sara vio el temor reflejado en su cara, se acercó a ella y le acarició el pelo—. Ya lo habíamos hablado, el abogado nos dijo que debíamos estar preparados porque nos llamarían en cualquier momento. Consiguí aplazarlo una vez, pero es mejor que te quites esto de encima cuanto antes.

—De acuerdo.

—De acuerdo —repitió ella—. ¿Estás bien? —Abby afirmó con la cabeza—. Muy bien,

entonces —levantó el puño en señal de triunfo—, el viernes instituto, *yupi!*

Al día siguiente Abby no tuvo fuerzas ni para abrir sus regalos de Reyes, y el viernes por la mañana vomitó, pero ni siquiera una posible gastroenteritis la salvó de su destino. Negoció, suplicó, gritó y pataleó por última vez, pero su madre se limitó a decirle que su vida seguía, que se hiciera a la idea y la aprovechara.

¿Qué vida? Que ella supiera, su vida estaba a quince kilómetros de allí, a dos metros bajo tierra, con una losa de mármol de una tonelada de peso encima. Abby dudaba de que «su vida» pudiera escapar y acompañarla al instituto o a cualquier otro sitio.

Al final quedó claro que no iba a conseguir nada y que Sara solo quería lo mejor para su hija —según ella—, y no le quedó otra opción que pasar por el aro.

Capítulo Seis

Sara paró el coche en la puerta del instituto a las ocho y veinte de la mañana y lo dejó un momento en doble fila, con las luces de emergencia encendidas. Abby se bajó y contempló el edificio que se alzaba ante ella. La primera vez que lo vio le impresionó. El instituto era un complejo de varias construcciones blancas con los tejados rojizos, amplias áreas de césped, zonas de picnic y muchos árboles que daban sombra. El edificio principal, por el que se accedía a todo el recinto y donde se encontraban los despachos, Secretaría, Dirección, la cafetería y demás, tenía unas columnas blancas que franqueaban la entrada. El campo de fútbol se encontraba detrás de las edificaciones del fondo, al lado del gimnasio, y a un kilómetro y medio había un mirador sobre un acantilado desde el que se veía el mar. Le encantó desde el primer momento. Había terminado allí como única salida, pero eso no quería decir que no pudiera disfrutar y aprovechar aquella oportunidad al máximo.

Ahora, al verlo, solo sentía ansiedad y temor. Unos segundos después, subió de nuevo el par de escalones de la entrada, con una mochila a la espalda, una muleta para apoyarse y docenas de personas mirándola. Su madre la acompañó hasta la puerta de la clase, en principio para ayudarla si hacía falta o para hablar con el profesor, pero Abby sabía que, en realidad, quería impedir que escapara corriendo. «Como si pudiera correr», pensó con amargura.

En la misma puerta de clase, dudó un momento. Se detuvo para coger aire, lo soltó despacio y, cuando ya parecía inevitable salir de allí, dejó de pensar. Tras despedirse de su madre con un beso —no la vería hasta el lunes siguiente—, giró el pomo y entró en el aula que le correspondía desde septiembre. El profesor aún no había llegado, pero ella causó el mismo efecto que él: en cuanto puso un pie dentro todas las cabezas se giraron hacia ella y todas las conversaciones se apagaron, reanudándose, al momento, en forma de susurros.

Se quedó allí de pie, sin saber dónde sentarse, hasta que dos rostros conocidos destacaron entre la multitud: Marga y Alexia la miraban desde una de las filas del fondo. Abby no lograba distinguir sus expresiones, no sabía si pretendían que volviera a sentarse con ellas. No habían vuelto a hablar desde aquella primera y última visita, hacía ya un mes. Al principio su teléfono sonaba de vez en cuando, pero ella no se había atrevido a cogerlo. En algún momento tendría que volver a hablar con ellas, aunque ahora prefería estar sola. Además, cada mesa era para dos alumnos, así que de todas formas tendría que sentarse en otra aparte.

Ignoró sus miradas. Las voces habían vuelto a subir de intensidad, lo que le permitió un momento de distracción para echar un vistazo por el aula en busca de una mesa libre. En lugar de eso, entre los cuerpos de algunos compañeros, lo vio. Estaba sentado en primera fila, pegado a la pared. Solo, sin hablar con nadie, con los ojos perdidos en algún punto de su pupitre. Al principio le costó reconocerlo, pero era él: Leo, el hermano de Adam.

Parecía absorto en el tablero de su mesa. Abby observó su figura por detrás sin poder evitarlo cuando, de repente, se giró con una expresión tan dura y fría que le quemó por dentro, donde pensaba que ya no volvería a sentir nada. Rehuyó su mirada y, para disimular, sacó el móvil del bolsillo de su pantalón.



El lunes después de la fiesta, los pasillos del instituto eran un hervidero de cuchicheos. Parecía que todos habían oído hablar de su aventura del viernes por la noche. Nada más entrar en clase a primera hora, Abby notó las primeras miradas, risas y susurros. Gestos que aumentaron de intensidad cuando Leo llegó unos minutos después y todos formaron un corro alrededor de su mesa. Sí, para su desgracia, además, estaban en la misma clase.

Marga y Alexia se sentaron con ella, trataron de apoyarla y entretenerla hablándole de la aburrida quedada familiar que habían sufrido el día anterior, de cómo su abuela se había quedado dormida en la mesa en mitad de la comida. Porque, además de amigas y compañeras de clase, también eran primas, y todos los fines de semana tenían algún súper plan familiar, por lo que estaban siempre juntas.

Abby pensó que tenía que ser divertido tener una prima de su misma edad. Al ser hija única se había criado sola, y su primo más grande, hijo del hermano de su padre —con los que apenas tenía relación, ya que esta se limitaba a una tarjeta de felicitación navideña al año, y siempre intuyó que lo hacían por pura obligación—, tenía ocho o nueve años y vivía en la otra punta del país. Además, parecía que ellas se llevaban bien, aunque aún no las conocía del todo.

A pesar de sus esfuerzos por distraerla, hasta el punto de que los profesores les llamaron la atención hasta en cuatro ocasiones por girarse y hablarle, las tres primeras horas encerrada en esa clase le parecieron uno de los nueve infiernos de Dante. Podía notar las miradas clavarse en su espalda todo el tiempo y, a pesar de que intentaba no levantar casi la vista del papel, una de las veces que lo hizo para leer la pizarra se encontró con los ojos de Leo, que estaba girado hacia atrás, mirándola con expresión seria. Seguro que se lo estaba pasando en grande a su costa.

Pronto llegó a la conclusión de que debería haberse hecho la enferma y no ir al instituto ese día. Su tía Maggie lo habría entendido, seguro. Ella era guay, era joven. Así que, cuando sonó el timbre que marcaba el inicio de la hora de descanso, recogió sus cosas y se despidió de las chicas para volver a casa.

El camino hacia la salida estaba a rebosar de adolescentes comportándose como lo que eran. Abby sintió que todos hablaban de ella. Sobre todo, aquel grupo de chicas de su clase que siempre iban con Leo, las mismas que ahora la señalaban y se reían mientras comentaban algo entre ellas. No podía oír la conversación, pero era obvio que el tema giraba alrededor de ella. Cómo no, forzosamente tenía que pasar por su lado para salir de allí. Ley de Murphy.

Agachó la cabeza para que al menos nadie pudiera ver su cara iluminándose como el cartel de un club de carretera nocturno y avanzó, entre los cuerpos que esperaban para entrar en la cafetería, hacia la puerta, apenas viendo por dónde iba, porque prefería casi no ver a darles otra razón más para reírse de ella. Sin embargo, su plan no salió como había previsto: a falta de un par de pasos para alcanzar la salida se dio de bruces contra el duro pecho de alguien mucho más alto que ella, mientras daba gracias a Dios porque no había sido una pared ni el suelo. Entonces, notó unas manos sujetándola por los brazos.

—¡Guau, cuidado! Tienes que mirar por dónde vas, la próxima vez podría no ser yo.

Esa voz... Levantó la cabeza y, efectivamente, era él: Adam. ¡Bravo, Abby! Ahora todo el mundo iba a saber lo patosa que era y, además, Adam acababa de descubrir su cara de letrero luminoso. ¡Genial! Si pensaba que la vergüenza tenía un límite, ya sabía que se podía rebasar sin problemas.

—Lo siento —acertó a responder.

—Tranquila; aparte, te estaba buscando. ¿Estás bien?

¡¿Qué?! Pues, obviamente, ahora sí que no lo estaba. ¿Qué él la estaba buscando a ella? Esa

habría sido la respuesta más sincera a esa pregunta. Menos mal que solo lo pensó y no lo soltó en voz alta.

—Sí, bueno... no —se corrigió, recordando por qué estaba allí. No podía cagarla con su farsa—. Me encuentro un poco mal y me iba a casa.

—Ah, bueno, en ese caso, ¿puedo acompañarte?

Su cara tenía que ser un poema en ese momento —hasta ella había notado el calor por todo su rostro y cómo se le abría la boca hasta el suelo—, porque él añadió:

—Solo por si te desmayas y necesitas a alguien que te recoja del frío y sucio suelo.

—Ah, bueno. Si es por eso, entonces supongo que sí, deberías acompañarme.

¿Uh? ¿De dónde había salido ese chorro de valentía de repente? Se sorprendió de sí misma y sonrió sin poder evitarlo, gesto que él le devolvió a la vez que le puso una mano en la espalda para guiarla hasta la puerta.

—Vamos.

Mientras salían, se fijó en que las risas del «grupito» habían parado. Por el rabillo del ojo observó que todas, sin excepción, la miraban con expresión seria. ¿O quizá de envidia? Sintió un regustillo de satisfacción en su interior cuando salieron del edificio.

Menos mal que su casa no estaba lejos del instituto, porque el valor la había abandonado igual de rápido que había llegado. No sabía qué decir; pero, a cambio, Adam le hablaba de los profesores que tenía ella y de los suyos. Parecía saber que, en ese momento, necesitaba que fuera él quien llevara el peso de la conversación, y le agradeció en silencio que no la avasallara con preguntas que tuviera que responder.

—Bueno, es aquí —dijo cuando llegaron al portal, y se giró para abrir la puerta.

—Espera. Quería darte esto. —Adam sacó una pequeña caja envuelta de la mochila y se la tendió. Abby la cogió con cuidado, la miró confusa y, después, lo miró a él, esperando una explicación—. Esto es para ti. Espero que te guste el color. No sabía cuál sería tu preferido.

¿Le había comprado un regalo? No lo entendía, pero no pudo disimular la emoción ni un poquito. Rompió el papel y dentro, sobre la caja, apareció la imagen de un móvil. No podía creerlo. La abrió pensando que, quizás, era algún tipo de broma, aunque no, allí estaba, envuelto en su plástico protector; un móvil nuevo, brillante, enorme y caro. No, caro no, seguro que costaba un ojo de la cara más un riñón y un buen trozo de hígado, lo sabía porque lo había visto anunciado en televisión y era el último modelo; ni siquiera sabía que estuviera a la venta. En verdad ella no entendía mucho de tecnología; sin embargo, sí que veía la tele.

—¿Y esto? No puedo aceptarlo.

—Pues es tuyo.

—Adam, no, no puedo, tiene pinta de ser carísimo, ¡y ni siquiera me conoces! Además, seguro que no sé utilizar la mitad de las funciones que tenga este trasto...

—Ya he dicho que es para ti, y no lo voy a aceptar de vuelta. De todas formas, la factura está a tu nombre.

Abby miró el teléfono otra vez. Era precioso... Su boca se curvó en una amplia sonrisa.

—¿Acaso intentas comprarme?

—¡Claro que no! ¿Quién te has creído que soy? ¿Y para qué iba a necesitar comprarte?

Bueno, quizás un poco...

Ella soltó una carcajada.

—¿Y exactamente por qué quieres comprarme?

—Bueno, sería más acertado decir que intento resarcirte y que no denuncies a mi pobre hermano. Seguro que iría a la cárcel y con su bonita cara no dudaría ni un día allí —le dijo

mientras se acercaba hasta la puerta y la mantenía abierta para ella—. Ahora entra, antes de que cambies de idea.

—De todas formas, es tu hermano —respondió, cruzando el umbral.

—Mi hermano es un capullo sin educación ni sentimientos por lo que te hizo. No eres la primera a la que trata así, ni serás la última. Se merece todo lo que le pase.



No era cierto. Viéndolo ahora, Leo no se merecía lo que pasó, ninguno de los dos merecía perderle. Aunque su alegría se basara en el mal de los demás, Abby recordaba a un chico con una sonrisa enorme siempre en la cara, que nunca estaba serio, que se creía el rey del mundo, siempre rodeado de un coro de seguidores. Ahora parecía todo lo contrario. Apagado, con la mirada baja. Triste. Enfadado. Solo.

Cruzó la clase, eligió una mesa vacía alejada, se sentó y lo observó. Observó lo que la vida había dejado en lugar del chico. O, más bien, lo que la muerte había dejado.



Abby subió corriendo a su habitación y puso el móvil en funcionamiento. Solo había un número guardado en la memoria, y un mensaje, un primer mensaje que nunca borraría.

«Este es mi número de teléfono. ¿Qué tal el día? ¿Cuál es tu color favorito?»

«El día genial. Y a partir de ahora será el dorado. Me encanta el color».



Leo notó el cambio de atmósfera en la clase cuando la puerta se abrió esa última vez, pero no le pareció la típica de cuando entraba algún profesor, pues aquella era mucho más tensa e intensa. Entonces, sintió unos ojos clavados en su espalda y, aunque al principio resistió la tentación de girarse, un momento después no pudo evitar hacerlo. Se encontró con unos ojos grises oscuros que lo miraban sobrecogidos. Ella había vuelto.

Su aparición lo pilló por sorpresa. No creía que se atreviera a volver al instituto. Había pensado que se cambiaría a otro, tampoco esperaba verla tan pronto, al menos no hasta el lunes siguiente, día en que los habían citado en el juzgado.

De repente, ella sacó el teléfono del bolsillo, lo miró, y el contacto visual entre ellos se perdió. La vio moverse entre las mesas hasta el otro lado de la clase, buscando una vacía. Se le removió el estómago. Eliot le había dicho infinidad de veces que no podía culparla, que no había sido culpa suya, pero aún le costaba aceptarlo.

Lo cierto era que ella le había arrebatado a su hermano mucho antes del accidente, hacía más de un año, después de aquella estúpida fiesta de inicio de curso. Siempre pensó que había sido una venganza, ponerlo en su contra pues, desde aquel día, no habían pasado muchos sin que pelearan o discutieran por algo, la mayoría de las veces por ella. Días después de haberla visto en el hospital, cuando fue a visitar a su madre, todavía se le ponía mal cuerpo cuando recordaba su encuentro, y aún no se sentía preparado para enfrentarse a ella.

Ni para verla seguir con su vida, algo que Adam ya nunca podría hacer.

Capítulo Siete

—*Dime que no has ido hoy al instituto con esas pintas* —le exigió Adam desde la cama cuando volvió de clase a mediodía.

—¿Qué pintas?

Abby no se había preocupado mucho por su aspecto en los últimos meses. Pasó de largo, fue directa al espejo de su cuarto y estudió su reflejo. La verdad era que iba hecha un cuadro. Su melena castaña oscura estaba llena de nudos por la parte de abajo; no recordaba si había llegado a pasarse el cepillo aquella mañana. Sus ojos se veían más rojos que grises y una sombra oscura se extendía por la parte inferior, resultado de sus malas noches. Había adelgazado tanto que la ropa le colgaba gigantesca de los hombros. Bueno, podría haber sido peor, por lo menos llevaba el pelo y la ropa limpios.

—*Si piensas seguir yendo a clase, a lo mejor te gustaría plantearte remolonear en la cama un poco menos y arreglarte un poco más.*

—¿Eso lo piensas tú o yo? —Abby dejó la mochila en el escritorio y se tumbó a su lado—. He visto a tu hermano.

—*Lo sé. ¿Cómo está?*

—Mmm, no sé... ¿Vivo? No me he fijado en mucho más.

Lo cierto era que se había pasado las siguientes horas mirándolo desde detrás. No sabía por qué, pero no podía parar de dirigir sus ojos hacia aquella parte de la clase. Le recordaba mucho a él. Había diferencias, claro. Adam tenía el pelo más claro y sus ojos eran llamativamente azules, cuando los de Leo eran casi dorados, del color de la miel. Se había dejado crecer el pelo y parecía como ella, recién levantado. Aunque los dos eran igual de altos y bastante parecidos en el físico, incluso la forma de la cara y los rasgos. Ahora bien, por dentro no podían ser más opuestos. Como la noche y el día de diferentes. Mar y tierra. Hielo y fuego.

Aun así, se había pasado la mañana mirándolo. Pero, como era evidente, no podía reconocerle eso a Adam. Incluso aunque ese Adam no fuera más que un producto de su imaginación.

—*Mentirosa. Vete a comer, anda, que tienes hambre.*

Había olvidado que él sabía todo lo que pasaba por su cabeza. Era fácil olvidar cuando aparecía. A ratos, Abby podía fingir que seguía allí y que todo era como antes, que nada había cambiado, que su vida era la misma. Durante esos momentos, se sentía mejor. Olvidaba el accidente, su pierna, el dolor. Pero, cuando desaparecía, todo regresaba. Volvían el dolor y las pesadillas, tan fuertes como el primer día. O incluso más. Por eso, intentaba estar muchas veces con él, hacer que apareciera, para que fueran menos las que tuviera que despertar y recordar que todo aquello no era más que una ilusión.

Vivía cada día atormentada por la idea de que había sido su culpa, de que ella desencadenó aquel final. ¿Y si no se hubiera mudado allí? ¿Y si hubiera elegido cualquier otro sitio al que huir? ¿Si no le hubieran dado el trabajo a Maggie? Si nunca le hubiera conocido, quizás eso le habría salvado la vida. ¿Habría preferido el poco tiempo que tuvieron juntos o ninguno, si eso significara que siguiera vivo?

Abby sabía la respuesta. Sabía que habría preferido morir en su lugar. Si no la hubiera apartado... él podría haberse salvado. Al menos Adam tenía un futuro, sabía lo que quería,

deseaba mejorar el mundo, ¿pero ella? No lo sabía antes ni ahora. Mucho menos ahora.

—No pienses eso. Yo no lo habría preferido.

—¿El qué?

—Que murieras en mi lugar.



Adam la acompañaba andando a casa cada día después de clase. Decía que la suya estaba de camino, pero ella sabía que no era verdad. Y lo sabía porque lo había conocido allí, y ella había tenido que ir en taxi. Además, su hermano nunca echaba por el mismo camino.

Al principio había recelado de él. Ya había pasado por eso antes y no quería volver a enredarse. Sin embargo, Adam se lo ponía difícil. No quería fiarse, pero confiaba. Toda su forma de ser no le inspiraba más que confianza y su instinto le decía que Adam era de los buenos. Además, había hecho un poco de investigación por el instituto. Así que, al final, se había abierto a él, igual que él se abría a ella cada día. Poco a poco, le había dejado entrar en cada hueco de su mente y de su corazón, excepto en una pequeña puerta que había mantenido cerrada para todos y que seguiría así por siempre.

Llevaban días hablando sin parar. Sobre el pasado, sobre el presente. Familia, amigos. Clases, trabajos. Y, a veces, sobre el futuro.

—¿Qué vas a hacer cuando termines aquí? —le preguntó él un día.

—Aún no lo he decidido, todavía me quedan dos años. ¿Y tú? ¿Qué harás el próximo curso?

—Mi intención es entrar en la Facultad de Educación. Siempre he querido ser profesor.

—¿Profesor de Educación Física? Es lo que más te pega —bromeó ella.

—Pues la verdad es que no, aunque tampoco me importaría. Pero quiero enseñar algo más.

—Pues deben gustarte muchos los niños. —Abby pensó en sus vecinos, dos niños pequeños a los que había cuidado en varias ocasiones y con los que nunca había sido capaz de pasar ni dos horas seguidas sin querer enterrar la cabeza bajo tierra.

—En realidad, me gustan más los adultos. Los buenos adultos. —Adam la miró de reojo—. No sé si me explico.

—¿Qué quieres decir? Sabes que si eres profesor vas a trabajar con niños y no con adultos, ¿verdad? ¿No te gustaría replantearte tu decisión?

—¡Jajaja! ¡No! Los niños no son más que adultos pequeños. Al igual que los adultos no son más que niños grandes. No sé, siempre he creído que, para arreglar el mundo, para que la sociedad mejore, hay que empezar por «arreglar» a los futuros adultos. La educación que demos ahora será la solución del mañana.

Se quedó un rato callada, meditando sus palabras, hasta que la voz del chico la interrumpió.

—Deberías empezar a pensar en lo que quieres, en lo que te gusta hacer. Dos años se pasan volando.



Abby se despertó de madrugada, con una sensación de *déjà vu* en el cuerpo. Debía haberse quedado dormida sin darse cuenta a media tarde, a pesar de que habría jurado que no podría pegar ojo aquel día. Por la mañana tenía la cita en el juzgado y los nervios le oprimían el estómago. Su madre volvería del pueblo y la recogería temprano para llegar con tiempo y hablar con el abogado antes.

La había despertado un escalofrío incontrolado. Le castañearon los dientes y sintió la piel de la

cara, la única que tenía al descubierto, helada y humedecida; se había dejado la ventana abierta. Se levantó y miró por ella. El gran jardín frente a su casa estaba oscuro, quieto y tranquilo. Los árboles parecían dormir bajo el extenso manto de la noche.

El estómago le rugió; sus tíos no la habían despertado para cenar. Ahora, la casa estaba en completo silencio. Salió al pasillo, avanzó despacio para no hacer ruido con la muleta. Fue a la cocina y se preparó un vaso de leche caliente, pero no la calmó demasiado, así que decidió salir a dar una vuelta para que le diera el aire. Solo cogió las llaves y un abrigo antes de bajar a la calle.

Cruzó la carretera y se adentró en el jardín. Allí, Adam y ella tenían un banco propio, uno que se veía desde su ventana a través de los árboles. Había bajado un par de veces en las últimas semanas, pero ya no se sentaba en el mismo, pues no le parecía bien ocuparlo sin él, sino en otro que estaba cerca. Se dirigió hacia él y se sentó.

Nunca había salido a la calle sola tan tarde. El parque estaba vacío. La calle desierta. Era enero y hacía frío. La nariz no llegaba a caldear el aire helado que respiraba antes de llegar a los pulmones, así que notaba el helor incluso dentro de ella. Se había dejado los guantes en el aparador de la entrada, por lo que se echó el aliento en las manos y las frotó para calentarlas.

Esa noche, el jardín parecía un mundo aparte, uno tranquilo, solitario y en paz, si no hubiera sido por el sonido lejano de un coche que le llegaba desde el otro lado del jardín, podría haber imaginado que era la única habitante del planeta.

—*Deberías estar en tu cama, con el pijama, caliente y durmiendo.*

—Sabes que llevo horas durmiendo, dame un respiro.

—*Bueno, no soy yo el que va a pasar frío.* —Adam se sentó a su lado y miró hacia el banco que estaba a unos metros de allí—. *¿Recuerdas nuestro primer beso?*

—Cada día.



Hacía un par de semanas que Adam le había regalado el móvil y prácticamente solo lo usaba para hablar con él. El chico le mandaba mensajes cuando menos lo esperaba, aunque se hubieran despedido hacía poco. Como aquel día. Habían tenido que quedarse en el instituto por la tarde para escuchar unas conferencias sobre el acceso a la Universidad, pues los de bachillerato estaban obligados a asistir. Al terminar, Adam la había acompañado, como de costumbre, y apenas hacía media hora que había llegado a su casa. Solo le había dado tiempo a dejar la mochila y merendar algo cuando oyó el pitido del móvil que acompañaba al mensaje entrante.

«Asómate a tu ventana».

Abby se extrañó un poco, pero de todas formas lo hizo. Al principio no consiguió verlo, aunque después lo descubrió a lo lejos, sentado en un banco del jardín, saludándola con un brazo alzado. Se rio y bajó a su encuentro, cogiendo el abrigo antes de abrir la puerta, pues empezaba a anochecer y a refrescar.

Fue hasta él y se sentó a su lado, en el banco en el que se encontraba.

—*¿Qué haces todavía aquí?*

—*Estoy esperando al viento.*

—*¿Perdona?* —Abby se rio—. *Dices que estás sentado aquí, solo, en este banco enfrente de mi casa que, por cierto, dista bastante de la tuya, ¿esperando al viento?*

—*Pues sí, eso he dicho. Y eso es exactamente lo que hago. No creas que todo gira en torno a ti.* —Abby enarcó una ceja ante el comentario—. *¡Jajaja! No me malinterpretes. Quiero decir que una persona, un chico como yo, puede sentarse en un banco, enfrente de tu casa, lejos de la*

suya, y no para esperarte a ti. Además, ahora que has bajado ya no estoy solo —señaló, mirándola a través de las pestañas, y ella no pudo evitar reírse todavía más.

—Para esperar al viento, entonces.

—Exacto.

—Pues vaya tontería de excusa —dijo—, lo del viento.

—Pero ¡qué dices! ¿Es que tú nunca lo has hecho? —Abby negó con la cabeza—. ¡Vaya pueblerina! ¿No sabes que, si lo esperas, el viento suele traer cosas buenas?

Ella permaneció pensando un momento.

—Pues a veces el viento se lleva las casas de la gente; no creo que eso sea bueno.

—Si lo ves desde el punto de vista de perder tu casa pues supongo que no. Peerooo, si lo miras como que, gracias a eso, pueden construirse una casa nueva, diferente y mejor que la anterior, entonces sí es algo bueno. Así no se aburren de tener siempre la misma.

Se miraron durante un momento antes de estallar los dos en carcajadas.

—¡Pues ya pueden tener una enorme cuenta bancaria! Aun así, sigo pensando que es más bien una desgracia.

—Bueno, de todas formas, esos son otros vientos. El de aquí sí trae cosas buenas, y hoy han dicho en las noticias que iba a soplar, así que aquí estoy.

En ese instante, cobró fuerza una suave brisa que agitó las ramas de los árboles y extrajo un suave rumor de las hojas.

—Ya viene, ¿lo oyes? Escucha los susurros.

Abby miró por encima de su cabeza hacia los árboles de detrás, por eso no lo vio acercarse. Como si el aire lo empujara, Adam inclinó la cabeza hacia ella y la besó, tan suave como las ramas se movían al son del viento. Cuando se separó de ella, el corazón le latía desbocado, deseoso de más.

—¿Ves? —le dijo—. Te dije que el viento traía cosas buenas.

Adam se levantó y le dio la espalda, con intención de irse.

—¿Y cómo sabes que esto es algo bueno para mí? ¿Y si no era lo que yo quería? ¿Y si no me ha gustado?

—En ese caso, tendremos que esperar al viento de mañana, a ver si hay más suerte —respondió, antes de alejarse.

Abby se quedó sola, sentada en aquel banco, con las piernas temblando y el recuerdo del beso en los labios.



—Tuviste tanta suerte que ni te lo crees —le dijo Abby—. ¿Qué habría pasado si no llega a levantarse nada de viento en ese preciso momento?

—Habría encontrado cualquier otra excusa para besarte.

Entonces, Abby se fijó en el deportivo rojo con los cristales tintados. Era la tercera vuelta que daba al jardín. Al principio había creído que buscaba aparcamiento, pero había pasado varios huecos de largo y la última vuelta la había dado tan despacio que le había parecido extraño. Ahora, al pasar por detrás de ella, había aminorado mucho más la marcha.

—Vete de aquí.

Abby se sintió observada, y un escalofrío le recorrió la espalda cuando el coche paró en seco.

—Abby, ve a casa, ¡rápido!

El coche apagó el motor, pero Abby sabía que no por haber aparcado; estaba en medio de la carretera. La puerta del conductor empezó a abrirse.

—¡Abby!

Se sobresaltó al escuchar su nombre delante de ella. Maggie corría hacia el banco con el rostro desencajado.

—¡Abby! ¿Se puede saber qué haces? ¡Me has dado un susto de muerte!

—No podía dormir...

La puerta del deportivo se cerró de un portazo y el motor se encendió.

—¡No puedes bajar a la calle de madrugada tú sola! ¡Y menos sin avisar! Dios, ¡podría haberte pasado cualquier cosa!

Abby observó el coche mientras se alejaba con rapidez.

—¡Me estás escuchando?! —exclamó Maggie, con los brazos en jarras.

—Sí, perdona. —Volvió la cabeza hacia su tía—. No pensé que te despertarías.

—Anda, vamos a casa. —La agarró del brazo para ayudarla a levantarse.

Adam ya no estaba, se había ido. Miró a su espalda por última vez, pero el coche también había desaparecido.

Capítulo Ocho

Llegaron temprano al Palacio de Justicia, donde la había citado el juez que llevaba el caso. Entrar allí no era fácil. Tuvieron que identificarse en la entrada, pasaron por el detector de metales, registraron sus bolsos y, solo después, pudieron sentarse en las sillas que había delante del despacho del juez.

—Es una jueza —aclaró el abogado—, y tiene fama de solidarizarse mucho con las víctimas.

—Abby está un poco nerviosa, ¿podría explicarle un poco lo que tiene que hacer? —le pidió Sara.

—¡Claro! No tienes que preocuparte por nada. En realidad, tú ya dijiste todo lo que pasó en su momento, así que solo tendrás que corroborar tu declaración inicial, quizá responder alguna otra pregunta sencilla.

—Es que no puedo... pensar en ello —se lamentó Abby—. No puedo recordar todo lo que pasó.

—Tranquila, dudo que la jueza Cros te haga repetir todo lo que ya explicaste, como te he dicho, es muy sensible con las víctimas. Yo creo que se limitará a leer tu declaración y tendrás que decir que sí ocurrió de esa manera. No nos llevará mucho tiempo. Esto es más bien un mero trámite burocrático. —El abogado se levantó del asiento—. Voy a preguntar cómo van de hora. Enseguida vuelvo.

—Cariño —dijo su madre—, yo necesito ir un momento al aseo. ¿Quieres acompañarme o te quedas aquí?

—Mejor te espero aquí —respondió ella—, pero date prisa.

—Guarda esto.

Abby no se había interesado en todos esos meses por el papeleo legal hasta que su madre dejó sobre sus rodillas la carpeta azul donde guardaba los documentos del caso, y la curiosidad pudo con ella. La abrió y comenzó a hojear el contenido, sin detenerse a leer demasiado. La primera hoja era la citación que habían recibido para ese día. Después, diligencias, autos, recortes de periódico, fotocopias... No sabía cómo su madre había podido reunir tantos papeles en tan poco tiempo, la carpeta pesaba lo suyo. La mayoría de los textos no los entendía y los pasaba rápido. Entonces estornudó, y unos cuantos papeles cayeron al suelo, desordenados.

—Mierda —susurró.

Se agachó, comenzó a recogerlos y meterlos de nuevo en la carpeta, sin fijarse mucho, hasta que, en uno de ellos, en el lugar donde ponía investigado, un nombre llamó su atención, y el tiempo se paró. Ese nombre... ella lo conocía. Lo conocía tan bien que habría sido imposible pasarlo por alto. El color abandonó su rostro, empezaron a temblarle las manos y su respiración se aceleró. Empezó a revisar meticulosamente todos los documentos y descubrió el mismo nombre en todos. Su primer pensamiento fue salir corriendo, un acto que había mecanizado con el tiempo, a base de repeticiones. Después, intentó calmarse y pensar con objetividad, sin dejarse llevar por el pánico.

—De acuerdo, Abby, cálmate —se dijo a sí misma, hablando en voz alta—. Podría ser una casualidad. Podría no ser él. Mucha gente tiene nombres iguales.

Sara volvió del aseo y, al ver a su hija en el suelo rodeada de papeles, supo que algo no iba

bien. Estaba pálida; más de lo normal. Al fijarse en la carpeta azul vacía, pensó que su estado se debía a los documentos que había guardado en ella. Recordó los recortes de periódico y se arrepintió de haberla dejado sola con la carpeta. Mientras se acercaba, también vio salir a su abogado de la sala donde había entrado unos minutos antes.

—Ya están terminando —les dijo.

Sara se agachó al lado de su hija para ayudarla a recoger los papeles.

—Cariño, ¿estás bien?

Entonces, Abby oyó abrirse la puerta a su espalda y voces saliendo. Y una voz en concreto, resaltó sobre las demás. Hasta que su abogado confirmó su horrible temor.

—Es él.

Cuando lo vio, lo que quedaba de su mundo se quebró en pedazos. Ese chico, no solo le había arrebatado la vida a Adam. También lo había hecho con la suya propia mucho tiempo atrás, hacía más de un año. Los recuerdos comenzaron a agolparse en su memoria, como si volviera a revivirlos uno a uno. Recordó su entusiasmo cuando lo vio y hablaron por primera vez, la emoción de su primer beso, el recelo cuando empezó a conocerlo, el miedo cuando se atrevió a dejarlo. Cada prohibición, amenaza, grito, golpe, los sentía de nuevo sobre y bajo la piel. Después, la cara de su madre cuando le rogó que le dejara ir con sus tíos, cuando no le dio ninguna otra explicación; el dolor de su mirada al claudicar, al despedirse de ella, al abandonarla, al dejarla sola.

Él había sido el verdadero motivo de su necesidad de huir. Su secreto más oscuro. Su pesadilla por las noches. Había roto su vida entonces, en pedazos minúsculos que le había costado mucho esfuerzo recomponer. Había dejado su alma y su corazón estériles y yermos, hasta que Adam los había regado cada día, con sus risas, sus caricias y su amor, hasta conseguir revivirlos. Ahora, había terminado de destruir todo lo que tenía. ¿Casualidad? Lo dudaba.

Era demasiado poético para ser solo una mera casualidad. Entonces, cuatro palabras se iluminaron en su mente con una claridad arrolladora: «Te arrepentirás de esto».

Cuando Lucas salió del despacho, sus miradas se encontraron y, por un momento, Abby creyó atisbar una pequeña sonrisa dibujándose en su rostro, que enseguida desapareció. Se levantó cuando él se acercó corriendo hasta ella.

—Abby, yo...

Ella no daba crédito. Su mandíbula colgaba sin sentido y no conseguía articular palabra, pero su mente trabajaba a cien por hora. Pensamientos oscuros comenzaban a formarse en los límites de su conciencia de forma rápida. Todo ese tiempo, el año y medio que se había sentido segura, no había sido más que una ilusión. Debería haber sabido que no podría estar a salvo en ningún sitio, no mientras estuviera en su punto de mira. Ni las personas de su alrededor. Ahora, más que nunca, sabía que había sido por ella. Que había sido su culpa.

Leo llegó en ese momento a la zona de espera, acompañando a sus padres, y se encontró con una escena de lo más extraña. Un tío se había abalanzado sobre la novia de su hermano, mientras todos formaban un corro a su alrededor, por lo que él también se acercó a ver qué pasaba.

Otro hombre se acercó con rapidez y se interpuso entre ellos.

—Lucas, esto no es lo más apropiado de hacer en tu situación, venga...

—Lo siento mucho, de verdad. Fue un accidente, una casualidad. No sabía que eras tú —seguía diciendo el chico sin parar.

Abby parecía aterrada. Él la tenía agarrada por el brazo, mientras el hombre trajeado intentaba en vano separarlo de ella. Entonces llegó un guardia, alertado por los gritos, y le pidió que le acompañara.

—¡Aléjate de ella! —gritaba la madre de Abby.

—¡Tienes que creerme! —gritó a su vez aquel tipo mientras se lo llevaban.

El abogado de sus padres se acercó también para sacarlo de aquel embrollo.

—Ese... era el conductor del coche —le explicó—. Esta situación no debería haberse producido, lo habitual es que los investigados y las víctimas permanezcan separados y no se vean.

—Abby, ¿qué está pasando? —le preguntó su madre—. Tú... ¿ya lo conocías?

Para cuando la mujer formuló la pregunta, Leo ya había atado cabos y llegado a la misma conclusión, y un odio profundo empezó a adueñarse de él.

Ella lo conocía. Conocía al asesino de su hermano. Lo conocía «de antes» del accidente. ¿Casualidad? Lo dudaba. No lo era. A esas alturas dudaba hasta de si había sido un accidente. Todo había pasado por su culpa. Adam había muerto Abby. Porque ella conocía a aquel tipo. Porque seguro que se lo había tirado, o a saber. Y porque el santurrón de su hermano había decidido apartarla en el último segundo y quedarse él en la trayectoria del coche. Podría haberse salvado, tenía reflejos, era ágil, pero en su lugar la había salvado a ella. Y, ahora, Leo ya no podría llegar nunca a ser un buen hermano porque había dejado de tenerlo.

Él tenía razón al odiarla. La tuvo todo ese tiempo.

Abby corrió al aseo. O, mejor dicho, cojeó hasta allí. Se apoyó en el lavabo y se miró al espejo. Un reflejo que no reconocía le devolvió la mirada. Estaba harta y cansada de todo aquello. Encontrarse con Lucas allí y descubrir el pastel había sido la gota que hizo que el vaso estallara. Nada de derramarse; literalmente, se había hecho añicos. Su vida decaía a pasos agigantados. Era un tren sin frenos y se sentía a punto de descarrilar. Abrió el grifo y se mojó la cara con el agua helada. Oyó un par de toques en la puerta antes de abrirse. Era su madre.

—Abby, no me des la espalda. —Ella no respondió—. Necesito que hables conmigo. ¡No entiendo nada! ¿Quién era ese chico? ¿Quién era «antes» del accidente?

—Mamá, ahora no, por favor.

Sara ahogó la siguiente frase y suspiró.

—Nos están esperando —dijo, antes de salir por la puerta.

Ella también salió y el abogado la guio hasta el despacho de la jueza. Su abogado la acompañó dentro, pero su madre tuvo que esperar fuera. Cuando entraron, una mujer discutía con una chica pelirroja sentada frente a un ordenador de aspecto bastante antiguo.

—Esto ya lo habíamos hablado antes. No puedes citarme en horas consecutivas del mismo día a los investigados y a las víctimas. ¡Es de sentido común! Ya has visto la situación que se ha producido, y podría haber sido mucho peor. —La mujer reparó en ella—. Que no se vuelva a repetir —concluyó—. Hola, tú debes de ser Abby. ¿Qué tal estás? Siento mucho lo ocurrido ahí fuera.

Abby se encogió de hombros.

—Bien, vamos a terminar con esto rápido.

Tal y como le había explicado el abogado, no tuvo que repetir lo ocurrido. Le dieron unas hojas donde estaba escrito a máquina lo que ella había contado el día del accidente, y le pidieron que lo revisara por si quería añadir algo. Empezó a leerlo, pero pronto no pudo seguir, así que lo fingió. Pasó las páginas y movió los ojos, y después dijo que sí, que había sido así, y que no quería decir nada más. Fue rápido, apenas cinco minutos. La dejaron marchar.

Entraron en el coche, pero su madre no arrancó el motor.

—Dime que no es cierto. —Abby no respondió. Se limitó a agachar la cabeza—. ¡Dímelo!

—No puedo hacerlo.

Sara se echó las manos a la cabeza.

—¡Dios mío! ¿De qué lo conoces? ¿Fue realmente un accidente?

—¡No lo sé!

—Será mejor que empieces a hablar.

Sin más remedio, tuvo que contarle a su madre lo que se había callado tanto tiempo, si bien le dio una versión más suavizada de la realidad, midiendo sus palabras con precaución. Debía tener cuidado para no hablar de más y evitar que su madre iniciara una cruzada en su defensa que no podía ganar. En cambio, tenía demasiadas cosas que perder si la emprendía contra Lucas.

Su madre la escuchó sin mirarla ni decir nada, con los brazos y la cabeza apoyados en el volante. Al terminar, pasaron unos minutos en silencio hasta que, por fin, Sara habló.

—Creo que es el momento de que vuelvas a casa conmigo.

—¡No! —gritó Abby—. No puedo volver, ¡ahora menos que nunca! Él está allí. Aquí estoy mejor. Allí ya no me queda nada...

—Vaya, gracias. —Sara se mostró ofendida ante las palabras de su hija.

—¡No! No me refiero a ti. Te quiero, mamá. Pero no puedo volver.

Sara guardó de nuevo silencio. Y volvió a tomar la misma decisión que ya tomó una vez, muy a su pesar.

—De acuerdo.

—No puedes contárselo a nadie —se apresuró a pedir Abby. No podía dejar que su madre se entrometiera y lo empeorara todo. Repitió—: A nadie.

—No lo haré. De momento, mantendremos toda esta información entre tú y yo. Hasta que averigüe qué hacer.

Cuando llegó a casa y se metió en su habitación, Adam la miraba desde el otro lado, apoyado en la ventana. Sus ojos delataban la acusación y la decepción. O eso creyó leer en ellos.

Capítulo Nueve

Abby se sentía como si no hubiera pasado el tiempo. Como si fuera un año y medio antes y siguiera todavía en el pueblo. El miedo había vuelto, y no lo había hecho solo, con él había regresado el pánico cada vez que tenía que salir a la calle, la paranoia, los sobresaltos cuando sonaba el teléfono o el timbre o cuando escuchaba su nombre, los sustos, el mirar a todas partes cuando estaba fuera de casa, el vigilar su espalda todo el tiempo...

Y, por si la posible presencia de Lucas no fuera suficiente, un nuevo y extraño elemento se había sumado a su lista de terrores.

Dos semanas después de su declaración, como cada mañana, Maggie la llevó a clase en coche. Pero aquel día, cuando arrancó, Abby vio por el espejo retrovisor un deportivo rojo con los cristales tintados, y habría jurado que se trataba del mismo vehículo que había visto la noche que bajó al jardín de madrugada. A mitad de camino lo perdió de vista; sin embargo, cuando bajó del coche delante del instituto, volvió a aparecer, pasando por su lado para adelantarles. No consiguió distinguir nada en el interior, aunque se le erizó todo el vello del cuerpo. Si bien podía ser perfectamente otra casualidad, otro coche o persona, hacía tiempo que había dejado de creer en ellas.

Llegó a clase con la piel aún de gallina, y no solo por el incidente. Hacía un par de días que Abby había dejado de sentirse cómoda en clase. Durante los primeros días había disfrutado de una libertad que no había sentido en los meses que había pasado en casa. Los profesores no le hablaban mucho; los alumnos aún menos. Excepto por los saludos de Marga y Alexia, no alternaba con nadie más. Los primeros no le habían exigido ningún trabajo, ni deberes; tampoco que pasara los exámenes de recuperación del primer trimestre.

Hasta aquella semana, en que las cosas habían cambiado. Al principio de forma sutil, algún profesor había empezado por hacerle alguna pregunta en clase. Luego fue con los trabajos. En especial, el profesor de Lengua y Literatura, un chico joven recién salido de la carrera que acababa de llegar para sustituir a la Mocho y que aún sentía la pasión por enseñar su asignatura, ponía mucho empeño en ella. El día anterior le había ampliado el plazo para entregar un poema, pero Abby no lo había cumplido, así que, al final de la segunda hora de clase, la llamó a su mesa.

—Tienes que ponerte las pilas, Abby —le dijo. Le costó un poco centrarse en la bronca, pues aquella había sido una noche particularmente cargada de pesadillas—. Tienes que empezar a centrarte en tu futuro, si no lo haces cuanto antes no vas a llegar preparada a Selectividad y vas a desperdiciar otro año de tu vida aquí. No creo que sea esa tu intención, ¿verdad?

—No —respondió, negando al mismo tiempo con la cabeza.

—Voy a darte hasta el final de la mañana, pero no más. Si no me lo entregas tendré que suspenderte. No puedo ayudarte más si tú misma no te dejas. Colabora un poco. Solo tienen que ser un par de versos, eso sí, que rimen al menos, ¿estamos?

—De acuerdo.

El profesor le puso la mano en el hombro con una sonrisa. Entonces recogió sus cosas y se marchó, ya que pronto entraría el siguiente. El chico estaba siendo paciente con ella, a pesar de que Abby no recordaba ni su nombre.

Se giró para regresar a su mesa, pero se topó con la mirada de Leo, que la observaba desde la

suya. Abby no se había dado cuenta de que estaban hablando casi al lado de su pupitre. Debía haberlo escuchado todo.

—¿Qué? —soltó ella.

—Nada. —Pasó de largo, aunque él volvió a hablar, así que se dio la vuelta—. Solo que no eres la única con problemas, ¿sabes? Los demás ya nos hemos hecho a la idea y procuramos seguir con nuestras vidas. Deberías intentarlo, parece que te vendría bien.

—Imbécil.

Puso los ojos en blanco y le dio la espalda.

—Supéralo —le oyó decir.

Dios, Abby le odiaba. Había sentido lo mismo por él desde el día en que acabó dentro de su piscina. Se preguntó si la expulsarían por partirle la cara. Cómo no iba a seguir él con su vida, si era lo que siempre había hecho. ¡Qué hipócrita! Ni que fuera el mejor hermano del mundo. El tiempo que estuvo con Adam solo los había visto discutir y pelearse por todo.

Aquellas semanas había conseguido ignorarlo, dejar de mirarlo. Casi se había convencido de que no pasaban seis horas compartiendo la misma habitación y respirando el mismo oxígeno. ¿Por qué había tenido que hablarle ahora? El año anterior él también la había ignorado durante el curso entero. Incluso en las pocas ocasiones en que había coincidido con él en su casa, porque casi nunca estaba, había pasado completamente de ella y no le había dirigido la palabra ni una sola vez. Abby esperaba que esa ocasión hubiese sido solo una excepción.

Pasó la siguiente hora concentrada en olvidarlo para poder concentrarse en hacer el maldito poema. Encima, la temática tenía que versar sobre su vida. No sabía qué pretendía el profesor que escribiera. Empezó a garabatear palabras al tuntún.

Qué bonitos ojos tienes,

redonditos como el sol.

Se parecen a los ceros

que me pone el profesor.

La última rima le provocó una sonrisa. Después, probó otra cosa.

Brilla la luna,

brilla el sol,

brilla la calva

del profesor.

Con aquello soltó una pequeña carcajada que consiguió que los alumnos de las mesas más próximas giraran la cabeza hacia ella. No se le daba tan mal, oye, por lo menos había conseguido que rimara.

—*Sabes que no puedes entregar eso* —restalló la voz de Adam en su cabeza, con tono disgustado—. *Tómatelo en serio, anda. Necesitas aprobar.*

Ella le puso los ojos en blanco a su mente. A veces era odiosa.

Arrugó el papel donde había escrito los versos y cogió otro. Marga y Alexia la saludaron cuando sonó el timbre del recreo.

—Abby, ¿vienes a desayunar con nosotras?

—No puedo, tengo que terminar esta porquería de poema y entregarla hoy.

—Bueno, ¿quizás otro día? —insistió Alexia.

De vez en cuando la invitaban a sentarse con ellas o a salir al patio juntas. Aunque hasta ahora se había negado, ellas seguían insistiendo.

—Claro, otro día.

No estaba segura de que ese otro día fuera a llegar alguna vez; aun así, seguía dándoles largas

cada vez que le preguntaban.

Se pasó la mañana escribiendo y tachando palabras al azar. ¿Qué podía escribir? Intentó reflejar algún sentimiento, aunque era difícil hacerlo cuando no sentía más que rabia, ira, culpa... No creía que el profesor quisiera descubrir esa parte de sí misma. Nadie quería leer esas cosas. Y disimular la verdad no se le daba bien, así que, al final, se dio por vencida en tratar de escribir lo que no era. En la última media hora de clase escribió los primeros cuatro versos que le salieron de forma sincera. Cuando terminaron las clases se acercó a la sala de profesores e introdujo la hoja doblada en el casillero del profesor de Lengua, imaginando que este ya se habría marchado. Bajo su nombre se leían cuatro frases cortas.

Girasoles negros ondean al viento,
sus oscuras miradas ya no siguen al sol.

La muerte las ha cegado.

Ya no son nada, ya no son flor.

Abrió la puerta para salir de la sala, pero se giró un momento. Aunque dudara, ya no había marcha atrás, no podía meter la mano por el estrecho hueco para recuperar la hoja, no le cabía. Decidió dejarlo estar, lo hecho, hecho estaba, y se fue a casa con la satisfacción de haber seguido las instrucciones del trabajo al pie de la letra, escribir algo sobre su vida.

Aquella tarde le dolía la pierna demasiado. Hacía dos semanas que no asistía a las sesiones de rehabilitación. Intentaba convencerse —a ella misma y a Maggie cada vez que se lo recordaba— de que había estado ocupada con las clases, pero no era cierto, ya que ese día había sido el primero que había hecho algo de deberes. Cuando Maggie la sorprendió un rato después dándose un masaje alrededor de la cicatriz, tuvo que aguantar una buena reprimenda.

—¡Te estás dejando, Abby! —le gritó a pleno pulmón—. ¡Has dejado de ir a la rehabilitación! Laura llama cada dos por tres preguntando por ti y ya no sé qué excusa ponerle a la pobre chica. ¡No te tomas en serio el instituto! Tus profesores ya me han contado que no haces nada en clase. ¡Y eso que ni siquiera te pido que colabores lo más mínimo en la casa! Todo lo que haces es sentarte en ese estúpido banco a pasar el tiempo, estar tirada en la cama y hablar sola, ¡no pienses que no me he dado cuenta! ¡Todos te oímos! —Entonces bajó el volumen de voz a la décima parte—. Y que sepas que Tom ya piensa que tienes un problema serio. Pero yo —dijo, señalándose el pecho— sé que no, que no estás loca, ¡es que no te da la gana!

—Sí, es verdad, es que no me da la gana vivir —respondió Abby cínica.

Maggie soltó un largo suspiro y cruzó la habitación para sentarse a su lado.

—Abby, sé que ha sido un trauma enorme, una desgracia tremenda, créeme que lo entiendo, y sé que el dolor no se va a ir así como así, que va a costarte mucho superarlo. Todos lamentamos muchísimo lo que pasó, nosotros también lo conocíamos y lo apreciábamos. Pero han pasado meses, tienes que empezar a pensar en ti y en tu futuro. —Aquellas palabras ya le sonaban a Abby, y empezaba a estar harta—. Toda tu vida no va a ser así. Adam no habría querido esto para ti.

—¡Qué sabrás tú lo que él quería!

Maggie se sobresaltó con sus gritos. Se pasó las manos por el pelo, echándolo hacia atrás, en un gesto que le recordó a su madre.

—No quiero que te vayas, pero si esto sigue así, lo mejor será que vuelvas a casa con tu madre —se levantó de la cama para salir—. Intentalo. Estudiar. Un poquito hoy, un poquito mañana. Y, cuando te vayas a dar cuenta, ya estarás en la universidad y todo esto habrá quedado atrás.

Abby sabía que aquello no era cierto. Mientras Lucas la persiguiera, nunca quedaría atrás. De una forma u otra, seguiría apareciendo en su vida para tirar abajo todo lo que hubiera construido.

En cuanto Maggie abandonó la habitación y cerró la puerta, Adam apareció a su lado.

—*Maggie tiene razón. Yo querría que estudiaras, que salieras, te divirtieras, volvieras a andar... No que estés así todo el día. Lo sabes. Sabes que es así.*

No tenía fuerzas para otra charla, y menos con su propio subconsciente, así que se puso los auriculares, los conectó al móvil y encendió la radio. Haciendo un enorme esfuerzo, sacó el libro de Historia de la mochila e intentó leer algo para el examen de la semana siguiente.

Cuando se despertó por la mañana eran las ocho menos diez; si no se daba prisa, llegaría tarde. Maggie pasó por el pasillo dando golpes en la puerta y gritándole lo mismo. El libro de Historia se le había quedado pegado a la cara y le pitaba un oído por haber tenido la música encendida toda la noche.

No recordaba haberse quedado dormida. Debió caer de aburrimiento en algún punto entre la regencia de María Cristina y la de Espartero. Por lo menos, se dio cuenta, había conseguido retener algo de la lección. Encima, sus sueños se habían llenado de oscuros girasoles que se deshacían en cenizas.

—Buena forma de empezar el día...

Se levantó mientras decidía qué ponerse. Cada mañana pensaba lo mismo: si dejara la ropa preparada el día anterior no perdería tanto tiempo; pero luego siempre pasaba igual, llegaba la noche y se acostaba sin hacerlo.

Sobre el respaldo de la silla del escritorio había un montón de prendas medio sucias que ya debería echar a lavar sin revisarlo siquiera. Se acercó, cogió los pantalones de la parte superior y los miró. Estaban un poco arrugados. Luego se los acercó a la cara y los olió. Definitivamente, no estaban para poner, así que sacó unos vaqueros anchos del armario y cogió una sudadera que Maggie le había dejado hacía días lavada y doblada sobre otro montón de ropa limpia encima del escritorio. En algún momento debería ordenar aquella habitación. La sacudió un poco para retirarle el posible polvo que pudiera haberle caído y se vistió. Se puso unas deportivas sin cordones a toda prisa; no tenía tiempo para atar las largas cordonerías de sus botas de diario.

Se colgó la mochila, pasó por la cocina, se bebió de un trago el vaso de leche que alguien le había preparado, aunque estaba ya frío, y salió por la puerta que Maggie estaba sujetando abierta para ella, con expresión enojada. Iba a tener que hacer algo para solucionar aquello, estar de morros con Maggie no era nada bueno. Su tía podía tener mucho genio y, además, vivía en su casa.

Llegó a clase con el tiempo justo, aunque aún pudo sentarse, sacar los libros, sonreír a los saludos de las chicas y esperar unos minutos al profesor, aunque el timbre había sonado hacía más de diez. Aquel día tocaba otra vez Lengua a primera, y ese no solía llegar tarde. Cuando por fin apareció se digirió a su mesa y, desde allí, le lanzó una mirada que Abby no supo descifrar.

—Perdonad el retraso —es lo único que comentó antes de lanzarse a explicar la lección.

Abby pasó las tres primeras horas poniendo toda su fuerza de voluntad en estar atenta y no dormirse. De verdad. Para su sorpresa, consiguió enterarse de la mayor parte de las explicaciones, a pesar de que aún tenía que recuperar el primer trimestre. Estaba tan atenta a la pizarra que, cuando sonó el timbre del recreo, vio cómo el profesor de Lengua se asomaba a la puerta otra vez, y rezó para que no fuera por ella y por su maldito poema. Pero, en lugar de a ella, fue a Leo a quien pidió que saliera, así que dejó de preocuparse.

Guardó los libros y se dedicó a su pasatiempo de todos los recreos: comerse un bocadillo garabateando en un papel y mirando noticias en el móvil. Qué gran invento habían supuesto las tarifas de datos: información en cualquier parte. Estaba tan absorta que se sobresaltó cuando una mochila cayó con un fuerte golpe en la mesa contigua a la suya, la que había estado vacía desde que se sentó allí el primer día después de Navidad.

Levantó la mirada esperando encontrarse con alguien nuevo, pero no tuvo tanta suerte. Leo

arrastraba la silla hacia atrás haciendo todo el ruido posible para —oh, no— sentarse en ella. Abby levantó las manos para frenarlo.

—Espera, espera, espera. ¿Se puede saber qué haces?

Él la miró con cara de pocos amigos.

—Sentarme en este sitio libre.

—Tu sitio de siempre también está libre. Puedes seguir sentándote allí.

—Ojalá —respondió mientras se dejaba caer en el asiento.

—No necesito, ni quiero, que te quede bien claro, tu compañía.

—A lo mejor no lo hago por ti. A lo mejor lo hago por mí. A lo mejor me he hartado de verte cada día aquí sola todo el tiempo, con esa expresión tuya, como si se hubiera escapado tu poni favorito o te hubieran arrebatado la vida. Ah, no, que no fue a ti. —Eso fue un golpe bajo, lo que la enfureció aún más—. Además, yo también estoy solo, como todo el mundo se empeña en hacerme notar últimamente. Ahora podremos compartir la soledad —dijo con ironía y sin disimular ni un poco la aversión que sentía ante esa idea.

—Pues yo no quiero compartir nada contigo, estaba muy a gusto con mi soledad, ¿sabes? Al menos ella no me molestaba ni me sacaba de quicio.

—¡Ja! ¿Pero qué te crees? Ni en tus mejores sueños me apetecería a mí sentarme contigo. Vengo del despacho de la Jefa de Estudios, ¿qué te creías? ¿Que pretendía hacerte un favor y acompañarte? Me ha ordenado que me siente aquí contigo, «dado que hemos pasado por la misma tragedia». —Imitó la voz de la mujer con exageración, poniéndose una mano en el pecho—. Resulta que el de Lengua le ha enseñado tu precioso poema.

Abby se quedó boquiabierta. De haber sabido lo que implicaría, le habría entregado el de la calva. ¿Por qué había decidido empezar a hacer las tareas por esa en concreto? ¿Por qué había tenido que entregárselo? Desde luego, había hecho bien en dudar, debería haber hecho caso a su instinto.

—Por cierto —continuó él, cortando sus pensamientos—, absolutamente maravilloso. Es tan oscuro que dan ganas de cortarse las venas.

—¿Lo has leído?! —exclamó, estupefacta.

—Sí. De hecho, he tenido que hacerlo casi obligado, no creas que quería.

Dios mío, eso sí que era malo. Ella había hecho un trabajo para una única lectura, la del profesor, y resulta que lo había pasado de mano en mano. No quería imaginarse lo que sucedería si llegaba a las de su tía. Lo que le faltaba después de la bronca del día anterior. ¡Menudo traidor! Y luego los profesores pretendían que los alumnos confiaran en ellos, para más tarde apuñalarlos por la espalda.

Abby sacudió la cabeza. Primero, debía ocuparse del problema que tenía delante. Trató de alejarlo de allí.

—Mira, si es por eso puedes volver a tu sitio tranquilo, que yo no...

El timbre de vuelta a las clases la interrumpió.

—Tendrás que aguantarte —le dijo cuando los primeros alumnos empezaron a entrar por la puerta y se les quedaron mirando, a todas luces sorprendidos. Leo los desafió con la mirada—. Yo puedo vivir con ello.

Su cara parecía decir todo lo contrario.



Leo pensaba que el día no iba del todo mal cuando Martín, el profesor de Lengua, lo había sacado de clase para hablar con él. Lo llevó hasta el despacho de la Jefa de Estudios, donde los

dos le explicaron sus preocupaciones sobre Abby. Le dijeron que él parecía sobrellevarlo mejor y que querían que se juntara con ella para ayudarla a superarlo y a retomar los estudios, ya que ambos habían sufrido la misma tragedia, aunque él había seguido asistiendo a clase los meses anteriores. Tuvo que tragarse las palabras cuando casi soltó que preferiría ayudar a un mono a aprender a escribir que ayudarla a ella a superar algo que ella misma había provocado.

Después le enseñaron el poema que había terminado por alarmarlos. ¡Vaya idiota! ¿No podía haberse inventado cualquier otra mierda que rimara en vez de montar todo aquel tinglado? Lo mismo que había hecho él. Obviamente, su vida no era el camino de rosas que había escrito, pero lo había hecho para pasar desapercibido.

Estaba claro que lo único que pretendía Abby era llamar la atención de todos y tenerlos a sus pies, pendientes de ella en todo momento. Seguro que en realidad se había sentido encantada cuando se produjo el incidente de la piscina; fue el centro de atención durante un buen rato. Y eso que no había sido más que un accidente. Cuando él le dio la vuelta, Valentina le empujó por detrás y, de la impresión, a él se le escaparon sus dedos, la chica se desequilibró y terminó en el agua. Pero todos esperaban algo así de él, así que, para no decepcionarlos, siguió con la broma y fingió que lo había hecho aposta.

Ahora que lo pensaba, ojalá sí lo hubiera hecho a propósito.

Decidió que, si tenía que sentarse con ella por obligación, al menos no se lo pondría fácil el resto del curso. Ni hablar de ser amable.

Capítulo Diez

—¿Sería mucho pedir que dejaras de usar mi mesa como suplemento?

Solo hacía un mes que había vuelto al instituto y ya quería pegarse un tiro. Y no precisamente por las clases, a las que cada vez ponía más interés; hasta había conseguido aprobar un par de exámenes y pronto tendría otro de recuperación de la primera parte de Mates —por lo que Maggie y su madre estaban de buen humor—. Desde que Leo se sentaba a su lado su grado de ansiedad se había elevado a niveles alarmantes. Discutían al menos una vez al día y el resto del tiempo no se hablaban, no se miraban, procuraban no rozarse. Y cuando lo hacían sin querer, ambos saltaban como si el otro le hubiera producido una descarga eléctrica.

Abby no sabía cuál de las dos opciones prefería, si las puyas o el silencio incómodo, porque cuando él pasaba de ella, cuando solo estaba ahí, sentado a su lado, a lo suyo, su sola presencia la volvía loca. Le costaba mucho más trabajo concentrarse, el movimiento de su mano deslizándose rápida por el papel llamaba demasiado su atención.

Además, no soportaba tener solo media mesa disponible para poder trabajar, pues él no dejaba de invadirla, y parecía hacerlo a propósito. Una mañana, al llegar, colocó su estuche en medio de los dos pupitres, a modo de valla, para que él no pudiera ocupar su espacio. Cuando Leo llegó y la vio, se rio de ella.

—¿Qué tienes ahora, ¿cinco años? —espetó, mirándola con una ceja levantada.

Ella pensó que sí, que a lo mejor había vuelto a los cinco años, pero que así, por lo menos, tenía su mesa entera para ella, y no solo la mitad que él le dejaba después de esparcir todas sus mierdas por encima. Como es obvio, no se lo dijo a la cara. Lo pensó y se limitó a ignorarlo.

Aquel día, Abby se sentía especialmente borde y dispuesta a no callarse una. Empezaron a discutir de nuevo a raíz de unos ejercicios de Matemáticas que, según él, no podían resolverse como ella había hecho.

—Quizás en tu antiguo instituto de pueblo chapado a la antigua se hacía así, pero aquí, así es mal.

—¡Déjame en paz! ¿Por qué siempre tienes que meterte en mis cosas? —exclamó, haciendo un sobreesfuerzo para no elevar la voz todo lo que le hubiera gustado.

—Yo solo lo digo, no se puede usar la cuenta de la vieja para solucionarlo todo.

—No entiendo cómo han podido criaros a Adam y a ti las mismas personas. Él no es para nada como tú, te da cien vueltas, que lo sepas —soltó, sin pensárselo dos veces.

Aquel comentario hizo que Leo perdiera también los papeles.

—¿Por qué siempre tienes que hablar de él en presente? —estalló—. Ya no está, ¿no te das cuenta? ¡Se ha ido! Aunque eso no entre en tus estúpidos planes. No soporto que sigas hablando de él como si fuera a aparecer por esa puerta en cualquier momento.

Se levantó, recogió sus cosas y se fue en mitad de la clase. Como si él fuera el ofendido.

Leo salió de la clase dando un portazo. Estaba seguro de que el profesor le bajaría la nota por ese numerito, aunque le daba igual. ¿Cómo se atrevía siquiera a nombrar a sus padres? Lo que le había pasado a su madre también había sido en parte culpa suya, y en cuanto a su padre, mejor ni pensar en él. Era otro desgraciado que había terminado de arruinarles la vida a su madre y a él. Abby no tenía ningún derecho a hablar de ellos, y no se lo iba a permitir. Encima, para rematar la

faena, había vuelto a hablar de su hermano en presente. ¡Dios!, cuando hacía eso sentía que le hervía la sangre por dentro y necesitaba estrellar el puño contra algo.

Él no se portaba bien con ella, eso era cierto; pero, desde luego, ella tampoco era una santa. Se las estaba clavando bien.



Cuando sonó el timbre del recreo, Abby salió al aseo. Mientras se lavaba las manos y se refrescaba la cara con agua, Adam se reflejó en el espejo. Suspiró exhausta; a veces aparecía en los momentos más inoportunos, sobre todo para darle lecciones.

—*No se lo tengas en cuenta. Él tampoco lo debe estar pasando bien.*

—Estoy empezando a pensar que estoy loca de verdad, porque dudo mucho que yo piense eso.

Se dio unos golpecitos en la frente con el dedo índice a la vez que se dirigía hacia la puerta.

Quizá sí lo pensaba. O podía imaginárselo. Pero muy, muy, muy en el fondo. Porque, aunque un día pudiera pasársele por la cabeza que sí, que era un idiota, Adam era su hermano y, a la fuerza, algo tenía que quererlo, al día siguiente volvía a comportarse como un auténtico capullo y se le olvidaba.

La puerta del baño de chicas se abrió y entró Alexia. Pareció extrañada al comprobar que no había nadie más allí dentro con ella.

—¡Hola! ¿Estás sola? Me ha parecido escucharte hablando con alguien.

Abby titubeó.

—El móvil —acertó a responder, sin que pareciera evidente la mentira.

—Ah, vale. Bueno, es que te he oído y quería preguntarte si te apetece almorzar con nosotras hoy.

Al principio se dispuso a negarse, como siempre. Pero, después de su discusión con Leo, no quería estar sola en clase por si decidía volver, así que aceptó su invitación.

—Está bien.

—¿De verdad? —se sorprendió su amiga.

—Sí, creo que hoy es un buen día para empezar a salir.

—¡Genial! Vamos.

Pasó por clase a coger su abrigo y su almuerzo, luego la siguió hasta una mesa en el césped donde la esperaba Marga. Tuvo que ponerse las oscuras gafas ante el radiante sol.

—¡Ey! —gritó Marga cuando las vio, saludando con la mano—. Qué bien que hayas decidido salir hoy, ¿no? ¡Guay!

Las tres empezaron a devorar la comida, al principio sin hablar, pero enseguida comenzaron a charlar sobre los trabajos y los exámenes hasta que Marga, que era una cotilla de primera, cambió de tema.

—Oye, ¿qué jaleo os lleváis entre Leo y tú? Siempre estáis a la gresca.

A ella no le apetecía mucho hablar de él, pero respondió de todas formas.

—Pues lo de siempre. Vosotras lo conocéis antes que yo, ya sabéis como es.

—¿Tan mal te trata? —preguntó Marga—. Parecía que después de... mmm... que se había relajado un poco, vamos.

—Bueno, digamos que puede llegar a ser muy borde cuando quiere y, al parecer, conmigo quiere todo el rato.

—Pero, en primer lugar, ¿qué demonios hace a tu lado? ¿Por qué se cambió de sitio precisamente a ese? —intervino Alexia.

—No fue él, le obligó la Jefa de Estudios... Le dijo que, como habíamos pasado por la misma

desgracia, nos entenderíamos.

—Pues no parece que os entendáis demasiado. Vaya faena te ha hecho.

—¿Y por qué no te cambias tú de sitio? —preguntaron las dos al mismo tiempo.

—Pues porque no. Ese era *mi* sitio. Que se vaya él. Además, está al lado de la ventana, no pienso cederlo así como así.

Las tres se rieron y, después, permanecieron un momento en silencio, mientras terminaban de comer. Abby se dio cuenta de que cada vez que volvía a hablar con ellas era como si no hubiera pasado el tiempo, volvían a conectar sin esfuerzo.

—Cambiando de tema —dijo Marga con la boca llena—. ¡Mañana es tu cumple!

—Puff, no me lo recuerdes...

—¡Chica, que cumplas dieciocho! ¿No tienes pensado hacer nada especial?

—Pues, mañana es sábado —pensó—, así que supongo que me quedaré todo el día en casa viendo la tele y estudiando Matemáticas...

En realidad, solo podía pensar en una persona con quien le habría apetecido celebrarlo y no estaba disponible, así que se lo imaginaría y estaría con él aunque fuera de esa forma. Pero no podía revelarles eso a sus amigas.

Alexia y Marga se miraron entre ellas. Abby recordó que aquel gesto solía significar que tramaban algo.

—Os estáis mirando. ¿Qué pasa?

—Nada —dijeron de nuevo al unísono, mientras seguían comiendo.

—Está bien... —respondió, no demasiado convencida, con los ojos entrecerrados.

Abby receló. No obstante, también podía estar equivocada, había pasado mucho tiempo y quizá ya no las conocía tan bien como antes. Volvió a centrarse en la comida y se olvidó del tema.

Capítulo Once

—*Creo que deberías intentar llevarte mejor con mi hermano, al fin y al cabo, sois compañeros de mesa. Los dos deberíais intentarlo.*

—*Ya, como si fuera tan fácil.*

Adam llevaba un rato intentando hacerle ver que Leo no era tan malo como parecía pero, hasta ese momento, todos sus esfuerzos habían sido en vano. Se giró hacia ella en la cama.

—*Por cierto, hoy estás muy guapa.*

Lo decía porque, después de meses sin hacerlo, aquel día había ido a la peluquería. Le habían arreglado el estropicio que llevaba por melena, lavado, cortado, alisado... de todo. Ella misma se veía un poco mejor.

—*Gracias. Y es mi cumpleaños.*

—*Lo sé. Felicidades, dieciocho-cumpleañera. Pensaba que no querías ni oír hablar del tema.*



La puerta del aula se abrió en mitad de la clase de Biología y Adam apareció por ella, con un gran ramo de rosas rojas entre las manos. La clase se llenó de «ahhs», «guaus», «ohhs» y silbidos cuando el chico atravesó el pasillo y se dirigió a su mesa. Abby estaba boquiabierta. Sabía que se estaba poniendo colorada, pues empezaba a arderle la piel de la cara como si tuviera delante un horno encendido a máxima potencia, pero en ese momento no le importó. Notaba que el pecho estaba a punto de explotarle del amor que sentía.

Se levantó de la silla para recibir al chico, que le puso el ramo en los brazos. Apenas podía sujetarlo, de lo grande y pesado que era. Se quedó anonadada mirando el intenso color de las flores, mientras su aroma dulzón le colmaba la nariz.

—*Feliz cumpleaños, preciosa.*

Abby no podía dejar de sonreír, pensó que, si se le agrandaba la sonrisa un poco más, se le rajaría la cara por la tensión. Dejó el ramo sobre la mesa y se lanzó a sus brazos, que ya estaban abiertos y listos para ella. Sus bocas se encontraron en un beso apasionado que parecía no tener fin. Miles de aplausos estallaron a su alrededor, a la par que las risas.

—*Ejem, chicos —la profesora les llamó la atención desde su mesa con voz grave—. Todos estamos encantadísimo de ver que os queréis tanto, pero sabéis que estas muestras de afecto están prohibidas en el centro, y más en clase. Así que id a terminar vuestra escenita al despacho del director, a ver qué opina él al respecto.*

Se separó de golpe. Había olvidado por completo dónde se encontraba. Sin embargo, por muy avergonzada que se sintiera al recoger sus cosas para obedecer, ni la bronca de la profesora ni, más tarde, la del director, lograron empañar su alegría aquel día.

—*Aún tengo otro regalo para ti —susurró Adam en su oído mientras salían de clase.*

Abby apenas pudo contener la emoción y la curiosidad durante el resto del día.



El otro regalo había sido una pulsera de plata con su nombre que había llevado sin quitársela durante meses. Se frotó la muñeca derecha, sintiéndola desnuda sin el conocido peso del brazalete. No sabía qué había sido de ella. Quizá la perdió durante el accidente; cuando despertó en el hospital ya había desaparecido. Nunca la recuperó.

—Ojalá pudiéramos estar así siempre, pero de verdad —dijo, cambiando de tema.

—Sí, ojalá.

—Echo de menos tu tacto. Tus besos.

Abby se inclinó hacia él, alargando la mano, pero cuando fue a rozarle desapareció. Siempre desaparecía. Abby suponía que porque ella misma sabía que no era real y que sería imposible tocarlo.

Oyó el timbre de la casa y se extrañó. No era normal porque ya eran más de las diez de la noche y no solían recibir muchas visitas, cuanto menos a esas horas. Escuchó a Maggie abrir la puerta y saludar efusivamente a alguien; treinta segundos después, empujó la de su habitación y asomó la cabeza. Por detrás se oían dos risas bastante conocidas para ella.

—Tele fuera, Abby. Arréglate, que hoy vas a salir.

Entró y comenzó a sacar un montón de ropa de su armario, lanzándola sobre la cama.

—Espera, ¿qué?

Ya decía ella que las miradas de Marga y Alexia le habían parecido sospechosas.

—No tienes nada muy nuevo pero, en fin, por esta vez podremos apañarnos con lo que hay, ya iremos a renovarnos el armario un día de estos —continuó su tía, sin prestarle atención.

—¡Maggie! ¿Puedes parar de desordenarlo todo un momento y explicarme qué pasa? ¿Qué hacéis vosotras aquí?

—Abby, es tu cumpleaños, ¡ya tienes dieciocho! Es un día especial para cualquiera. Las chicas van a sacarte un rato.

—Sí —dijo Alexia—, será solo una vuelta por el centro, nada más.

—Si es que ya estaba acostada y un poco cansada y...

—¿Cansada de qué? ¿De estar tirada en la cama y hablar con las paredes? —la interrumpió Maggie.

Abby le puso los ojos en blanco.

—Venga, chica, no seas aguafiestas —dijo Marga—. Que hemos venido hasta aquí para recogerte, ¡ánimate!

—Pero si es que...

—Nada de peros —volvió a interrumpirle Maggie, que ya había terminado de volcar todo el armario sobre el edredón—. Es sábado, hace mucho que Tom y yo no estamos solos y también nos apetece hacer cosas de adultos y estar a solas de vez en cuando, así que venga —zanjó, tirándole un vestido a la cabeza—. Date prisa.

Salió por la puerta.

Dios, lo último que quería Abby era aquella imagen de «cosas de adultos» de sus tíos en la cabeza. ¿Qué clase de tía le decía eso a su sobrina menor de edad? Bueno, ya era mayor de edad, ¡pero por pocas horas! Ahora tendría que salir, aunque para poder olvidar aquella conversación. Aun así, iba a ser difícil.

—Con que no era nada, ¿eh? Podríais haberme avisado ayer, ¿no? —dijo a las chicas, mientras se cambiaba de ropa detrás de la puerta del armario.

—Planes de última hora. —Rieron—. Además, si te hubiéramos avisado nos habrías dicho que no.

Alexia la sentó en la silla y empezó a maquillarla un poco.

—No te pases.

—Solo lo justo para quitarte la cara de muerto —respondió Marga. Alexia le dio un codazo y le lanzó una mirada tan afilada que podría haberla cortado de verdad—. Ups, *sorry*.

—Tranquila —dijo Abby, obligándose a sonreírle.

A mitad de la sesión, Marga tuvo que salir a pedirle el rímel a Maggie, porque el suyo se había secado después de tanto tiempo sin usar.

—Pobrecito, se ha cansado de esperarte.

—Sí, ¡cómo has podido hacerle eso al pobre rímel! ¡Qué culpa tenía! —expuso Marga, con voz teatral.

—Me he convertido en una *rimelicida*. —Las tres estallaron en carcajadas. Abby se sintió a gusto riéndose de aquella forma con sus amigas. Por un momento, pareció que todo volvía a ser como antes, cuando salían y se divertían juntas. O que podría volver a serlo —. Os he echado de menos, chicas.

—¡Y nosotras a ti, *tonti* mía! Ya era hora de que volvieras al redil —le respondió Marga, dándole un abrazo con su habitual alegría.

Marga terminó cepillándole el pelo y decidieron dejarlo suelto, ya que estaba recién peinado de peluquería. Cuando acabaron, abrieron el armario para que pudiera mirarse en el espejo que había colgado en el interior de la puerta. El vestido le quedaba un poco grande debido a todo lo que había adelgazado; pero, por lo demás, no estaba tan mal. Decente. Podría decir que incluso guapa. Hacía tiempo que no se veía así de bien. Parecía una chica normal que salía de fiesta con sus amigas un sábado por la noche.

—*Es que eso es precisamente lo que eres*.

El reflejo de Adam la miró a través del espejo, pero ella fue la única que pudo verlo.

Antes de irse, Abby entró al salón para despedirse de sus tíos, donde estaban viendo una película.

—Por esto me has llevado hoy a la peluquería, ¿eh? Tú ya lo sabías —acusó a Maggie.

—¡No, qué va! Qué cosas se te ocurren. —No la creyó. Su tía era una pésima mentirosa, mucho peor que su madre. Y esa vez ni siquiera se había esforzado—. Pásatelo bien, ¿vale? Y no tienes hora de llegada, así que ya puedes tardar en volver.

Abby frunció el ceño.

—¿¡Qué!? Ya te he dicho que íbamos a estar ocupados —dijo su tía con voz cantarina, mientras se recostaba sobre Tom—. Atente a las consecuencias si vuelves antes de tiempo...

Tom le guiñó un ojo.

—Muchas gracias por esta nada agradable imagen mental, chicos —respondió irónicamente, mientras salía del salón.

—¡Te queremos! ¡Adiós! —le gritaron desde dentro.

Las chicas salieron del portal y Abby giró hacia el centro como le habían dicho, pero Alexia la detuvo.

—Espera, tenemos el coche aquí aparcado.

—¿El coche? ¿Es que ya conduces?

—¡Desde hace una semana! —exclamó Alexia, visiblemente emocionada.

—Yo aún no... Como no cumplo años hasta diciembre... ¡Maldito mes de nacimiento! Siempre soy la última en todo —se lamentó Marga.

Alexia apretó el botón del mando para desbloquear las puertas. Cuando escuchó el doble pitido, Abby reparó en algo importante.

—¿No íbamos al centro? —les preguntó.

—Sí... pero hemos tenido que venir en él.

—Pero si vivís aquí al lado...

—Es que no veníamos de nuestra casa —la interrumpió Marga—. ¿Y esto qué es? ¿Un interrogatorio? Anda, sube al coche —dijo mientras abrían las puertas y montaban delante.

—¡Anda! —exclamó de repente Alexia, antes de arrancar—. Tengo un mensaje de mi madre. Y siete llamadas perdidas... *Puff*, dice que se ha dejado la aspiradora aquí en el maletero, que la necesita y que se la llevemos al campo. Vaya, hombre, ¡qué casualidad!

—¿Tu madre necesita la aspiradora en el campo a las once de la noche?

—¡No pasa nada! Se la llevamos en un momento —dijo Marga.

Abby no daba crédito a sus oídos. Era bastante obvio que tramaban algo más. Si fueran actrices ganarían un *Razzie*, porque eran pésimas. ¿Cómo iba a necesitar su madre la aspiradora a esas horas? Creía recordar que antes solían inventar mejores historias y excusas. Desde luego, estaban perdiendo facultades. Al final, decidió hacerse la loca y seguirles el juego.

—¡Claro, vamos! Si tu campo está cerca. Vamos en un momento, que se quede tu madre tranquila —les dijo, con su mejor sonrisa.

Mientras se dirigían hacia allí, recordó la última vez que había estado en aquel lugar, el verano anterior, con Adam.

Habían quedado para una barbacoa en la piscina, ya que los padres de Alexia se iban de viaje y la casa iba a estar sola. Adam invitó a unos compañeros del equipo de fútbol y también estaba allí un primo mayor de las chicas que empezó a tontear con Abby, en plan broma, o al menos eso le pareció a ella. En un momento dado, él la cogió en brazos y se tiró a la piscina con ella.



—*Hola, preciosa. —Adam se sentó en la hamaca donde se encontraba tumbada tomando el sol un rato después—. ¿Debería preocuparme por eso?*

—*¿Qué «eso»?*

—*Pues eso —respondió, haciendo un gesto con la cabeza hacia el otro chico.*

—*¡Jajaja! ¿Será posible que el dios griego esté celoso de un simple mortal? —Abby se rio.*

—*¿Yo? ¿Celoso? Ni mucho menos.*

—*Vaya, vaya, no conocía yo esta faceta tuya. Me encanta verte celoso a ti por una vez. Ya empezaba a pensar que me iba a tocar a mí siempre.*

—*¿Tú, celosa? Pero si a mí no se me acerca nadie.*

—*¡Uy, qué humilde nos ha salido el señorito! No se te acercarán porque ya se han desmayado al verte, no por otra cosa.*

—*O porque tú ya has marcado el territorio...*

—*¿Qué guarro eres! Ni que te meara encima... —Abby se moría de la risa.*

—*Tú no tienes que preocuparte por nada ni por nadie. Para mí tú eres la única —dijo él mientras la derretía con un beso—. Soy yo el que tiene un problema, que vas levantando pasiones.*



Alexia aparcó el coche justo en la entrada de la casa, las tres se bajaron y comenzaron a andar hacia la puerta.

—Está todo muy oscuro... ¿Seguro que tu madre está aquí? —preguntó Abby entre risas.

—Que *sííí*.

—¿Y por qué no le bajas ya la aspiradora del coche? —cantó ella.

—*Uffff* —resopló Marga—. Anda, vamos, y deja de hablar ya. Mira que llegas a ser difícil a veces.

Alexia abrió la puerta y las invitó a pasar. Entonces encendió la luz.

—¡SORPRESA!

Capítulo Doce

—¡FELIZ CUMPLEAÑOS!

Decenas de caras se iluminaron con la luz. Alguien encendió un equipo de música y el sonido a todo volumen inundó sus oídos. Abby se sintió un poco abrumada, muchas de las caras ni siquiera le sonaban.

—Chicas, todo esto no era necesario...

—Ya, se nos ha ido un poco de las manos. Nosotras invitamos a unos, esos a otros, se corrió la voz de la fiesta y al final... ¡Pero es tu dieciocho cumpleaños! ¡Divirtámonos!

Al comenzar la noche no se había sentido muy animada ni con ganas de fiesta, pero ahora pensó: «¡qué demonios!». Las chicas tenían razón, no todos los días se hacía una mayor de edad. Legalmente, incluso ya podía beber alcohol. No es que no lo hubiera hecho antes, aunque ahora no podrían echarle la bronca por ello. Ya tendría tiempo al día siguiente de amargarse en su cuarto, esa noche podía intentar evadirse de todo e intentar pasarlo bien.

Las tres cruzaron la estancia en dirección a la cocina, saludando a todos con los que se cruzaban. Abby reconoció a unos chicos del equipo de fútbol de Adam, otros de clase, algunos de otros cursos y a muchos otros no los reconoció, pero los saludó igual. Alexia le puso un vaso de cerveza en la mano y Abby se lo bebió casi de un trago. La estridente música no le permitía escuchar lo que le decían, aunque ella sonreía y asentía con la cabeza a todo. Después del segundo vaso, la risa ya le salía sola.



Leo se disponía a ver un partido de fútbol de la *Premier League* en su cuarto cuando su móvil vibró sobre la cama por un mensaje. «Estoy en tu puerta», le había escrito Eliot. Le entraron ganas de fingir que no lo había leído, pero rechazó la idea. No podía dejar a Eliot tirado en la calle de esa forma, no después de todas las veces que le había hecho ir, a cualquier hora del día o de la noche, para desahogarse en los últimos meses. Además, era el único que seguía a su lado de sus antiguas amistades y que le había apoyado siempre.

La planta de abajo estaba en completo silencio. Bajó las escaleras con cuidado, a pesar de saber que su madre no se despertaría ni aunque lanzara un misil al lado del sofá; no después de haberse tomado las pastillas para dormir que él le había llevado hacía un par de horas. Igual que cada noche. Desde su «accidente», había tenido que controlarle él mismo la medicación y guardarla bajo llave.

Abrió la puerta principal y se acercó a la ventanilla del coche de su amigo. Este la bajó y también la música que, como siempre, llevaba a un volumen alarmantemente alto que no parecía nada bueno para sus oídos.

—Venga, sube —le apremió Eliot.

—Tío, ya te dije que no me apetecía ir.

—¡Tío, Sandra ya está allí! Me dijiste que me ayudarías...

—¡Pero en otro contexto! —lo interrumpió Leo—. Si ya habéis quedado, ¿para qué me necesitas? No quiero ir para sostenerte el cubata mientras te enrollas con ella. Además, es la fiesta de cumpleaños de Abby. ¡De Abby, tío! Ya sabes cómo están las cosas.

—¡Qué va! Bueno, sus amigas la organizaron así, ¡pero ahora está allí todo el mundo! Los del equipo de fútbol quieren verte, hace mucho que no te pasas por el vestuario.

—Tío, no puedes hacerme esto...

—Por *favooor* —rogó Eliot, alargando mucho la última vocal, hasta que Leo tuvo que ceder.

—¡Está bien! Pero me debes una, y bien gordita. Y mejor me voy en mi coche, así podré largarme cuando quiera. Además, ¡ni siquiera tienes carné! —le dijo mientras se daba la vuelta.

—¡Por poco tiempo! —gritó Eliot a su espalda, sacando la cabeza por la ventanilla.

—Pues, por ese poco tiempo, tu padre no debería haberte comprado el coche todavía. ¿Cómo es que te dejan cogerlo?

En realidad, Leo sabía que su amigo pasaba la mayor parte de los días solo. Su padre odiaba la ciudad, nunca le había gustado. Tenían una finca en el campo que era su paraíso particular, y el de su madre era estar con su padre así que, ahora que Eliot ya era lo suficiente mayor como para cuidar de sí mismo, sus padres pasaban casi toda la semana viviendo allí, excepto algún día suelto en que su madre volvía para darle una vuelta a la casa y echarle un ojo a su hijo.

Por ese motivo, y para librarse de los posibles remordimientos que les ocasionaba el tener a su único hijo poco menos que abandonado, siempre estaban haciéndole regalos caros de ese estilo.

—Tampoco es que estuvieran presentes para poder impedírmelo.

Cuando llegaron, la casa y los alrededores estaban a rebosar de cuerpos bebiendo, gritando, bailando y varias cosas más. Daba la sensación de que la fiesta se estaba empezando a descontrolar.

Se dieron una vuelta por el lugar buscando a la amiga de Eliot, hasta que la encontraron en el patio de atrás, junto a la piscina, bailando con un grupo de gente. Eliot los presentó, pero a él no le apetecía quedarse a ver más de lo que fuera a suceder entre aquellos dos, así que se ofreció a ir a buscar unas copas con el único propósito de alejarse. En vez de eso, por el camino, Leo vio a otra persona. A la única persona que no quería encontrarse allí.



Abby había estado un buen rato bailando con sus amigas dentro, hasta que se separó de ellas para ir a tomar un poco el aire fuera. Había perdido la cuenta de los vasos de cerveza que se había tomado y, sumados al cubata que le habían pasado por en medio, el alcohol estaba haciendo mella en ella. Todo le hacía gracia y se sentía más desinhibida que nunca. Salió al jardín de atrás, más por descansar los oídos que otra cosa, y se sentó en un macetero largo que separaba el recinto de la piscina de la casa, para relajar un poco la pierna.

Unos chicos que no conocía se pararon a saludarla y uno de ellos se quedó hablando con ella. Se presentó y empezó a contarle su vida y a preguntarle por la suya. Abby no era capaz de seguir toda la conversación, pues la mente ya había empezado a nublársele debido a la bebida.

—¿Tienes Facebook? —Acertó a escuchar en un momento dado.

Por un instante se quedó en blanco. Claro que tenía Facebook, dudaba que hubiera mucha gente de su edad que no tuviera un perfil en esa red social. Pero hacía meses que no entraba y hasta la había olvidado por completo.

Cuando llegó a su casa, el día que conoció a Adam, después de ignorar la mirada desaprobadora del taxista por dejar un charco de agua en el taxi que le había pagado él, lo primero que hizo —lo segundo, después de cambiarse la ropa mojada y envolverse el pelo en una toalla— fue encender el ordenador y buscarlo. Aún no confiaba en él, por lo que se pasó horas revisando todas sus fotos y publicaciones buscando cualquier cosa sospechosa, hasta que terminó aprendiéndoselo de memoria. Le gustaba, aunque no quisiera reconocerlo tan pronto, y terminó

enamorándose.

Cuando empezaron a salir, y durante los meses siguientes, no había día que Adam no le compartiera algo interesante, o simplemente le mandara un saludo, un chiste o un «te quiero».

Dos días después del accidente su cuenta se cerró. Abby no sabía si fue alguien de su familia desde dentro de la cuenta, o si el mismo Facebook borraba las cuentas de las personas fallecidas mediante algún tipo de solicitud o notificación. El caso fue que su perfil desapareció, de un día para otro, con todas sus fotos y publicaciones. Abby lo sabía porque aquellos dos días no había salido de allí, obsesionada con verle y leerle, como si revisar sus publicaciones antiguas pudiera hacerla volver a ese momento y cambiar el pasado.

Después de eso, ella también desapareció de la red, porque ya no quedaba nada allí por lo que mereciera la pena iniciar sesión. Tampoco había vuelto a recordar su cuenta hasta ese momento.

Se le pasó por la cabeza que, cuando volviera a abrirla, tendría miles de notificaciones pendientes. Aunque ya no pensaba con claridad.

—Bueno, creo que voy a buscar a mis amigas.

Abby intentó despedirse del chico para volver dentro, pues los recuerdos le habían puesto mal cuerpo, pero este la sujetó por la muñeca.

—¡Espera! ¿Por qué no te quedas un rato más conmigo?

Entonces, escuchó otra voz conocida a su espalda.

—Tío, ya te ha dicho que se va, no insistas.

—¡Vaya, mira quién se ha dignado a aparecer! —exclamó el chico, soltándole el brazo—. ¿Por qué no te metes en tus asuntos?

—Déjala —repitió, endureciendo la voz.

—Muy bien, Cavalí, toda tuya, no voy a pelearme contigo por una tía. Tú sabrás lo que haces.

El chico se alejó sin mirar atrás.

—Perdona, pero no te necesitaba para nada —consiguió decirle ella a Leo.

—Pues no era lo que parecía —respondió él, con cara seria. Ella se tambaleó un poco y volvió a sentarse en el macetero—. ¿Estás borracha?

—¿Yo? Qué va, ¡jajaja! No estoy... o sea... solo estoy un poco mareada. Pero no necesito tu ayuda.

Leo se pasó las manos por el pelo y resopló. Claro que estaba borracha. ¿Y ahora qué? Miró a su alrededor. ¿Dónde estaban esas pequeñas arpías que siempre iban con ella? Deberían estar vigilándola, ya que aquella fiesta había sido idea suya, aunque era imposible divisarlas entre tanta gente.

La fiesta se había salido de madre, las invitaciones se habían multiplicado y ni él conocía a la mitad de las personas que abarrotaban la casa. Él ni siquiera había tenido ganas de ir, pero Eliot no le había dejado alternativa; si se hubiera negado lo había arrastrado y metido en el coche a la fuerza. No le había quedado otra que acompañarle, ¿y para qué? Eliot estaba por ahí dándose el lote con Sandra, y él... no era su trabajo cuidar de Abby.

Sin embargo, tampoco podía dejarla así, borracha e indefensa. A ese tipo había conseguido largarlo, pero ¿qué pasaría con el siguiente? La mayoría de tíos que había en la fiesta no conocían su historia y seguro que intentarían aprovecharse, igual que el último. Y no es que ella se lo estuviera poniendo muy difícil. Tampoco es que pudiera... El alcohol le había soltado la lengua. ¿Quién iba a decir que esa era la misma chica de mirada triste que cada día vagaba por el instituto, cabizbaja, y sin apenas cruzar palabra con nadie?

¿Qué iba a hacer con ella? No era su trabajo ni su puñetera obligación, ¡maldita sea! Pero tampoco podía largarse y dejarla; Adam lo habría matado de saberlo, y todavía le debía mucho.

Leo suspiró, sabía que no tenía alternativa.

—De acuerdo, levanta, voy a llevarte a casa.

—No, tengo que buscar a Marga y Alexia, y... —intentó levantarse de nuevo, pero volvió a perder el equilibrio.

Leo tuvo que sujetarla.

—Vamos, necesitas descansar.

—Está bien, puede que me encuentre un poquitito, un poquitito solo, regular —reconoció, juntando los dedos índice y pulgar.

—Regular, ya...

Tuvo que arrastrarla hasta el coche, meterla y abrocharle el cinturón, ya que la chica apenas se mantenía en pie. Había bebido demasiado. Tiró la muleta en el maletero y él también entró, encendió el motor y enfiló la carretera camino a la ciudad.

No pasó mucho tiempo antes de que tuviera que parar de nuevo, ya que Abby empezó a poner caras extrañas.

—Por favor, no me vomites el coche.

—Entonces creo que deberías parar.

—¿No puedes esperar? —suplicó él.

—¡No!

Dio un volantazo y detuvo el coche en el arcén. Se quitó el cinturón, dio la vuelta corriendo y abrió la puerta justo a tiempo de que Abby descargara el contenido de su estómago sobre sus zapatos.

—¡Mierda!

¡Lo que le faltaba para terminar de arreglar la noche! Aquello no hacía más que mejorar. Intentó controlar él mismo las arcadas, le sujetó el pelo para que no se lo manchase y se prometió que no volvería a pasar por una cosa así nunca más. Cuando terminó, buscó una caja de pañuelos que llevaba en la guantera con una mano, mientras con la otra seguía sujetándole la melena en un moño alto, y le pasó unos cuantos para que se limpiara.

Por lo menos había conseguido salvar el coche.

—¿Te encuentras mejor?

Ella se limitó a recostarse en el asiento y cerrar los ojos.

—Muy bien... Pues vámonos.

Sacó unos cuantos pañuelos más y se restregó un poco los zapatos antes de subir. Arrancó de nuevo, teniendo cuidado aquella vez con los baches y las curvas. El viaje se le hizo eterno debido a la escasa velocidad que cogió.

Cuando aparcó enfrente de su casa, Abby se había quedado dormida. La zarandeó un poco, pero ella ni se inmutó.

—Venga, ¿algo más? —dijo en voz baja, mirando al cielo.

Abrió la puerta del copiloto y la cogió en brazos como pudo, cerrando después con el pie. Se acercó a la puerta y, tragándose la vergüenza, tocó al timbre. Tuvo que tocar una segunda vez antes de que descolgaran el telefonillo. La puerta se abrió con una vibración y Leo descubrió que la vivienda no tenía ascensor. Cómo no. Por suerte solo eran un par de tramos de escalera.

Le costó un poco subir hasta arriba. Desde que había dejado el fútbol no estaba en su mejor forma. Cuando llegó al primer piso iba sin resuello. Una mujer joven le abrió la puerta en bata. Le sonaba haberla visto por el instituto. Se quedó boquiabierto al descubrir la situación y levantó una ceja a modo de interrogante. Leo solo pudo encogerse de hombros.

—Al fondo del pasillo, a la izquierda —fue lo único que le indicó.

Sintió que su cara empezaba a adquirir un tono rojizo nada atractivo. Atravesó el pasillo de lado para no chocar a Abby con las paredes. Entró en el cuarto a oscuras, con la única luz que se colaba por la ventana medio cerrada. La cama estaba deshecha. La dejó sobre ella con cuidado y, en cuanto apartó sus manos de ella, se giró hacia el lado contrario y se hizo un ovillo.

Leo se dio la vuelta dispuesto a salir, pero se detuvo en seco, frunció el ceño y se apretó el puño cerrado contra la frente. Regresó junto a la cama y estiró el edredón sobre el cuerpo inmóvil; era una fría noche de febrero y, al cogerla, ya la había notado helada. Después salió corriendo, antes de que su mente pudiera reparar en cualquier otro detalle. La mujer, la tía de Abby supuso, seguía en la puerta de entrada, manteniéndola abierta con una mano.

—Adiós —se despidió, saliendo como una exhalación.

—Hasta luego.

La puerta se cerró de golpe a su espalda.

Capítulo Trece

Abby se despertó con un dolor de cabeza gigantesco. La boca le sabía pastosa y, además, le costó abrir los ojos. Las pestañas se le habían pegado unas a otras por el rímel durante la noche. Debía haber olvidado desmaquillarse; falta de costumbre. Aunque, mientras lo pensaba, se dio cuenta de que no podía recordar cómo había vuelto a casa.

Tanteó la mesilla en busca del móvil para mirar la hora, pero no lo encontró. Con un suspiro se levantó a buscar el bolso, tampoco lo vio por la habitación, ni siquiera el abrigo con el que había salido de casa. La muleta que usaba a diario tampoco parecía estar por allí.

Confundida, abrió el armario para sacar la otra, se dirigió a la cocina y miró la hora en el reloj de la pared. Era la una y media. Se dejó caer en una silla y apoyó la cabeza sobre la mesa. Intentó hacer memoria y ciertas imágenes acudieron a su mente, en concreto una especialmente bochornosa: ¡le había vomitado a alguien en los pies! ¡Menuda vergüenza! ¿Podía haber algo peor que eso?

—¡Vaya, pero si es la bella durmiente! —Maggie se asomó por la puerta.

—¡No grites! —La cabeza le iba a explotar de un momento a otro.

—La bella durmiente que se mete en coches extraños borracha y a la que llevan en brazos hasta su cama, debería añadir.

Abby se incorporó como un resorte. Aquello sí que no le sonaba para nada.

—¿Qué has dicho?

—¿Es que no te acuerdas? —Maggie fingió que se extrañaba—. El hermano de Adam te trajo inconsciente. No me extraña que no te acuerdes, parecías más muerta que viva...

Definitivamente, era peor. Si había sido Leo la que la había traído, entonces, ¡había sido a él a quien había vomitado! Deseó que la tierra la tragara en aquel momento y la escupiera a mil kilómetros de allí.

—Señorita, me parece que necesitamos tener una conversación sobre subirte a los coches de determinadas personas en ese estado.

El sonido del telefonillo la interrumpió. El ruido se le clavó a Abby en las sienes y volvió a apretar la frente contra el mantel de la mesa. Maggie salió a abrir y, un momento después, volvió a la cocina.

—Ahí la tienes. Acaba de revivir —le dijo a alguien, antes de desaparecer por el pasillo.

—¡Abby! ¿Dónde te metiste? ¡Te estuvimos buscando por todas partes! ¡Estábamos preocupadas! —gritó Marga en su oído.

Abby hizo una mueca. Al parecer, todos se habían puesto de acuerdo esa mañana para elevar el tono de voz unos cuantos decibelios.

—Me duele mucho la cabeza... —lloriqueó.

—Ya me imagino. La última vez que te vimos ya ibas un poco contentilla —rio su amiga—. Aunque no te vi beber tanto, sería por la falta de costumbre...

Maggie se había quedado escuchando detrás de la puerta y, llegados a ese punto, supo que tenía que intervenir, aunque se moría de la vergüenza. Temía que Abby no volviera a confiar en ella después de lo que le iba a contar.

—En realidad —dijo, asomando la cabeza—, puede que con eso tuvieran algo que ver las

pastillas.

Abby la miró sin comprender. Hacía meses que no tomaba ninguna medicación.

—¿Qué pastillas, Maggie?

—Bueno... puede que las que trituro y echo en tu vaso de leche por las mañanas... es posible que incrementen los efectos del alcohol.

—¡Maggie! —No se lo podía creer.

—Sé que debería habértelo dicho, lo siento. Te las mandó el médico y como no querías tomártelas, pues tu madre empezó a hacerlo y, cuando se fue... Pero quién iba a imaginar que te lanzarías a la bebida, ¡jajaja! Por lo menos parece que te lo pasaste bien —respondió Maggie, tratando de quitarle hierro al asunto y excusarse un poco de esa forma.

—¡Maggie, esto no es una broma! ¡Me estás drogando a escondidas!

—Pero —la interrumpió Marga— ¿cómo volviste a casa? Te estuvimos buscando mucho rato. Mira, incluso te dejaste el bolso y el abrigo. —Enseñó una bolsa que llevaba en la mano.

—Ah, eso. La trajo Leo —le explicó Maggie—. En brazos. Hasta su cama. —A Maggie le cambió la cara con la última frase—. No te molestes en preguntarle, parece ser que no recuerda nada de nada.

Miró a Marga con las cejas levantadas y volvió a salir de la cocina.

Marga, a su vez, miró a su amiga boquiabierta.

—No. Me. Lo. Puedo. Creer. ¡¿Lo dice en serio?!

—Al parecer sí. Ya me ha dado la charla sobre subirme a coches borracha con «gente». —Abby imitó las comillas con los dedos.

—Vaya, pensaba que te odiaba. Por cómo te trata, cualquiera habría jurado que te dejaría en una cuneta inconsciente.

—Yo también lo pensaba...

—Bueno, chica, tengo que irme. Y tú, creo que mañana tenías examen de Mates...

—No, es el martes —la corrigió Abby.

—¡Pues mira, mejor! Así tienes un día más para estudiar. ¡Ciao!

Marga se despidió dándole un beso en la mejilla. Antes de que saliera por la puerta, Abby la detuvo.

—¡Espera! ¿Y mi muleta?

—No sé. Eso no lo hemos encontrado. Yo creo que la llevabas tú todo el rato. —Se encogió de hombros y se marchó.

—De acuerdo...

Si la muleta no estaba en su casa, ni tampoco en la del campo, eso quería decir que... ¡la tenía Leo! Abby volvió a dejar caer la cabeza sobre la mesa, sintiéndose agotada. ¿Cómo la iba a recuperar ahora?

Capítulo Catorce

—*Tienes que prometérmelo.*

—¡Pero ella no es mi responsabilidad!

—*¡Prométemelo!* —le exigió Adam, abalanzándose sobre él.

—Sí, sí, ¡te lo prometo!

Leo se despertó sudando y temblando aquella mañana; supo que ya no podría volver a conciliar el sueño hasta que tuviera que levantarse para ir a clase.

Si no recordaba mal, acababa de prometerle a su hermano muerto que cuidaría de su novia, pasara lo que pasase. Se tapó la cara con la almohada. Sabía que aquello le traería problemas tarde o temprano.



Después del recreo, Abby estaba segura de que Leo no tenía un buen día. A primera hora se había dejado caer en la silla contigua con expresión airada y había ido sacando sus cosas de la mochila y dejándolas caer sobre la mesa con golpes secos. No sabía si aquella actitud se debía a lo sucedido el sábado por la noche, pero él no sacó el tema en toda la mañana y, obviamente, ella tampoco iba a hacerlo. Su muleta podía esperar, podía seguir usando la otra y ya la recuperaría, si es que de verdad la tenía él, porque tampoco se lo había dicho.

En realidad, no le había dirigido la palabra, ni siquiera para picarla como de costumbre, y justo aquél era el día que más necesitaba que le hablara. Los profesores habían empezado a mandar trabajos por parejas, y debían haberse puesto todos de acuerdo, porque de los seis, cuatro los habían hecho juntos.

A última hora, Abby había conseguido terminar tres de ellos, interpretando los asentimientos, negaciones y otros gestos de cabeza que era lo único que él le dedicaba. Sin embargo, el cuarto se les estaba atragantando. Solo quedaban diez minutos para la hora de salir y Leo había decidido dejar de colaborar. Lo habría hecho sola, pero la Química no era su fuerte aquel año; iba muy retrasada con la formulación orgánica y no conseguía descifrar muchos de los compuestos que les había mandado el profesor. Aunque le costara admitirlo, las palabras del profesor de Lengua habían tenido su efecto en ella: no quería pasarse otro año atrapada entre aquellos muros, como le había insinuado, para lo que necesitaba por lo menos un cinco en aquel trabajo. Aunque a Leo no le daba la gana de levantar la mirada del teléfono y a Abby le faltaba un pelo para estamparlo contra la pared. Al final, sintiéndose derrotada por la Química, lanzó el boli contra la mesa, cruzó los brazos y se recostó en la silla.

—¿Sabes? Si tan mal estás conmigo puedes coger tus cosas y buscarte otro compañero. Otro de tu grupito.

Aquello pareció sacar a Leo de su enmudecimiento, porque la miró sin entender y le contestó con palabras.

—¿Qué grupito?

—Pues ese, ese grupito —le dijo ella, señalando por detrás a los chicos y chicas con los que él había ido antes—. Tus súper amigos.

Leo siguió la dirección de su dedo y volvió a bajar la mirada a su móvil.

—No hace falta.

—¿Por qué no? Seguro que te echan muchísimo de menos —continuó ella, ya cabreada.

Él volvió a levantar la cabeza y la miró a los ojos.

—Por si aún no te has dado cuenta, ya no voy con esa gente. A Adam no le caían muy bien.

—Pues no, la verdad es que los odia —especificó—. Siempre dice que si no fuera por ellos tú no serías así, que serías... mejor persona. Pero yo creo que no, la gente es como es y punto. Tú eres como eres y punto.

—Pues te equivocas, guapa —replicó Leo—. No soy un monstruo, ¿vale?, aunque tú me veas así. La gente cambia. Míranos, nosotros hemos cambiado. ¿Crees que estaríamos hablando ahora mismo de no ser así?

—¡Uy, sí! Se me desbordan los oídos con todo lo que me has dicho hoy, y eso que era importante. Y ahora mismo, tampoco es que esté saltando de alegría por nuestra conversación...

—Es que no hay manera contigo, ¿eh? Siempre estás a la defensiva.

Leo sabía que estaba a un par de palabras de estallar con ella, y no se veía capaz de poder evitarlo en ese momento.

—¿Y cómo no estarlo!? ¡Si tú no paras de meterte conmigo!

—Eres insoportable. No sé cómo Adam te aguantó tanto tiempo. Desde luego, se ganó el cielo contigo.

Abby abrió la boca, pero las palabras no salieron de ella. No podía creer que le hubiera dicho aquello. ¿Cómo había podido? Había condensado todo el daño que podía hacerle en tan solo un par de frases que se le habían clavado como una puñalada. ¿Cómo podía ser así de cruel? Y pensar que se había sorprendido por lo que había hecho por ella el sábado...

No pensaba tolerarle aquello, pero no conseguía articular palabra. No conseguía decirle y gritarle todo lo que quería. Algo debió notar él en su cara, cuando ella se levantó y empezó a recoger sus cosas, porque de repente su expresión cambió e intentó retractarse.

—Espera, yo no quería...

No lo dejó terminar. No quería que se disculpara, ni que se sintiera mejor, ni que creyera que podía perdonarlo y olvidarlo.

—¿Sabes qué? —lo interrumpió—. He terminado contigo. Yo tendré un problema con mi vida, pero tú tienes un problema con el mundo. Y no voy a seguir aguantándote de esta manera.

Cruzó la clase y salió, faltando solo unos pocos minutos para que sonara el timbre. A pesar de que oyó al profesor llamarla. Perfecto, seguro que encima suspendería. Cuando cerró la puerta detrás de ella, también le escuchó decir:

—Leo, ¿es que no vais a poder llevaros bien ni un día?

«No, no vamos a poder», le habría gustado responder ella misma. Pero ya se había ido. Se dijo que no debía importarle nada de lo que Leo le dijera, aunque no era así, le dolía, y mucho, que la tratara de aquella manera. No sentía que se lo mereciera en absoluto, y eso la hundía todavía más.

Se apresuró en atravesar el patio para llegar a la salida. La Secretaría cerraba a la una y media, así que Maggie ya debía estar esperándola en la puerta con el coche, como de costumbre. Pero, cuando salió, lo primero que vio no fue a su tía. Lo primero que vio fue a Lucas, al otro lado de la calle, apoyado en una pared, mirándola desde detrás de unas oscuras gafas de sol. A pesar de la distancia lo reconoció; habría sido difícil no hacerlo. El pulso se le desbocó. Incluso rodeada de los alumnos que comenzaban a salir de clase, se sintió completamente sola y un gran temor la inundó. Buscó desesperada el coche de su tía y, cuando lo encontró, aparcado un poco más adelante, se apresuró en llegar a él, sin detenerse ni cuando escuchó su nombre detrás de ella. No volvió a la calma hasta que llegaron a su casa, pero ni siquiera allí consiguió sentirse segura.



Después de meditarlo mucho aquella mañana, Leo había llegado a la conclusión de que la única manera de cumplir la promesa a su hermano era no dirigirle la palabra a Abby. Ninguna. De aquella forma no podría herirla. Pero, visto lo visto, su plan no había resultado como él esperaba.

En cuanto pronunció aquellas palabras se arrepintió. No debería haber dicho aquello, no había querido decirlo. ¡Ni siquiera lo pensaba! Pero a veces ella lo sacaba de sus casillas de una forma que nadie había hecho nunca antes.

—Leo, ¿es que no vais a poder llevaros bien ni un día? —le preguntó el profesor desde su mesa, mesándose su poblada y canosa barba.

Leo lo miró iracundo, se levantó y salió de la clase detrás de Abby. Lo que le había dicho había sido horrible, incluso para él, y necesitaba disculparse.

A pesar de la muleta, la chica se movía rápido. La buscó entre los alumnos que abarrotaban la puerta principal y, cuando la divisó a lo lejos, se extrañó por su expresión. Miraba algún punto a lo lejos y su cara reflejaba auténtico pánico. Entonces la vio dirigirse hacia un coche, mientras lanzaba miradas hacia el otro lado de la calle; por el camino, se le cayó de la mochila abierta un libro. Leo se acercó y lo recogió: era su agenda. La llamó por su nombre; pero ella no se detuvo, se apresuró a subirse al vehículo y este se puso en marcha, perdiéndolo de vista enseguida.

Involuntariamente, miró hacia donde ella lo había hecho momentos antes. Entonces lo descubrió: el asesino de su hermano estaba al otro lado de la calle. Leo sintió la tentación de ir hacia él y hacer una estupidez, pero aquel se dio la vuelta y se alejó del lugar.

Permaneció un rato en la calle, con la agenda de Abby en la mano, dándole vueltas a lo que había visto y sin llegar a comprenderlo. La cara de la chica había sido de puro terror, de eso estaba seguro. No lo entendía. En el juzgado, unas semanas atrás, había descubierto que se conocían pero, aunque ella lo había mirado igual que ahora, él había llegado a una conclusión diferente. Nunca habría imaginado que ella le tendría miedo, tanto como para salir huyendo de la manera en que lo había hecho. Si había sido un accidente, ella no debería tener motivos para sentirse así con él. ¿O sí los tenía?

Cuando Abby llegó a casa se le había cerrado el estómago y no quería comer. Se encerró en su cuarto con un portazo y se tiró en la cama bocabajo.

—*Lo siento. Es verdad que es un capullo* —le dijo la voz de Adam.

—¡Déjame en paz! —gritó ella a su cabeza.

Maggie abrió la puerta y le preguntó si le había gritado a ella y si estaba bien. Ella le dijo no y sí, que se fuera y que no tenía hambre. Pero lo cierto era que no estaba bien. Últimamente Adam solo aparecía para echarle broncas, darle charlas o aleccionarla. Desde que Leo había vuelto a entrar en su vida.

—Para eso prefiero que no aparezcas...

Permaneció en la cama varias horas, sin quitarse ni siquiera los zapatos, cambiando intermitentemente de canal en la televisión, hasta que Adam volvió.

—*¿Qué te apetece hacer hoy?*



—*¿Qué te apetece hacer hoy?* —le preguntó Adam después de dos horas de estudio intenso. Era sábado por la tarde, casi había anochecido. Sus padres acababan de irse a una cena. Leo tampoco estaba, y ellos no habían puesto buena cara al ver que su hijo se quedaba a solas con

su novia. A veces, Abby tenía la sensación de que no le caía demasiado bien a su madre—. ¿Cena y cine? ¿Peli y manta?

A ambos les encantaba el séptimo arte y pasaban mucho tiempo viendo películas, tanto antiguas como estrenos recientes.

—Hoy podríamos salir —respondió ella después de meditarlo un momento, ya que no le apetecía mucho quedarse encerrada y esperar a que sus padres regresaran con la misma expresión con la que habían salido.

—Cena y cine, entonces.

Tomaron algo en un nuevo restaurante que habían abierto hacía poco de comida mexicana. Por probar algo diferente, aunque no les gustó mucho. Después sacaron entradas para una película poco conocida, con un nombre muy largo en inglés que Abby no era capaz de recordar. Lo cierto es que fue tan aburrida que dio un par de cabezadas en dos ocasiones. Creía que a Adam le había pasado lo mismo, aunque él nunca lo habría reconocido. Pero hubo una escena con la que ambos se rieron mucho.

Era el funeral de un hombre que, en su juventud, había sido payaso, y al mismo asistían muchos de sus compañeros de profesión. La diferencia era que acudían vestidos de eso, de payasos, con trajes de colores, las caras pintadas, con pelucas y grandes zapatos. En mitad del entierro, la montaban gorda. Era una tontería, pero no habían podido evitar reírse con sus actuaciones. Y todavía se rieron más recordándolo mientras atravesaban el aparcamiento buscando el coche un rato después. Adam era genial parodiando las payasadas de los actores e imitando sus voces.

—Así quiero que sea mi funeral —dijo Adam.

—¡Anda ya! —Ella se rio todavía más.

—¡Claro que sí! Con payasos, y trapeceistas, y magos... ¿No te gustaría?

—Claro, y animales de circo también.

—¡Exacto! Y animales de circo. —Se quedó pensando un momento—. No, mejor, que sea directamente en el zoo.

—Sí, y que el cura dé la misa atravesando un arco de fuego mientras los delfines saltan a su alrededor.

Ambos estallaron en carcajadas imaginando la situación.

—Y que nadie vista de negro. No quiero ningún traje negro, todos de colores. Pero por su bien, ¿eh? —explicó el chico—. Es que no creo que sea cómodo pasar todo el día en el zoo con esa ropa tan arreglada.

—¡Jajaja! Estaría bien.

—Promételo —soltó Adam después de unos minutos en silencio.

—¿El qué?

—Todo eso.

—No puedo prometerte eso, seguro que la palmo antes que tú. Además, quién sabe dónde estaremos dentro de ochenta o noventa años.

—Que longeva te ves, ¿no? —dijo él, mientras le abría la puerta del copiloto y se la sujetaba para que entrara.

—Por supuesto. Yo pienso llegar a los cien años, así que tú los pasarás de largo.



Por eso sabía que no le habría gustado nada su funeral. Durante el mismo no paraba de recordar aquella estúpida película que vieron. Abby sabía que habría sido imposible convencer a

la madre de Adam, pero al menos ella debería haber cumplido sus deseos. Si no hubiera sido porque estaba ingresada y su madre tuvo que elegir toda su ropa...

—Tengo que estudiar —le respondió, dándole la espalda con intención, algo que no había hecho nunca hasta ese momento, ni antes ni después.

Pasó el resto de la tarde intentando repasar el examen de Mates del día siguiente, pero en la mayoría de los ejercicios no le salían bien las cuentas. A mitad, salió a la cocina a hacerse un sándwich de jamón de York y queso, y siguió repasando hasta que decidió acostarse y continuar por la mañana.

El martes por la mañana estaba decidida a no ir a clase y, con la excusa del examen que tenía por la tarde, Maggie le permitió quedarse a estudiar. Pasó las horas tratando de memorizar las fórmulas que le faltaban por aprender, haciendo pequeñas excursiones al frigorífico cada poco tiempo, hasta que decidió apuntarse un par en la calculadora. Estaba mal, sí, pero necesitaba aprobar aquel examen como fuera.

Por la tarde, Tom la llevó al instituto. El examen duró dos horas, minuto arriba o abajo. No salió completamente satisfecha, pero tenía la sensación de que por lo menos le daría para aprobar. Después se fue a casa sola, dando un paseo. Cuando llegó, en vez de subir, decidió sentarse un rato en el parque para descansar la mente.



Abby no había ido a clase aquella mañana, así que, por la tarde, Leo decidió llevarle la agenda a su casa, pues pensó que quizá la necesitaría. Además, acababa de encontrar su muleta en el maletero de su coche. La había olvidado por completo, y seguro que ella ya la había echado en falta.

Cruzaba el jardín que había enfrente de su casa, sin dejar de meditar sobre qué decirle y cómo hacerlo, cuando la vio sentada en un banco y se acercó a ella. Llegó a su lado y carraspeó para llamar su atención. Ella levantó la mirada hacia el sonido y lo observó con ojos entrecerrados y, a todas luces, molestos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, mirando la muleta que intentaba ocultar en su espalda. Así que sí la tenía él.

—Pasaba por aquí de casualidad —respondió Leo un poco cortado—. ¿Qué tal el examen?

—Bien.

Se hizo un silencio incómodo entre los dos durante unos segundos.

—¿Era este vuestro banco?

Abby lo miró sin comprender.

—¿Qué?

—Bueno... Adam muchas veces decía que habíais estado en el banco y... como te he visto aquí sentada...

—Ah. No, era aquél —respondió ella, señalando el que estaba un poco más alejado.

—¿Y entonces qué haces en este?

—Aún no he sido capaz de acercarme allí sin él.

Se quedaron en silencio otra vez.

—Bueno, solo quería devolverte esto. Se te cayó ayer de la mochila. —Abby miró la agenda que Leo sujetaba en una mano y que acababa de sacar de su mochila, y la cogió—. Además, he encontrado esto otro en mi maletero y he supuesto que era tuya, porque ¿de quién más podría ser?

—Claro... No hacía falta que vinieras hasta aquí, podrías habérmela dado en clase.

Leo quiso disculparse, aunque las palabras se le quedaron atrancadas en la garganta, y lo que

salió de ella fue muy diferente a lo que había estado tanto tiempo ensayando.

—Bueno, como te he dicho, pasaba por aquí. —Sin decir nada más, y sintiéndose estúpido por haber evitado la disculpa que le debía, se despidió de ella—. Hasta mañana.

Abby lo observó mientras se alejaba. Una brisa le sacudió el cabello por detrás y lo despeinó, pero él no pareció notarlo.

A la mañana siguiente, Maggie la despertó antes que de costumbre.

—Abby, hoy tengo que llegar antes. Si quieres venir conmigo date prisa.

A pesar de que llegaron temprano al instituto Abby se alegró, ya que el día anterior, con todo el jaleo del examen y su paseo vespertino, no había terminado algunos deberes que tenía que entregar ese día. Se sentó en su mesa, al lado de la ventana, sacó los libros y se dispuso a hacerlos. De vez en cuando veía, por el rabillo del ojo, a algún compañero entrar en la clase.

Estaba concentrada en un ejercicio cuando, de repente, escuchó el mismo carraspeo de la tarde anterior a su lado. Miró de reojo y vio que era él de nuevo, así que volvió a su tarea.

—Escucha... No tenía que haber dicho lo que dije, yo...

—Oye —lo interrumpió—, no tienes que hacer esto, ¿vale? Muchas gracias por la agenda, la muleta y todo eso pero, ahora, puedes volver a tu sitio y hacer como que no existo.

Leo la miró fijamente.

—Preferiría no hacerlo.

—Entonces, haz lo que quieras.

Abby vio cómo el chico separaba despacio la silla de al lado y se sentaba en ella. Vuelta a empezar.

Sin embargo, no fue como antes. Los días siguientes Leo respetó su espacio, apenas le habló, y cuando lo hizo no fue más que lo necesario y solo para realizar los trabajos de clase u ofrecerle ayuda con alguna tarea. Aunque a veces aún discutían, algo había cambiado. Era diferente. Aunque ella no estuviera preparada para admitirlo.

Capítulo Quince

Abby no quería reconocerlo, pero a veces pensaba en Leo. Para ser exactos, lo hacía alguna vez más que a veces, y cada vez con más frecuencia, lo que la cabreaba y ponía nerviosa a partes iguales. Su cara se entremezclaba con sus sueños y sus recuerdos de Adam.

Con él todo era más fácil. Lo conocía a la perfección. Sabía sus intenciones. Sabía qué esperar de él. Era sincero y ella no tenía que dudar de sus propósitos, no tenía que dudar de él. ¿Pero con Leo? No sabía qué pensar. Ese chico que se sentaba ahora a su lado, que le hablaba con amabilidad, que le ofrecía ayuda, ese chico no era el Leo que ella había conocido, y no sabía qué hacer con él.

Adam también le hablaba de él.

—*¿Qué crees que pretende?*

—No lo sé. Tú lo conoces mejor que yo.

—*A lo mejor solo quiere ser tu amigo.*

—¡Jajaja! Déjame que me ría de eso.

Aquel día Abby no estaba de buen humor. Maggie por fin la había convencido para ir a una sesión de fisioterapia antes de las clases, para lo que tuvo que madrugar, y mucho.

Decir que Laura estaba enfadada era quedarse corto.

—¡Vaya, por fin apareces! —le soltó nada más llegar, con cara de pocos amigos.

Ella volvió a poner la excusa de los estudios, pero no resultó creíble. Dieron una sesión más larga que de costumbre. Aun así, Laura parecía decepcionada con ella.

—A estas alturas ya deberías ser capaz de dar algún paso sin apoyo. ¿Qué has hecho todo este tiempo? ¿Es que no quieres volver a andar sin muletas o qué?

—Claro que sí.

—Pues no lo parece. No puedes tirarte semanas sin aparecer por aquí ni dar señales de vida y luego volver como si tal cosa. O empiezas a poner de tu parte o no me hagas perder más el tiempo —concluyó Laura, antes de irse a atender a otro paciente.

Hacía meses que se conocían, así que la chica ya tenía confianza para hablarle así. Abby sabía que lo hacía para que se esmerara pero, aun así, se sintió atacada. Claro que quería volver a andar sin muletas, a correr, a bailar, a hacer todas las cosas que hacía antes del accidente, solo que no tenía fuerzas para pensar en ello porque, si pudiera volver a hacer todas aquellas cosas, ¿con quién las haría?

De todas formas, antes de irse, le prometió que no dejaría la terapia de lado y que volvería más a menudo.

Se retrasaron más de lo que pensaban, ya que incluso tuvo que cambiarse de ropa al terminar, y Maggie la dejó en el instituto cuando solo quedaban dos horas de clase. Le dijo que ella ya no tenía que ir a trabajar por ese día, que aprovecharía para hacer unas compras y que, si a la hora de salida no estaba allí, que se fuera andando a casa. Abby asintió y salió del coche. Llegó con la clase ya empezaba y la profesora le lanzó una mirada desaprobatoria, así que se sentó en silencio, abrió los libros e intentó no hacer nada que pudiera llamar la atención.

Cuando sonó el timbre para salir, el profesor de sexta hora no había terminado de explicar la lección, así que tardó quince minutos más en finalizar la clase. Para cuando les dejó salir, Abby ya

sentía la pierna bastante cargada por la fisioterapia y había recibido un mensaje de Maggie avisándola de que no iría a recogerla. Ese día llevaba un bolso más pequeño donde no cabían todos los libros, así que los cogió con una mano y con la otra se apoyó en la muleta. Al salir a la calle se detuvo un momento para sacar las gafas de sol del bolso. Estaba rebuscando en su interior cuando tuvo un mal presentimiento. Levantó la mirada y lo vio. Ahí estaba otra vez, en la carretera. El deportivo rojo brillaba bajo el cielo despejado al otro lado de la calle. Podía escuchar el ronroneo del motor por encima de la algarabía del resto de alumnos que salían del instituto, y se sintió observada. No sabía cómo, pero tenía esa sensación.

—¿Te han dejado tirada?

Saltó del susto cuando escuchó una voz a su espalda. Se le escapó un grito y los libros se le escurrieron de las manos. Se giró y descubrió a Leo. Volvió a mirar hacia delante y vio que el coche seguía en el mismo lugar.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar.

—Maggie no ha venido hoy a trabajar —respondió ella sin mirarle.

Sin perder de vista el coche se agachó para recoger los libros del suelo, cuando un espasmo le recorrió la pierna y la obligó a sujetársela con una mueca de dolor.

—Espera, déjame. —Leo se acercó y recogió sus cosas—. ¿Estás bien?

—Sí. Puedo sola.

Intentó quitarle los libros de las manos, pero él no se dejó.

Leo se incorporó con las cosas de Abby entre las manos y siguió la mirada de la chica. Observaba un coche al otro lado de la calle. Creyó reconocerlo, lo había visto un par de ocasiones antes merodeando por el instituto y se había fijado en él. Pero ella parecía intranquila ante su presencia. Casi como si tuviera miedo.

—Vamos. —El chico le tendió una mano para ayudarla a levantarse, que ella agarró—. Te acompaño a casa.

—No es necesario...

—Venga, por favor, no seas tozuda. Deja que te ayude. Adam no me lo perdonaría nunca si te dejara así. Y, lo creas o no, a mí tampoco me gusta verte de esta manera.

—¿De esta manera cómo?

—Tan asustada y vulnerable. —De repente, ambos vieron como el coche arrancaba y se alejaba de allí a toda velocidad—. Anda, vamos.

Abby estaba pálida, y Leo había visto cómo se había asustado cuando le había hablado por detrás. Igual que la había visto aquellos últimos días. Llevaba un tiempo observándola, estudiando sus reacciones, desde que se había dado cuenta de aquella situación, y había descubierto algunas cosas: cada vez que la chica salía a la calle miraba a todos lados inquieta, como si buscara algo. O a alguien. Y, claramente, se tensaba cuando alguien la llamaba o la tocaba por detrás, incluso con sus amigas, para relajarse un instante después cuando se giraba y descubría quién era. Todo había empezado cuando aquel tipo se había presentado en la puerta del instituto. Al verla ahora reaccionar de la misma manera ante aquel coche, Leo creyó descubrir el porqué.

—Crees que es él, ¿verdad? —le preguntó, de camino a su casa—. El del coche.

Abby, que miraba al suelo, levantó la cabeza al escuchar la pregunta. Se quedó un momento pensativa antes de responder.

—Puede. No lo sé seguro.

—¿Te está acosando?

—Nunca me dejará en paz —respondió ella, sacudiendo la cabeza.

—¿A qué te refieres? —insistió, sin entender sus palabras.

—No quiero hablar de ello.

Leo decidió respetar su silencio y no volvió a insistir. Se dijo que ya volvería a sacar el tema en otro momento. Necesitaba saber qué había pasado entre ellos. Desde que se había enterado de que ella conocía al asesino de su hermano había intentado odiarla con todo su ser, pero algo le impedía sentirse como quería hacia ella. Y, después de lo que había observado, el miedo que ella le tenía, una parte de él le decía que no era tan sencillo como le había parecido en un principio; comenzaba a sentirse un poco culpable por cómo la había tratado basándose en aquel primer razonamiento.

Necesitaba saber la verdad, y quizá tuviera que confiarle él algo a ella para ganarse un poco su confianza y recibir lo mismo a cambio. Lo necesitaba, pero podía esperar un poco más.



Abby no sabía por qué pero, durante todo el trayecto a su casa, se había sentido segura teniendo a Leo a su lado, una sensación que no había tenido desde hacía tiempo, ni siquiera en su casa. Aun así, eso no significaba nada. Que el chico la acompañara no quería decir que ya fueran amigos ni nada por el estilo. Solo que no era un capullo integral y que sentía algo de lástima por ella, nada más.

Sin embargo, se sentía confusa. Con sus preguntas, Leo se había acercado demasiado a sus pensamientos y temores, y parecía haberlos descubierto por sí mismo. ¿Debería decirle la verdad? Adam era su hermano, pero aun así no estaba segura. Una parte de ella pensaba que él debía saberlo, aunque no entendía por qué; pero, por otra parte, había guardado ese secreto durante tanto tiempo que no tenía claro si debía liberarse de ese peso. De todas formas, no sería ese día.

Leo cargó voluntariamente sus libros todo el camino, hasta que llegaron a la puerta de su casa y ella los recuperó de sus manos. Con una pequeña sonrisa, el chico se dio la vuelta para marcharse.

—Gracias —le dijo Abby.

Él giró la cabeza un momento.

—Te dije que no era un monstruo.

Y continuó su camino.

No, reconoció ella, él no era el monstruo de aquella historia. Y ni siquiera podía llegar a imaginar hasta qué punto.

Capítulo Dieciséis

Abby acababa de superar su récord personal de pesadillas en una noche: entre los recuerdos del pasado, su vida presente, las visiones de su mente, Adam, Leo y Lucas, dormía peor y cada mañana se levantaba más cansada y ojerosa.

El día anterior no había podido responderle a Leo; pero sí, cada vez creía con más fuerza que Lucas la perseguía. Habría apostado el dedo pequeño del pie a que el deportivo rojo era su nuevo coche. No sabía el motivo, aunque imaginaba que lo hacía para castigarla por dejarlo y huir del pueblo, tal y como le dijo que haría. «Te arrepentirás de esto», fueron sus palabras exactas. Las tenía clavadas en la cabeza igual que si hubieran salido de su boca el día anterior.

Se levantó de la cama, intentando dejar los malos sueños en ella, y se preparó para afrontar una nueva jornada en el Isabel I de Castilla.

Aquel día, el ambiente parecía más animado que de costumbre, sobre todo en el patio a la hora del recreo; los colores azul y amarillo resaltaban por doquier. Cuando sonó el timbre, pasó por el cuarto de baño y, a su salida, buscó a las chicas en las mesas del exterior. Hacía días que salía a almorzar con ellas, el aire frío y la luz solar la despejaban y le sentaban bien, al igual que su compañía.

—¿Qué ocurre hoy? Todo el mundo parece muy animado.

Se sentó en el banco de piedra.

—¿No lo sabes? ¡Hoy jugamos contra el Ciudad de Dios! Es un partido importante.

El Ciudad de Dios era un instituto católico privado de la ciudad. Ambos centros eran rivales en todo, especialmente en los deportes. El año anterior, su instituto le había arrebatado la liga de fútbol en el último partido de la temporada y, desde entonces, ansiaban la revancha.

—¿Vas a venir a verlo? Jugamos en casa —le preguntó Alexia.

—¡Arriba, Católicos! —gritaron unas chicas desde una mesa contigua a la suya. De esa forma llamaban a los jugadores del equipo, y a todo el alumnado en general.

—No creo. Tengo mucho que estudiar.

—Pues te vas a perder un partidazo —trató de convencerla Marga.

En realidad, no se sentía cómoda yendo a ver jugar a los Católicos. La última vez que fue a uno de sus partidos, Adam todavía jugaba con ellos como capitán del equipo. Se preguntó si ahora lo sería su hermano. El año anterior había sido segundo capitán, y era el que más opciones habría tenido para sustituirle.

Cuando entró en clase después de que sonara el timbre, Leo ya estaba sentado en su sitio. Decidió preguntarle, por curiosidad.

—Me han dicho que hoy tenéis un partido importante.

—Mmm, sí. Pero yo no.

—¿Y eso? —le preguntó, extrañada.

—¡Porque no! —respondió Leo elevando la voz, pero se dio cuenta y se moderó antes de continuar—. No quiero hablar del tema.

—Pero...

—¡Déjalo! —cortó él.

Abby notó que el chico se tensaba, enfadado. Desde su última pelea no le había dicho una

palabra más alta que otra, por lo que su reacción le extrañó, pues no pensaba que hubiera dicho nada malo. Aun así, lo dejó estar, para no alterarlo más.

—Muy bien —zanjó ella en voz baja.

Leo no volvió a dirigirle la palabra en el resto de la mañana, así que se marchó a casa un poco confusa. No pudo quitarse la escena de la cabeza durante la comida ni por la tarde, le dio vueltas a sus palabras y trató de encontrar el motivo por el que se había enfadado, pero seguía sin comprenderlo. El chico un día estaba bien y al siguiente mal, no había quien lo entendiera.

A media tarde, cuando empezaba a anochecer, decidió bajar al jardín a tomar el aire para despejarse y poder concentrarse un poco más en los estudios. Se bajó el libro de Química para repasar algo. Tendrían examen de formulación en unos pocos días y aún no había conseguido ponerse al día con aquella asignatura. Debería haber elegido un bachiller que le resultara más fácil pero, como el año anterior, aún no había descubierto qué quería hacer con su vida después, aquel era el que más salidas le proporcionaba.

Dio casi una vuelta al jardín tratando de realizar los ejercicios que le había mandado Laura, aunque seguía sin conseguir dar ni un paso sin apoyo. La pierna ya no le dolía tanto, así que ese no era el motivo. Algo la tenía bloqueada. No confiaba en sí misma.

Cuando se cansó, se dirigió al banco para descansar y sacó el libro. Intentó concentrarse en él hasta que, por el rabillo del ojo, vio una sombra alargada que se acercaba hacia ella; se asustó y encogió de miedo.

—Tranquila —dijo Leo, con las manos en alto—, soy yo.

Abby notó que su corazón se ralentizaba ante su presencia.

—¿Otra vez aquí? —Enarcó una ceja.

—Casualidad.

—¿Cada vez que discutamos vas a pasar por aquí «de casualidad»? —preguntó, gesticulando las comillas con los dedos de las manos.

Leo se acercó al banco por detrás y apoyó los codos en la parte superior del respaldo.

—He ido a darle ánimos a Eliot antes del partido. Era importante para él.

—¿Y no te has quedado a verlo?

—Obviamente, no —respondió sin mirarla; luego giró la cabeza hacia ella—. Lo dejé.

—Creía que te gustaba el fútbol.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno... dices que lo has dejado, ni siquiera vas a ver los partidos...

—Me encanta el fútbol, que lo sepas —la interrumpió él.

—¿Y por qué no vuelves? —quiso saber—. ¿Qué te lo impide? Eras la estrella del equipo.

—¿Eso ha sido un sarcasmo? —Abby negó con la cabeza—. Me gustaba jugar al fútbol con mi hermano. Yo no era la estrella del equipo solo, lo éramos juntos. Nos complementábamos, conocíamos los gestos del otro, preveíamos nuestros movimientos, podíamos comunicarnos con una mirada. Los otros siempre decían que nos leíamos la mente. —Leo sonrió—. Ya no tiene sentido jugar sin él. Y, al igual que tú estás aquí sentada y no allí —añadió, señalando al que un año antes había sido su banco—, yo tampoco he sido capaz de pisar el campo sin él.

—Pero me dijiste que lo habías superado.

Leo permaneció unos minutos en silencio.

—Te mentí —dijo al fin.

—¿En qué?

—No me he hecho a la idea, ni lo he superado. —Leo suspiró profundamente y siguió hablando, incapaz de detenerse en ese momento—. Mi madre intentó suicidarse unas semanas después del

accidente, cuando tú y yo nos vimos en el hospital. Bueno, no es que intentara quitarse la vida, me he expresado mal. Le recetaron unas pastillas para los nervios y para poder dormir, un día se puso histérica y se pasó con ellas. Poco después, mi padre se marchó. Ahora mi madre se pasa la mitad del tiempo hablando con su psicólogo y la otra mitad medio drogada.

Abby se quedó boquiabierta. No había esperado recibir una revelación como aquella. El vello se le erizó. Desde el accidente solo había pensado en sí misma, en lo que le había pasado a ella, en lo que ella había perdido, sin ni siquiera recordar a nadie más. Escuchar aquello le hizo darse cuenta de que aquel accidente había destrozado más vidas de las que podía imaginar, muchas más que la suya propia. Se dio cuenta de lo egoísta que había sido. Después del accidente ella había tenido a toda su familia para apoyarla y cuidarla, pero Leo había estado prácticamente solo todo aquel tiempo, y seguía estándolo. Encima, tenía que hacer la función de padre con su madre, en vez de ser ella la que velara por él.

—Nadie lo sabe —continuó Leo—, ¿entiendes? Solo tú.

Esa aclaración terminó por desarmarla. Nunca habría esperado ese tipo de confianza viniendo de él, la necesaria como para contarle una bomba como aquella y, por un momento, no supo cómo corresponderle, ni si podría. Aún había un pasado entre ellos dos que le costaba olvidar.

—Lo siento —fue lo único que pudo decir.

Después de un largo silencio, él respondió.

—Sí, yo también.

Leo sintió cómo se descargaba un poco su corazón cuando reveló aquella parte de su contenido. No sabía cómo las palabras habían salido solas de su boca y, aunque no había creído sentirse preparado todavía para compartir aquella parte de su actual vida con nadie, menos con ella, se sintió agradecido al hacerlo. Había sido un secreto demasiado pesado de transportar, y acababa de darse cuenta de cuánto había necesitado compartirlo con alguien.

Miró a Abby, que tenía la mirada perdida en el suelo, y reparó en el libro que llevaba entre las manos. Sabía que le estaba costando horrores aquella asignatura; escuchaba cada resoplido y cada gruñido que soltaba durante las clases, y había visto con disimulo la cantidad de ejercicios que resolvía mal; si es que llegaba a hacer alguno bien, que lo dudaba.

—Si quieres, podría echarte una mano con eso.

Abby levantó la cabeza y, siguiendo su mirada, vio que se refería al libro de Química. Hasta ahora se había negado cada vez que él le había ofrecido ayuda en clase con algo, pero ya había comprendido que no conseguiría aprobar aquella materia por ella misma.

—Bueno... ya sabes dónde encontrarme.

Leo sonrió. Entonces observó que ya había anochecido. La temperatura estaba bajando rápido y vio que ella no llevaba suficiente abrigo.

—Se ha hecho tarde por hoy, deberías subirme a casa. Mañana nos vemos.

Aquella conversación fue la manera de establecer un acuerdo tácito: Leo empezó a acudir cada tarde a aquel banco. Le explicaba la Química y las Matemáticas, o hacían juntos los deberes y trabajos del resto de asignaturas. Al principio se limitaban a eso, a soportarse uno al otro. Nunca hablaban de nada que no fuera el instituto y Leo no volvió a abrirse repentinamente como aquella vez.



Unos días después, Abby llegó a clase, después de mucho pensar, dispuesta a devolverle a Leo un poco de la confianza que él había depositado en ella aquella tarde. Nada más entrar por la puerta, se fue derecha hacia él, se sentó a su lado y le soltó su historia de golpe, una parte de ella.

Había pasado parte de la noche ensayándolo.

—Mi padre nos abandonó cuando yo era pequeña y no hemos vuelto a saber nada de él. Fue una época dura, recuerdo que mi madre se pasaba más tiempo en la cama llorando que cuidando de mí. Estaba súper enamorada de él. Ella ni siquiera quiso ponerle una denuncia por abandono de hogar e hija, y eso que mucha gente se lo recomendó. Nunca lo buscó ni le pidió nada, me sacó adelante lo mejor que pudo, trabajando sin parar. Ella no quería que yo viniera aquí, pero no me lo prohibió porque, de pequeña, no pudo darme todo lo que quería o lo que tenían otros niños del colegio; esto, este instituto, era lo mejor para mi futuro.

Hizo una pausa para respirar. Apenas había cogido aire mientras le soltaba todo aquel rollo porque sabía que, si se detenía, no podría continuar. Ni siquiera le había contado aquello a Adam. Cuando lo conoció, él tenía una familia perfecta, vivía en una casa perfecta y no parecía que les faltara el dinero, y ella se sentía avergonzada de gran parte de su vida. A decir verdad, había tantas cosas que no le había contado...

Ahora, sin embargo, había sentido que podría compartirlo con Leo, igual que él había hecho con ella.

Leo la escuchó todo el tiempo mirándola a los ojos. Después permanecieron un momento en silencio.

—Olé por las familias disfuncionales —terminó Abby.

—No —la corrigió Leo—. Olé por los padres disfuncionales. El resto sí es una familia.

Leo le sonrió. Abby pensó en los niños del jardín de enfrente de su casa. A algunos los veía cada tarde, en los columpios, en los toboganes, saltando, jugando y riendo, y recordó su propia infancia. Recordó quién había estado allí cada tarde con ella, en un parque similar. Quién había estado en cada cumpleaños, en cada pesadilla nocturna, quién la había alimentado, vestido, ayudado con los deberes y llevado al colegio cada día durante años. Él tenía razón. Su madre y ella sí eran una familia. Eran una familia normal. El único que no había querido formar parte de ella había sido su padre. Él era el disfuncional, y no ellas dos. Abby le devolvió la sonrisa, completamente agradecida por haberle abierto los ojos.

Capítulo Diecisiete

Cuando Leo llegó unos días después a clase, Eliot estaba en la puerta esperándolo, con cara de pocos amigos.

—¿Sabías que Sandra vive en el mismo barrio que Abby? —lo abordó sin más contemplaciones.

—¿Qué?

—Pues sí, y suele salir por las tardes al parque a correr. Ahora, adivina a quién hace días que ve por allí, sentado en un banco cada día, con ella.

—Eliot, para. No es asunto tuyo —dijo Leo, intentando pararle los pies.

—¿Cómo que no?! ¿Es que ahora sales con ella?

—Claro que no salgo con ella.

—Entonces ¿qué está pasando? ¿Y por qué tengo que enterarme de lo que hace mi mejor amigo por Sandra?

—Es mejor que no te metas en esto.

—¿Pero si te pasaste todo el curso pasado dándome la tabarra con que no la soportabas, que era una manipuladora que le tenía la cabeza comida a Adam y que querías que rompieran! ¿Qué haces pasando las tardes con ella? Y sé que también las mañanas, he visto por la ventana que te sientas con ella en clase, no me lo niegues.

—Sí, tienes razón. Pero Adam me obligó a echarle un ojo.

Aunque al principio se había sentado junto a ella por obligación, lo cierto era que empezaba a sentirse bien con Abby. Pero no podía reconocerle eso a Eliot, y dijo esas palabras sin darse cuenta de que sería peor, ya que Eliot lo miró como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Cuándo ha pasado eso?

Leo no podía contarle lo del sueño con su hermano en medio del pasillo del instituto y arriesgarse a que alguien más lo oyera. Incluso le daba vergüenza contárselo a su amigo, pero ya no había vuelta atrás. Eliot no iba a dejar pasar el tema. Quedarían más tarde, hablaría con él e intentaría que comprendiera su situación.

—No puedo contártelo aquí, ¿vale? Ya hablaremos.

—Pero, tío...

—Eliot, lo digo en serio —le cortó—. Vete a clase.

—De acuerdo, pero aunque me debes una explicación. Esto no se va a quedar así.

Eliot se alejó por el pasillo dando grandes zancadas. Leo resopló y entró en clase, solo para encontrarse con otro problema, a cuál más grande.

Mientras los chicos discutían de espaldas a la puerta, Abby había llegado a la misma y escuchado una parte de la conversación.

—Es mejor que no te metas en esto —le decía Leo a Eliot.

—¿Pero si te pasaste todo el curso pasado dándome la tabarra con que no la soportabas, que era una manipuladora que le tenía la cabeza comida a Adam y que querías que rompieran! ¿Qué haces pasando las tardes con ella?

No se quedó para escuchar el resto, ya había oído suficiente. Se fue derecha a su sitio, con ganas de matar a alguien. Si él pensaba de esa forma, se hacía la misma pregunta que Eliot, ¿qué

estaba haciendo con ella? ¿Por qué la ayudaba? ¿Qué quería de ella? Le dolió más descubrir que había confiado en él para nada, que no había cambiado en absoluto, y se arrepintió por haberle hablado de su padre.

Cuando Leo entró y se dirigió hacia la mesa que compartía con Abby, por la mirada que ella le dedicó, supo de inmediato que algo malo pasaba.

—Buenos días —la saludó.

—Pasa de mí.

—Vaya, parece que hoy más de uno se ha levantado con el pie izquierdo —trató de bromear.

—No te creas, en realidad soy así. Es que hasta ahora te he estado manipulando, igual que a Adam.

Leo no se lo podía creer, ¿se podía tener más mala suerte? Abby tenía que haber escuchado justo la única frase que no debía de toda su discusión con Eliot. El día iba de mal en peor, y no había hecho más que comenzar.

—Escúchame, lo estás malinterpretando, lo estás sacando de contexto totalmente.

—¡No, no, si lo he oído con claridad! Que soy una manipuladora, que le tengo la cabeza comida a tu hermano y que no me soportas —repitió ella, imitando la voz del chico.

—«Eras», Eliot ha dicho «eras», el año pasado.

—¡Pues que sepas que tú tampoco me gustabas a mí! ¡Yo tampoco te soportaba!

—¿Quieres escucharme un momento y dejar de decir cosas de las que puedas arrepentirte? —insistió él, tratando de explicarse.

—¡Tú nunca quisiste que estuviéramos juntos, no lo niegues!

—¡Y no lo niego, estaba deseando que cortarais, pero es pasado!

—¡Pues ya puedes estar contento, porque ya no estamos juntos!

—Obviamente, no lo quería de esta manera. —Leo bajó la voz.

Aquellas palabras sí le habían hecho daño. ¿Acaso ella creía que él no había querido que estuvieran juntos a cualquier precio? ¿Que prefería la muerte de su hermano a que saliera con ella? Si era así, se sentía dolido y decepcionado.

—Pues qué lástima, nunca llueve a gusto de todos —añadió ella, intentando ser borde.

—¡Ufff! ¿Por qué siempre tiene que ser así todo contigo?

—¿Así cómo?

—Estamos bien y luego de repente mal, y después bien otra vez, y entonces malinterpretas algo y vuelves a tirarme los trastos a la cabeza...

—Espera, espera, ¿cuándo hemos estado tú y yo bien? —preguntó Abby, señalándolo a él y a sí misma alternadamente.

Leo quiso replicar, pero se quedó sin saber qué responder. Sus palabras volvieron a herirle. Si de verdad pensaba eso, entonces había sido él quien la había malinterpretado a ella todo ese tiempo. Aun así, prefirió no empeorar las cosas y terminar la discusión en ese momento.

—¿Sabes qué? De acuerdo, como tú quieras.

Se dio la vuelta y fue a sentarse a otra mesa vacía.

Mientras se alejaba, Abby se fijó en que los alumnos que había en el aula los miraban, y se dio cuenta de que había estado gritando todo ese tiempo. Al menos no estaba la clase al completo, aunque no tardarían en enterarse, de eso estaba segura.

Un poco avergonzada, se sentó y comenzó a sacar los libros de la primera hora, cuando Adam apareció a su lado. No tenía fuerzas para enfrentarse a él en ese momento, así que cerró los ojos y suplicó en voz baja.

—Por favor, por favor, vete, por favor.

—*Me parece que te estás equivocando con él. Las cosas no son como piensas.*

Abby no pudo concentrarse en las clases en toda la mañana. No paraba de darle vueltas a lo ocurrido y sí, reconocía que se había pasado. Ahora, en frío, entendía lo que quería decir Leo cuando le había dicho que era agua pasada. Que no se hubieran llevado bien antes no quería decir que no pudieran llevarse ahora. Y no podía fingir que no lo soportaba porque no era cierto. Cada hora que pasaba se arrepentía un poco más por haber sido tan impulsiva y haberlo juzgado tan a la ligera. Decidió hablar con él a la salida de clase, pero Leo salió corriendo en cuanto sonó el timbre y no le dio tiempo a alcanzarlo.

Por la tarde lo esperó un rato en el banco, aunque una hora después le quedó claro que el chico no iba a aparecer. Cómo iba a hacerlo, si ella casi le había dado a entender que él no significaba nada para ella y que no se llevaban bien. Entonces tomó una decisión.

A aquella hora Tom estaría a punto de llegar del trabajo. Fue a la puerta de su casa, esperó a que llegara y le pidió que la llevara en coche hasta casa de Leo. Tom se extrañó, pero no se opuso. Cuando se acercaron al lugar del accidente, cerró los ojos durante algunos minutos para no verlo; no quería revivirlo en ese preciso momento.

Tom la dejó en la puerta y le preguntó si quería que la esperara; Abby le dijo que no. Si Leo no se dignaba a hablar con ella llamaría un taxi o regresaría a pie.

Se detuvo un instante, antes de tocar el telefonillo, para coger fuerzas. Hacía tanto tiempo que no iba a aquella casa que algo se removió en su interior, pero decidió apartar ese sentimiento por el momento. No estaba allí por Adam.

Leo vio quién era por la cámara del telefonillo y, por un momento, sintió un *déjà vu*. La escena le descuadró. ¿Qué hacía ella allí? Se extrañó tanto que bajó a abrirle en persona. Encontró a la chica dando vueltas al pie de las escaleras de la entrada.

—¿Qué haces aquí?

—Es que... no has ido al banco.

—Pensaba que era obvio —dijo Leo, entrecerrando los ojos.

—Tenías razón.

Leo cerró la puerta de la casa y se sentó en los escalones.

—¿En qué?

—Bueno... —Ella se sentó un escalón más abajo—. Puede que, últimamente, no nos hayamos llevado mal del todo.

—Ya veo.

—Pero no entiendo por qué.

—¿Por qué, qué? —preguntó él.

—¿Por qué de repente te comportas así conmigo?

—Así, ¿cómo?

—Pues así, tan amable, tan... protector.

Leo resopló. Ya había tenido aquella conversación con Eliot y no había ido del todo bien. El chico se había reído de él en su propia cara. No se sentía preparado para otra escena igual, pero sabía que iba a tener que decírselo para que ella lo comprendiera.

—Me lo dijo Adam, ¿vale?

—¿Perdona? —Abby se mosqueó—. No tiene gracia, ¿sabes? Si es una broma ya puedes irte a la...

—No es una broma. Lo soñé —la interrumpió, avergonzado por decirlo en voz alta—. Soñé con él y me hizo prometerle que cuidaría de ti. Y sé que fue solo un sueño y que fue producto de mi cabeza, pero ahora me siento como obligado a hacerlo, ¿entiendes? No puedo fallarle otra vez.

Abby lo entendía perfectamente. Ella también veía a Adam y hablaba con él y, aunque tenía claro que todo estaba en su cabeza, no había dejado de hacerlo. No podía juzgarle por eso.

—¿Cuándo le has fallado más? —le preguntó.

—¿Toda la vida? —respondió él, como si fuera obvio—. No creo que nunca pudiera llegar a estar orgulloso de mí, nunca hice nada para ello. Más bien al contrario. Como lo que te hice a ti. Él siempre creyó que fue aposta.

Sus palabras la sorprendieron, pues ella también llevaba todo ese tiempo pensando que lo había hecho a propósito.

—¿Y no lo fue?

—Pues no. Fue un accidente. Yo, simplemente, no lo desmentí. Pero ojalá lo hubiera hecho, habría facilitado mucho las cosas.

—¿Qué sucedió?

—Ya no tiene importancia. —Agachó la cabeza.

—Para mí sí es importante —insistió ella.

Leo soltó un largo suspiro y se mantuvo en silencio un buen rato, tanto que Abby pensó que no diría nada más, hasta que, de repente, empezó a hablar y le contó lo que en realidad había sucedido aquella noche de finales de verano en su casa.

Cuando terminó la historia, Abby no supo qué responder. Todo ese tiempo lo había odiado por algo que, según él, había sido solo un accidente. ¿Cómo debía sentirse ahora? Incluso su relación con Adam se había basado en un principio en lo que él le había hecho y, si no había sido así, ¿solo les había unido una mentira? Leo interrumpió sus pensamientos.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Me ha traído Tom —respondió, con la mente en otro sitio—. Pero ya se ha ido.

Leo observó el cielo sobre sus cabezas, oscureciéndose por momentos.

—Entonces te llevaré a casa.

Se levantó, sacó las llaves del coche del bolsillo derecho del pantalón y le tendió una mano para ayudarla a levantarse. Después se dirigió hacia el auto, que estaba aparcado al otro lado de la calle, le abrió la puerta y la sujetó mientras subía, lanzando la muleta al asiento trasero. Arrancó el coche mientras ella se acomodaba en el asiento y se abrochaba el cinturón. Él encendió la radio, la música y la voz de los locutores inundaron el vehículo.

Abby no sabía qué decir; él seguía en silencio, así que no lo forzó. Se mantuvo en silencio, pensativa, hasta que de repente se dio cuenta de que el chico tomaba un camino diferente y llegaba a los alrededores del instituto.

—¿No ibas a llevarme a casa? —preguntó, extrañada.

—Vamos a dar un pequeño rodeo.

—¿Para ir adónde?

—Ahora lo verás.

Pasó por la puerta del centro y siguió conduciendo unos minutos más, hasta que detuvo el coche en la entrada del paseo que llevaba al mirador.

—¿Qué hacemos aquí?

—Dar un paseo. Vamos.

Bajaron del coche y recorrieron en silencio el pequeño paseo, hasta que llegaron a la plaza bordeada por un muro que formaba el mirador. Leo cruzó la plaza, apoyó los brazos en el muro y miró hacia abajo. Abby se colocó a su lado. El sol había terminado de ponerse y una brisa fresca soplaba con fuerza. Ella apoyó la muleta en la pared, se arrebujó bajo la chaqueta y cruzó los brazos por encima para guardar el calor. El lugar estaba desierto y la única iluminación provenía

de un par de farolas que acababan de encenderse, cuya luz mortecina no emitía la suficiente claridad.

—¿Sabes? Cuando éramos pequeños solíamos coger las bicis y venir aquí casi todas las tardes a jugar.

—Y tirabais piedras intentando llegar al agua, pero nunca llegaban —Abby terminó la frase por él.

Leo la miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Adam me lo contó.



—Nos pasábamos las tardes tirando piedras, pero nunca conseguíamos llegar al agua. Luego crecimos, empezamos con el fútbol y dejamos de venir —terminó de contar Adam.

—Parece que antes os llevabais mucho mejor que ahora.

—Sí... eran otros tiempos. —Adam se agachó y recogió una piedra del suelo. La sopesó en la mano, la lanzó hacia arriba, la recogió un par de veces y, al final, echó el brazo hacia atrás para lanzarla con fuerza en dirección al mar. Ambos siguieron con la mirada su recorrido, hasta que cayó sobre las olas que rompían bajo ellos y se perdió en el agua—. Buenos tiempos.

Se colocó detrás de ella, con un brazo a cada lado de su cuerpo, atrapándola, mientras con las manos se agarraba al muro del mirador. Agachó la cabeza y comenzó a besarla en el lado derecho del cuello.

—Pero estos son mejores —dijo, sin separarse apenas de su piel.

—Adam, que hay gente delante.

Abby se rio y miró de reojo a una pareja de ancianos que estaban sentados en un banco y a una familia que miraba hacia el mar al otro lado del mirador. Los niños correteaban gritando sin parar por la plaza.

—No nos están mirando —dijo él, sin detenerse.

Ella cerró los ojos, disfrutando del momento. Se giró entre sus brazos para quedar frente a frente y apoyó las manos en su estómago.

—¿Seguro que no nos están mirando? —preguntó, con voz traviesa.

Adam negó con la cabeza. Abby subió las manos por su pecho hasta sus hombros, y bajó acariciando sus brazos.

—¿Seguro? —insistió, mirándolo fijamente a los ojos.

Volvió a recorrer sus brazos hacia arriba y cuando llegó al cuello lo atrajo hacia ella. Adam agachó la cabeza y la besó con fuerza, ella enredó los dedos en su cabello. Él la levantó por la cintura y la sentó en el borde del muro, mientras seguía besándola.

—Estaría así todo el día —dijo él, entre sus labios.



—Eran buenos tiempos —dijo Leo, mirando al infinito.

Abby sacudió la cabeza para quitarse el recuerdo de la mente. Miró hacia sus pies, examinando el suelo a su alrededor, sin saber bien porqué, hasta que sus ojos dieron con lo que buscaba de manera inconsciente. Se agachó y recogió una piedra que ocupaba toda la palma de su mano. Era pesada y tenía forma redondeada. La sopesó antes de tendérsela a Leo.

—Toma.

Él se quedó un momento mirando su mano extendida. Alargó la suya y recogió la piedra con cuidado, como si se tratara de una valiosa gema y no de un guijarro cualquiera. Cerró el puño entorno a ella con fuerza, hasta que Abby pudo ver cómo se le ponían blancos los nudillos. Entonces, echó el brazo hacia atrás y la lanzó con fuerza hacia el agua; debido a la oscuridad, la perdieron de vista enseguida y no pudieron ver dónde caía.

Permanecieron unos minutos más así, en silencio, mirando el vacío, escuchando el sonido de la marea y del oleaje. De repente, Leo se incorporó, se impulsó sobre el muro y se sentó en él.

—Vamos —le dijo, tendiéndole una mano para ayudarla a subir.

—¿Estás loco?

Abby miró hacia abajo. Las olas rompían con fuerza contra las rocas del fondo. Si se resbalaba... Parecía peligroso.

—Venga, no pasa nada. Cuido de ti, ¿recuerdas?

Agarró la mano que le tendía, con la otra se apoyó en el muro y pasó la pierna derecha por encima, impulsándose con la buena, hasta quedar a horcajadas sobre el muro. Después, con ayuda de Leo, pasó la otra. Las piernas les colgaban sobre el acantilado y apenas se veía el fondo.

Estaban sentados tan juntos que sus brazos y piernas se tocaban. Se relajó. Se sentía tranquila y segura con Leo a su lado. No sabía por qué confiaba en él; sabía que la protegería. Volver a cerrarse la chaqueta y apoyó la cabeza en el hombro del chico. Fue un gesto del todo involuntario pero, una vez se hubo acomodado, le gustó la sensación. Notó que él se tensaba bajo el peso de su cabeza y, un instante después, su cuerpo relajándose a la par que ella. Entonces, Leo levantó el brazo, lo puso a su alrededor y le dio un suave apretón en el hombro contrario con la mano. La brisa marina le agitó el cabello e hizo dibujos con él en el aire.

Aquella noche, cuando llegó a su casa y se sentaron a cenar, no pudo parar de darle vueltas a la cabeza. A lo que le había confesado Leo y a lo que había ocurrido después en el mirador. Durante un segundo, había sentido una conexión tan instantánea con él que le dio miedo lo que eso podía significar.

La preocupación se le instaló en la boca del estómago y removió la comida en el plato sin mucha hambre, pero se obligó a terminarse al menos la ensalada de tomate. Cuando terminaron se encerró en su cuarto con la excusa de que estaba cansada y, poco después, Adam apareció.

—¿Qué te pasa?

—¿Y si nosotros no hubiéramos estado destinados a estar juntos?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Lo que me ha dicho tu hermano.

Adam permaneció pensativo.

—¿Lo que en realidad quieres decir es si estabas destinada a estar con él y no conmigo?

—Él no es como yo pensaba.

—Ya te lo dije.

—Si hubiera sido así, tú podrías estar vivo ahora mismo.

—Y él podría estar muerto.

Abby no pudo responder a eso. Tenía razón, Leo podría estar muerto. Siempre había creído que estaría contenta con ese cambio, pero ahora no podía imaginarse la vida al revés, y no estaba segura de querer perder a Leo.

—¿Te gusta?

—Obviamente, no voy a tener esta conversación contigo —soltó ella con expresión tensa, aunque enseguida su cara se relajó y un suave velo de pesar cubrió su rostro—. Pero yo te quiero.

Después de otro silencio, que le pareció eterno, Adam respondió.

—Nosotros estuvimos destinados a estar juntos en su momento, y lo estuvimos. Pero ese momento pasó. Esta es otra vida, tendrás que vivirla de otra manera.

Después desapareció, dejándola más confundida todavía. No podía, o no quería, reconocer que Leo le gustaba pero, en el fondo, sus sentimientos por él habían comenzado a cambiar. Lo sentía dentro de ella, en el mismo lugar donde otro sentimiento empezó a tomar fuerza en ese momento: la culpa.

Capítulo Dieciocho

Abby salió corriendo de su sesión con Laura, sabedora de que llegaba tarde. Ya en el coche, apremió a Maggie para que se diera prisa en llegar a casa.

—Últimamente pasas mucho tiempo con Leo, ¿no? —la interrogó, mirándola de reojo.

—Me está dando clases particulares.

—¿Clases particulares de qué? —preguntó Maggie, con una sonrisa torcida en la cara.

—Del instituto, obviamente. —Puso los ojos en blanco.

—Sabes que ese chico no me gustaba nada. Es decir, sé lo que cuentan de él en el instituto... o contaban —siguió diciendo su tía, que cada vez parecía más nerviosa—. Vamos, que tú tampoco decías maravillas de él el año pasado... En fin, no se me dan bien estas charlas. Hasta ahora no había tenido que dar ninguna, más bien me las habían estado dando a mí.

Abby decidió intervenir en ese punto, incómoda por el camino que estaba tomando la conversación.

—Maggie, relájate. Esto no hace falta, de verdad —la interrumpió—. Solo me está ayudando con los números y la Química. Ya sabes que no se me dan muy bien.

—Bueno, si solo te está ayudando con eso y así consigues aprobar... bienvenido sea.

Cuando consiguieron llegar a casa, después de tener que aguantar colas interminables de coches debido al tráfico, Abby ya no creía que Leo siguiera esperándola, más de una hora después de la habitual. Pero sí, allí estaba, leyendo un libro a la luz de la farola, a pesar de que se había hecho tan tarde que ya había anochecido y no podrían estudiar entre las sombras. Sin poder evitarlo, se alegró de verlo.

Leo la observó mientras se acercaba.

—Hoy cojeas más de lo normal —le dijo cuando llegó hasta él.

—Lo siento mucho. Tenía fisioterapia, y se ha retrasado un montón... Ni siquiera tenía tu teléfono para avisarte.

Se sentó a su lado y subió la pierna al asiento para frotársela. La sentía cargada por la sesión.

Leo observó por el rabillo del ojo cómo Abby se subía la pernera del chándal para frotar mejor la piel alrededor de la cicatriz. Se quedó embobado mirándola, pues era la primera vez que la veía destapada. Ella siempre llevaba pantalón largo. Recorrió con los ojos el largo de la cicatriz, pensó que debía haber dolido bastante. Antes, había llegado a pensar que se lo merecía, que se merecía mucho más que eso. Ahora, viéndosela en persona, se arrepentía por haber pensado aquella barbaridad. Se sintió como un auténtico capullo indecente.

Ella se dio cuenta de que la estaba mirando y se cubrió la pierna con un gesto brusco, sacándolo de su ensoñación. No quería que nadie viera esa parte de ella.

—¿Te duele?

—No, ya no me duele mucho... solo molesta. A veces, incluso parece que sienta los hierros que me pusieron, como si pesara más esta pierna que la otra... o como si me tirara hacia abajo.

—¿En serio? —Puso cara de aversión.

—En serio, ¡jajaja!

Leo estuvo unos minutos más observando cómo Abby se masajeaba la pierna por encima del pantalón, al mismo tiempo que abría el libro de Química y buscaba la página por la que se habían

quedado esa mañana.

—Por cierto, ¿por qué sigues usando las muletas? —preguntó—. Yo creía que a estas alturas ya podrías andar bien. O medio bien.

—Mmm, aún las necesito —respondió ella, pero su voz no le convenció.

—Me parece que no. Me parece que te da miedo soltarlas.

—¿Y eso por qué?

—Porque podrías salir corriendo.

Leo la miró a los ojos con intensidad.

Abby le sostuvo la mirada un momento, hasta que sintió la necesidad de apartarla.

—Qué más quisiera yo que poder salir corriendo.

—Pero el caso es que no quieres —insistió él.

Se miraron profundamente, sus ojos transmitían todos los sentimientos que con palabras no podían expresar. Sentimientos que no dejaban de ser confusos para los dos.

—No, no quiero —reconoció Abby, perdida en sus ojos.

—Vamos.

Leo se levantó, tiró de ella para levantarla, agarró la muleta y se alejó dos pasos hacia atrás.

—No, Leo, que no puedo, devuélvemela.

—Venga —insistió—, solo un par de pasos y podrás cogerla otra vez.

—En serio, Leo, que no puedo.

—¡No seas quejica! Sí que puedes.

Abby alargó la mano para apoyarse en el banco, pero él la detuvo.

—¡No! Tienes que hacerlo tú sola. Vamos, son solo dos pasos. Puedes hacerlo, yo creo en ti. Confía tú en mí.

Confiaba en él. Con muchísimo esfuerzo, sin apartar los ojos de los suyos, dio el primer paso. El dolor le atravesó la pierna, pues era la primera vez que dejaba todo el peso del cuerpo en ella sin ningún apoyo. Con el segundo paso se le doblaron las rodillas, pero los brazos de Leo ya estaban allí para sujetarla antes de que cayera al suelo.

—Ha sido perfecto —la animó, mirándola con cariño—. Mañana daremos cuatro.

Aquella fue una noche sin pesadillas, cargada de paseos al aire libre sin muletas, algo que Abby, ahora se daba cuenta, añoraba más de lo que había creído.

Se levantó de buen humor y descansada. Subió la persiana para dejar entrar la luz y el sol de la mañana la deslumbró. Entrecerró los ojos hasta que se le acostumbraron a la claridad y pudo abrirlos del todo. Hacía un día estupendo. Se quedó un momento en la ventana escuchando el sonido de la calle. Hacía mucho tiempo que no se fijaba en el cantar de los pájaros y pensó que era una buena forma de empezar el día. Se vistió deprisa y desayunó un par de tostadas antes de salir hacia el instituto.

Ese primer paso había supuesto un mundo para ella, una diferencia tan grande que le había hecho imaginar que podía haber un futuro mejor para ella. Y también desearlo. Quería ver a Leo y agradecerle lo que había hecho por ella, pero no pudo hacerlo.

El chico no apareció en las tres primeras horas de clase. Intentó concentrarse en las explicaciones de los profesores, aunque le resultaba difícil. Le mandó un par de mensajes al móvil sin obtener respuesta. Empezó a preocuparse. Se sentía sola, no se había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que se había acostumbrado a su presencia aquellos meses en que lo había tenido sentado a su lado cada día.

Ya había desistido de verlo aparecer esa mañana, cuando él entró a clase después de sonar el timbre que anunciaba el comienzo de la hora de descanso. Venía acalorado, tenía mala cara y le

lanzó una mirada desolada desde la puerta. Abby se preocupó.

—¿Qué sucede? —le preguntó en cuanto se sentó en la silla contigua.

—Abby, ¿vienes con nosotras? —Marga y Alexia acababan de detenerse a su lado y los miraban con interés.

—En un momento voy —respondió, invitándolas a salir. Cuando todo el mundo abandonó el aula, volvió a insistir, llamando su atención—. Ey.

—Esta mañana he tenido que llevar a mi madre a hablar con el abogado —empezó a decir Leo—. Al parecer, no tenemos mucho que hacer.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Nos ha dicho que no se puede demostrar que ese tío fuera a más velocidad de la permitida.

—Mmm, vale —dijo ella ante un silencio del chico, animándole a seguir.

Leo no sabía cómo decirle aquello. Ella lo miraba esperando que terminara de explicarse, pero sabía que no tendría ni que haber empezado a hablar. No era el momento, ni mucho menos el lugar. A él ya le había costado asimilarlo, y su madre se había deshecho en lágrimas mientras suplicaba al abogado que hiciera algo más. No sabía cómo podía reaccionar ella. Buscó las palabras adecuadas en su mente e intentó decirlo con el mayor tacto posible.

—Ya sabes que el informe decía que probablemente habíais cruzado en rojo...

—No lo hicimos —se apresuró a decir ella, interrumpiéndolo.

—Ya, yo lo sé, pero eso es lo que pusieron. Es lo que ellos piensan.

—¿Y qué pasa? —Abby se estaba poniendo más nerviosa por momentos.

—Pues que todo eso sumado, y teniendo en cuenta que no tiene ningún antecedente de ninguna clase... —intentó explicar Leo—. Básicamente, el abogado nos ha dicho que no hay nada más que hacer y que lo más seguro es que ni siquiera tenga que entrar en prisión.

Aquellas palabras resonaron en su cabeza, la cual enseguida empezó a adelantarse a los hechos. Ahora que Lucas sabía dónde estaba, si no lo encerraban nunca la dejaría tranquila, continuaría persiguiéndola como ya estaba haciendo, pero sin esconderse, y ella tendría que volver a dejar aquella vida que conocía, tendría que volver a huir. ¿A dónde iría? No tenía medios para irse mucho más lejos y, aun así, sabía que él terminaría encontrándola.

Y tendría que dejar a Leo.

Leo observó cómo la expresión de Abby empezaba a cambiar y cómo su rostro perdía el color. La chica se levantó de golpe, tirando sin querer el estuche que había encima de su mesa, y todo su contenido se desparramó por el suelo.

—Abby...

La mano de Leo salió disparada para sujetarla, en un intento por calmarla, pero ella no se dejó. Levantó los brazos y se apartó de él. Sentía que las paredes del aula empezaban a estrecharse y le impedían respirar.

—Tranquilízate, no está todo perdido, vamos a hablarlo...

—¡No! —lo interrumpió ella—. Tengo que salir de aquí.

Abby recogió la muleta del suelo, metió todas sus cosas en la mochila de cualquier manera, se la colgó del hombro y se apresuró a salir de clase, pero en la puerta se chocó con la mujer que atendía la Conserjería.

—¡Ay! Abby, cariño, ¡qué susto! —le dijo, echándose la mano al pecho—. Escucha, hay un hombre en la entrada que pregunta por ti.

—¿Por mí? ¿Quién es?

—No lo sé, solo me ha pedido que te avisara.

—Mmm, de acuerdo.

Abby no tenía ganas en aquel preciso momento de ver a nadie, pero tenía curiosidad. No sabía quién podía haber ido a verla al instituto, y solo se le ocurrió que quizá su tío había ido a buscarla por algún motivo. Si era él, desde luego le agradecería que la sacara de allí.

Cruzó el patio casi a la carrera y entró por la puerta trasera del edificio principal, pero no fue a Tom a quien encontró esperando en medio del vestíbulo, sino a alguien mucho peor.

Capítulo Diecinueve

Lucas daba vueltas de un lado a otro. Cuando reparó en su presencia, se giró hacia ella, se acercó y le sonrió.

—Hola, Abby.

La sangre se le heló en las venas, para después cobrar vida, ardiente y furiosa. ¿Cómo se atrevía a ir allí y hablarle con aquella familiaridad? ¿Acaso no sabía lo que había hecho? ¿Lo que le había hecho? ¿Acaso era de piedra? ¿Cómo se atrevía siquiera a dirigirle la palabra, a ir a buscarla, a mirarla a la cara?

De repente, Abby se dio cuenta de que él lo sabía, sabía que iba a salir impune de aquélla. Arrebatarse una vida y destrozar otras tantas le iba a salir gratis, por eso estaba allí, para restregárselo por la cara. En ese momento, se sentía como una granada a la que le hubieran arrancado la anilla, con una escasa cuenta atrás.

Hasta que, al final, explotó.

Tiró la muleta al suelo, y con ella cayó también la mochila; se abalanzó sobre él. Lucas, que no estaba preparado para recibirla así, no pudo contenerla, se tropezó, cayó al suelo y se quedó tendido de espaldas intentando cubrirse, con ella encima. Abby intentó pegarle, arañarle, traspasar la barrera de sus brazos, que había puesto entre los dos para detener sus golpes. La rabia se agolpaba en cada poro de su piel, luchando por escapar. Hacía meses que no sentía esa furia en su interior.

Pegó con toda la fuerza de la que era capaz, quería que sintiera el mismo dolor que ella sufría cada día, deseaba que su dolor fuera de él. Deseaba que le devolviera lo que le había arrebatado. Anhelaba destrozar a quien la había destrozado a ella. No era capaz de escuchar los gritos a su alrededor y de ver todas las personas que empezaban a rodearlos.

Entonces, notó que unos brazos tiraban de ella y la sacaban de encima de Lucas, alejándola. Pero la rabia seguía allí, fluía por su cuerpo, imparable, y siguió pataleando y lanzando golpes y gritos al aire hasta que comenzó a marearse por el sobreesfuerzo.

Unas manos le sujetaron los brazos para detenerla, oyó su nombre y consiguió enfocar sus ojos en otros que la miraban llenos de preocupación, y que en ese momento se habían oscurecido por la rabia y el dolor que compartían con ella.



Leo había esperado unos minutos debatiéndose entre dejarla ir o correr detrás de ella, hasta que la segunda opción se había impuesto. La siguió por el patio y la vio entrar en el edificio principal; pero, cuando llegó, la escena que encontró no era para nada la que había esperado.

Abby estaba en el suelo, sobre un chico al que prácticamente intentaba matar. Vio que la gente empezaba a rodearlos, algunos gritaban, y a la conserje tirando de Abby en vano. No entendía qué había podido ocurrir para terminar así, pero corrió a su lado, la agarró de la cintura con fuerza y la levantó en el aire para separarla. Entonces descubrió quién era el que había debajo de ella: Lucas. Un remolino de ira empezó a formarse dentro de él, y no solo por su hermano. Estaba pensando más en ella que en él.

De repente, algo parecido a la preocupación surgió en su interior, y no agradeció la sensación.

¿Qué le estaba ocurriendo? Siempre había creído tener claros sus sentimientos con respecto a ella, pero ahora todo se estaba volviendo increíblemente confuso. En ese momento, viendo a Abby de aquella forma, al sentir que se encontraba en peligro, su interior se había deshecho en llamas de ira y odio hacia el tío que tenía debajo.

La separó de él lo más rápido que pudo y la dejó en el suelo con esfuerzo. Ella no paraba de luchar, así que le agarró los brazos para detenerla y buscó sus ojos, hasta que ella lo vio y lo reconoció. Solo entonces pareció relajarse un poco.

—¿Estás bien?

Sin esperar respuesta, la soltó y se dio la vuelta, buscando a Lucas. Este acababa de levantarse y se sacudía la ropa como si no pasara nada. Se acercó a él y le lanzó un puñetazo con todas sus fuerzas, aunque no las suficientes como para romperle algo. Sus nudillos se estrellaron con un sonido seco en el lado izquierdo de su mandíbula. Deseaba seguir y destrozarlo, por su hermano y por Abby, pero logró contenerse.

—No vuelvas a acercarte a ella, y mucho menos a tocarla.

Leo volvió a girarse y buscó a Abby con la mirada, mas no la encontró. Necesitaba verla, saber que estaba bien. Otra chica le dijo que su tía se la había llevado al cuarto de baño. Se dirigió corriendo hacia allí y abrió la puerta de golpe, sin reparar en que se trataba del aseo femenino. Ella estaba apoyada en el lavabo y su tía intentaba tranquilizarla. Su pecho saltaba de arriba abajo a una velocidad nada recomendable.

En cuanto se abrió la puerta, Maggie levantó la vista y vio su reflejo en el espejo de encima del lavabo.

—Espera fuera —le ordenó. Parecía disgustada.

Él no le hizo caso y entró, fue directo a por Abby, que se había incorporado, y le sujetó la cara entre las manos.

—Dime que estás bien —exigió, mirándola a los ojos.

Mientras se miraban, y antes de que ella pudiera contestar, la puerta del baño se abrió de nuevo y una voz autoritaria los obligó a separarse.

—Señorita Palmer, escúcheme bien —dijo la directora, entrando en la estancia—. No se pueden montar escenas como esta en el centro. Sabe que está terminantemente prohibido...

—¡No, escúchame tú! —le interrumpió Maggie, gritando—. Sois vosotros los que vais a tener que empezar por poner más seguridad en la entrada para evitar estas escenas. ¡Sabes perfectamente quien es ese chico! ¡Lo que ha hecho es una provocación en toda regla!

—Sí, Margaret, pero no se puede ir por ahí agrediendo a la gente.

—Me da igual lo que digas. La culpa de esto la tenéis vosotros por haberle dejado entrar aquí. ¡Esto es un instituto, no un centro comercial! No creo que las puertas deban estar abiertas para que entre todo el que quiera. Vámonos, cariño.

Maggie agarró a Abby del brazo y la sacó casi a rastras. Fuera del aseo se había congregado un montón de gente y tuvieron que abrirse paso entre ellos para poder llegar hasta la salida. Por el camino, alguien le dio su mochila y su muleta, pero no tuvo tiempo de agradecerse porque Maggie siguió tirando de ella.

Cuando salieron a la calle, una luz mortecina las recibió. Parecía que el día se había apagado igual que ella. Se dirigieron hacia el aparcamiento, que a aquellas horas se encontraba vacío de gente y lleno de vehículos. Maggie aún la sujetaba con fuerza del brazo, solo la soltó cuando estuvieron frente a su coche. Su tía se quedó parada un momento, se llevó la mano al hombro desnudo y, después, se dio una palmada en la frente.

—Mierda. Me he olvidado mis cosas, el bolso... Las llaves del coche estaban dentro. —

Suspiró con resignación—. Espera aquí.

Se dio la vuelta y desanduvo todo el camino hasta el instituto.

Abby tiró la mochila al suelo y se apoyó en la ventanilla de cristal. Cuando llevaba unos minutos esperando, se dio cuenta del frío que hacía. Ella también se había olvidado la chaqueta en clase, pero no pensaba regresar. Ya la cogería el lunes. Si decidía volver a clase, claro estaba.

De pronto, oyó a su espalda el motor de un coche que le resultó conocido. Miró hacia atrás y ahí estaba otra vez, ese puñetero coche rojo. En ese momento estuvo segura de que era Lucas. Tenía que serlo. Ya no creía en las casualidades cuando se trataba de él, y acababa de estar en el instituto. Blanco y en botella.

El deportivo rojo rugió y Abby sintió un escalofrío, aunque no por la temperatura del exterior. De repente se había dado cuenta de lo que había hecho. Al enfrentarse a él había abierto, no la Caja de Pandora, sino la de Lucas, que era mucho peor. Debería haberse estado quieta, debería...

Miró a su alrededor, pero no había nadie a quien recurrir. No quería imaginarse lo que podría hacerle si la pillaba a solas. Se agachó en el lateral del coche y se agarró con fuerza al espejo retrovisor pensando que, si aún no la había visto, se marcharía; pero él seguía allí.

—Ya estoy aquí —dijo una voz—. ¿Qué haces ahí agachada?

Abby se sobresaltó. Maggie venía corriendo mientras rebuscaba en su bolso para dar con las llaves.

—¡Aquí estáis! —dijo cuando las encontró, y apretó el botón del mando. Sonó un pitido y las puertas se abrieron.

Volvió a mirar hacia el deportivo, pero este ya se alejaba hacia la carretera. Recogió sus cosas del suelo y dio la vuelta al coche para subir por el lado del copiloto, lanzándolas al asiento trasero.

Hicieron todo el camino hasta casa en silencio. Aunque su boca no hablaba, su mente no le daba tregua. Si conocía a Lucas lo más mínimo —y lo conocía bien—, estaba segura de que las cosas podían ponerse muy feas de ahí en adelante.

—Que sepas que yo no te culpo por lo que ha pasado. Estabas en todo tu derecho de partirle la cara —le dijo Maggie una vez hubo aparcado el coche enfrente del portal.

—Gracias.

A pesar de los ánimos y el apoyo de toda su familia, incluida su madre, a la que la chivata de Maggie había llamado para contárselo, Abby no levantó cabeza el resto del día.

Cuando llegaron se encerró en su cuarto, se sentó en la cama y comenzó a desabrocharse las botas. Con la segunda, la cordonera formó un nudo apretado al tirar de la punta y tuvo que sacársela con un fuerte tirón. Se puso un chándal cómodo y se metió en la cama.

Maggie la llamó un rato después para comer, pero no quiso salir. No tenía hambre. Solo le apetecía dormir. Mantuvo los ojos cerrados, aunque sin poder conciliar el sueño, hasta casi las siete de la tarde cuando, muy a su pesar, tuvo que levantarse para hacer el trabajo de Biología que le habían mandado para la semana siguiente. Además, a lo mejor eso la ayudaba a distraerse y olvidar lo ocurrido. Antes de sentarse frente al escritorio subió un poco la persiana y abrió la ventana para ventilar la habitación, que empezaba a oler a cerrado.

Encendió el ordenador, esperó unos minutos a que cargara, abrió un nuevo documento de Word y empezó a escribir, sacando ideas del libro de texto y de Internet. Casi estaba totalmente concentrada en la tarea cuando su móvil vibró encima de la mesa. El sonido le dio un pequeño susto e hizo que saltara en la silla. Lo cogió y lo desbloqueó.

«Estoy abajo», rezaba el mensaje que acababa de recibir.

Trató de ignorarlo, desconectando incluso la vibración del móvil. Aquella tarde no tenía ganas

de ver a nadie, incluso aunque ese alguien fuera Leo, y aunque ese Leo hubiera provocado que su corazón comenzara a latir un poco más rápido. Unos minutos después, por el rabillo del ojo vio la luz verde parpadeante que indicaba que había entrado un nuevo mensaje.

«Sé que estás ahí, te he visto subir la persiana de tu cuarto y puedo oír el *tecletear* de las teclas. Por favor, baja».

Abby suspiró. No podía seguir pagando con él sus problemas, como había estado haciendo hasta ese momento. Además, él la había defendido, la había separado de Lucas y había terminado lo que ella había empezado. Y, después, cuando había ido a buscarla al baño, había visto verdadera preocupación en sus ojos. Ni siquiera había podido responderle ni despedirse antes de que su tía la arrastrara fuera del edificio. No podía pasar de él y dejarlo allí tirado.

Guardó la información que había conseguido reunir hasta ese momento, cerró el libro de Biología con un boli entre las páginas para marcar el lugar donde se había quedado y bajó la tapa del portátil. Se agachó en el borde de la cama y rebuscó entre los zapatos de debajo hasta que encontró un par de deportivos viejos y desgastados —Maggie acababa de poner una lavadora con los nuevos—, cogió la muleta que estaba apoyada en el lateral del armario y salió de su habitación. Maggie y Tom estaban viendo una película en el salón.

—¿A dónde vas?

—A dar una vuelta —respondió ella, deteniéndose en la puerta.

—He visto a Leo abajo cuando he vuelto del trabajo —especificó Tom.

Abby los miró en silencio, cavilando. Hacía una hora que su tío había regresado del trabajo, ¿y él había estado todo ese tiempo allí esperándola? Una vez más, volvió a sorprenderse por sus acciones.

—Pues eso —concluyó, antes de salir por la puerta.

Bajó los escalones despacio, apoyándose en la barandilla y, una vez ya abajo, abrió la puerta que daba a la calle. Leo estaba esperándola allí, no en el banco como siempre, con la espalda y un pie apoyados contra la pared y mirando el móvil. Parecía nervioso. Cuando salió, levantó la mirada y, al verla, se enderezó y guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—Hola.

—Hola.

—Lo siento, yo... necesitaba verte. Necesitaba saber que estabas bien —se disculpó Leo.

—Estoy... bien.

Leo estudió su cara con mucha atención, intentando encontrar algún rastro de una gran llorera, que era lo que habría esperado de cualquier otra chica, pero no halló nada. Las palabras salieron solas de su boca antes de darle tiempo a decidir si quería decirlas o no.

—¿Sabes? Eres más dura de lo que pensaba.

—¿Perdona?

—Es que... nunca lloras —intentó explicarse—. Todavía no te he visto derramar ni una lágrima, y has tenido ocasiones.

—¿Insinúas que, no sé, que no quería a Adam o algo así? ¿Que todo me da igual?

Abby empezaba a sentirse bastante molesta. Si había ido para eso, si la había hecho bajar para soltarle esas cosas, lo iba a matar.

—¡No, para nada! Es solo que es raro en una chica, nada más —trató de excusarse.

Abby guardó silencio, sopesando sus palabras y, al final, decidió darle un voto de confianza.

—Es que no puedo.

—¿No puedes qué?

—Llorar. No he podido desde que murió, no sé por qué. Esa parte de mí está como atascada.

Echó a andar hacia el parque, no se sentía con fuerzas para dar más explicaciones, y él la siguió y se puso a su lado, tan cerca que sus brazos a veces se rozaban. Cruzó la carretera y entró en el jardín mirando al suelo. Un par de patinadores iban en dirección contraria riéndose y Leo, al ver que ella no hizo ademán de esquivarlos, la agarró del brazo y la atrajo hacia él para apartarla de su camino. Se miraron un momento, sin decir nada, hasta que él la soltó y continuaron su camino hasta llegar al banco. Abby se dejó caer en él y la muleta resbaló hasta el suelo.

Leo la miró desde arriba. La chica había estado bien últimamente, o por lo menos mejor. A veces sonreía y ya no parecía que se fuera a derrumbar en cualquier momento. Para ser del todo sincero, él había estado contento, feliz de verla así, porque eso era lo que creía que Adam le había pedido que hiciera al exigirle que cuidara de ella. Pero ahora, después de su altercado con Lucas, parecía estar hundiéndose otra vez. No lograba entender por qué él seguía apareciendo de aquella manera, cuando lo más lógico para cualquiera habría sido mantenerse lo más alejado posible hasta después del juicio, para no llamar más la atención. ¿Acaso no sabía que aquello podía considerarse acoso y que, si ella lo denunciaba, podría agravarse mucho su posible castigo?

Algo no cuadraba, había algo que se le escapaba y necesitaba saberlo ya. Pero insistirle podía tener dos posibles resultados muy diferentes: conseguir las respuestas que quería, o quedarse sin saber nada y, además, perderla a ella por completo.

Tomó una decisión, se sentó en el banco a su lado y se giró hacia ella.

—Necesito que me lo cuentes.

Ella levantó por fin la cabeza y lo miró.

—¿El qué?

—Todo. De qué lo conoces, cuál es vuestra historia. Por qué le tienes tanto miedo.

—Yo no le tengo miedo —negó Abby, aunque su voz tembló al decirlo.

—Sí que se lo tienes. Lo he visto en tus ojos. Te he visto salir de clase cada día y mirar a todas partes temblando. Te he visto sobresaltarte cada vez que alguien te llama por detrás. Y sé que es por él.

Abby se sorprendió. No esperaba que Leo hubiera sido capaz de fijarse tanto en ella. No podía negarlo más. Había intentado mostrarse fuerte, no mostrar sus sentimientos, pero él lo había descubierto. Sabía que había algo más, y estaba segura de que no lo iba a dejar pasar.

—Él y yo... yo estuve con él. Antes de venir aquí.

—Erais... ¿novios? —Ella asintió con la cabeza—. ¿Y qué pasó?

—Fue el mayor error de mi vida. Al poco tiempo, él cambió. O, simplemente, se mostró como era en realidad. Me controlaba, me insultaba si no hacía lo que él quería, me... —Abby hizo una pausa, tomó aire y se pasó los dedos por el pelo para echarlo hacia atrás—. En fin, todas esas cosas que ves por la tele y que nunca piensas que te vayan a pasar a ti. Hasta que te pasan, y entonces dejan de ser historias para no dormir, para convertirse en auténticas pesadillas. Por eso lo dejé, pero él no me dejó a mí. Tuve que venir aquí para huir, para librarme de él. Pero me encontró.

Lo que le estaba contando era duro, aunque Leo no pudo evitar reparar en lo que no le había contado, en los silencios incómodos entre frase y frase, y en lo que había tratado de ocultar con ellos, sin conseguirlo.

—¿Te pegó? —se atrevió a preguntar.

Un nuevo silencio, a la par que la chica agachaba aún más la cabeza y se encogía, fue mejor respuesta que cualquier palabra que pudiera haber dicho. Leo sintió cómo la ira volvía a crecer en su interior y le nublabla la vista por momentos.

— Voy a matarlo...

—¡No! —intervino ella—. No vas a hacer nada. No lo conoces, no sabes cómo es. Después de lo de Adam, no quiero que tú... no puedo...

No pudo terminar la frase, el solo hecho de imaginar lo que podría hacerle a él le ponía la piel de gallina. No podría soportar que nadie más sufriera por sus errores.

Permanecieron en silencio, uno necesario para afrontar que ya no quedaba ningún secreto entre ellos. Se lo había contado todo, se había vaciado por completo a él, palabra a palabra, hasta quedar limpia de secretos. También se sentía perdida, antes nadie la había conocido tan bien como Leo en ese momento, y tenía miedo de sus propios sentimientos. Tal y como estaban las cosas, aquello podía terminar muy mal.

Sobre todo porque, ahora, él tenía la confirmación de que Adam había muerto por su culpa. Ella lo había matado.

—¡Dios, tienes que odiarme! —Abby enterró la cara entre las manos.

—¡Claro que no! —se apresuró a responder él—. ¿Por qué iba a odiarte?

—Porque si no hubiera venido aquí nada de esto habría pasado. Os he destrozado la vida —explicó, con la voz casi inaudible por la barrera de sus brazos.

A Leo se le rompió un poco más el corazón, y un sentimiento de culpa bulló en su interior. Eso era algo que él había pensado muchas veces. Había pensado cosas terribles de ella y de Lucas, y ni siquiera se atrevía a confesárselo porque, si lo hacía, ella se apartaría de su lado para siempre. Y con razón. Pero una parte de él había descubierto que la necesitaba y le gustaba estar con ella, y no quería que se marchase. Oírle decir que les había destrozado la vida era más de lo que podía soportar, después de lo que le acababa de revelar sobre Lucas.

Ahora entendía el miedo y la rabia que ella sentía por ese tipo. Ella era una víctima más, no la culpable de la muerte de Adam, como se había empeñado en pensar; al parecer, ella también creía lo mismo y se culpaba a sí misma.

Además, era obvio que Lucas seguía acosándola. No soportaba verla sufrir así, después de todo lo que habían pasado aquellos últimos días, y se sentía responsable por ello. Entonces, se dio cuenta de que una irremediable necesidad por consolarla crecía en su interior, sobreponiéndose a cualquier otro sentimiento.

—Abby, mírame. —Le apartó las manos de la cara, le agarró una y la sostuvo entre las suyas. Su tacto era suave. Tenía la mano helada, pero al cabo de un momento empezó a notar cómo se iba templando por el calor de las suyas—. Mírame, por favor. —Cuando la chica levantó por fin la cabeza, siguió hablando—. Tú no has destrozado nada. Adam fue increíblemente feliz el tiempo que estuvo contigo. Y, si no hubieras venido, yo tampoco te habría conocido.

Leo bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas; ella la siguió con la suya. Permanecieron en silencio, conscientes de que, en ese momento, las palabras sobraban. Hasta que Abby sintió la necesidad de romper el hechizo que los mantenía unidos.

Con mucho cuidado, extrajo su mano del hueco que habían formado las de él, consciente de las implicaciones que conllevaba lo que acababa de decirle, aunque ni él mismo lo sabía bien. Necesitaba tiempo para pensar.

—Tengo que ir a casa —trató de excusarse para no herirlo—. Tengo que terminar el trabajo de Biología.

—De acuerdo.

Leo se levantó, recogió la muleta y se la dio; al hacerlo, sus dedos se rozaron de nuevo. La acompañó hasta la puerta de su casa, se despidió y Abby se giró, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Mientras la veía marcharse, Leo sintió que le faltaba algo, que no podía dejarla ir así. En un

arrebato la agarró del hombro y la atrajo hacia sí. La abrazó como si tuviera miedo de soltarla y apretó los labios con fuerza contra su frente.

Durante un segundo escaso, Abby se permitió disfrutar de la sensación que le provocaba su tacto, pero enseguida puso las manos entre ambos, separándose lentamente y entró en el portal.

—*No quiero que te pelees con él por mí* —le dijo Adam cuando volvió a su habitación, con el cuerpo tenso y la mente llena de pensamientos desordenados.

—¿Con quién? ¿Con Leo? —preguntó ella, extrañada. Aunque no se había peleado, aún no descartaba la posibilidad de cortar toda relación con él, viendo a dónde les estaban llevando sus pasos.

—*Ni con Lucas* —añadió—. *Enfrentarte a él es un error y lo sabes.*

—Ya lo sé, ¿crees que no lo sé? Lo conozco demasiado bien. No tenía intención de darle una paliza, solo... ocurrió.

—*Todo se arreglará. Leo cuidará de ti.*

—Lo sé. Y eso es lo que más me preocupa.

Capítulo Veinte

El sábado por la mañana, Abby veía con sus tíos un documental sobre viajes en la televisión del salón cuando llamaron al timbre. Maggie se levantó a abrir y, poco después, volvió acompañada. Marga y Alexia asomaron la cabeza por la puerta y saludaron.

—Tom, ven a ayudarme a ordenar unas cosas —llamó Maggie desde la puerta.

—Espera, que esto está muy interesante —respondió él, sin apenas apartar la mirada del televisor.

—¡Tom! —insistió ella, de una forma que hizo que su marido la mirara al momento y, haciéndole un gesto con la cabeza, añadió, con voz autoritaria y tono tajante—: Vamos. Ya.

Tom puso los ojos en blanco, sin disimular su fastidio, pero se levantó del sofá y la siguió. Las chicas entraron y ocuparon su lugar. Maggie cerró la puerta tras ellas, para darles un poco de intimidad. Aún recordaba a su madre y a su hermana espiando sus conversaciones con sus amigas no hacía tantos años, y no se sentía cómoda haciendo lo mismo con su sobrina —aunque Sara le había insinuado antes de irse que lo hiciera—. Algunas cosas nunca cambiaban.

—Cuando nos enteramos de lo que pasó ayer ya te habías ido —empezó a decir Alexia, tan prudente como siempre.

—¡Sí! ¿Cómo es que se atrevió a presentarse allí? Qué fuerte, ¿no?

Abby subió las piernas al sofá y se hizo un ovillo, abrazándose a ellas.

—Sí... no era algo que hubiera esperado —respondió. No le apetecía mucho hablar del tema.

—Dicen que le pegaste una buena paliza: que lo tiraste al suelo, lo pateaste, le rompiste la nariz y que había sangre por todas partes... —siguió relatando Marga, emocionada.

—¡Marga! —la interrumpió su prima.

Abby no pudo evitar reírse al escuchar cómo había crecido y se había exagerado lo ocurrido.

—Pero cuando salimos ya no quedaba nada que ver, se ve que lo habían limpiado todo. Supongo que para evitar traumas con la sangre y esas cosas. —Marga era insaciable en cuanto a cotilleos se refería, y le encantaban las historias morbosas.

Abby dudó entre si debía romper sus fantasías y bajarla de las nubes o, por el contrario, dejarla disfrutar con las habladurías. Al final, decidió contarles la verdad.

—No visteis nada porque no había nada que ver. No pasó nada de eso, apenas si lo rocé. Lo intenté, pero dudo que llegara a hacerle mucho daño.

—¡¿Qué?! No me digas eso, con la ilusión que me hacía tener una amiga boxeadora. —Marga bajó la vista hacia sus manos y las señaló—. Tienes los nudillos un poco rojos, parece. ¿Estás segura de que no le diste mucho?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que le di más al suelo que a él.

—Hum. Qué decepción más grande...

Alexia y ella se rieron ante la cara de desilusión total de Marga.

—Bueno, cambiando de tema, que es a lo que en realidad hemos venido —intervino Alexia, antes de que Marga pudiera volver a hablar del altercado del día anterior—. No sé si te acordabas, pero ayer fue el último día de clase antes de las vacaciones de primavera.

Abby la miró con los ojos muy abiertos, completamente, desorientada.

—¿Qué? ¿Tan pronto?

—¿Tan pronto, dices? Cariño, estamos en abril, este año han caído más tarde que nunca. Personalmente, yo ya necesitaba unos cuantos días de descanso. Solo de pensar que voy a estar una semana entera sin pisar el instituto... ¡Ay, muero de felicidad!

—En fin, lo que quería decir, antes de que Marga siguiera soltando su incontrolable verborrea...

—Ups. ¡Perdón!

—... es que ayer dieron las notas de los exámenes finales, pero como te fuiste en el recreo pues no te enteraste de las tuyas.

—No digas más, un puñado de suspensos con los que amargarme todavía más... —respondió ella, tirándose de espaldas sobre el sofá con un brazo sobre los ojos. No sabía qué iba a hacer ya para conseguir sacar el curso antes de junio.

—¡No! ¡Al contrario!

Abby se destapó los ojos y levantó la cabeza para mirarlas.

—¡Todo aprobado! —gritaron sus amigas al mismo tiempo.

—¿Qué?! No me lo puedo creer. ¿Lo decís en serio? —gritó también ella, incorporándose de golpe.

—¡Claro que sí! Hasta el profesor de Mates nos dijo que te diéramos «su más sincera enhorabuena». Así, con esas palabras exactas —respondió Marga, imitando con voz grave la del hombre—. ¡Lo tienes coladito! —añadió, poniendo morritos y lanzándole besos.

—Puj, Marga, eres asquerosa, ¡si es un viejo!

—Bueno, y digo yo que esto tendremos que celebrarlo, ¿no?

Abby entrecerró los ojos, con gesto desconfiado. Aquellas dos volvían a tramar algo.

—¿En qué estáis pensando?

—Fiesta. Esta noche. En la Cala Escondida.

Capítulo Veintiuno

La Cala Escondida era una pequeña ensenada con un único y difícil acceso que los chicos solían usar para encender hogueras y montar fiestas sin peligro de que interviniera la policía, ya que quedaba oculta —de ahí su original nombre— por las rocas del acantilado y a salvo de miradas indeseadas. En esas ocasiones, el alcohol no solía escasear y algunos terminaban la velada bastante tocados.

Abby se vio arrastrada aquella noche por sus incansables amigas hasta la playa. Cuando llegaron ya había varios coches aparcados en el amplio arcén. Dejaron el suyo a continuación del último y, tras encender las linternas de los móviles, se adentraron entre los árboles para llegar a la costa.

Estaba cerca, apenas cinco minutos después llegaron al principio del camino. La empinada cuesta de arena y rocas bordeaba el acantilado hasta llegar a la playa. En condiciones normales, la bajada ya resultaba peligrosa por sí misma debido a la inclinación, las piedras sueltas y la oscuridad reinante. Pero ahora, con la pierna no del todo funcional aún y la muleta arrastrando, el riesgo parecía duplicarse de manera exponencial. Supo que había sido una mala idea ir en el mismo instante en que vio la senda.

—Chicas, no creo que pueda bajar por ahí.

—¡Claro que sí! Nosotras te ayudaremos.

Abby sopesó las alternativas. No podía pedirles que la llevaran de vuelta a casa, estaban a más de media hora de la ciudad y eso significaría más de una hora para regresar. Sería arruinarles la noche. Tampoco quería volverse al coche y pasar la noche allí sola y encerrada, sobre todo porque pasaba de volver a cruzar sola por entre los árboles con aquella oscuridad —había visto demasiadas pelis de miedo durante sus semanas negras para saber que esas escenas nunca acababan bien—. Además, seguro que Alexia insistía en acompañarla para no dejarla sola, y eso también sería arruinarle la noche. La única opción viable era ir con ellas e intentar no bajar rodando.

Abby suspiró y se acercó al borde. Unos metros más abajo se veía el resplandor anaranjado de las llamas.

—De acuerdo —accedió.

Alexia se colocó delante de ella y la dejó apoyarse en su hombro, mientras Marga cerraba la comitiva agarrándola del brazo con una mano y sujetando la muleta con la otra. Habían llegado a la conclusión de que sería más fácil descender sin intentar apoyarla y equilibrarla sobre aquel terreno.

A pesar de la sujeción de las chicas, el calzado no era el adecuado —la suela de las zapatillas la hacía patinar—, dos veces se resbaló con los guijarros sueltos del camino y otra se cayó de culo. Esa vez se rieron de su caída, pero unos metros después, cuando ya quedaban apenas unos pasos para alcanzar la arena, se tropezó con un saliente de una roca y sintió un latigazo de dolor que le recorrió todo el largo de la cicatriz por dentro y le hizo detenerse, asustada.

Rezando para que no fuera nada grave recordó cuando, meses atrás, había pensado que no le importaría quedarse sin pierna, y se rio de sí misma y de lo tonta que había sido, ante las alarmadas miradas de Alexia y Marga, que la observaban casi sin pestañear mientras se sujetaba

la pierna accidentada, tan asustadas o más que ella. Sin embargo, al cabo de unos instantes el dolor comenzó a remitir y se atrevió a doblar las articulaciones y a apoyar el pie para terminar el descenso. Cuando pisaron por fin la arena fina de la playa, las tres exhalaban sonoramente, liberando la tensión que habían acumulado desde el percance.

—Pues no ha sido tan fácil como pensábamos... —comentó Marga, poniéndole la muleta en la mano.

—¡Qué va! ¡Si ha sido como un paseo por las nubes! —bromeó, quitándole importancia al asunto.

Su comentario provocó unas risas a sus amigas.

—¿Estás bien? —le preguntó Alexia, todavía preocupada por ella.

—Sí, pero creo que voy a ir a sentarme un rato a la orilla, para descansar.

—Vale, nosotras vamos a buscar algo de beber. ¿Te conseguimos algo?

—Vale. Sin alcohol, si puede ser. No me gustaría repetir la escena de mi cumpleaños —volvió a bromear con una sonrisa, mientras se alejaba de ellas en dirección al agua—. Además, no creo que pudiera subir por ahí borracha.

Escuchó nuevas risas a su espalda y por el rabillo del ojo las vio alejarse hacia un grupo de chicos que rodeaban una fogata.

En ese momento, fue consciente de su alrededor. El bullicio llenaba la noche. Tres pequeñas hogueras ardían rodeadas de chicos y chicas divirtiéndose, la mayoría de ellos con vasos de plástico en una mano. Alguien había conectado un móvil a un altavoz portátil del que salía música electrónica. Pasó cerca de dos chicas que se reían sin parar agarradas por los hombros. Una de ellas se dobló hacia delante y derramó el contenido de su vaso sobre las piernas de la otra, ante lo que soltaron nuevas carcajadas.

Los pies y la muleta se le hundían en la fina arena a cada paso que daba y le dificultaba el caminar, así que prescindió de ella los pocos pasos que la separaban de la orilla. Se sentó a unos metros del agua, agarrándose las rodillas, y contempló las olas. Era una noche tranquila, sin mucho oleaje. La luna brillaba con fuerza y se reflejaba en el mar, como si de un espejo se tratase. La escasa luz artificial permitía observar millones de estrellas en el cielo.

—*Hace una noche preciosa, ¿verdad?*

Abby miró a su izquierda, Adam acababa de aparecer a su lado. Por un momento había esperado encontrarse con Leo, y sintió una punzada de decepción en su interior, de la que se arrepintió enseguida. También agradecía su presencia y, a veces, era un consuelo.

—*¿Te diviertes?*

—Acabo de llegar.

—*Hace tiempo que no veníamos por aquí.*

—Desde el verano pasado.

Adam permaneció en silencio y pensativo ante sus respuestas cortas y secas.

—*¿Quieres que me vaya?*

«Sí». Su mente fue más rápida que sus palabras, aunque Abby la silenció. No quería que se fuera, ¿verdad? Ella lo necesitaba, lo quería, pero nunca antes había tenido la sensación de querer estar sola, sin él. O peor, con otra persona.

—¡Claro que no! —respondió, intentando que su voz sonara segura.

Era una locura, sabía que estaba tratando de convencerse a sí misma, pero cuando él aparecía no conseguía pensar con claridad.

Adam la miró de reojo con una media sonrisa torcida.

—*¿Te apetece un baño?*



Cuando terminaron de bajar por el empinado camino de tierra, la mayoría de los miembros del equipo ya se encontraban en la playa y terminaban de formar una pila con troncos. Algunas chicas iluminaban su trabajo con linternas y móviles.

—¡Capitán! Te estábamos esperando —gritó uno de ellos a Adam mientras se acercaban al grupo.

Cuando llegaron donde se encontraban los demás, otro encendió un mechero, prendió con la llama el extremo de un periódico doblado y se lo tendió a Adam.

—Haz los honores, Capi.

Adam se acercó a la pila de troncos y maderas amontonados e introdujo el periódico ardiendo en un hueco de la base. Al cabo de unos segundos el fuego prendió los cartones, cobrando intensidad y comenzó a quemar las ramas más finas. Al poco tiempo tenían una gran hoguera que los alumbraba con tonos rojos y anaranjados.

En dos días tenían un partido y, como cada vez, los chicos se reunieron en la Cala Escondida para una especie de terapia motivadora. Pero, ese día, era aún más especial: iban a jugar la final del Campeonato de Fútbol Interescolar, ¡contra el Ciudad de Dios, nada menos! La expectación era máxima y los chicos estaban entusiasmados.

—¡Vamos, Católicos! —gritó una voz conocida a su espalda.

Leo y Eliot bajaban acompañados de Marco y algunas chicas que se reían con voz chillona. En cuanto lo vio, Adam mudó la expresión. Estaba cabreado con su hermano porque no había querido subirse a su coche con Abby y había hecho que Marco tuviera que dar un rodeo para recogerlo. Este había accedido para no empeorar las cosas, pues todo el vestuario estaba al tanto de la tensión existente entre los dos hermanos.

Adam estaba harto de los desplantes que le hacía a Abby, y su enfado aumentaba por momentos. No entendía por qué se comportaba como un idiota con ella desde que la había conocido, y la cosa iba a peor. Decirle a la cara que no pensaba subirse al mismo coche que ella había sido la gota que había colmado el vaso. Si hubiera sido por él, su hermano se habría quedado en casa sin ir a la playa aquella noche.

Aunque, en el fondo, agradecía que Marco hubiera querido ir a por él; si el equipo no hubiera estado al completo esa noche, los demás se habrían desmoralizado, y eso no habría sido bueno con vistas al partido que tenían por delante. Debían estar lo más unidos posible. Pero eso no quitaba que tuviera ganas de estrangular a Leo.

Abby se dio cuenta del cambio de humor de Adam y le agarró la mano. Por suerte, Leo se dirigió al otro lado de la hoguera y no echó más leña al fuego, nunca mejor dicho.

La noche empezó a animarse. La playa fue llenándose de gente poco a poco y, de los colores, azul y amarillo. Algunos sacaron latas de cerveza de unas neveras y las repartieron. Abby se bebió un par. Pusieron música. Todos cantaban canciones y se animaban unos a otros.

Adam tiró de su mano para sacarla del gentío.

—Vamos a dar un paseo —tuvo que gritarle al oído para hacerse oír.

Adam se quitó las deportivas y Abby las sandalias, las dejaron apartadas y se alejaron de la multitud por la orilla de la playa. Las olas les lamían los pies, haciéndoles cosquillas. Un poco más adelante había una zona delimitada por altas rocas, apartada del resto de la playa. Las traspasaron y quedaron ocultos por ellas.

El chico se adentró un poco más en el agua y, de repente, la miró con ojos traviesos.

—¿Qué tal un baño?

Adam salió del agua unos metros y comenzó a quitarse la ropa, empezando por la camiseta.

Abby se quedó embobada ante la visión de su torso desnudo. Sacudió la cabeza para despejarse.

—Qué... ¿Qué haces?

Siguió por los pantalones.

—¿Qué? Hace calor, estamos en la playa... Un bañito no nos vendría mal.

Adam terminó de sacárselos y corrió en boxers hacia el agua. Se adentró en ella hasta tenerla por la cintura.

—¡Pero no llevo bikini!

—¿Y qué? ¡La ropa interior es como un bañador!

Adam siguió metiéndose en el agua hasta el pecho.

—¡La mía no! —tuvo que alzar la voz para hacerse oír.

—¡Nadie va a verte! ¡Vamos!

Abby se mordió el labio, indecisa. Cualquiera podría venir en cualquier momento y verlos medio desnudos en el agua. Echarles fotos. Grabarlos. ¡O llevarse su ropa! Había demasiados inconvenientes.

—¡Venga! ¿Piensas dejarme aquí solo? ¡Que estoy desnudo!

Ella sonrió. Aunque, pensándolo mejor, ese era un gran punto a su favor. Terminó por decidirse.

—De acuerdo. Pero date la vuelta.

—¡Te he visto en bikini mil veces este...!

—¡O te das la vuelta o no me meto! —le interrumpió.

—De acuerdooo.

Abby observó cómo se giraba en el agua hasta quedar de espaldas a ella. Entonces se quitó la ropa con un par de movimientos pero, antes de meterse en el agua, cogió todas las prendas de ambos y las escondió tras una roca. Por si acaso.

Corrió hacia el agua y se metió en ella. ¡Dios, estaba helada! Se zambulló hasta el cuello y nadó hacia Adam. Cuando llegó a su altura lo abrazó por detrás.

—¡Ey! Ya estaba empezando a preocuparme.

Adam se giró entre sus brazos, la sujetó por debajo de los muslos y ella enroscó las piernas alrededor de su cuerpo.

—¿Cómo puedes resistirte a esto?

—No puedo.

Adam le pasó las manos por los muslos y subió por su espalda desnuda mientras la besaba con fuerza. Después, subió un poco más y sus dedos se detuvieron en el broche del sujetador.

—¿Quieres que te desnude un poco más?

—¡Por supuesto que no! —gritó mientras se separaba de él y se alejaba nadando.

Adam le siguió el juego y la persiguió por el agua, mientras ella le salpicaba con las manos y los pies para pararlo. Cuando consiguió alcanzarla, la alzó por la cintura sobre el agua y, bajándola, volvió a atrapar sus labios en un beso.



—No sabía que ibas a venir esta noche.

Capítulo Veintidós

Abby se giró sobresaltada, y el recuerdo se perdió en su memoria. Leo estaba parado a su espalda.

—Yo tampoco.

Volvió a mirar a su izquierda, pero Adam ya había desaparecido.

—¿Cómo has conseguido bajar por ahí? —preguntó Leo, señalando con el dedo pulgar hacia atrás.

Abby sonrió.

—Créeme, no ha sido tarea fácil.

El chico se sentó a su lado, pero guardó las distancias. Se mantuvieron en silencio, contemplando el mar, pues los dos se sentían cohibidos y tensos después de la despedida del día anterior. Leo sentía que ese abrazo había marcado un antes y un después entre ellos, aunque aún no estaba seguro de en qué sentido. Tras unos pocos minutos, los dos hablaron a la vez.

—Yo...

Se miraron y rieron ante la casualidad.

—Tú primero.

—No, habla tú —insistió él.

—Bueno... yo quería agradecerte todo lo que has hecho por mí. He aprobado todo, ¿sabes? Y ha sido gracias a ti.

—El mayor esfuerzo lo has hecho tú —respondió, sonrojándose en la oscuridad. Realmente se alegraba por ella.

—Sí, ya, sobre todo las Mates... No, en serio, no sé qué habría hecho sin ti estos últimos meses. Con las clases y... también fuera de ellas —dijo las últimas palabras con apenas un hilo de voz y sin poder mirarlo a la cara.

Leo estaba confuso. El día anterior Abby lo había alejado de ella. Dos veces. Lo había hecho con suavidad, sí, pero lo había notado igual que si se lo hubiera gritado a la cara y dándole un empujón. Ahora le decía eso. Quizás estaba interpretando lo que él quería y cómo lo quería; pero en ocasiones, como en ese momento, creía atisbar una pequeña muestra de los verdaderos sentimientos de la chica, que no hacían sino desorientarlo más. Si sus propios sentimientos se habían convertido en una maraña ininteligible que no sabía cómo desentrañar, ¿cómo iba a saber lo que ella sentía por él?

Estar a su lado lo ponía cada vez más nervioso, hasta el punto de no saber qué decir o cómo actuar, y nunca se había sentido así. Antes de Abby, cada vez que se había sentido atraído por una chica se había lanzado y punto, sin dar más rodeos; sin embargo, ahora... No sabía qué le estaba pasando con ella. No es que él hubiera estado con muchísimas chicas en su vida, pero sí con las suficientes como para saber que aquello que sentía no era un simple calentón; para más inri, la terrible sensación de estar traicionando a su hermano tampoco ayudaba mucho. Sabía que era un error, un tremendo y angustioso error que no se sentía capaz de evitar. En cuanto a ella... aunque a veces le pareciera que sí, no creía que estuviera en condiciones de corresponderle, al menos por el momento.

Aunque en el fondo deseaba que lo hiciera, sabía que no podía forzar la situación. No, ni

siquiera podía darse la situación, ¿pero en qué estaba pensando?

Se apretó la frente con el puño, dispuesto a sacársela de la cabeza. Decidió dejar de darle vueltas al asunto por el momento, y disfrutar de la noche y de su compañía.

—¿Quieres dar un paseo? —le preguntó, al tiempo que se levantaba, se sacudía la arena de la ropa y le tendía una mano.

Ella asintió y agarró la mano que tenía ante ella. Pero, entonces, notaron un cambio en la atmósfera. Oyeron jaleo a su espalda y, cuando miraron, observaron que todos sus amigos miraban en la misma dirección. Leo enseguida reconoció el origen de la creciente hostilidad que se adivinaba en las caras de sus compañeros, soltó la mano de la chica y se dirigió hacia el lugar dando grandes zancadas.

Abby notó cómo cambiaba su expresión y su cuerpo se tensaba cuando soltó su mano de forma brusca. Lo vio alejarse de ella con los brazos a los lados del cuerpo, abriendo y cerrando los puños con fuerza, sin entender por qué.

—¡Espera! —le gritó, pero él no se detuvo. Ni siquiera hizo ademán de escucharla.

Se levantó y lo siguió todo lo rápido que pudo. Casi le había dado alcance cuando descubrió hacia dónde se dirigía. O, más bien, hacia quién.

Se detuvo en medio de la playa, helada. Sabía que ese momento iba a llegar, pero no había imaginado que fuera tan pronto. Lucas se encontraba entre la gente. Se agachó frente a una nevera que había al lado de la hoguera central y sacó un par de cervezas. Se levantó y le tiró una a otro chico detrás de él. Abby lo reconoció como uno de sus amigos. Entonces reparó en Leo. Iba directo a por él. Se recompuso y corrió tras él, con la intención de detenerlo, pero fue demasiado lenta.

Leo tenía un objetivo en mente. Sus instintos más primarios querían destrozarlo, por todo lo que —ahora sabía— le había hecho a Abby. Deseaba descargarle con él, causarle el mismo dolor con sus manos que él le había infligido a ella, y que seguía provocándole. Consiguió contenerse; llegó hasta Lucas y tan solo le dio un empujón.

—¡Hombre, si es mi nuevo amigo! —exclamó Lucas.

Abby llegó por detrás y sujetó a Leo de un brazo.

—¡Vaya, y la pequeña Abby! ¡Pues ya estamos todos!

Abrió la lata y le dio un largo trago a la cerveza.

La gente había empezado a agolparse a su alrededor. Abby pensó que se estaba convirtiendo en una costumbre lo de ser el centro de atención, y no le gustaba nada.

—¿Qué coño haces aquí? —bramó Leo.

—¡Tranquilo, solo hemos venido a divertirnos un rato! Esta es una fiesta pública, ¿no? —respondió, mirando a su amigo y apurando la bebida.

—Te dije que no volvieras a acercarte a ella.

La cara de Lucas cambió, su sonrisa desapareció y una mueca malévolamente ocupó su lugar. Apretó el puño que sostenía la lata y la arrugó como si de un papel se tratase. Luego la lanzó al fuego con un movimiento del brazo, que soltó un chasquido al entrar en contacto con el aluminio, y se encaró con Leo.

—Estás de suerte, no he venido por ella, he venido por ti —espetó.

Una sombra de incompreensión cruzó la mirada de Leo y Lucas se dio cuenta. Abby se temió lo peor e intentó ponerse entre ambos chicos, pero Leo la apartó, poniéndola a su espalda.

—¿Qué? ¿Pensabas que iba a dejar las cosas así? Me diste un puñetazo.

—Y te vas a llevar otro como no te largues de aquí ahora mismo.

Lucas sonrió y, antes de que nadie pudiera reaccionar, se abalanzó sobre él con el puño en alto.

Un grito escapó de la garganta de Abby. El primer golpe, en la cara, le partió el labio y lo derribó. Lucas se echó sobre él, intentando seguir, pero unos chicos se adelantaron y lo sujetaron. Leo aprovechó ese momento para levantarse con los puños en alto.

—Es mejor que te vayas, somos muchos aquí los que te daríamos una paliza; no saldrías bien parado.

Leo reconoció la voz de Eliot en uno de los chicos que se interponía entre ellos.

Lucas se relajó, los otros lo soltaron y se apartaron. Hizo ademán de marcharse, pero entonces volvió a darse la vuelta y acercó la cara a la de Leo.

—Te tengo vigilado, acuérdate. Cada sombra que creas ver a tu espalda será mía. Yo de ti andaría con mil ojos y tendría mucho cuidado.

Miró por encima del hombro de Leo hacia donde se encontraba Abby, sonrió de forma siniestra y le guiñó un ojo.

Ella tembló de miedo. Lucas los estaba amenazando, delante de toda aquella gente, lo que solo podía significar una cosa: hablaba en serio. Lo conocía demasiado bien y sabía que esas palabras no podían conducir a nada bueno. Si Leo seguía enfrentándose a él, las cosas podían terminar muy mal. Tan mal como para Adam..

—Ya nos veremos —dijo Lucas, al tiempo que se daba la vuelta y se dirigía hacia el camino sin mirar atrás, acompañado de su amigo.

—Tío, ¿estás bien? —preguntó Eliot a Leo, poniéndole una mano en el hombro.

Leo observó a Lucas mientras desaparecía por el sendero ascendente. Cuando lo perdió de vista, se sacudió la mano de su amigo de encima y se alejó con paso acelerado por la orilla de la playa. Necesitaba estar solo para serenarse.

Abby lo vio alejarse e hizo ademán de seguirlo, pero Alexia y Marga aparecieron delante de ella y le cortaron el paso.

—¡Abby! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó Alexia con preocupación—. ¿Era ese? ¿Qué hace otra vez aquí?

—Sí, ese era Lucas —respondió, siguiendo a Leo con la vista por encima de su hombro.

—¿Qué diablos pasa con él? ¿No debería mantenerse alejado de ti y de él? Entiendo que Leo quiera matarlo, Adam era su hermano —comentó Marga—. No debe ser fácil para él estar viéndolo cada vez que decide aparecer. Ni para ti tampoco, claro —añadió, tras un pequeño silencio—. Y, en serio, ¿por qué demonios sigue apareciendo sin más?

Abby vio como Leo se alejaba cada vez más.

—Chicas, no lo sé, no sé qué pasa por su cabeza para hacer las cosas que hace —mintió—. Ahora no puedo hablar de esto, ¿vale?

Pasó entre las dos siguiéndolo. Lo llamó a lo lejos, pero de nuevo Leo no se detuvo ni miró atrás. Lo siguió, unos pasos por detrás, sin conseguir darle alcance. No sabía si sería mejor idea dejarlo solo, pero estaba preocupada por él. Sintió un fuerte tirón en el músculo de la pierna. La estaba forzando en exceso aquella noche, aunque el dolor no consiguió que se detuviera. Necesitaba advertirle, convencerlo de que no hiciera ninguna otra estupidez.

Lo vio traspasar las rocas del final de la playa y lo perdió de vista. Cuando llegó hasta allí, lo divisó un poco más adelante, sentado en la arena, abrazándose las rodillas, con la mirada perdida en el horizonte. Fue hasta él y se agachó a su lado.

—Leo, mírame.

El chico agachó la cabeza. Ella le sujetó la barbilla y se la levantó. Buscó sus ojos, pero estos la rehuían. Se detuvo en la herida del labio. Un hilo de sangre le caía por la comisura de la boca y le había manchado la camiseta.

—¡Dios, estás sangrando!

Lanzó al suelo la mochila y se dirigió al agua. Se quitó el pañuelo que llevaba atado al cuello y lo sumergió en ella. Una pequeña ola rompió en la orilla mojándole los zapatos y los calcetines; no le importó. Sacó el pañuelo del agua, hizo un ovillo con él y volvió junto a Leo. Se agachó entre sus piernas e intentó levantarle la cabeza, pero él le apartó la mano de malos modos.

—¡Eh!

Volvió a sujetarle por la barbilla y lo obligó a mirarla. Sus ojos se encontraron, y ella descubrió los suyos cargados de un profundo dolor. De inmediato supo que no se debía al golpe, pues era más profundo, más difícil de curar.

Leo apartó la mirada, pero la dejó hacer. Primero le limpió la sangre de la barbilla. Tuvo que frotar un poco porque ya había empezado a secarse. Después, le dio la vuelta al pañuelo y lo aplicó con cuidado sobre el labio. La herida le escoció y Leo dio un brinco.

—¡Ay!

—Estate quieto.

Abby dio pequeños toques con el pañuelo mojado sobre la herida, entre los continuos resoplidos de Leo.

—Encajas los puñetazos perfectamente sin quejarte, pero eres incapaz de soportar un poco de agua salada.

Él giró los ojos hacia ella con el ceño fruncido, y sus miradas volvieron a encontrarse. De nuevo, él fue el primero en apartarla, bajándola al suelo. Ella terminó de limpiarle la herida con cuidado.

—Deberíamos ir a la policía —dijo él, antes de que ella pudiera empezar la conversación.

—No serviría de nada. Él siempre puede decir que ayer solo quería disculparse, y yo fui quien le atacó primero. Y luego tú.

—Pero podríamos pedir una orden de alejamiento o algo...

—No funcionaría, no lo conoces, él tiene sus mañas. Siempre hace lo que quiere cuando quiere, nada lo detiene. Una orden de alejamiento sería provocarlo. Iría a por ti.

Abby temía más por él que por sí misma. Aún pensaba que todo lo que estaba haciendo era para hacerla sufrir de manera indirecta.

—Es él quien nos está provocando a nosotros —continuó él.

—Leo, escúchame bien —intentó concluir Abby. No sabía ya cómo hacérselo entender—, él es peligroso, no te haces una idea cuánto.

—No será para tanto...

—Prométeme una cosa —lo interrumpió—. Prométeme que no vas a volver a acercarte a él, ni a hablarle, ni a pelearte, ni a nada.

Clavó su mirada en la de él con una exigencia implícita en ella. Esos ojos grises, cálidos, penetrantes... lo devoraban por dentro cuando lo miraba de esa forma. Leo pensó que nunca sería capaz de negarle nada si lo miraba así.

—De acuerdo.

—De acuerdo no me sirve. Promételo —exigió.

—Qué manía tenéis todos con las promesas...

Abby lo miró con las cejas arqueadas.

—Está bien, te lo prometo —cedió Leo.

—Si rompes tu promesa, nunca jamás volveré a confiar en ti —hizo hincapié en cada palabra.

—Me parece justo.

Abby se sintió satisfecha. Si Leo se mantenía alejado de Lucas, si evitaban todo enfrentamiento

y no lo provocaban más, entonces tenían al menos una posibilidad de salir de esa. Por lo menos él, y era todo lo que le importaba en ese momento. Ella ya se sentía condenada a huir eternamente de Lucas, se había acostumbrado a ello. Además, sentía que ese era su castigo por todo lo ocurrido y no le quedaba otra que aceptarlo.

Se dejó caer sobre la arena a su lado y reparó en su pierna. El dolor no había remitido desde el tirón, pues no la había dejado descansar desde entonces, y haber estado tanto tiempo de rodillas no había contribuido a su mejoría. Además, hacía un rato que había comenzado a picarle la cicatriz. Necesitaba subirse el pantalón para masajearla, aunque le daba vergüenza que Leo la viera. La primera vez no se había dado cuenta, pero creía que no le había dado tiempo a verla bien. No le gustaba cómo la miraba la gente cuando la veía, así que siempre la llevaba tapada. Sin embargo, el picor... no conseguía calmarlo a través de la tela del pantalón. Pensó que, en la oscuridad, él no sería capaz de distinguirla bien, así que se decidió.

Se quitó los zapatos y los calcetines mojados, pues los pies se le estaban cociendo dentro y, con cuidado, se subió la pernera del pantalón y comenzó a rascarse alrededor de la fina línea sonrosada. Aún no se atrevía a tocarla mucho por encima.

Leo la miró por el rabillo del ojo. Tuvo la sensación de que ella trataba de esconderse de él.

—¿Te duele?

—Mmm, sí, ha sido una noche movidita. Pero también me pica, y eso es peor. —Hizo una mueca, mientras seguía rascándose.

Leo siguió mirándola un rato y, de repente, se puso delante de ella. Abby trató de tirarse rápido del pantalón hacia abajo, pero él le sujetó las manos para impedirselo.

—No creo que...

—Has dicho que confiabas en mí —la interrumpió él—. ¿Lo haces?

Se quedó quieta. Poco a poco, retiró las manos del pantalón y se las retorció sobre los muslos. Leo se sentó enfrente con las piernas entrelazadas, cogió la de ella y se la puso encima con cuidado. Colocó una mano a cada lado de su tobillo y comenzó a subir. Abby se encogió, tensa, y un mechón de pelo castaño cayó hacia delante, tapándole la cara. Sus manos salieron disparadas y sujetó las de él. Leo sacó una de las suyas de debajo de las de ella, le apartó el pelo y se lo sujetó detrás de la oreja, y repitió, mirándola fijamente a los ojos:

—¿Confías en mí?

Abby se quedó mirando sus ojos, esos profundos iris dorados que la atrapaban sin darle opción a nada; de inmediato se relajó. Quitó las manos despacio y se echó hacia atrás. Sin dejar de mirarla, Leo volvió a poner sus manos sobre la pierna de ella y ascendió por ella, tomándose su tiempo. Cuando llegó a la cicatriz, abrió un poco las manos y pasó los pulgares alrededor de la misma. Su tacto provocó un escalofrío en su cuerpo. Recorrió el mismo camino hacia abajo y, una vez más, hacia arriba. Entonces, levantó una mano y la miró a la cara, como pidiéndole permiso.

Cerró los ojos cuando él puso la mano sobre su cicatriz. Leo descendió con los dedos suavemente por ella, apenas el roce de una pluma, como si tuviera miedo de dañarla. Fue como si algo explotara en su interior. Sus dedos dejaban una estela de pequeñas descargas eléctricas allí donde la tocaban. Sintió una calidez abriéndose paso, llenándola, y las mariposas se adueñaron de su estómago. Se dejó llevar, sin resistirse. Le gustó la forma en que su cuerpo reaccionaba a sus caricias. Hacia tanto tiempo que no se había sentido así...

Entonces, sintió que Leo agarraba el bajo de su pantalón y se lo bajaba hasta el tobillo. Abrió los ojos y se encontró con los de él, que la estudiaban penetrantes, serios, expectantes. Ninguno dijo nada, no existían palabras para describir lo que cada uno sentía en ese momento.

En un impulso, alargó la mano y acarició la mejilla del chico. Su barba incipiente le hizo

cosquillas en los dedos. Apoyó la otra mano en el suelo entre ambos, se acercó a él y depositó un suave beso en su otra mejilla. Él ladeó un poco la cabeza, metió los dedos entre su pelo y también la besó. Apenas un roce de sus labios en su cara fue suficiente para estremecer su cuerpo.

Leo apoyó su frente en la de ella y permanecieron de esa forma unos instantes. Entonces, se recostó en la arena y ella lo siguió. Se hizo un ovillo contra él, apoyada en su hombro, con su brazo rodeándola, y cerró los ojos. A lo lejos, podían oír el alboroto de la fiesta, la música y las risas. Y más cerca, a escasos metros de ellos, el rumor de las olas rompiendo contra la orilla.

Capítulo Veintitrés

Abby despertó cuando la luz comenzó a cambiar a su alrededor. Tenía el cuerpo entumecido; estiró las piernas, las sentía adormiladas por haberlas tenido encogidas demasiado tiempo. Se extrañó al notar los pies ateridos y rodeados de arena fina, y más aún cuando sintió crujir el polvillo en su boca y el olor salado del océano inundar su nariz.

Abrió los ojos poco a poco, desorientada, sin saber bien dónde se encontraba. Algo se movió junto a ella, solo entonces fue consciente del brazo que la rodeaba. Se incorporó de golpe y miró a su alrededor. La playa. Estaba en la maldita playa, y estaba amaneciendo. Miró a su lado y allí estaba Leo, ¡había dormido con él toda la noche! Y no solo con él, más bien casi sobre él. La vergüenza la abrumaba, y eso que ni siquiera había salido el sol.

Los recuerdos de la noche anterior regresaron a su memoria en un abrir y cerrar de ojos. La bajada, la pelea, su conversación con Leo y todo lo que había pasado después. El recuerdo de sus manos deslizándose sobre su piel se impuso a los demás y un escalofrío le recorrió la columna en sentido descendente, hasta asentarse en su estómago. Ya decidiría más tarde si la reacción de su cuerpo se debía a dicho pensamiento o al frío que le calaba hasta los huesos; sentía la ropa húmeda y pegajosa sobre la piel.

Se frotó los ojos con el dorso de la mano y se fijó en él, que empezaba también a desperezarse. Sus movimientos debían haberlo despertado. No pudo evitar admirarlo al darse cuenta de que estaba incluso más guapo bajo la suave luz rosada del alba; su sonrisa iluminaba su cara por completo y habría sido capaz de deslumbrar al mismo sol.

El chico abrió los ojos. Abby se sobresaltó, el rubor ascendió hasta sus mejillas y apartó la mirada, temiendo que su cara delatara sus pensamientos. Se sintió culpable por pensar en él de esa forma, un sentimiento con el que empezaba a estar familiarizada.

Leo se despertó al notar un movimiento brusco a su lado. Intentó estirar los brazos por encima de la cabeza, pero el derecho no le respondía, apenas si lo sentía. Entonces recordó, y una gran sonrisa acudió a su cara. Abby había dormido con él toda la noche, aún podía sentir su calor y su olor impregnaba su ropa. Movié los dedos, abrió y cerró el puño para reactivar el flujo de sangre hacia el brazo dormido. Empezó a notar un leve hormigueo que fue subiendo de intensidad poco a poco, hasta que pudo levantar el brazo del suelo.

Abrió los ojos, el sol apenas despuntaba por el horizonte. Observó a Abby; la chica había apartado la mirada en cuanto le había visto abrirlos, lo que significaba que había estado mirándole. Una especie de felicidad aleteó en su estómago cuando su mente llegó a esa conclusión. Además, estaba seguro de que se había sonrojado.

Ahora, ella miraba hacia el mar, y su melena caía como una oscura cascada sobre su hombro, ocultándole parte del rostro. Estaba preciosa recién levantada. Leo pensó que, aunque fuera el mayor error de su vida, no le importaría despertar así cada mañana. Alargó la mano sin pensarlo y le apartó el pelo de la cara, sujetándosele detrás de la oreja.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días —respondió ella un poco cortante.

Dios, incluso con el ceño fruncido era perfecta, y lo único que le pesaba era no haberse dado cuenta antes; cuando, quizá, podrían haber estado juntos. Todo el tiempo que había desperdiciado

peleando con su hermano por ella, despreciándola, haciéndole sufrir, le pesaba en el corazón como una lápida de mármol, una losa que ya no podría levantar ni quitarse de encima. Debería haber luchado por ella cuando tuvo ocasión.

Abby estaba sentada con las piernas cruzadas y los pies enterrados bajo la arena, buscando algo de calor, mientras se abrazaba el cuerpo. Leo se fijó en el leve temblor de la chica y se incorporó.

—¿Tienes frío? —Acercó la mano a su espalda—. ¡Pero si estás helada!

Por desgracia, la chaqueta que se había puesto ella el día anterior no abrigaba lo suficiente para mantener el calor con la temperatura que hacía a esas horas. La noche la había pasado bien, pues había estado abrazada a Leo y habían compartido el calor, pero en cuanto se había separado de él, el frío había hecho mella en ella. Leo se quitó su propia cazadora y se la puso por encima de los hombros.

—Mete los brazos.

Le hizo caso. La prenda estaba caliente, cosa que agradeció. Él la abrazó por detrás y le frotó los brazos con fuerza, para hacerla entrar en calor. Permanecieron así unos minutos, mientras la claridad se abría paso y el cielo se tenía de tonos violetas y rosas, seguidos por los rojizos, anaranjados y amarillos del sol.

Cuando el primer rayo incidió sobre los ojos de Abby cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba viendo un amanecer en la playa, con Leo. Algo que no había hecho nunca con Adam. Un recuerdo que iba a ser solo suyo. Y después, ¡el amanecer! ¡Maggie iba a matarla por no volver a casa ni avisar!

Abby se tensó y empezó a alterarse. Vio su mochila un poco a la derecha, alargó la mano para asirla por una de las correas y la arrastró hacia ella. Seguro que tenía mil llamadas de su tía, estaría preocupadísima. Rebuscó en su interior hasta dar con su móvil y, ¡mierda! El aparato se había quedado sin batería y se había apagado durante la noche.

—¿Qué sucede? —preguntó Leo, ante la creciente inquietud de la chica.

Además, estaba ese pequeño detalle: había pasado la noche con él. Si a su tía se le había ocurrido llamar a sus amigas y estas le habían cogido el teléfono, no podría fingir que había estado con ellas. Dios, iban a matarla doblemente.

—¿Qué hora es? —preguntó, mientras se arrastraba hasta alcanzar sus zapatillas. Las puso bocabajo, las zarandó para sacudir la arena y se las metió sin siquiera soltar las cordonerías. Encontró un calcetín cubierto por la arena; el otro había desaparecido. Poca importancia tenía ya la hora, ¡si se había hecho de día!

—Mmm... es posible que sean... casi las ocho... —Leo observó su reloj.

—¡¿Qué?! —gritó Abby, y giró de forma brusca la cabeza hacia él.

—¿Tenías que ir a alguna parte? —preguntó, extrañado ante su comportamiento. Él ya estaba acostumbrado a entrar y salir de casa sin pedir permiso ni dar explicaciones a nadie.

—¡Claro, a casa! ¡Maggie me va a matar cuando llegue!

Se levantó y se sacudió la arena de encima de la ropa. Con la que llevaba dentro no pudo hacer gran cosa, la sentía incluso en su ropa interior. Se sacudió el pelo y se lo atusó con los dedos; lo notó sucio y pegajoso, lleno de nudos. Intentó peinarlo con las manos, pero pronto se resignó con un suspiro; aquello no tendría solución hasta que consiguiera llegar a casa y pudiera ducharse. Incluso después, necesitaría un litro de *spray* desenredante para poder arreglar aquel estropicio.

Se acordó de la muleta, aunque no la veía por ningún sitio. Repasó la playa con la mirada hasta dar con ella, se encontraba a unos cuantos metros de ellos, semienterrada por la arena. No recordaba haberla dejado tan lejos, pero quién sabía.

—¿Dónde está el problema? Ya tienes dieciocho años.

Cada vez le parecía más divertido el desasosiego de la chica.

—¿Cómo que dónde está el problema?! Yo —se señaló el pecho— no hago estas cosas, no las hago. Yo aviso. O, más bien —siguió, mientras se dirigía a por la muleta, se agachaba y la desenterraba—, vuelvo a dormir. ¿Sabes el tiempo que hacía que no salía hasta tan tarde? Quitando mi cumpleaños, claro.

Al recordar cómo había terminado esa noche se sonrojó, pues no habían llegado a tener ninguna conversación al respecto. Sacudiendo la cabeza, volvió hasta donde se encontraba él, que seguía recostado en el suelo.

—Seguro que Maggie cree que estoy por ahí tirada en alguna cuneta. Seguro que ya ha llamado a la policía, ¡o a mi madre! Creo que me moriré si ha llamado a mi madre. Y necesito que me lleves porque, obviamente, Marga y Alexia seguro que no siguen por aquí. —Le tendió la mano a Leo para levantarlo—. Así que, ¿podemos irnos ya?

Él la miró con una expresión divertida en la cara; cuando le agarró la mano, su sonrisa y sus ojos se volvieron traviosos. Con un tirón la arrastró hacia el suelo, se giró y se puso sobre ella a cuatro patas.

—Creo que estás un poco tensa de más, necesitas relajarte —le dijo, con una media sonrisa en la cara que hizo que se derritiera un poco, aunque trató de ocultarlo lo mejor que pudo.

—Leo, esto no tiene gracia, te estoy hablando en serio.

—¿En serio?

Leo la inmovilizó y empezó a hacerle cosquillas por las costillas y la cintura. Abby se retorció debajo de él, sin poder controlar la risa y los espasmos.

—¡Vale, sí, sí tiene gracia, para, por favor, para!

Leo se detuvo, pero se quedó sobre ella, con un brazo a cada lado de su cuerpo. Abby reparó en la herida de su labio. Alargó una mano con la duda pintada en el rostro, y lo rozó. El chico se echó inmediatamente para atrás y se sentó sobre sus pies.

—¡Ay, que eso duele! —se quejó, llevándose una mano donde momentos antes le había tocado ella.

—No me extraña, no es una herida pequeña, que digamos. Menudo golpe. —Suspiró—. ¿Podríamos irnos ya, por favor?

Hizo un puchero con la boca.

Leo sonrió, se levantó y la ayudó a ponerse en pie, esta vez sin juegos de por medio.

—Venga, vamos.

Atravesaron juntos la playa, Leo no le soltó la mano en todo el camino. Las hogueras estaban ya apagadas, pero aún quedaban algunos chicos que, como ellos, habían pasado la noche allí; todos se les quedaron mirando boquiabiertos cuando pasaron por su lado. Un chico, compañero del equipo de fútbol de Leo, levantó la mano a lo lejos a modo de saludo, gesto que él le devolvió. Como ella había predicho, sus amigas no estaban por ninguna parte.

Leo la ayudó a llegar hasta arriba, tirando de ella desde delante. Cruzaron la arboleda en silencio, subieron a su coche y enfilaron la carretera hacia la ciudad.

—Gracias por acercarme —le agradeció Abby cuando paró el coche en la puerta de su casa. Abrió la puerta para salir.

—Sin problema. ¿Hablamos luego?

Ella se detuvo, giró la cabeza y le sonrió.

—Claro —aceptó—, si no termino encerrada en la torre más alta del reino —añadió, citando uno de sus cuentos preferidos. Después salió del coche y cerró la puerta tras ella.

Leo se quedó allí, mirándola, hasta que atravesó el portal y desapareció en el interior del

edificio.

Capítulo Veinticuatro

Abby metió la llave en la cerradura y la giró con sumo cuidado, rezando para que, al ser domingo, sus tíos siguieran durmiendo y no hubieran reparado en su ausencia. No tuvo tanta suerte, en cuanto abrió la puerta un intenso olor a repostería casera la golpeó, escuchó el chisporroteo de la sartén en la cocina y a Tom silbando. Parecía de buen humor. Se le ocurrió que quizá no habían entrado a despertarla y aún no la habían echado de menos.

Intentó cerrar la puerta sin hacer ruido y tratar de colarse en su habitación para hacerse la dormida, pero una ráfaga de corriente se la arrancó de las manos en el último momento y dio tal portazo que resonó por toda la casa. Encogió los hombros ante el fuerte estruendo.

—¡Vaya! Mirad quién ha decidido honrarnos con su presencia —escuchó decir a una voz femenina desde la cocina.

La sorpresa le hizo abrir mucho los ojos. Esa no era la voz de Maggie, ¿era la de su madre! ¿Qué estaba haciendo allí un domingo a las ocho y media de la mañana? ¿La habría llamado su tía? Si había conducido hasta allí solo por su «desaparición», le esperaba una buena.

Con el corazón en un puño, apoyó la muleta detrás de la puerta principal —para desplazarse por la casa ya no solía utilizar ningún apoyo, y a la calle la sacaba solo por seguridad—, se dirigió arrastrando los pies hasta la cocina y se asomó por la puerta.

Tom se encontraba de pie delante del fuego, vestido con un delantal y con una rasera en la mano, añadiendo sin parar tortitas a un plato ya rebosante de ellas. Su madre estaba sentada en la mesa, con los codos apoyados en el tablero, una taza de café humeante entre las manos y una sonrisa irritada. Conocía de sobra esa expresión, cada vez que asomaba a su cara, un furioso temporal le caía encima sin ninguna compasión.

—¡Vaya aspecto! Parece que hayas tenido una noche entretenida. Ven, siéntate, cariño —le dijo, mientras apartaba una silla en un gesto de falsa amabilidad y daba unas palmadas en el asiento. No se trataba de una petición, sino de una orden en toda regla.

Abby obedeció y se sentó sin mediar palabra. En ese momento, la puerta de entrada volvió a abrirse desde fuera, seguida de un portazo y una serie de resoplidos.

—¡La desaparecida ha vuelto! —gritó su madre. Maggie entró en la cocina como una exhalación, con las mejillas sonrojadas y una cara de preocupación extrema—. Te dije que no era para tanto. Bueno —añadió, dirigiéndose a su hija—, para ti, sí.

—¡Te he estado buscando por todas partes! ¿Se puede saber dónde estabas? —exclamó Maggie—. ¡Te he llamado mil veces al teléfono, no estabas con tus amigas! ¿Sabes lo preocupada que estaba? ¡No he pegado ojo en toda la noche! Pensaba que... que... ¡Yo qué sé!

Maggie se abalanzó sobre Abby y la estrechó en un abrazo de oso que le cortó la respiración.

—No... puedo... respirar —trató de decir, con voz ahogada.

Su tía la soltó y se limpió con disimulo una lágrima, que no escapó a su vista. Se sintió culpable —de nuevo— por su sufrimiento. Si hubiera sabido que se preocuparía tanto habría sido más responsable y no se le habría pasado avisar.

—Lo siento, el móvil se apagó y no me di cuenta y...

—Eso no es lo importante aquí —la interrumpió su madre—. Lo importante, señorita, es, ¿desde cuándo pasas noches enteras por ahí sin permiso y sin dar señales de vida?

Abby se sintió atacada y molesta por el tono de voz que utilizó su madre al hablar. Como si fuera una cualquiera o acostumbrara a hacer cosas por el estilo, cuando Sara no podía tener demasiadas quejas respecto a ella en ese aspecto.

—No es algo que «haga». Ha pasado esta vez —se defendió.

Maggie la miraba desde arriba con los brazos en jarras, cuando pareció reparar en algo y, con ojos extrañados, preguntó:

—¿De quién es esa chaqueta?

Abby se miró de arriba abajo. Por error, había olvidado devolverle a Leo su cazadora antes de salir del coche. Él tampoco se la había pedido y no se había acordado de que la llevaba puesta hasta ese momento. Por el tamaño de la prenda, resultaba evidente que no le pertenecía, ni a ella ni a ninguna otra chica. Iba a ser difícil negar las evidencias, por no decir imposible.

—¿De una chica... muy grande... de mi clase? —se probó, haciendo una mueca.

Ambas mujeres la miraron con una ceja levantada. Se parecían tanto cuando hacían ese gesto con tanta coordinación que a Abby se le escapó una sonrisa, lo que hizo aumentar la altitud de la misma. Dejó escapar un suspiro entre los dientes.

—Mirad, sé que lo he hecho mal, y lo siento. El tiempo se me pasó volando, pero he estado a salvo, de verdad. He aprendido la lección y no volverá a pasar. —Hizo una pausa, esperando alguna reacción positiva por parte de sus familiares, que no se produjo—. Ahora, necesitaría una ducha caliente con urgencia y, quizás, una siestecita. Si no es mucha molestia —añadió, arrastrando la silla hacia atrás para levantarse.

—Muy bien —consintió su madre, que parecía un poco más calmada.

Tom aprovechó ese momento para intervenir, dando unos golpecitos con un tenedor en el borde del plato de las tortitas.

—Antes, desayuna un poco. No esperarás que me zampe yo solo todo este *platanco* de tortitas. —Le guiñó un ojo.

Ella le sonrió. Se levantó para sacar un plato y un vaso del armario que había encima del fregadero. Se sirvió un par de tortitas, un vaso de leche natural y atacó el desayuno como si no hubiera comido en días. Su madre permaneció todo el tiempo mirándola con la taza de café entre las manos, que ya parecía haberse enfriado.

No pensaba comer nada más, pero las tortitas estaban tan buenas bañadas en caramelo que se sirvió otras dos, con lo que acabó llena de más, hasta el punto de que podría haber ido rodando hasta su cuarto. Cuando terminó, metió los platos sucios en el fregador y se dispuso a salir corriendo de allí; no obstante, volvió a asomarse al reparar en algo.

—Por cierto —dijo a su madre desde la puerta—, ¿qué haces tú aquí?

—También son mis vacaciones —le recordó—. He venido a pasar unos días con mi hija, habida cuenta de que ella no parece querer ir a visitarme a mí.

—Pero ¿tan temprano?

Su madre se limitó a encogerse de hombros y se llevó la taza a los labios. Abby levantó los pulgares de las manos y se dirigió a su cuarto. Se quitó la cazadora de Leo, enchufó el teléfono a la corriente eléctrica, cogió unas mallas, una camiseta cómoda y ropa interior limpia, después se encerró en el baño.

—¿Por qué está toda la casa llena de arena? —Escuchó decir a Maggie desde el pasillo, y ahogó una risita.

La ducha le sentó de maravilla. Dejó que el agua caliente cayera a máxima presión por su cuerpo, lo que le desentumeció los músculos y le insufló un chorro de energía. Tuvo que enjabonarse el pelo dos veces y mantener la mascarilla sin enjuagar varios minutos para poder

desenredarlo; aun así, le costó unos cuantos buenos tirones conseguirlo. Cuando terminó y salió por fin del baño, casi una hora más tarde, se sentía como nueva.

Regresó a su dormitorio y vio la cazadora en la silla. La cogió y la sacudió por la ventana, tratando de eliminar los restos de arena que quedaran. La observó fijamente y se la llevó a la cara. Todavía guardaba su aroma, le recordaba al olor del bosque húmedo después de una tormenta, penetrante y provocador. Pensó que ese olor le venía como anillo al dedo.

Fue hasta la mesilla y cogió el móvil para encenderlo. El aparato se volvió loco a vibrar antes incluso de poder introducir el código pin, cuando empezaron a llegar todas las llamadas perdidas y mensajes. Maggie la había llamado ocho veces desde su móvil, cinco desde el número de Tom y su madre otras tantas, sin contar las decenas de mensajes que había borrado sin leer después de descubrir la cantidad de amenazas que contenía el primero.

También tenía alguna llamada perdida y mensajes de sus amigas. Les escribió un escueto mensaje para avisarlas de que ya estaba en casa y dejaran de preocuparse. Mientras lo hacía, el móvil volvió a vibrar entre sus manos debido a un nuevo mensaje entrante. Lo abrió y descubrió con sorpresa que era de Leo.

«¿Qué tal ha ido la matanza?».

Una sonrisa asomó a su cara.

«Mi madre estaba aquí cuando he llegado», le respondió, seguido de un emoticono desesperado.

Antes de un minuto ya tenía un nuevo mensaje en el buzón de entrada.

«Uhhh, así que peor de lo esperado».

«Creo que se ha contenido porque estaban mis tíos delante. Eso, o que la edad la está ablandando, ¡jaja!».

«Genial, me alegro de que sigas respirando, jeje. ¿Crees que podrás salir de casa esta tarde?».

Abby reparó en la ironía que se desprendía de que precisamente ellos dos hicieran bromas sobre la muerte tan a la ligera. A decir verdad, siempre se había expresado de esa forma, al igual que la mayor parte de las personas. Pero era algo en lo que pararse a pensar.

«Intentaré bajar la basura o algo por el estilo, XD».

Por toda respuesta, recibió un emoticono de un puño con el dedo pulgar levantado. Volvió a dejar el móvil en la mesilla y se recostó en la cama. Apenas le costó un par de minutos quedarse dormida.

Se despertó para la hora de comer, atraída por el olor de la comida recién hecha. Su madre había cocinado su plato favorito: lasaña de pollo. Engulló un plato enorme y repitió dos veces, lo que la sorprendió. Hacía mucho tiempo que no comía con tanta avidez. Después, se sentó en el sofá y vio una peli con su familia.

A media tarde dijo que se iba a dar una vuelta, a ejercitar la pierna. Su madre quiso acompañarla, pero no le costó mucho convencerla de que se quedara, ya que estaba cansada por el madrugón y el viaje. Cogió una chaqueta; el cielo se había nublado y corría un poco de aire. También la cazadora de Leo para devolvérsela.

Primavera, domingo por la tarde y segundo día de vacaciones. El jardín estaba abarrotado de familias, los gritos y risas de los niños flotaban en el ambiente. Tuvo que sortear un grupo de chicos que corrían veloces tras un balón. Llegó al banco donde solían verse cada tarde, pero Leo aún no había llegado, así que se sentó a esperar. Subió los pies al asiento y se abrazó las rodillas. La brisa primaveral le rozó el rostro y le removió el cabello, haciéndole recordar la frase favorita de Adam. Cerró los ojos, sintiendo que era su mano la que le acariciaba la mejilla.

Al cabo de unos pocos minutos reconoció a Leo a lo lejos.

—¡Hola! ¿Qué haces? —preguntó, a modo de saludo, cuando llegó hasta ella.

—Estoy esperando al viento —respondió Abby, sonriendo, sin detenerse a pensar en que él podría reconocer esa frase.

Leo no habría esperado esa respuesta viniendo de ella de ninguna de las maneras. Aquellas palabras le removieron por dentro. Fue un golpe bajo, sintió como si un puño se estrellara contra la boca de su estómago, haciéndole poner de nuevo los pies sobre la tierra, y su humor cambió en cuestión de segundos.

Su hermano solía pronunciar aquellas mismas palabras cuando estaba aburrido o no sabía qué hacer o cómo ocupar el tiempo, dando a entender que esperaba que se le ocurriera algo para hacer. Su madre siempre le decía que desperdiciaba la vida haciendo eso. Esa maldita frase le recordó tanto a Adam que no pudo soportarlo y estalló.

—Vaya... Pues, ¿sabes qué? La vida es lo que pasa mientras esperas al viento, y ya no regresa. No va a esperar a que te des cuenta, no va a esperarte a ti —casi le escupió las palabras a la cara.

Abby vio como el rostro del chico se oscurecía de un momento para otro, y que sombras de tormenta acudían a sus ojos. De inmediato se arrepintió por haber pronunciado esa frase, pero ya era demasiado tarde.

Él se acercó, le arrancó su cazadora de las manos y se dio la vuelta, alejándose de ella, antes de que pudiera verlo llorar o peor, decirle algo mucho más horrible.

—¡Leo! ¡Espera! —consiguió elevar lo suficiente la voz para llamarlo.

Sin embargo, el chico siguió caminando con paso rápido y furioso, sin detenerse ni mirar hacia atrás, hasta que lo perdió de vista.

Capítulo Veinticinco

Leo se estiró en la cama, con los pies sobresaliendo del colchón. Había tenido aquella sensación toda la noche, que no le había dejado pegar ojo. Sabía que se había pasado; pero el recuerdo de Adam por sí solo, su oscura presencia en aquella casa, las continuas comparaciones de su madre con él, ya le dolían lo suficiente. No necesitaba que, además, ella le recordara cómo era, qué decía, qué le gustaba, ni que hablara de él en presente, como si pudiera aparecer en cualquier momento.

Por otra parte, necesitaba que la chica reaccionara, que pasara página, que siguiera con su vida. «Contigo, a ser posible», añadió una voz en su cabeza. De inmediato, Leo desterró aquel pensamiento a los confines de su mente, lo encerró en un cajón con candado y tiró la llave lejos de él. Aun así, sabía que no tardaría en escapar, la chica se le había metido bajo la piel y se le había grabado a fuego. Precisamente por eso, sentía una presión en el pecho desde la tarde anterior, después de su discusión en el parque y de haberla dejado allí plantada.

Ella le había mandado un par de mensajes por la noche, que había ignorado a propósito. No porque no quisiera responderle, se moría por hacerlo; sino porque, en el fondo, pensaba que quizá de esa manera ella no quisiera seguir teniendo relación con él y, de esa forma, se solucionaría su problema. Si tenía que ser él quien se alejara de ella, no iba a poder hacerlo en la vida.



Abby abandonó su casa esa mañana decidida a arreglar las cosas con Leo. Durante la noche, no había parado de dar vueltas en la cama sin poder dormir, preocupada por él. No le había devuelto los mensajes y no sabía qué pensar al respecto.

Sentía que debía disculparse. No le hablaba de Adam con mala intención ni para hacerle daño, pero estaba claro que se lo hacía. Una parte de ella seguía tratando a Leo como si no tuviera sentimientos por la muerte de su hermano, como al principio, cuando el chico trataba de ocultarlos a toda costa, aunque después él ya los hubiera dejado entrever delante de ella. A ella, recordarlo la ayudaba a sobrellevar su ausencia; sin embargo, era obvio que Leo no sentía lo mismo. Abby era capaz de ver el dolor en sus ojos cada vez que sacaba su nombre a relucir.

Su madre todavía dormía cuando se marchó, a pesar de que ya era media mañana. Toda su vida le había gustado levantarse tarde en vacaciones, y ella se lo había permitido siempre. Mejor así, no quería darle explicaciones sobre adónde se dirigía, o tener que inventarse una excusa para conseguir que no la acompañara. A Maggie había tenido que decirle que iba a la biblioteca a buscar unos libros aunque, por la cara que había puesto, no había quedado muy convencida.

Salió a la calle y el frío le enrojeció las mejillas. El tiempo en abril era inestable, y esa mañana los termómetros habían vuelto a caer. A pesar de eso, el sol brillaba con fuerza, por lo que se colocó las gafas que llevaba sobre la cabeza. Abrió la aplicación de la radio de su móvil, conectó los auriculares y se los puso en los oídos. Por último, se subió la cremallera de la chaqueta y metió las manos en los bolsillos para mantenerlas templadas.

Echó a andar en dirección a la casa de Leo. No podía estar segura de que estuviera allí, pero esperaba que sí. Además, no tenía forma de contactar con él si no atendía su teléfono. Después de casi media hora andando, casi había llegado al lugar del accidente. No se sentía preparada para

pasar por aquella zona, así que se desvió para dar un rodeo. El nuevo camino le supuso veinte minutos más de lo debido.

Cuando llegó a la puerta de Leo, estaba sin resuello. Se apoyó un momento en la pared para descansar e hizo unas cuantas inspiraciones profundas y lentas para recuperar la respiración y serenarse. Tampoco quería que el chico la viera medio ahogada; ni habría podido pronunciar palabra en ese estado. Cuando se percató de que ya respiraba de forma normal subió los escalones y llamó al timbre.

Leo estaba en el baño cuando sonó el timbre del telefonillo. Se secó las manos y la cara con rapidez en la toalla que colgaba del lateral de lavabo y salió al pasillo. No esperaba a nadie, así que se imaginó que sería el cartero, aunque solía pasar por su calle cerca del mediodía y aún era temprano para eso. Descolgó el de la segunda planta y contestó. Una voz insegura y femenina respondió al otro lado.

—Leo, soy yo... Abby.

Se quedó mirando el aparato asombrado. Por segunda vez, de todas las personas que podrían haber llamado a su casa, nunca la habría esperado a ella. No después de la tarde anterior. Otra vez, la chica volvía a sorprenderle.

—Entra —le dijo, pulsando el botón—. Bajo enseguida.

Corrió a su habitación y rebuscó una camiseta medianamente en condiciones en el montón de ropa de la silla. Desde que su madre había abandonado las tareas domésticas, la colada estaba bastante atrasada, por no hablar de la plancha, que esperaba cogiendo polvo en el armario, sin haberse enchufado en meses. Él hacía muchas cosas, pero planchar era una con la que no se sentía capaz. Le parecía difícil. Y también peligroso. De momento, prefería evitar las quemaduras lo máximo posible.

Abby empujó la puerta ante el temblor que indicaba que se había abierto. Dudó un instante, pero al final cruzó el umbral. La entrada daba paso a un amplio salón. Sus recuerdos se amontonaban en aquella estancia. Había pasado muchísimos momentos allí con Adam, estudiando, comiendo, jugando a juegos de mesa, viendo películas, o solo estando juntos. Intentó sobreponerse al nudo que empezaba a formarse en su pecho, aunque no fue fácil. Escuchó ruidos en la cocina, así que salió al pasillo para dirigirse hacia allí, convencida de que sería Leo.

—Hola —saludó, mientras abría la puerta para entrar.

Sin embargo, no fue él quien le devolvió una mirada cargada de asombro que se transformó con rapidez en rabia contenida. La madre de Leo, o más bien la sombra de la mujer que un día había conocido, levantó la cabeza hacia ella y la miró boquiabierta. La sorpresa le hizo soltar el vaso que sostenía en la mano, que se estrelló contra el suelo haciéndose añicos.

—Tú.

Su voz adquirió un tono envenenado. Dio la vuelta a la isla de la cocina y apoyó la mano en el mármol, sus dedos rozaron un metal frío y lo agarró, levantándolo por instinto. Los cristales rotos crujieron bajo sus pies. El odio la cegaba, sin dejarle distinguir lo que hacía.

—Tú —repitió.

Abby empezó a recular cuando vio que la mujer señalaba con el cuchillo de cocina en su dirección. La afilada hoja brillaba ante ella.

—¿Qué haces en mi casa?! —gritó.

—Yo... —balbuceó ella, sobrecogida por la situación.

—Ya me quitaste un hijo, ¿a qué has venido? No te vas a llevar al que me queda, ¡no te lo llevarás!

Leo bajó las escaleras corriendo y llegó a la cocina, atraído por el alboroto producido. Se

interpuso entre su madre y Abby, protegiéndola con su cuerpo. Levantó las manos en un intento por calmar a su madre.

—Mamá, baja ese cuchillo —le pidió, con voz pausada, intentando fingir tranquilidad, aunque lo cierto era que él mismo estaba a punto de entrar en pánico.

—¿Qué está haciendo aquí? ¿A qué ha venido?

Abby notaba todo el cuerpo de Leo en tensión. Podía adivinar la rigidez de sus músculos a través del fino tejido de la camiseta. Le puso una mano en la espalda y sintió el temblor que recorría su cuerpo.

—Abby, sal de aquí —le pidió él al sentir su mano. Temía por ella. No tuvo que repetírselo una segunda vez y se alegró cuando la notó alejarse.

—No te llevará a ti también, ¡no se lo permitiré!

Escuchó Abby mientras salía.

Cruzó el pasillo y el salón a toda prisa, abrió la puerta principal de un tirón y la cerró tras ella. Bajó los escalones casi en dos saltos y solo entonces se detuvo.

Se quedó allí, en la calle, sin saber qué hacer. No sabía qué estaba pasando dentro de la vivienda, si debía pedir ayuda, si Leo podía necesitarla. Quizá debería haber dejado la puerta abierta, por si acaso. Dio unas cuantas vueltas, indecisa, y se sentó en el último escalón a esperar, retorciéndose las manos.

Dentro de la casa, Leo se acercó poco a poco a su madre.

—Mamá, cálmate. No voy a ir a ningún sitio, tienes que tranquilizarte.

Ella bajó el cuchillo lentamente, hasta que Leo pudo agarrarlo por el mango y quitárselo.

—Muy bien.

Fue al otro lado de la cocina y lo guardó en un cajón. Su madre seguía fuera de sí, descargando todo su dolor contra la chica.

—¿Cómo se atreve a pisar esta casa? ¿Qué quiere de ti? ¿Es que no tuvo suficiente con tu hermano?

—Mamá, ella no es la mala de la película —intentó explicarle, sin éxito.

—¡No! ¡Fue culpa suya, tú mismo lo dijiste!

—Estábamos equivocados con ella, yo estaba equivocado. Tenemos un enemigo común, deberíamos estar unidos.

—Ella me quitó a mi hijo, se llevó a tu hermano. Tú lo dijiste, no es trigo limpio, ¡conocía a su asesino! ¿Es que no lo ves? ¿Cómo puedes no darte cuenta? ¿Te ha comido tanto la cabeza que ya no eres capaz de ver la realidad? —le atacó.

—Las cosas no son como creíamos, mamá. Todo se ha complicado. Te repito, ella tan solo es una víctima más de ese tío.

—¡No te creo! El único que se ha complicado eres tú. ¿Es que no había más chicas en el mundo aparte de ella?

—Pues allá tú —respondió él, dándose por vencido. Su madre no iba a cambiar de opinión por más palabras que le soltara, era perder el tiempo. Además, había empezado a atacarlo a él, y no pensaba quedarse a aguantar eso. No iba a ser su saco de boxeo.

Le dio la espalda; quería ir en busca de Abby, ver si estaba bien. Sabía que no era buena idea dejar a su madre sola en ese estado, pero en ese momento no le importó. Ella también debía aprender a controlarse por sí misma, él no iba a estar siempre a su lado para hacerlo.

—Tu hermano se revolvería en su tumba si te viera así, colgado de su novia. ¿Es que no tienes dignidad? —soltó su madre a su espalda mientras salía, con toda la intención de hacer daño.

Leo abrió la puerta principal con la esperanza de que ella no se hubiera ido, y salió a la calle.

Abby seguía allí, sentada en el último escalón, pero se levantó en cuanto lo escuchó salir. Bajó hasta ella y le acunó la cara entre las manos.

—¿Estás bien? —le preguntó, inseguro. Si su madre le hubiera hecho algo, si la hubiera herido... no quería pensar en cómo podría haber reaccionado.

—Sí, pero ella... —respondió, volviendo los ojos hacia la puerta.

—Ya te lo dije... más o menos. No está bien. Y desde que vio en el juzgado que ese hijo de... que ese tipo te conocía, piensa que tú eres la culpable de lo que pasó.

De repente, una lucecita se encendió, y todas las piezas empezaron a encajar en la mente de Abby, hasta que el rompecabezas estuvo completo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Se echó hacia atrás, conmocionada, y las manos de él cayeron sin fuerza. Leo vio la verdad en los ojos de la chica, en su expresión dolida.

—Por eso me odiabas tú tanto —lo acusó.

—No te odiaba...

—Sí, sí lo hacías. Por eso me trataste tan mal todo ese tiempo, cuando volví al instituto, ¡porque descubriste que le conocía!

—No fue exactamente así.

Leo no sabía cómo excusarse sin engañarla o inventarse algo.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo fue? Explícamelo, porque no le veo otro sentido. —Se abrazó el cuerpo con los brazos, sintiéndose desnuda y expuesta ante él.

Leo se quedó en silencio, sin saber qué decir, sin poder responder. No podía mentirle de forma deliberada, mientras la miraba a los ojos. Abby se dio cuenta del significado de su silencio y continuó, explicándolo por él, expresando lo que él no se atrevía a decir.

—Todo ese tiempo estuviste culpándome de la muerte de Adam. ¿Qué creías, que había sido una especie de pacto? ¿Qué planeé su muerte con Lucas? ¿Qué me acostaba con él? ¡¿Qué?!

Un nuevo silencio cayó sobre los dos como una jarra de agua fría.

—¡Por Dios, di algo! ¡Niégalo al menos!

—No puedo negarlo; no puedo mentirte —respondió, confirmando todos sus temores. Agachó la cabeza, no se sentía capaz siquiera de mirarla a la cara.

Ella se quedó boquiabierta.

—Pensabas todo eso de mí... Y después qué, ¿eh? Todo este tiempo, ¿ha sido una farsa?

—¡No, por supuesto que no! Después, las cosas cambiaron. Cuando me contaste la verdad, me arrepentí de todo lo que se me había pasado por la cabeza. Me sentí fatal, ¡me odié por eso! Saber que te había juzgado injustamente después de todo por lo que habías pasado, fue un infierno para mí. —Leo dio un paso hacia ella, pero Abby retrocedió de nuevo—. Por favor, tienes que creerme. Nunca te he mentido.

Ella le creía. No pensaba que hubiera actuado todo aquel tiempo, sabía que de verdad la apreciaba, y no sabía si algo más. Pero eso era ahora, y no cambiaba el hecho de que había pensado cosas horribles sobre ella. No sabía si podría perdonárselo y olvidarlo, aun sabiendo que, por entonces, él aún no conocía toda la historia.

Leo alargó un brazo hacia ella.

—Por favor, Abby.

—Creo que tenemos que darnos un tiempo —dijo, aunque se lamentó por la elección de palabras. Había sonado como si fueran pareja, y no lo eran. No quería que Leo se formase una idea equivocada de lo que había entre ellos. Siguió hablando, antes de arrepentirse y que no le salieran las palabras—. Mi madre ha venido de vacaciones, tengo que pasar estos días con ella. Lo mejor será que no nos veamos. Hasta que se calmen las cosas.

Leo no quería aceptar, no quería dejar de verla ni de hablar con ella por nada del mundo. Las cosas no tenían que calmarse para él. Pero lo hizo, aceptó, porque ya no había nada que no hubiera hecho para que Abby estuviera bien, incluso si eso significaba alejarse de ella.

—De acuerdo, puede que sea lo mejor —se resignó, dejando caer el brazo. Intentó meter las manos en los bolsillos del pantalón, pero entonces se dio cuenta de que aún llevaba el pantalón a cuadros rojos y grises del pijama. Dejó los brazos a los lados del cuerpo sin saber qué hacer con ellos y se alejó un paso—. ¿Necesitas que te lleve o...?

—No —lo interrumpió—. Ya nos veremos.

Permanecieron unos segundos mirándose. Le costó romper el contacto visual con él, pero al final lo hizo. Se dio la vuelta y se alejó, sin mirar atrás, tal y como él había hecho el día anterior, aunque no había nada que quisiera más que volver la cabeza y verlo por última vez. Sabía que, si lo hacía, no podría irse. Se sentía dolida, y hacer eso habría sido darle la satisfacción de saber que él le importaba lo suficiente como para quedarse. Continuó andando calle abajo, temblando de pies a cabeza, mientras se preguntaba si había hecho lo correcto o cometía un error.

Cuando Leo volvió a entrar en casa, su madre lo esperaba en la puerta con los brazos en jarras.

—No sé qué estás empezando con esa chica, pero será mejor que lo olvides cuanto antes.

Miró la cara de su madre, su expresión era de desprecio. Sacudió la cabeza, resoplando; decidió no avivar el fuego por esa vez y pasó de largo. Su madre ya estaba demasiado nerviosa como para tratar de explicarle sus sentimientos e intentar que los comprendiera. Sentimientos que, por otra parte, ni siquiera él entendía. Fue a su habitación y cogió su juego de llaves de debajo del colchón. Las tenía escondidas por seguridad. Corrió a la cocina, abrió el candado que protegía el cajón de los medicamentos y buscó entre las cajas hasta que dio con los tranquilizantes de su madre. Siguiendo las instrucciones, que el médico había anotado con bolígrafo sobre el cartón, sacó dos comprimidos y volvió a guardarlos bajo llave, asegurándose de que el candado quedaba bien cerrado. Alcanzó un vaso del armario, lo llenó con agua de una jarra y le llevó todo a su madre al salón.

Casi tuvo que obligarla a tomarse las pastillas pero, tras hacerlo, se relajó en cuestión de minutos. Cuando empezaron a hacerle efecto, su madre se derrumbó. Rompió a llorar sin consuelo, lamentándose por su comportamiento. Se quedó con ella, sujetándole la mano, hasta que terminó de desahogarse y se tranquilizó. La dejó tumbada en el sofá y le echó una manta por encima. Sabía que no tardaría en caer en un sueño profundo.

Subió a su cuarto y se encerró. Una vez estuvo a solas, empezó a asimilar lo que había pasado. Entrelazó los dedos detrás de la cabeza y se paseó de un lado a otro de la habitación. Los chicos de AC/DC y Bruce Springsteen lo miraban enojados desde sus pósteres colgados en la pared, siguiendo todos sus movimientos. Solo les faltaba señalarlo con dedos acusadores. Fue hasta la cama y ahogó un grito con la almohada; siguió gritando hasta que la garganta le dolió y su mente se calmó.

Capítulo Veintiséis

—Solo unos días más —se dijo Abby por enésima vez, cuando su cabeza decidió volver a recordarle los profundos ojos de Leo y a preguntarle si debería escribirle—. Tienes que aguantar unos días más.

Hacía cuatro días que no hablaba con él y se estaba volviendo loca. Cuatro días sin fin que había llenado con deberes, trabajos, subrayar temas y hacer resúmenes; también salir con su madre. Incluso la acompañó un par de veces a la iglesia, y ni siquiera armó un escándalo cuando su madre echó unas cuantas monedas en la bolsa de la colecta, que tintinearón sobre las que ya había dentro; una práctica que no compartía y de la que estaba en contra. La semana se le estaba haciendo cuesta arriba y ella ya no estaba segura ni de quién era.

Todavía se le ponía mal cuerpo cuando recordaba el altercado con la madre de Leo. No entendía cómo la mujer podía pensar esas cosas de ella: la conocía, siempre había procurado tratarla con el mayor respeto posible, nunca le había dado motivos para desconfiar de ella de esa manera. No había querido quitarle a Adam, no lo había hecho, ¿no se daba cuenta de que a ella también se lo habían arrebatado?

Por supuesto, tampoco quería quitarle a Leo. No se trataba de eso. Había intentado descifrar sus sentimientos hacia él sin resultado, pero estaba casi segura de que estaba confundiéndolos. Su corazón se estaba agarrando al primer clavo ardiendo para no salir despedido de su pecho. Esa era la explicación más factible y la que tenía más sentido, que se tratara de un sentimiento puramente terapéutico, nada más.

Y, a pesar de todas las excusas racionales que trataba de ponerse, cada vez que pensaba en él su cuerpo le pedía dejarse llevar, mientras su mente intentaba trazar los límites, sin mucho éxito.

Necesitaba alejarse de él. Se estaba acostumbrando demasiado a tenerle cerca, a que le importara, a preocuparse por él, y sabía que era un error. No podía volver a perder la cabeza por ningún chico. Especialmente ese chico. Y, además, no podía quererle de la misma forma que aún quería a Adam. No era posible, ¿o sí?

—¿Por qué no?

Abby se dio la vuelta y descubrió a Adam con los antebrazos apoyados en el alféizar de la ventana, mirando hacia la calle.

—Pues porque no —respondió, volviendo a centrarse en elegir algo de ropa del armario abierto delante de ella.

—No puedes seguir cerrándote a todo.

—¿A qué viene esto? —Se giró de golpe para encararse con Adam, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Porque yo creo que una persona que me quisiera...

—Y te quiero —la interrumpió él.

—...no intentaría convencerme de estar con otro, quien, además, y para más inri, es su propio hermano.

Adam giró la cabeza hacia ella antes de responderle.

—Sabes que eres la única chica a la que quiero. Y a la que querré jamás —añadió, tras una pequeña pausa.

Eso fue un golpe bajo. Odiaba cuando él, es decir, su propia mente, sacaba a relucir el tema de

su muerte con indirectas demasiado fáciles de pillar.

—Entonces, ¿por qué me haces esto?

—*Porque creo que le gustas, y que tú sientes lo mismo, aunque te lo estés negando de una forma tan sistemática. Y porque quiero que seas feliz.*

—Y yo creo que lo único que hace es lo que te prometió, ni más ni menos. Dudo mucho que sienta algo más por mí que no sea lástima. —Volvió a girarse hacia el armario y descolgó una camisa vaquera degradada en el bajo y unos *leggings* a rayas en tonos rojo y granate. Luego abrió el segundo cajón y sacó una camiseta de tirantes blanca—. No deberías haberte tomado la libertad de hacerlo entrar en mi vida sin consultarme —añadió por lo bajo, al mismo tiempo que pensaba en el escaso sentido que tenían sus palabras.

—*Ni siquiera tú puedes convencerte a ti misma de eso.*

Cuando volvió a mirar hacia la ventana, Adam ya no estaba allí. Sacudió la cabeza haciendo un mohín. Si hasta su subconsciente se ponía en su contra, ella tendría que ser más fuerte. Solo quedaban un par de días. Tenía que aguantar hasta el lunes y, quizá, cuando volviera a verlo, ya no sentiría lo mismo y se habría librado del problema.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Miró la hora en el móvil para descubrir que se le había hecho tarde. La inesperada aparición de Adam la había entretenido demasiado tiempo. Oyó a Tom responder al telefonillo.

—¡Diles que ya bajo! —gritó, asomándose al pasillo.

Se cambió de ropa en dos segundos, se metió las botas negras y corrió al aseo. Tan solo se puso un poco de rímel en las pestañas y se cepilló el pelo, dejándolo suelto. Volvió corriendo a su cuarto a por el bolso y salió de su habitación. Antes de irse, pasó por el salón y le dio un beso de despedida a su madre.

—*Ciao, mami.*

—Ya sabes que tenemos una conversación pendiente —le recordó.

—Y tú ya sabes que no hay nada de qué hablar —respondió ella, saliendo por la puerta.

Bajó las escaleras casi a la carrera, mientras metía el móvil en el bolso. Había quedado con las chicas para ir al centro comercial a tomar algo en el nuevo Starbucks que habían abierto hacía pocos días. Era la primera de la conocida cadena de cafeterías que abría en aquella parte del país. Por fin, su ciudad comenzaba a entrar en Occidente.

Alexia y Marga la esperaban dentro del coche aparcado en segunda fila frente a su casa, con la primera al volante. Abrió la puerta del asiento trasero y las saludó, mientras se montaba y lanzaba la muleta al otro lado del coche. Aún la llevaba, sobre todo para sentirse segura y para que no se le notara tanto la cojera, pero ya había empezado a cansarse de arrastrarla a todas partes.

—Qué guapa te has puesto para nosotras, ¿no? —dijo Alexia, mirando hacia atrás.

—¿Esto? —preguntó Abby, tirándose de la camisa—. Si voy casual total.

—¿Preparadas, chicas, para *posturear* en Starbucks? —intervino Marga, poniendo los típicos morritos al espejo interior de su parasol.

Las tres se rieron con ganas. Alexia puso en marcha el motor, arrancó y salió a la autovía, en dirección al centro comercial, al ritmo de Los 40 Principales, que sonaba en la radio con fuerza.

Fue un trayecto corto, la carretera estaba bastante despejada de coches esa tarde y llegaron en apenas quince minutos. Además, al parecer Alexia le había cogido cariño al acelerador, no despegaba el pie de él. Abby se sorprendió, no parecía la típica chica a la que le gustara la velocidad al volante.

Aparcó en el aparcamiento inferior cubierto, pues el cielo empezaba a nublarse y amenazaba lluvia, y Alexia se quejó de que acababa de lavar el coche. Salieron de él cantando la última

canción que habían escuchado. Atravesaron el aparcamiento hasta encontrar las puertas de entrada, que se abrieron automáticamente al detectarlas el sensor, y se adentraron en el centro comercial.

La parte inferior, reservada a las tiendas de ropa y otros comercios, estaba desierta. Todos los establecimientos de esa planta se encontraban cerrados por ser un día festivo. Buscaron las escaleras mecánicas y subieron al piso superior. A medio camino ya podían escuchar el bullicio que reinaba en esa parte del edificio. La planta de arriba estaba reservada para el ocio. Los restaurantes, cafeterías y heladerías ocupaban el ochenta por ciento del espacio, y el otro veinte lo completaban el cine, la bolera, los recreativos y la zona infantil. Ese piso estaba atestado de gente.

Buscaron el Starbucks hasta que lo reconocieron a lo lejos, gracias al suave olor a café que inundaba el ambiente y a la larga fila de gente que se había formado en su puerta. Un poco desanimadas, se dirigieron hacia allí, temiéndose interminables horas de cola.

Se alegraron al descubrir que despachaban bastante rápido. En cuestión de minutos habían pasado la puerta y se encontraban dentro del local, con tan solo unas diez personas por delante de ellas. Cuando les tocó el turno, Abby pidió un *Pumpkin Spice Latte*, una bebida caliente con gusto a calabaza más propia del otoño, Alexia un *Chai Tea Latte* y Marga un *Mocca* descafeinado con sabor a chocolate. Para comer decidieron probar el rollito de canela clásico y una porción de tarta de zanahoria. El susto llegó cuando les dijeron a cuánto ascendía la cuenta: casi veinte euros por tres bebidas y un par de bollos. Abby se quedó pasmada.

—Bueno, para una vez... —dijo, mientras sacaba el monedero del bolso y ponía su parte del dinero sobre el mostrador.

—Y si entro ahí y me lo preparo yo misma, ¿por cuánto me saldría la broma? —inquirió Marga con sarcasmo.

—Nosotros no ponemos los precios, guapa —le respondió el dependiente—. Pero, por ser tú —dijo, bajando la voz y mirando a ambos lados—, te regalo un *muffin*.

El chico cogió una de las magdalenas de debajo del mostrador, la metió en una bolsa de papel y la puso con disimulo con el resto de su pedido. Le guiñó un ojo a Marga y esta se puso colorada como un tomate maduro.

Lo pusieron todo en una bandeja y salieron a buscar una mesa desocupada. Por suerte, casi todo el mundo pedía las bebidas para llevar, así que no les costó mucho encontrar una mesa libre en la terraza, donde se acomodaron para disfrutar de la merienda.

El *muffin* regalado, como lo había llamado el chico, de frutos rojos y chocolate blanco, estaba riquísimo. Bueno, a decir verdad, todo estaba delicioso. Mientras lo devoraban, Abby y Alexia no paraban de reírse de Marga.

—Todavía estás roja, ¡jajaja! Brillas como un cartel de neón —bromeó Abby.

—Y si me lo sigues diciendo, más voy a brillar —se quejó Marga, escondiendo la cara entre las manos.

—No puedes ir a ningún sitio sin romper corazones, ¿eh? —le dijo Alexia, dándole un codazo en el brazo.

—Pues mira, aquí la mosquita muerta, en la fiesta de la playa se lio con uno.

Abby se atragantó con la bebida y poco faltó para que le saliera el líquido por la nariz. Ahora le tocó el turno a Alexia de sonrojarse.

—¿¿Qué?! ¿Qué me dices? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? —empezó a bombardearla con preguntas, alternando la mirada entre sus dos amigas.

—Fue con Jaime, un chico que juega al baloncesto —explicó Marga.

—Sé quién es, ese chico taaaan grande. A mí me saca al menos dos cabezas. No está mal...

—Creía que eso iba a quedar entre nosotras dos —le dijo Alexia entre dientes.

—Anda que ya os vale. De mí no paráis de hablar, pero de vuestras cosas no soltáis prenda.

—¡Y lo mejor es que van a volver a salir! —continuó su prima con un gritito agudo.

—Quizá. Dije que quizá me pensaría el salir otro día con él —corrigió Alexia.

—Sí, pero no habéis parado de hablar desde entonces por WhatsApp, y siempre que lo haces tienes esa sonrisita estúpida en tu cara.

—¡No tengo ninguna sonrisita estúpida!

—¡Sí que la tienes!

Abby no podía parar de reír ante la discusión tan tonta que tenían sus amigas delante de ella. Cuando peleaban por algo se ponían de lo más divertidas, aunque a veces se les iba de las manos y terminaban enfadadas de verdad.

—¿Por eso me llamasteis por la mañana? Cuando volví a casa tenía un par de llamadas perdidas vuestras.

—No. Te llamamos cuando recibimos la llamada de tu tía, para avisarte de que estaba como loca buscándote. Pero nosotras no estábamos nada preocupadas porque sabíamos que estabas en buenas manos —dijo Marga con una mirada pícaro.

De repente, la chica vio algo a lo lejos y su expresión cambió, su sonrisa se ensanchó todavía más, ocupándole todo el rostro.

—¡Vaya! Hablando del rey de Roma.

Abby se giró en la silla de golpe. Leo estaba en la cola del cine acompañado de Eliot. Suplicó en silencio que no la viera, pero en ese momento él, como atraído por su mirada, levantó la cabeza justo en su dirección. Su mirada la atravesó y empezó a derribar las murallas que ella tanto se había esforzado por levantar en los últimos días. Todos sus planes se venían abajo con una simple mirada suya. No había necesitado ni una palabra para desarmarla de nuevo por completo.

—¡Te está mirando! —canturreó Marga a su espalda—. Seguro que viene a saludarte.

Marga levantó la mano y saludó a los chicos a lo lejos. Leo siguió mirando fijamente a Abby a los ojos, hasta que, unos segundos después, bajó la cabeza y le dio la espalda.

—Uhh, ¿qué mosca le ha picado?

Abby se aseguró de que Leo no volvía a girarse hacia ella, volvió la cabeza de nuevo hacia la mesa y se entretuvo removiendo la nata de su bebida.

—Nos hemos dado un tiempo —explicó a sus amigas.

—¡Caray! Pues sí que vais en serio, ¿no?

—Yo... no lo sé, no creo que en ese sentido... Pero es que Adam...

—Cariño, Adam era un buen tío, el mejor, pero ya no está y tenemos que aceptarlo. Estoy segura de que se alegraría de que ambos rehicierais vuestras vidas y fuerais felices —intervino Alexia, poniendo una mano sobre una de las suyas—. ¿Qué más da si es juntos o por separado? Eso ya no importa. No puedes seguir negándote cosas por el temor a qué pensaría Adam, tienes que dejar de ponerlo como excusa. Tan solo sois un chico y una chica que no tienen nada más que perder. Además, prácticamente ya estáis juntos.

—Sí, eso, todo lo que ha dicho ella —añadió Marga, con la boca llena de tarta y señalando a su prima.

—Os equivocáis, es más complicado que eso. Solo nos entendemos porque los dos hemos perdido a la misma persona.

—Está bien, si es lo que sientes. Pero no lo hagas o dejes de hacer algo por el qué dirán. Nosotras no vamos a juzgarte, decidas lo que decidas. Nadie lo va a hacer.

Alexia zanjó de esa forma la conversación. Su amiga sabía perfectamente cuándo hablar, qué decir y cuándo parar para hacerla recapacitar. Era un don con el que había nacido.

Abby quería creerla, pero no podía. Mucha gente la juzgaría, a muchísima gente no le parecería ni una chispa bien. Ya había tenido una pequeña demostración de lo que podría pasar con la madre de Leo.

Por otra parte, estaba Lucas. Estaba segura de que nunca la dejaría ser feliz con nadie; mucho menos con Leo, después de su enfrentamiento. En realidad, tenían mucho más que perder de lo que sus amigas podían llegar a imaginar.

Trató de terminarse la bebida caliente y su trozo de tarta, pero los dulces le supieron amargos a partir de ese momento.

Leo volvió a girar la cabeza hacia Abby con disimulo; no quería que volviera a descubrirlo mirándola. Por suerte, la chica ya se había dado la vuelta y no pudo ver sus ojos clavados en su nuca. Ir al cine esa tarde había sido un error, ¡si ni siquiera le gustaba la película! Pero ¿quién iba a imaginarse que ella estaría allí, el mismo día, a la misma hora y en el mismo lugar? Para una vez que Eliot conseguía sacarlo de casa...

Aquello se estaba convirtiendo en una pesada broma del destino, obsesionado con juntarlos mientras él luchaba contra sus instintos más primarios. Cada vez que la miraba, una llama cobraba fuerza en su pecho, y el calor palpitante se extendía hasta los dedos de sus manos y sus pies, quemando todo a su paso.

Un deseo anhelante sacudió su mente y su cuerpo. Se imaginó yendo hasta su mesa y besándola de una vez por todas, para así acabar con aquel suplicio. Quería hacerlo, más que nada, pero sabía que debía evitarlo. Aquello no estaba bien, no podía ser.

A pesar de sus ideas equivocadas, en el fondo su madre tenía razón. Le había lanzado a la cara, tan afilada como un cuchillo, la verdad que se negaba a ver desde el principio. No estaba bien desear a la novia de su hermano, aquello iba contra el reglamento de hermanos, de amigos, de hombres y de todo lo que se le podía ocurrir. Lo más sensato era alejarse de ella. Y, a pesar de todo, la deseaba, y eso le hacía sentirse el hermano más despreciable del mundo.

Capítulo Veintisiete

Maggie paró el coche frente a la puerta del instituto el primer día de clase después de las vacaciones. El cielo estaba oscuro y caía una suave llovizna que lo empapaba todo. Las lluvias primaverales al fin habían hecho acto de presencia. Apenas había caído agua durante el invierno y ahora lo hacía en cantidad. Los dos últimos días había llovido de manera torrencial, haciendo que las temperaturas bajaran de nuevo, y Abby los había pasado en casa, estornudando sin parar.

Miró por la ventanilla del coche. Algunos estudiantes corrían hacia la entrada, cubiertos por paraguas que chocaban unos con otros en las estrechas escaleras. Se subió la cremallera de la chaqueta y puso una mano en el tirador de la puerta, preparada para salir del coche.

—Abby, espera —la detuvo Maggie, poniéndole una mano en el brazo. Había pasado todo el viaje en silencio dándole vueltas a la cabeza sobre cuál sería el momento idóneo para afrontar esa conversación, y había llegado a la conclusión de que lo mejor sería hacerlo cuanto antes—. Tuve una conversación con tu madre ayer. Me contó la relación que te une con... Lucas.

Abby palideció. Sara se había marchado al pueblo la tarde anterior, lo que había supuesto un alivio. Desde que llegó no había parado de insistirle en que tenían que hablar de él, sobre todo después de que Maggie le diera los detalles de lo que había sucedido en el instituto, y ella no había parado de negarse. No había nada que hablar, nada más que pudiera decirle. Revivir aquella época no iba a hacer que el pasado cambiara, no le iba a devolver la vida a Adam. Al contrario, estaba convencida de que hablarlo solo empeoraría las cosas.

No obstante, su madre no quería verlo, o no podía, pues no le había dado toda la información. Que tuviera que marcharse había sido una liberación. Aunque ficticia, al parecer, pues había mandado a Maggie a hacer el trabajo sucio y le había contado toda la historia sin ni siquiera avisarla de su traición.

—¿¡Qué?! ¿Por qué lo ha hecho?

—Porque necesitaba hablar con alguien y tú no querías, has estado evitándola desde que llegó para no enfrentarte a esa conversación.

—Eso no es verdad, he hecho muchas cosas con ella estos días...

—Muchas cosas menos hablar —la interrumpió su tía.

Abby guardó silencio, aunque por dentro estaba a punto de explotar.

—Tu madre cree que, quizá, hablarías mejor conmigo. Cree que no le contaste todo, que hay algo más.

Abby estalló, incapaz de contenerse por más tiempo.

—¡Claro que hay algo más! —gritó, sin poder controlar las palabras que salían de su boca—. Pasó mucho más. Dios, ¡su tío es el accionista mayoritario de la empresa donde ella trabaja! ¿Cómo crees que consiguió el empleo, sin nada de experiencia en ese sector? Necesitábamos el dinero, Lucas metió un poco la mano y, de repente, tuvo otra cuerda con la que atarme más a él. ¿Te imaginas lo que me costó alejarme de él, sabiendo que tenía el futuro de mi madre en sus manos?

Maggie parpadeó varias veces, boquiabierta, antes de preguntar.

—¿Por qué no se lo contaste?

—No podía hacerlo, habría ido derechita a su familia y habría conseguido que la despidieran.

—Abby, cariño, tú no puedes llevar sobre tus hombros la carga de que tu madre consiga y conserve, o no, su trabajo. Es demasiada responsabilidad. Ella ya es mayorcita para saber lo que debe hacer.

—Al principio, yo tampoco sabía que el conductor del coche era él. Me enteré en el juzgado. —Agachó la cabeza—. No podía dejar que mi madre fuera y se enfrentara a ellos. Ella está sola y ellos tienen mucho dinero, saben cómo solucionar los problemas. Lo más sensato era dejar que llegara el juicio y salir lo mejor parados posible.

—Pero Abby, no puedes dejar que salga impune por miedo a lo que pueda pasar, no sería justo para ti, ni para Adam, ni para su familia. Y para nosotros tampoco ha sido un camino de rosas que digamos...

Abby levantó la cabeza de golpe y miró a su tía, sintiéndose juzgada.

—¿Crees que no soy la primera que desea que se pudra en la cárcel? Pero es tan difícil que eso llegue a pasar... La justicia no está de parte de la víctima, la justicia está de parte de quien tiene más dinero para pagarla.

Fuera del coche, escuchó el timbre del instituto anunciar el inicio de las clases.

—Lo entiendo, pero...

—Maggie —la interrumpió—, no puedo seguir hablando de esto. Ni quiero, sinceramente. —Cogió la mochila, se la puso al hombro, abrió la puerta del coche y salió—. Y ahora, encima, llego tarde.

Antes de cerrar volvió a introducir la cabeza en el habitáculo y miró a su tía muy seria.

—Ni se te ocurra decirle nada de esto a mi madre.

Después, cerró con un portazo y dio dos pasos bajo la lluvia. Reparó en que se había dejado la muleta en el coche, pero no pensaba darse la vuelta y volver para cogerla. Escuchó a su espalda que el coche se ponía en marcha, pues Maggie aún tenía que ir a aparcarlo. Su tía iba a llegar al trabajo mucho más tarde que ella, el aparcamiento estaría imposible con ese tiempo.

Se quedó un momento en la entrada, decidiendo si traspasar el umbral o salir corriendo. Aquella mañana le había costado horrores levantarse, sabiendo que Leo estaría allí, quien era su otro frente abierto. Sus planes sobre olvidarlo no habían salido como ella esperaba.

Tras su encuentro en el centro comercial ya no había conseguido sacárselo de la cabeza. Su compañía se había convertido en una necesidad que la atacaba hasta en sueños y no la dejaba concentrarse durante el día. Ya estaba nerviosa antes, pero ahora, después de hablar con Maggie, su inquietud se había multiplicado por cien.

No obstante, sabía que no podía faltar. Necesitaba los puntos de asistencia para subir sus notas si quería intentar acceder a alguna universidad lejana para distanciarse lo máximo posible de allí. Inspiró con fuerza, llenando sus pulmones del húmedo aire que la rodeaba y entró en el edificio, resuelta a afrontar lo que le deparara ese día.

Arrastró los pies por el patio hasta la puerta del aula, que estaba cerrada y con la clase ya empezada. Avergonzada, tocó un par de veces en la madera con los nudillos, giró el pomo y asomó la cabeza. El profesor detuvo la explicación al verla.

—Perdón por el retraso.

El profesor le hizo un gesto con la cabeza invitándola a entrar. Se dirigió hacia su sitio con la cabeza gacha, sintiendo los ojos de todos sobre ella. Cuando llegó, su mirada se cruzó con la de Leo un instante. El chico tuvo que apretarse contra la mesa para dejarla pasar por detrás de él. La observó con disimulo mientras sacaba los libros y el estuche de la mochila con rapidez, y entonces reparó en algo.

—¿Y tu muleta? —preguntó en voz baja.

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—Bueno, como íbamos diciendo, qué duda cabe que la Revolución Industrial supuso la mayor transformación económica, tecnológica y social de la historia de la humanidad desde el Neolítico,

...

El profesor continuó con su explicación, después de consultar unos papeles sobre su mesa. Las gafas se le habían escurrido hacia abajo y las empujó con un dedo hacia el puente de la nariz.

Abby se apresuró a sacar unas hojas de papel del archivador y empezó a tomar apuntes. No volvió a hablar con Leo el resto de la mañana y él tampoco le dirigió la palabra, aunque a veces lo veía lanzarle pequeñas miradas de reojo, que la hacían temblar.

Durante la hora del recreo no pudieron salir al patio por la lluvia así que, en cuanto sonó el timbre, se levantó y se fue a la mesa de Marga y Alexia para pasar el tiempo de descanso con ellas. Por el rabllo del ojo vio que Leo se levantaba también y abandonaba la clase.

Sus amigos no pararon de hablar y contarle lo que habían hecho los últimos días de vacaciones, intentó seguir la conversación, pero tenía la cabeza en otra parte. Sus ojos volaban cada dos por tres hacia la puerta, esperando verlo aparecer de nuevo. Cada vez que lo hacía se reprendía en silencio por ello. Su mente se encontraba en un continuo tira y afloja que su voluntad no parecía ser capaz de ganar. Cuando volvió a sonar la sirena regresó a su sitio, y desde allí lo vio regresar al aula.

Agachó la cabeza, simulando que buscaba algo en su mochila, para evitar que sus miradas se cruzasen otra vez, y pasó el resto de las horas intentando concentrarse en los estudios y no en la persona que estaba sentada a su lado.

Suspiró, aliviada, cuando las clases acabaron por fin. Empezó a recoger sus cosas, al igual que el resto de sus compañeros, pero la voz de la profesora de Inglés los detuvo.

—*¡Wait a minute!* —alzó la voz para llamar la atención de los alumnos—. Os recuerdo que en tres semanas finaliza el plazo para entregar el trabajo en parejas sobre la novela que ya deberíais haber elegido y leído.

Abby se sorprendió. ¿Trabajo? ¿Novela? No sabía nada de ningún trabajo que hubiera que hacer para aquella asignatura.

—Perdone, pero ¿qué trabajo? —preguntó un poco avergonzada, levantando un poco la mano.

—Oh, se dijo a principio de curso, creía que lo sabías. De todas formas, creo que te interesaría ponerte en serio con él, teniendo en cuenta que supone un veinticinco por ciento de la nota final. —A Abby se le abrió la boca de la impresión. Una cuarta parte de la nota era demasiado como para tomárselo a la ligera—. Imagino que quizá ya es un poco tarde para encontrar pareja, pero bueno, puedes hacerlo sola.

—Podría ponerse con nosotras —intervino Marga unas filas por detrás.

—¡Sí! ¿Podríamos hacer un grupo de tres?

—¿He dicho yo que se pueda hacer en grupos de tres? —respondió la profesora secamente—. No; por lo tanto, no se puede. En pareja o sola, no hay más opción. Hasta mañana —se despidió y, dando por finalizada la clase, se marchó.

Abby se quedó un poco chafada, le iba a tocar hacer el trabajo a ella sola, como si no tuviera ya suficientes cosas por hacer. Cerró los libros y los metió en la mochila de cualquier manera. Se puso la chaqueta y se levantó para colgársela a la espalda.

—¿Quieres hacer el trabajo conmigo? —preguntó Leo, mirándola desde abajo.

—¿Qué?

Se quedó un poco desconcertada. Había entendido la pregunta, pero no la esperaba.

—Bueno... —empezó a decir él, pasándose los dedos por el pelo. Le había costado mucho

decidirse a preguntárselo, tal y como habían quedado las cosas entre ellos la última vez, hasta que las palabras habían salido de su boca casi sin pensarlo—, yo no tengo pareja tampoco, así que... había pensado que... quizá podríamos hacerlo juntos. Te dejaré elegir el libro y todo.

—De acuerdo —respondió Abby con rapidez.

Sin dejarle tiempo para responder, se apresuró a salir de clase. Tuvo que bordear el patio para atravesarlo por debajo de las cornisas de los edificios, pues tampoco tenía paraguas. La lluvia había ido en aumento durante la mañana, y notaba el suelo resbaladizo bajo sus pies.

Una vez llegó al edificio principal, tuvo que abrirse paso entre los cuerpos de los alumnos que se apretujaban en la puerta de entrada y bajo el voladizo que cubría la misma, muchos esperaban a que el cielo diera un descanso para poder volver a casa. Cuando consiguió salir, descubrió que la acera frente al instituto había sido sustituida por una gran masa de agua de, al menos, un palmo de altura. ¿Cómo iba a atravesarla para llegar hasta el coche? Si se resbalaba y se caía acabaría empapada delante de todos y sería el hazmerreír del instituto durante el resto del curso.

Buscó con la mirada el coche de Maggie, no conseguía distinguirlo entre la densidad del tráfico en hora punta de un día de lluvia. Sobre el barullo que formaban las voces de los chicos se oían los constantes pitos de las bocinas de los coches atrapados en el atasco. Sacó el móvil y marcó el número de su tía, pero le respondió el contestador. «Mierda», pensó, con una mueca. Tendría que esperar a que apareciera o a que dejara de llover.

—Mal día hoy para que no te recojan, ¿no? —Escuchó decir a su lado.

Miró a su izquierda y vio a Leo, que acababa de conseguir traspasar el bloqueo de cuerpos.

—Sí me van a recoger... en algún punto al otro lado de ese océano. —Señaló el enorme charco—. Pero no veo a mi tía y no responde al teléfono, así que no me queda otra que esperar a que aparezca.

—Entonces, ¿dices que te recogerá allí?

—Sí, pero no hay forma de pasar hasta allí sin terminar chorreando.

—Yo puedo solucionarlo —dijo Leo, con un brillo pícaro en su mirada.

De repente, se agachó detrás de ella, le pasó un brazo por la espalda y otro por debajo de las rodillas y la levantó en peso.

—¡Espera, qué haces! ¡Bájame! —gritó, pero el chico no la soltó.

Echó a correr bajo la lluvia, atravesando el gran charco por un lateral, donde menos cubría, sin detenerse hasta que llegó al otro lado. Cuando la dejó en el suelo, sus ojos se encontraron. La lluvia le empezaba a empapar el pelo y este se le pegaba a la cara, oscurecido por el agua. Sin poder contenerse, Leo alargó una mano y le retiró un mechón de la larga melena hacia atrás y se lo sujetó detrás de la oreja, después le acarició suavemente la cara para atrapar una gota de lluvia que se deslizaba por ella.

—Te he echado de menos —confesó en voz baja—. Los días no han sido iguales sin ti.

Abby sintió los dedos de Leo sobre su mejilla y su corazón empezó a latir con fuerza dentro de su pecho. Estaba claro que no se había olvidado de él, tal y como ella pretendía. Sus manos se habían rozado un par de veces aquella mañana y, al hacerlo, su piel se había electrizado, respondiendo de manera involuntaria a un tacto que ella no había buscado.

No podía negar que lo había echado de menos la última semana. Pensándolo ahora en frío, era obvio que se había precipitado al decirle que debían estar separados, basándose en unas emociones que no tenían ningún sentido. No tenía derecho a enfadarse con él por haber sospechado de ella al enterarse de que conocía a Lucas, pues en ese momento no sabía ni una pequeña parte de la verdad. Y todo el tiempo después no había hecho sino demostrarle su amistad, un día tras otro. ¿Qué más daba si eran amigos? No significaba nada más y no hacía nada malo.

Estaba segura de que Adam también habría preferido que se llevaran bien a que se odiaran. Desde luego, ya no la embargaba ese sentimiento cuando estaba con él.

—Yo también te he echado de menos.

De repente, el sonido de una estridente bocina muy cerca de ellos hizo que ambos se sobresaltaran.

—¡Abby, estoy aquí! —gritó Maggie desde el coche, bajando la ventanilla del copiloto, a pocos pasos de donde se encontraban—. ¡Corre!

Leo la siguió y le sujetó la puerta mientras la chica entraba en el vehículo, cerrándola después. Empezó a alejarse, cuando Maggie lo llamó.

—¡Ey! Si quieres te acercamos a casa —volvió a gritar a través del cristal todavía bajado—. Está diluviando.

—No sé... —dudó él, mirándose los pies—. Te lo voy a poner todo perdido de agua y barro.

—Creo que eso no será un problema hoy —respondió Maggie, con una sonrisa—. Venga, sube.

Leo abrió la puerta de atrás, apartó la muleta de Abby, que estaba sobre el asiento, y se subió de un salto.

—Gracias —dijo, abrochándose el cinturón de seguridad—. La verdad es que no tenía paraguas.

—Ya me había dado cuenta.

Maggie miró un par de veces por el espejo retrovisor y, en un espacio entre los coches, maniobró con rapidez para dar la vuelta y tomar la calle principal, que estaba a su espalda.

El trayecto en coche fue de lo más incómodo. Ninguno de los dos sabía qué decir o de qué hablar con Maggie, así que se mantuvieron en silencio. Además, el tráfico estaba imposible y ella no paraba de despoticar contra todo y todos. Por fin, consiguieron salir de la calle principal y tomar un desvío que Leo indicó y que no estaba atestado de coches. Los limpiaparabrisas trabajaban a máxima potencia y parecían no dar abasto.

—¡Guau, cómo llueve! —comentó Maggie—. Parece que se esté cayendo el cielo.

Esta, un poco más relajada, comenzó a parlotear sobre la cantidad de alumnos que habían pasado por Secretaría aquella mañana, a quién había visto liándose con quién en el recreo y de la profesora de Inglés, que había pillado a su marido siéndole infiel y estaba en plenos trámites de divorcio. La Secretaría parecía ser un filón interminable de cotilleos.

—Por eso estaba tan borde esta mañana —dijo Leo—. «¿He dicho yo que se puedan hacer grupos de tres?» —repetió, imitando la voz de la mujer.

Abby se rio y miró al espejo del parasol, que estaba bajado; se encontró con los ojos de Leo, que la miraban divertidos desde atrás. Se sonrojó y bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas sobre el regazo.

—Era por aquí, ¿verdad? —preguntó Maggie, que acababa de entrar en la calle donde vivía el chico.

—Sí, es esa casa de ahí delante, la blanca.

Maggie detuvo el coche delante de la puerta y quitó los seguros para que Leo pudiera bajar. Él miró hacia la casa y vio las cortinas del segundo piso agitarse, seguido de la figura de su madre asomada a la ventana. «Qué casualidad», pensó. Rezó con todas sus fuerzas para que no reconociera a la chica dentro del coche, si no, tendrían una buena bronca. Otra más.

—Muchas gracias por traerme, te debo una.

—Con que Abby siga aprobando las Mates y la Química me conformo —bromeó Maggie.

—¡Eso está hecho! —Le puso una mano a Abby en el hombro y añadió—: Nos vemos mañana.

Abby se quedó embobada mirándolo correr hacia la puerta de entrada y desaparecer en el

interior de la vivienda.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó su tía, sacándola del ensimismamiento—. Te sale la sonrisa sola.

—¡Calla! —Le dio un golpe en el hombro, mientras Maggie ponía morritos—. Solo somos amigos.

Solo eran amigos, pero a nadie podía negar que Leo la hiciera feliz, y que el día parecía más luminoso y cálido cuando estaba con él. Incluso en un día tan lluvioso y oscuro como aquel.

Capítulo Veintiocho

—Deberíamos hacer algo este fin de semana —dijo Marga, después de darle un gran bocado a su bocadillo.

Esa mañana al fin, después de días lloviendo, había salido el sol y hacía un día estupendo. Muchos incluso habían desempolvado la ropa de verano y lucían unos brazos blancos en manga corta.

Estaban sentadas en una mesa del patio, almorzando en la hora del recreo, y sin ningunas ganas de retomar las clases.

—No sé, ya sabes que tengo mucho que estudiar, apenas queda poco más de un mes para la Selectividad —respondió su prima—. Y a ti tampoco te vendría mal abrir un poco los libros.

—Arg —gruñó Marga, tirándose sobre la mesa de manera teatral, con los brazos abiertos—. Estoy cansada de estudiar, me está quitando la vida. Necesito hacer algo más: salir, ver la calle, comprar algo de ropa... No sé, ¡lo que sea que pueda hacerse sin un libro entre las manos!

—Hola. —De repente, Leo apareció detrás de Abby, que se atragantó al oírlo y se giró para verlo—. ¿Puedo... sentarme con vosotras?

—¡Claro! —respondió Alexia con rapidez—. Marga, levanta —dijo a su prima dándole un codazo, quien se había quedado inmóvil sobre la mesa con los ojos cerrados.

—Solo estaba haciéndoos ver lo muerta que me están dejando los estudios. —Marga se levantó de un salto, avergonzada y roja como un tomate por su elección de palabras—. O sea, quiero decir... bueno, ya me entendéis.

Leo le sonrió y se dejó caer en el banco al lado de Abby. Desenvolvió su bocadillo con desgana, mientras las chicas lo miraban. Parecía decepcionado por algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Abby.

—Ah bueno... —dijo Leo, pensativo—. No puedo decírtelo, pensarás que es una tontería.

—No será por lo que he dicho de muerta, ¿verdad? —Marga parecía preocupada.

—¡Marga! —le llamó la atención su prima.

—No, tranquila. Realmente no me molesta que la gente hable de muertes —la tranquilizó Leo—. Todos pensáis que sí, pero no. Y tampoco me gusta que la gente esté todo el rato midiendo las palabras conmigo.

—Sabes que a mí no me parece que las cosas sean tonterías —dijo Abby, volviendo al tema anterior.

—Está bien. Verás, yo había quedado con Eliot para ir mañana a ver la lluvia de estrellas a la playa porque es un día especial, y ahora que ha salido el sol y estará despejado va a ser impresionante.

Leo observó la cara de Abby. La chica parecía no llegar a entender lo que le decía, así que trató de explicarse mejor.

—Mañana es el máximo de las Líridas, y se junta con el inicio de las Eta Acuáridas, lo que nos da un total de unos... ochenta meteoros por hora —explicó, al calcularlo—. Aproximadamente.

Abby lo miró boquiabierta.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Me gusta la Astronomía.

—No lo sabía.

—Sí, ¿quién se lo hubiera imaginado? —comentó Marga. Leo y Abby giraron la cabeza hacia ella—. ¡¿Qué?! Es que no le pega nada lo de ser un friki de los planetas.

—Bueno, pero —Abby sacudió la cabeza ante el comentario de su amiga—, no veo dónde está el problema.

—Pues que Eliot se ha ido derecho y ha invitado a Sandra porque dice que es más como un plan romántico. Ahora ellos van juntos y yo voy de carabina —explicó Leo, disgustado—. Mi plan no era pasarme la noche viendo cómo esos dos se lían. Qué vergüenza... Sería mejor que no fuera...

—Ah, entiendo... Si quieres, yo podría acompañarte —se ofreció, casi sin pensar—. Para que no te sientas desplazado —puso de excusa, aunque lo cierto era que le atraía la idea de ver la lluvia de estrellas, algo que nunca había hecho.

—¿En serio?

—¡Sí! Así tendrás a alguien con quien avergonzarte de ellos.

Abby vio por el rabillo del ojo cómo sus amigas se miraban.

—¡Genial! Voy a decirle a Eliot que te apuntas —dijo Leo, levantándose y cogiendo su almuerzo, pero se agachó y le dio un beso en la mejilla antes de marcharse.

—Parece que alguien ya tiene plan —canturreó Marga.

Las primas volvieron a mirarse entre ellas de forma inquisitiva.

—¡Oh no, oh no! Nada de miradas cómplices, que os conozco —Abby las señaló con el dedo.

Marga se rio, atragantándose con el trozo de bocadillo que tenía en la boca y Alexia le dio unas palmadas en la espalda.

—Es que sois como una pareja, pero sin salir —dijo su amiga—. Como si él fuera gay.

—O yo lesbiana.

—No, porque entonces os comportaríais como colegas machotes, y en realidad es todo mucho más empalagoso entre vosotros dos. Sois como dos maripositas revoloteándoos el uno al otro —explicó Marga.

—¡Jajaja, yo no revoloteo a nadie! No hay nada entre nosotros dos.

—No será porque él no quiera.

—¿Qué? Claro que no, solo somos amigos.

—Si tú lo dices... será que no tienes ojos en la cara... o que prefieres mantenerlos cerrados.

—Ignórala —intervino Alexia, previendo un posible enfado por parte de su amiga—, ya sabes cómo le gustan los chismorreos.

La hora de descanso llegaba a su fin, así que Alexia se levantó y empezó a recoger sus cosas; Abby la siguió.

—Bueno, pero que quede claro que solo somos amigos.

—Así empiezan muchas relaciones —continuó Marga, con voz aguda.

Abby puso los ojos en blanco y, dándose por vencida, se dirigió hacia la clase.

El resto del día pasó rápido, y más aún el sábado. Entre levantarse tarde, la compra semanal y hacer deberes apenas le quedó algo de tiempo por la tarde para darse una ducha corta antes de que Leo pasara a recogerla.

Ya hacía rato que había anochecido cuando llegaron a la Cala, y Abby tuvo que enfrentarse de nuevo a la terrible bajada prácticamente a oscuras. Eliot y Sandra iban por delante, aunque Leo se quedó con ella y la ayudó todo el camino. Se ofreció a bajarla a cuestras, pero ella se negó; si se caía con ella encima rodarían cuesta abajo hasta el final del sendero. No quería ni imaginárselo.

—Nosotros vamos a ponernos un poco más lejos —dijo Eliot cuando llegaron abajo. El chico tenía su brazo alrededor de los hombros de Sandra, una chica de primero, alta, con una

impresionante melena rubia y unas piernas de infarto, que lucía bajo unos *shorts* minúsculos que apenas cubrían más de lo estrictamente necesario. Abby se abrazó el cuerpo, sintiendo el frío que debía tener la chica con esa ropa. La expresión «para lucir es necesario sufrir» parecía ser su dogma de vida—. Podéis venir con nosotros o... quedaros por aquí.

—Nos quedaremos por aquí —se apresuró a decir Leo, poniéndole una mano en la espalda y guiándola hacia la orilla.

—¡De acuerdo! ¡Dame un toque cuando queráis iros! —gritó Eliot a su espalda.

—Podemos ir con ellos si quieres, a mí me da igual —le dijo Abby cuando ya se habían alejado un poco.

—Créeme, no querrás estar a su lado cuando empiecen a meterse mano y a enrollarse.

Leo se detuvo a unos metros de la orilla y se descolgó la mochila de la espalda. Sacó de ella una manta que extendió en el suelo y un par de pequeños cojines.

—¡Vaya, has pensado en todo!

—Son años de experiencia. Cada vez que vengo caigo en alguna otra cosa que debería haber traído. Y aún tengo más. —Se agachó sobre la manta—. Refrescos, patatas fritas y algunos dulces.

—Gracias, pero ya he cenado.

—En dos o tres horas me lo agradecerás.

—¿Horas?! —exclamó Abby, alarmada. No había planeado pasarse allí la noche entera, otra vez.

—O más, quién sabe. Ver estrellas fugaces no es cosa de cinco minutos, a veces pasan horas antes de ver alguna, es impredecible. ¿Pensabas que veníamos para un rato?

—La verdad, no lo sé, nunca he visto una lluvia de estrellas —reconoció ella, sentándose sobre la manta.

—¿En serio? ¿Nunca? —Leo se sorprendió—. No puede ser, todo el mundo ha visto alguna vez una estrella fugaz.

—Pues yo no, que recuerde.

—Vaya... ¡Genial, entonces! Hoy será tu bautismo astronómico. No nos iremos hasta que veas alguna —sentenció él—. Espero que tengamos suerte.

La primera hora se le pasó volando, tan absorta como estaba en las explicaciones que Leo le daba sobre los meteoros y las estrellas. Se recostaron sobre la manta, con las cabezas en los cojines, y Leo fue le señaló e hizo ver las constelaciones que llenaban de luz el cielo nocturno. Al final, fue capaz de identificar la Osa Mayor y la Menor, Casiopea y Centauro. Realmente, Leo sabía mucho sobre Astronomía, conocía la mayoría de las constelaciones y los nombres de las estrellas que las componían de memoria. Abby estaba sorprendida pues, como había dicho su amiga Marga, nunca habría adivinado que el chico tuviera un pasatiempo como ese.

Para cuando quisieron darse cuenta, la playa se había llenado de parejas y grupos que se habían desplazado hasta allí, al igual que ellos, para ver la lluvia de estrellas. El murmullo era constante, pero todos mantenían la voz baja para no alterar la atmósfera de expectación que se había formado en el lugar.

Pasaba la medianoche cuando escucharon el primer grito de alegría y los primeros «¡oh!» y «¡ah!». Abby no dejaba de mover la cabeza hacia donde las voces decían haber visto una estrella, pero siempre llegaba tarde.

—Uf, no voy a conseguir ver ninguna.

La frustración se adivinaba en su voz.

—Las estrellas pasan en cuestión de milésimas de segundo. Si esperas ver las que otros ven nunca llegarás a tiempo —le explicó Leo—. Tú, solo, relájate y mira al horizonte.

Ella le hizo caso. Con un suspiro, volvió a recostarse sobre la manta, mirando en la misma dirección que él. Pasaron unos minutos antes de que, por fin, una intensa luz se iluminara en su campo de visión. Impresionada, se incorporó de golpe, señalando el cielo.

—¡Allí, allí! ¡La he visto! ¡La has visto tú? ¡La he visto, era enorme! —gritó, emocionada.

—¿Has pedido el deseo?

—Espera, ¿qué? ¿Qué deseo? —preguntó Abby—. ¿Hay que pedir un deseo?

—¿Cómo es posible que no sepas eso? ¡Es cultura general!

—Vaya, qué manera más bien disimulada de llamarme tonta —dijo, un poco ofendida.

—¡No! —rio él—. No era eso lo que quería decir. Es solo que, no sé, todo el mundo sabe que hay que pedir un deseo cuando ves una estrella fugaz.

—Bueno, pues lo pido ahora y listo.

—No, eso no sirve. Tiene que ser mientras la ves, si no, no funciona.

—Pues vaya reglas... —se quejó, mientras paseaba la mirada a su alrededor.

Se fijó en algunas personas de su alrededor, sentadas en la arena con el cuello totalmente doblado hacia arriba. Pensó en lo incómodo de la postura y lo que les iba a doler el cuello después, y agradeció en silencio la buena previsión de Leo; más aún cuando le entró hambre un rato después.

—¿Puedo...?

Señaló la bolsa de patatas fritas, a lo que él asintió.

Atacó la comida con ganas, mientras observaba la masa de agua que se extendía frente a ella. El mar estaba en calma esa noche, tan oscuro y profundo como el cielo sobre él. Las pocas olas que llegaban a la orilla lo hacían sin fuerza y dejaban un rastro de espuma blanquecina en la arena mojada. De repente se movió un poco de brisa, y Abby dejó las patatas a un lado y se abrigó con la chaqueta, cruzando los brazos por encima.

—¿Tienes frío? —le preguntó Leo.

—Un poco, la verdad.

—Espera.

Leo se incorporó y comenzó a quitarse la cazadora, y ella pudo observar que, debajo de esta, el chico iba en manga corta, por cuyo borde se adivinaban unos bíceps bien marcados. Hacía ya tiempo lo había negado; aunque, sin duda, seguía bastante en forma. Lo detuvo antes de que terminara de quitársela.

—No, déjalo, no quiero que pases frío tú por mi culpa.

—No voy a pasar frío.

Había llegado un momento en que lo primero para él era cubrir cualquier posible necesidad de ella.

—He dicho que no.

Leo se quedó quieto un momento, hasta que volvió a meterse la manga de la cazadora que se había sacado.

—Bien, entonces —dijo, acercando el cojín de la chica y pegándolo al suyo—, ven aquí.

Ella dudó un instante, pero enseguida aceptó. Se acomodó sobre el brazo extendido del chico y se aovilló, mirando al cielo. Él la abrazó y le frotó con fuerza el brazo, para transmitirle calor. Abby contuvo la respiración un momento, entonces vio pasar otra estrella fugaz.

—¡Ahí! ¿La has visto?

—Sí —murmuró Leo, pero no miraba al cielo, la miraba a ella. Apartó la vista y siguió su mirada—. ¿Has pedido el deseo?

—Puf, apenas si me ha dado tiempo a respirar, ¿cómo se supone que voy a poder pensar en un

deseo completo, con todos sus matices?

—Por eso es difícil que se cumpla, hay que ser muy exactos y rápidos.

Él sabía perfectamente qué deseo anhelaba pedir, hacía semanas que lo tenía en la cabeza. Pero hizo todo lo posible por contenerse y no pensar en él durante las demás estrellas que vieron esa noche, pues una parte de él todavía sentía que estaba mal y se resistía con fuerza.

Estuvieron un rato más así, tirados sobre la manta, con las cabezas juntas y mirando al cielo, mientras Leo seguía señalándole constelaciones y estrellas cuando no pasaba ninguna fugaz.

Llevaban casi veinte meteoros contados cuando escucharon un carraspeo y una risita detrás de ellos. Ambos giraron la cabeza a la vez para descubrir que Eliot y Sandra los miraban desde arriba. Seguían en la misma posición que los había visto al marcharse, con el brazo de él alrededor de los hombros de ella, pero con una diferencia importante: la ropa y el pelo de ambos estaban bastante más desordenados que unas horas antes.

—Ejem, chicos, ya es tarde —les dijo—. Es hora de recogerse.

—¿Qué? ¡No! Si ahora es cuando más están pasando... —se lamentó Abby, dejando caer la cabeza sobre el cojín.

—Lo siento, Sandra tiene que volver ya. Si queréis, puedo llevarla y volver en un rato a por vosotros —se ofreció Eliot.

—No, da igual —se apresuró a decir ella, que no quería causarle ninguna molestia—. Hemos visto muchas, ¿verdad?

Se puso en pie y se sacudió la arena de la ropa.

—Sí, un montón, pero —dijo Leo, con una sonrisa en la cara—, ¿y vosotros? ¿Habéis visto alguna?

—Bueno, hemos visto muchas cosas esta noche —respondió Eliot con misterio.

Sandra soltó una risita aguda que resonó en la silenciosa playa.

—Ya veo...

Leo también se levantó, recogió la manta y la comida del suelo, con ayuda de Abby. Después siguieron a los chicos hasta el sendero y él la ayudó con el ascenso.

Una vez ya en el coche, Abby sintió todo el cansancio aparecer de golpe. Era ya bien entrada la madrugada y, a pesar de la estridente música que Eliot había puesto en la radio, el ronroneo y la vibración del coche empezaron a adormecerla. Los ojos se le cerraban sin poder evitarlo y se le hacía duro mantenerlos abiertos. Sin darse cuenta, su cabeza se deslizó hasta apoyarse en el hombro de Leo, este levantó el brazo y se lo pasó por los hombros para ayudarla a acomodarse mejor.

Leo cerró los ojos y, ladeando la cara hacia su cabeza, aspiró el aroma de la chica. Una señal de aviso comenzó a iluminarse en su mente. Sabía que se adentraba en terreno peligroso mas, en ese momento, no le importó. Intentó convencerse a sí mismo de que no hacía nada malo y, de todas formas, mientras no hiciera nada más, tampoco pasaría nada ni traicionaría a nadie.

Eliot observó a su amigo por el espejo retrovisor central. Estaba demasiado cerca de la chica. Se había acercado tanto a ella, en sentido literal y figurado que, básicamente, se estaba quemando vivo. Y eso era mucho más de lo que le convenía. Su boca se curvó en un mohín pero, sintiendo la mano de Sandra entre la suya y su muslo, intentó disimular la mueca lo mejor posible. Estaba tan seguro de que terminaría por olvidarla y alejarse de ella, de que no era más que un capricho pasajero, que había obviado todas las evidencias, y ahora tenían un problema de tres pares de narices. Leo empezaba a necesitar con urgencia una charla de colegas, y tendría que hacerlo pronto o sería demasiado tarde y todo aquel lío les explotaría en plena cara.

Cuando el coche paró delante de su casa, Abby se desperezó, un poco desorientada. El corto

sueño la había dejado mareada y confusa. Se bajó del coche, después de dar las gracias por el viaje al conductor, y se dirigió al portal con paso inseguro. Leo la acompañó y la sujetó de un brazo para ayudarla. Quizá se mostraba demasiado protector con ella, pero era algo que le salía ya de manera natural.

—¿Quieres que te acompañe hasta arriba? —preguntó, una vez que ella abrió la puerta.

—No, creo que seré capaz de arrastrarme, un par de tramos de escaleras, sola. Me lo he pasado muy bien esta noche, ha sido espectacular. Gracias por... iba a decir invitarme pero, ahora que recuerdo, me invité yo sola, así que, gracias por dejarme ir.

Leo ahogó una risa.

—De nada. ¿De verdad te ha gustado?

—Me ha encantado —le aseguró.

—Quizá podrías acompañarme otro día, pero solos, así podríamos quedarnos todo el tiempo que quisiéramos.

—Es posible —respondió Abby, con una pequeña sonrisa asomando a su boca—. Buenas noches —dijo mientras entraba en el portal.

—Buenas noches —susurró unos instantes después, cuando la puerta se cerró delante de él.

Capítulo Veintinueve

Al final de la siguiente semana, Eliot aún no había encontrado el momento adecuado para hablar con Leo, cuando de repente la oportunidad se le presentó sola. Estaban en el pasillo del instituto, hablaban sobre el mercadillo medieval que habría en la ciudad ese fin de semana, estaban a punto de separarse para ir cada uno a su clase, cuando vieron aparecer a la chica por las escaleras, en dirección también al aula.

Leo se quedó hipnotizado cuando la vio. Últimamente, siempre causaba ese efecto en él, y es que, hasta cojeando con la muleta se veía de lo más sexy, vestida con unos vaqueros oscuros ajustados y una camisa blanca metida por dentro que le acentuaban la figura. La miró de arriba abajo, recreándose en sus piernas, su cintura, su... Leo se dio una palmada en la frente y cerró los ojos con fuerza. «Idiota —se dijo para sí mismo, sin dejar de darse golpes—. Idiota, idiota, idiota».

Eliot lo miró con atención. Si no lo hubiera sospechado ya, lo habría sabido en ese mismo momento. Su cara lo delataba, sin ningún atisbo de duda, era como un libro abierto para él.

—Te gusta —afirmó, sin dar lugar a ninguna pregunta.

—No, no me gusta —se apresuró a excusarse Leo—. Solo... me siento mal por ella. Me siento un poco culpable.

—Dios, te gusta y mucho.

«Idiota».

Era inútil seguir negándosele, a él mismo y a los demás. Estaba claro que Eliot lo había calado bien. A pesar de todos sus esfuerzos no había conseguido olvidarse de ella. Su imagen se había instalado en su cabeza y en su corazón como si de tinta indeleble se tratara, y se negaba a abandonarlo. Sabía que se encontraba entre dos opciones: o tenía un grave problema por delante, o aquello iba a ser lo mejor que le pasara en la vida. No sabía por qué, pero veía la balanza inclinándose irremediabilmente hacia la primera opción. Aun así, deseaba poder hacer algo, lo que fuera, para que funcionara. Había perdido la cabeza y sus sentimientos ya no tenían cura. Sabía que aquello sería como una puñalada en el corazón para su madre pero, si lo quería, a la larga tendría que abrir la mente, entenderlo y aceptarlo. Y si no... Abby siempre sería su primera opción.

En ese momento se dio cuenta de que no podría volver a alejarse de ella. Haría cualquier cosa que ella deseara y se conformaría con lo que sintiera, incluso si lo único que podía darle era amistad. Si eso era lo que quería, sería el mejor amigo del mundo. Aunque una parte de él quería pensar que se sentía igual de perdida que él, disfrazando sus sentimientos por temor a lo que pudiera pasar si salían a la luz. Y los suyos acababan de hacerlo.

Sin poder esconderse más, y sintiéndose entre la espada y la pared, se enfrentó a su amigo.

—Puf, cada vez que la veo, lo único que pienso es en besarla —tuvo que reconocer Leo.

Decirlo en voz alta por primera vez le supuso un débil alivio.

—¿Cómo se te ocurre pensar siquiera de esa forma en ella? Estás loco —le increpó Eliot.

—¡No puedo evitarlo!

—¡Es la novia de tu hermano!

—Por si aún no te habías dado cuenta, ella ya no está atada a nadie, por mucho que me duela lo

que eso significa —le recriminó, con gesto severo.

—Tío, ¿te estás oyendo? Tienes un grave problema, ¡un problema enoormee! —exclamó Eliot, abriendo mucho los brazos—. Lo mejor sería que te alejaras de ella, lo más rápido posible.

—No puedo hacerlo, la promesa... —trató de excusarse Leo.

—¿Otra vez con eso? Tío, solo fue un sueño. Un estúpido sueño producto de tu estúpida cabeza. Olvídalo ya, ¿vale? Esa dichosa promesa falsa lo único que está haciendo es complicarte cada vez más la vida. Cada vez te veo más agobiado y acojonado. No le debes nada, pasa de ella y punto. Además, tú mismo decías que tampoco te soportaba.

—El problema es que yo sí he empezado a soportarla. —A continuación, añadió—: Y me parece que algo más.

Eliot se quedó de piedra. En todos los años que hacía que lo conocía, nunca había visto a su amigo de aquella forma, y menos este le había dado a entender que le gustara tanto una chica como para estar dispuesto a renunciar a todo por ella. Básicamente, eso era lo que estaba a punto de hacer, sin ni siquiera saber si le correspondía, y no parecían importarle lo más mínimo las consecuencias. Si sus sentimientos eran reales, no tenían nada que hacer.

—¿Te has enamorado de ella? —preguntó, sin más rodeos.

—Creo que sí.

Eliot soltó despacio todo el aire que había estado guardando en los pulmones, que sonó como un largo suspiro.

—Está bien, tú sabrás lo que haces —sentenció, dándose por vencido.

Sin nada más que decir, Leo le dio la espalda y empezó a cruzar el pasillo hacia su clase, hasta que la voz de su amigo le detuvo a medio camino.

—Entonces, ¿el mercadillo medieval qué?

—¡Voy a ir con ella! —respondió sin darse la vuelta, alzando la voz para que Eliot lo oyera.



Al final, después de mucho insistir, y por miedo a dejarlo a solas con la chica, Eliot consiguió que Leo accediera a ir al mercado medieval en un gran grupo. Abby iría con sus amigas y Leo con Eliot y Sandra, y se encontrarían por allí.

Tom acercó a Abby en coche hasta la entrada del mercado, donde Alexia y Marga ya la esperaban y la saludaron con efusividad cuando la vieron salir del coche. Ese día le había molestado la pierna más que otros; no obstante, decidió dejar la muleta en casa, pues ya no le apetecía llevarla a todos sitios.

Habían instalado el mercado medieval en la zona del puerto y ese año se habían superado con respecto al anterior. Era enorme, incluso las calles más estrechas de la zona tenían al menos una fila de puestos con todo tipo de artesanías: juguetes, jabones y cremas, bisutería y joyas, cuadros, minerales, un puesto donde enmarcaban el escudo perteneciente al apellido de cada persona, y comida, ingentes cantidades de comida por todas partes, puestos con docenas de quesos diferentes, panes, dulces caseros... Sus amigas dijeron que ya habían cenado, pero a ella no le había dado tiempo. No había tomado nada desde la comida de mediodía y el olor de la carne a la brasa que llenaba el ambiente le hacía la boca agua.

La ambientación del lugar también era auténtica: personas disfrazadas de la época bailaban o hacían reír a la gente, decoraciones con banderines y estandartes de colores, e incluso habían cubierto el suelo de toda la zona con paja. Músicos con flautas y tambores recorrían las calles amenizando la velada con melodías de estilo medieval. Y los animales: caballos, cabras, aves rapaces e incluso descubrieron unas vitrinas con varias clases de serpientes y otros reptiles entre

los tenderetes.

Dieron un par de vueltas viendo los puestos y sintiéndose tentadas de comprar cosas en la mayoría de ellos, hasta que encontraron a Leo, Eliot y Sandra en una barra que servía bebidas. Los dos últimos sostenían sendos vasos de tubo con, estaba bastante segura, algo con alcohol, mientras Leo miraba a todas partes ansioso. Su expresión cambió y se transformó en completa alegría cuando las divisó entre la gente.

—¡Eh, aquí! —las llamó, agitando la mano, aunque ellas ya se acercaban—. ¡Por fin! Empezaba a pensar que no vendríaís.

—Hola. —Saludó ella.

Marga y Alexia interrumpieron su conversación para saludar también. Habían discutido sobre algo todo el camino, pero Abby no las había escuchado.

—¿Vamos a ver esto o qué? —preguntó Leo.

—Chico, espérate que me termine esto.

Eliot agitó el vaso e hizo tintinear los cubitos de hielo contra el cristal.

—Pues date prisa, que ya vas por el segundo.

—No es mi culpa que ellas no llegaran para cuando me terminé el primero...

—Chicos, ya sabéis que el lunes tenéis que comprar las entradas para el baile —soltó Marga de repente, interrumpiéndolos.

—Es un poco pronto, ¿no? —preguntó Eliot—. Todavía quedan dos semanas.

Abby se sintió un poco desorientada.

—Mmm, ¿qué baile? —se atrevió a preguntar.

Intuía que era algo que debería saber, y que le iba a caer una buena por no hacerlo.

—¿Cómo que qué baile? —exclamó Marga—. Llevamos toda la tarde hablando de eso, y hace semanas que es nuestro único tema de conversación en los recreos. ¿Dónde estabas?

—El baile de graduación —le recordó Alexia con más tacto.

Abby cerró los ojos con fuerza un instante. Era cierto, hacía dos semanas que sus amigas se habían apuntado al comité de planificación de un baile que algunas chicas habían decidido organizar para celebrar la graduación de los de segundo. No sabía dónde tenía la cabeza últimamente. Bueno, sí lo sabía, lo tenía delante en ese preciso momento, pero no quería reconocerlo.

—A ver —explicó Alexia—, necesitamos que compréis las entradas ya porque hay que terminar de comprar los adornos, contratar al grupo de música, saber qué queda para comida y demás. Y queda poco tiempo.

—Pero eso es solo para los de segundo, ¿no? Yo no puedo ir, soy de primero —se lamentó Sandra.

—Haremos una excepción... si aquí el caballero te lo pide, claro.

Eliot, dándose por aludido, le puso el cubata en la mano a Leo, se arrodilló y, extendiendo una mano con aire teatral, dijo:

—Sandra, amor mío, ¿me concederías el honor de ser mi pareja para el baile?

Las carcajadas resonaron entre los demás. Sandra le siguió el juego y se puso una mano en el pecho, haciéndose la sorprendida.

—¡Por supuesto que sí!

Le tendió la mano y Eliot se la agarró para levantarse.

—Hecho. Ya me pasaré a por las entradas un día de estos.

—Un día de estos no, ¡el lunes! —le recordó Marga.

—¿Vosotras tenéis ya pareja? —preguntó Abby a sus amigas.

—Ella sí —dijo Marga, señalando a su prima, y añadió por lo bajo—: Ya te contaré. Yo aún no, pero estoy segura de que me lo pedirán —dijo, orgullosa.

—¿Y tú qué? —preguntó Sandra.

A Abby le costó un momento darse cuenta de que se dirigía a ella.

—¿Yo? —preguntó, señalándose—. Pues yo... no lo sé. No creo que vaya o... no sé. No me lo había planteado.

—Chica, tampoco es como si no tuvieras con quien ir, ¿no? —insistió, con una sonrisa.

—Claro, tienes un bombón derritiéndose por ti —soltó Eliot, mientras Leo lo fulminaba con la mirada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Abby, seria, sin darse cuenta de las miradas que se alternaban entre Leo y ella. Solo sabía que empezaba a mosquearse.

—Pues que los tíos aún suspiran por ti, así que, no has salido tan malparada, no sé si me explico, ¿eh? —trató de explicar, dándole un codazo a Leo.

Abby se quedó boquiabierta y sin saber qué decir. Poco a poco, su cara se convirtió en una máscara de ira contenida. Dio un par de pasos hacia él.

—¿Me estás diciendo que mi único problema es no haberme echado ya otro novio? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Yo no... —empezó a decir.

—¿Crees que puedo sustituir a Adam así como así, como si me estuviera cambiando de bragas? Según tú, debería ser una elección sencilla para mí, ¿no?

—Abby... —dijo Alexia, poniéndole una mano en el hombro, al ver que seguía acercándose al chico, pero ella se la sacudió de encima.

Llegó hasta él y le puso un dedo en el pecho.

—Eres un idiota.

Después, se dio la vuelta y empezó a andar. No sabía a dónde ir ni tenía un rumbo fijo, solo sabía que necesitaba alejarse de ellos lo antes posible.

—Pero ¿qué he dicho? —escuchó que decía Eliot a su espalda, lo que la enfureció todavía más. Tuvo que contenerse mucho para no darse la vuelta y volver a partirle la cara.

Leo se giró hacia él.

—Eliot, eres imbécil. Y, además, cuando te emborrachas, un gilipollas de primera —le dijo, y le puso el vaso en la mano con tanta violencia que derramó parte de su contenido sobre la camiseta del chico, que se quejó.

Marga y Alexia se miraron y observaron a su amiga alejarse, sin saber si sería mejor seguirla o dejarla sola. Alexia la llamó, sin éxito.

—Ya voy yo —le dijo Leo, pasando por su lado para ir tras ella.

Abby ya se había alejado bastante, y tuvo que abrirse paso entre la gente que abarrotaba el lugar, mientras la llamaba.

—¡Abby! ¡Eh, Abby, espera! —Le dio alcance cuando la chica giró por una calle menos concurrida. Ella se giró hacia él—. ¡Espera, por favor! Lo siento, Eliot puede ser muy capullo a veces... pero no lo hace con mala intención.

—Ah, ¿no? ¿Y con qué intención lo hace, si puede saberse? Tú también eras así, ¿con qué intención lo hacías tú? —atacó. Necesitaba desahogarse con quien fuera.

Leo no respondió al momento, así que Abby se dio la vuelta exasperada a la vez que echaba a andar, sin darse cuenta de que había alguien detrás de ella, por lo que se chocó con él. Se separó corriendo, mientras esbozaba una disculpa, hasta que consiguió enfocar la vista y descubrió con quién se había chocado.

La impresión la dejó clavada en el sitio y le cerró la boca de golpe.

Capítulo Treinta

Hacía tanto tiempo que no lo veía ni se cruzaba en su camino, y había tenido tantas cosas en la cabeza, que casi se había olvidado de él. Allí estaba otra vez, de pie frente a ella, sosteniendo en la mano una bolsa de almendras garrapiñadas de la que sacaba los pequeños dulces uno a uno para metérselos en la boca, y dispuesto a seguir haciéndole la vida imposible. No iba a librarse nunca de él.

Lucas también parecía sorprendido de verla, aunque Abby creyó que fingía. Se fijó en que no estaba solo; una chica, que tenía pinta de ser incluso más joven que ella, lo acompañaba. «Su siguiente víctima», pensó. Tan solo deseó que la pobre no corriera la misma suerte que ella.

—¡Vaya, pero qué sorpresa! —dijo Lucas.

Leo corrió a ponerse al lado de Abby y le pasó el brazo por los hombros, con gesto protector.

—Y tú también, cómo no... —añadió, con una nota de desilusión en su voz—. Parece que el destino sigue empeñado en juntarnos.

Lucas parecía desconcertado con su encuentro. Pero, si de verdad había sido casualidad, vaya tela, con toda la gente que debía haber en ese momento en el mercado, había ido a chocarse con él. El destino, como él había dicho, jugaba en su contra, de eso estaba segura. De todas formas, no podía fiarse de él. Era demasiado arriesgado.

—Nos vamos ya —dijo, dando un paso hacia atrás.

—Qué pena, podríamos habernos puesto al día. Por cierto, ¿cómo está tu madre? —preguntó, dirigiéndose a Leo—. Escuché que había pasado un tiempo ingresada.

A Leo se le removió algo por dentro. Dio un par de pasos hacia delante, encarándose con Lucas. Eran prácticamente igual de altos, así que sus ojos quedaron a la misma altura.

—Ni se te ocurra nombrar a mi madre, capullo —le dijo—. ¿Por qué no nos dejas en paz de una puta vez?

—Solo me preocupo por ella, no quiero que le pase nada malo —le respondió Lucas, y añadió—: Sería una verdadera lástima que la perdieras a ella también, con tan poco tiempo de diferencia.

Leo apretó la mandíbula, haciendo rechinar los dientes, y acercó la cara un poco más a la de él.

—Leo, no, por favor —suplicó Abby.

Sabía que, si Lucas seguía provocándolo de aquella manera, al final iban a terminar a golpes, y no podía permitirlo. Miró a todos lados, buscando una salida. Si tan solo se hubieran quedado con los otros, si no hubiera salido corriendo, Lucas no se habría atrevido con él y con Eliot. Para variar, era culpa suya.

De repente, vio el cielo abierto. Una pareja de policías uniformados pasó por su lado, sin reparar en ellos, pero suponían una buena salida. Abby agarró a Leo del brazo y tiró de él.

—Vamos —le dijo, y se apresuró a seguir a los dos hombres.

—Nos veremos pronto —dijo Lucas a su espalda, mientras se despedía con la mano.

Siguieron a los policías a través de un par de calles más. Abby lanzaba miradas a su espalda cada pocos metros, para asegurarse de que Lucas no los seguía, pero no lo vio ni una vez más. Unos minutos después, cuando creyó que era seguro, Leo aminó el paso y los dos policías se perdieron entre la gente.

Estaban cerca del paseo marítimo. Leo la arrastró hasta un hueco que quedaba entre dos puestos y salieron a él, que parecía relativamente vacío y tranquilo después del bullicio que reinaba en las calles del mercado.

Abby se acercó a la barandilla que separaba la tierra firme del mar y se apoyó en ella. Leo hizo lo mismo. Los barcos atracados en el puerto eran oscuras sombras lejanas que se mecían con la marea. Estuvieron unos minutos en silencio, hasta que él decidió romperlo.

—¿Quieres que volvamos con tus amigas? Puede que te estén buscando.

Abby recordó haber sentido el móvil vibrar dentro del bolso unas cuantas veces. Estaba segura de que eran ellas, pero no le apetecía nada volver al caos de antes, y menos ahora que sabía quién estaba paseándose por allí.

—No, creo que quiero irme a casa.

—¿Sabes? Tienes derecho a divertirte —dijo Leo.

—¿A qué te refieres? Yo me divierto...

—No, no te diviertes. Las pocas veces que te he visto un poco contenta ha aparecido él y... bueno... ya sabes. —Leo dudó un instante, sopesando las palabras que debía decir—. Cada vez que lo ves, vuelves a caer.

—Cada vez que lo veo recuerdo que él ya no puede divertirse ni hacer nada por mi culpa.

Leo entendió que se refería a su hermano sin necesidad de más explicaciones.

—No fue culpa tuya —la corrigió.

—Sí lo fue, es absurdo...

—No, no lo fue —insistió él, interrumpiéndola—. Y el mundo no se ha acabado.

—Para mí sí se ha acabado. De alguna forma, se ha acabado.

Leo guardó silencio un momento, sopesando las palabras de la chica. Lo único que quería era hacerle comprender que podía seguir adelante, que no debía culparse, que debía perdonarse a sí misma. Pero no sabía cómo hacerle llegar el mensaje. Abby estaba empeñada en culparse por algo en lo que ella no había tenido nada que ver, y era terriblemente cabezota.

—Solo tienes miedo a la vida —le dijo Leo, mirándola de lado.

Abby se giró para quedar frente a él y lo miró a los ojos.

—No tengo miedo a la vida. Tengo miedo a vivir —trató de explicarle—. A vivir en un mundo sin Adam. A vivir en un mundo que, cuando menos te lo esperas, te arrebatara lo que más quieres sin ninguna explicación. Sin embargo, también tengo miedo de verme capaz de vivir en ese mundo. La vida es preciosa, sí; pero, a veces, vivir no lo es.

Agachó la cabeza y observó el oscuro mar entre los barrotes de la barandilla.

—Pero sí tienes miedo a querer otra vez.

—Sí, porque querer es vivir —reconoció.

—¡Pero estás viva! Necesitas querer y necesitas vivir. Y necesitas querer vivir, valga la redundancia. —Leo empezaba a hacerse un lío con las palabras, y no veía ningún cambio en ella. Tras una pausa, añadió, con voz insegura—: Y yo te necesito a ti.

Abby cerró los ojos. No, no creía que él la necesitara, o eso quería pensar. Solo necesitaba estar en paz con su hermano y, según le parecía a ella, había cumplido su promesa con creces.

«Pero tú sí le necesitas», resonó una voz en su cabeza. A pesar de todo lo que se había esforzado por ocultarlo y cambiarlo, ahí estaba, la verdad le perseguía y su mente se encargaba de recordárselo a cada instante. Volvió a abrir los ojos y se encontró con los de Leo, que la miraban desde arriba con una mezcla de ternura y pasión, y se perdió en el líquido dorado de su mirada.

Entonces, entendió lo que había querido decir Eliot, y recordó lo que sus amigas le habían repetido tantas veces. «Será que no tienes ojos en la cara...», le había dicho Marga, sin cortarse.

Era cierto, y ella no había querido ver la realidad. Leo la observaba con los ojos llenos de un sentimiento que ella no hacía más que negarse y negarle a él, pues no se sentía cómoda ofreciéndole algo que ya le había prometido a Adam. Sí, tenía miedo a querer, a quererlo a él, y a traicionar a su hermano. No podía permitirse otra cosa que ser su amiga.

Leo alargó una mano y le rozó la mejilla con los nudillos. Ella dio un paso hacia delante, y se dejó arrastrar hacia el calor y la seguridad de sus brazos. No había ningún otro lugar donde prefiriera estar en ese momento, y se sintió egoísta por ello.

Entonces, Leo se separó y la sujetó por los brazos.

—Dios, estás temblando —le dijo, mirándola de arriba abajo. Se fijó en que iba en mangas de camisa—. ¿No has traído chaqueta?

—No —se limitó a responder, aunque sabía que los temblores no se debían al frío.

Leo se quitó su cazadora y se puso a la espalda de la chica para metérsela por los brazos. Después, Abby se apoyó en la barandilla, mirando al infinito. Leo se acercó despacio, la abrazó por detrás y apoyó la barbilla en su hombro.

—Deberíamos haber venido solos.

Abby soltó una carcajada ante ese comentario que parecía tan fuera de lugar en ese momento, y Leo pensó que su risa era el sonido más maravilloso que había escuchado nunca.

—Sí, deberíamos.

Capítulo Treinta y Uno

Abby despertó el sábado a media mañana en un silencio poco habitual para ese día de semana. La aspiradora no sonaba y tampoco su tío cantaba en la cocina con la radio de fondo mientras preparaba la comida. De repente, recordó. Sus tíos tenían una boda en el pueblo, a la que ella, pese a estar también invitada, se había negado a ir, con la excusa de que tenía miles de trabajos del instituto por hacer. La casa estaría sola hasta el domingo por la tarde.

Se quedó unos minutos más en la cama, mirando los rayos de sol que entraban por la ventana medio abierta. Entonces, un recuerdo de la noche anterior acudió a su memoria. Leo la había acompañado hasta casa andando y se había despedido dándole un beso en la mejilla. Se llevó los dedos al lugar, recordando su tacto, mientras una sonrisa asomaba a su cara. La quitó corriendo, al igual que la mano. «Contrólate», se dijo a sí misma. Otro pensamiento afloró a la superficie: ¡el trabajo de Inglés! Si la casa estaba sola esa tarde, sería un buen momento para que Leo viniera y se pusieran con él.

Sacó el brazo de debajo de las sábanas y lo alargó hacia el móvil que estaba en la mesilla para mandarle un mensaje. El chico no tardó ni un minuto en responderle con un escueto «OK» que le supo a poco. Dejó caer la cabeza en la almohada y cogió el otro extremo para ponérselo en la cara. Sus sentimientos encontrados la estaban volviendo loca.

Se incorporó de golpe, reparando en algo. Si sus tíos habían salido temprano y nadie había hecho la limpieza semanal, ¡la casa estaría hecha un desastre! No es que le importara mucho, normalmente, pero se le caería la cara de vergüenza si Leo se asomaba a la cocina y se encontraba el fregador lleno de cacharros. Se levantó de un salto, se puso un chándal y pasó el resto de la mañana adecentando la casa. Hizo un descanso a mediodía para comer algo —con las prisas no había desayunado y se sentía hambrienta— y echarse un rato y, después, terminó de pasar la aspiradora por el salón.

Cuando acabó, cansada y sudorosa, se dio una ducha rápida, se secó el pelo con el secador, tras eso, se puso unas mallas y una camiseta de tirantes. Echaba la ropa sucia al cesto cuando sonó el timbre de la puerta principal. No tuvo tiempo ni de mirarse al espejo antes de correr a abrir.

Leo apareció al otro lado, con una gran sonrisa en la cara. Levantó una mano y enseñó una bolsa del supermercado.

—He traído la cena y —levantó la otra mano, donde sostenía un *pendrive* azul— unas cuantas pelis.

—Pensaba que venías a trabajar —se rio Abby.

—Nada nos impide hacer las dos cosas.

Se apartó para dejarle entrar. Leo bajó la mirada al suelo, donde algo acababa de llamar su atención, y reparó en las zapatillas de la chica. Un par de oseznos blancos parecían saludarle desde abajo.

—Bonitas zapatillas, por cierto —dijo, cuando pasó por su lado.

Abby agachó la mirada hacia sus pies y se sonrojó. Parecían demasiado infantiles para una chica de dieciocho años. Se arrepintió de no haberse puesto las deportivas.

Cerró la puerta y siguió a Leo, que ya había entrado al salón y estaba sacando su portátil de la mochila.

—¿Has elegido novela? —le preguntó él.

—Sí. —Fue hasta la mesa de comedor, cogió el libro que había dejado allí unas horas antes y se lo enseñó—. Este.

—¿*Orgullo y prejuicio*? ¿En serio?

Leo inclinó las cejas con suspicacia.

Abby observó el tomo que sostenía en su mano. No sabía bien por qué había elegido ese en concreto, la novela romántica por excelencia, después de todo el tiempo que había pasado rechazando cualquier cosa que contuviera un mínimo de amor. La verdad es que siempre había sido uno de sus libros favoritos, incluso, recordaba haber recorrido, hacía años, cientos de librerías para buscar la traducción que más le gustase; cada editorial tenía la suya propia, y no todas valían.

Al ordenar su cuarto esa mañana lo había encontrado entre uno de los montones de libros que su madre y su tía le habían llevado durante sus meses de encierro —que ni siquiera había mirado hasta ese día—, y le había parecido una buena idea.

—¿Qué problema hay? Es una de las obras más famosas de la literatura inglesa. Además, ya me lo he leído, y eso es casi medio trabajo hecho.

Leo levantó el pulgar de la mano derecha con gesto afirmativo.

—Te dije que lo eligieras tú, así que ningún problema por mi parte.

—Pero habrá que leerse en inglés también —comentó ella, señalando el libro electrónico que reposaba sobre el sofá.

Leo frunció el ceño.

—Vale, ¿qué tal si tú te dedicas a la parte narrativa y yo me limito, de momento, al análisis espacio-temporal? —propuso.

—De acuerdo —aceptó. Cogió el libro electrónico y se acomodó en la esquina del sofá, con las piernas cruzadas—. De todas formas, ya lo había empezado.

Pasaron el resto de la tarde enfrascados en el trabajo, ella con la nariz metida en el libro y él en el portátil. Anochecía cuando pusieron en común sus ideas y redactaron la mayor parte del texto, primero en español, para después traducirlo al inglés, si bien tuvieron que recurrir, no pocas veces, a la ayuda del traductor de Google.

Las agujas del reloj rozaban las diez cuando decidieron que era el momento de dejarlo por ese día. Al fin y al cabo, solo les quedaba redactar la valoración personal, y eso lo haría ella en otro momento, ya que se había leído la novela tantas veces que la conocía a la perfección.

Leo alargó la mano hacia la bolsa con las pizzas que había traído. Se les había olvidado meterlas en el congelador, y hacía horas que se habrían descongelado.

—¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre —reconoció Abby. De repente, cayó en la cuenta de algo—. ¡Vaya, no te he ofrecido nada de merendar, ni de beber, ni de nada!

—No te preocupes —rio Leo—. Si hubiera querido algo te lo habría pedido.

Abby se incorporó para levantarse del sofá, pero Leo la detuvo.

—No, tú quédate y ponte la tele o... algo. Yo me encargo de la cena.

—Pero es mi casa —se quejó ella.

—Tranquila, creo que puedo apañármelas bastante bien en una cocina, y sé cómo funciona un horno. —Salió del salón. Abby vio que la luz de la cocina iluminaba parte del pasillo y escuchó el ruido del horno al encenderse—. ¡Intentaré no quemar nada! —gritó él desde allí.

Abby sonrió. Recogió los libros y el portátil del chico, y los puso encima de la mesa de comedor. Sacó un mantel pequeño del mueble de debajo de la tele y lo extendió sobre la auxiliar.

Después, se sentó en el sofá a esperar y encendió la tele. Fue cambiando de canal, sin encontrar nada interesante, así que al final lo dejó en una película que acababa de empezar, aunque estuvo más tiempo viendo anuncios que la propia película.

—Solo he encontrado agua en la nevera, así que —comentó Leo, entrando al salón y dejando la jarra, los vasos, las servilletas y el cortador de pizza sobre la mesa— será una cena medio ligera.

—¿Medio solo? La pizza es sana, tiene verduras, como... tomate.

—Sí, frito, pero bueno... Lo que pasa es que también he traído tres bolsas de palomitas para después.

—¿Tres? ¿Me estás llamando gorda? —dijo Abby, poniéndose una mano sobre la boca abierta y fingiendo indignación.

—¡Jajaja! Nunca te llamaría eso, prácticamente estás en los huesos... Es que no sabía cómo te gustaban —tuvo que reconocer Leo, mientras se pasaba una mano por el pelo y se lo echaba hacia atrás—, así que cogí de las tres clases: saladas, dulces y con mantequilla.

—Con mantequilla —admitió Abby—. Mis favoritas son las que más grasa tienen.

—¡Genial! Las mías también. Engordaremos juntos, pues.

Volvió a salir de la habitación, y regresó al cabo de unos minutos cargando dos platos llanos con una pizza que llenaba cada uno de ellos hasta el borde, y que colocó sobre la mesa con cuidado.

—Espero que te guste, para mí es la mejor.

Abby observó los platos y distinguió los ingredientes al momento: pizza de jamón york, pepperoni y champiñones. También era la favorita de Adam. Al parecer, los dos hermanos también compartían los gustos gastronómicos.

Entonces reparó en que estaba sola en casa con él, y recordó. La única vez que había estado a solas en esa casa con otro chico, las circunstancias habían sido completamente diferentes. Tan diferentes que pensarlo llegaba a asustar.



Adam la llevó a casa y la acompañó hasta arriba. En la oscuridad de la escalera, le costó meter la llave en la cerradura. Hacía dos días que la bombilla del rellano se había fundido y todavía nadie se había dignado a cambiarla. Tuvo que encender la luz del móvil para poder abrir la puerta.

—¿Estarás bien esta noche? —preguntó Adam.

Sus tíos se habían ido el fin de semana de viaje romántico, así que la casa estaba vacía.

—Sí —respondió, dejando el bolso y las llaves sobre el mueble de la entrada.

No se molestó en encender la luz del pasillo, pues sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y veía bastante bien.

Adam la agarró del brazo, la atrajo hacia él y la besó.

—No me gusta nada dejarte aquí sola toda la noche —le dijo entre sus labios.

—Pues no me dejes —respondió ella, devolviéndole el beso.

Adam hizo ademán de separarse, pero ella deslizó los dedos entre su pelo y se lo impidió. Los besos subieron de intensidad. Sintió las suaves manos del chico deslizarse por debajo de su camiseta y de la tira del sujetador. Se le erizó la piel bajo su tacto, sus dedos le producían pequeñas descargas eléctricas allí donde la rozaban.

Abby reparó en que todavía estaban en el rellano de la escalera. Si cualquier vecino subía o bajaba, o salían los de enfrente, la verían de lleno dándose el lote con su novio. Adam pareció darse cuenta de lo mismo, porque la empujó al interior de la vivienda y cerró la puerta tras

ellos con el pie.

Cruzaron el pasillo hasta su habitación con la única luz proveniente de las farolas que entraba por las ventanas. Bajó las manos y tiró de la camiseta del chico hacia arriba. Necesitó un poco de ayuda para sacársela por la cabeza, por la diferencia de altura. La arrojó al suelo, sin mirar dónde caía. Después, él hizo lo mismo con el vestido que ella llevaba. Siempre había pensado que, llegado ese punto, se avergonzaría de encontrarse desnuda frente a un chico, pero no fue así. Simplemente, lo sintió como algo natural.

Adam la observó de arriba abajo, alargó una mano para apartarle el pelo de la cara.

—Eres preciosa —susurró.

Se acercó a ella y volvió a besarla en la boca, lentamente, después bajó hasta el cuello. La empujó sobre la cama y se recostó sobre ella, sin dejar de besarla.

Abby sabía lo que iba a pasar sin necesidad de que se lo dijeran con palabras. La tensión que había entre ellos en ese momento era demasiado intensa y no habría podido resistirse ni con toda su fuerza de voluntad. Le faltaba el aliento y un placentero calor se había instalado en la parte baja de su vientre y se extendía hacia todas sus extremidades. Aun así, se sentía nerviosa, y aprovechó un momento que el chico se separó para coger aire.

—Es mi primera vez —reconoció, un poco avergonzada.

Adam le puso la mano en un lado de la cabeza y le acarició la mejilla suavemente con el dedo pulgar.

—Tranquila.

Agachó la cabeza y posó sus labios sobre los de ella. Con una mano, le acarició el brazo desde el hombro hacia abajo. Entrelazó los dedos con los de ella y apretó la mano de la chica contra la colcha, mientras le recorría la mandíbula con los dientes y bajaba hasta el cuello de nuevo, donde depositó un rastro de besos hasta el inicio del sujetador. Ella soltó un gemido, levantó las piernas y le rodeó la cintura con ellas.

Ambos se dejaron llevar hasta casi perder la cabeza y, cuando terminaron, se quedaron durmiendo, uno abrazado al otro, deseando que la noche nunca llegara a su fin.



Su mano rozó la de Leo cuando los dos fueron a coger el último trozo de pizza. Abby ni siquiera se había dado cuenta de que casi se habían acabado la cena en silencio. Se sonrojó y retiró la mano, sofocada por el rumbo que habían tomado sus pensamientos y avergonzada por no haberle prestado atención todo ese tiempo. Se esforzó por olvidarse de Adam y centrarse en el chico que tenía delante en ese momento.

—Cógelo tú —le dijo Leo.

—No, no, cómetelo tú, no me importa.

—Insisto —dijo él, poniéndolo en una servilleta y tendiéndoselo.

Abby le sonrió y lo aceptó.

—Gracias.

Leo se levantó, fue hasta la tele y tanteó la parte trasera hasta dar con el hueco donde encajar el *pendrive*. Automáticamente, la televisión leyó el dispositivo y mostró una lista larguísima de títulos de películas, todas ellas bastante recientes. Volvió al sofá y cogió el mando a distancia, mientras Abby se limpiaba las manos con una servilleta y terminaba de masticar el último bocado de pizza.

—Bueno, ¿qué quieres ver? —preguntó Leo, bajando por los títulos.

—Me da igual, creo que no he visto ninguna de esas.

—Vale, pero... de risa, de amor, de miedo...

—De miedo —eligió con rapidez. En los últimos meses se había aficionado a ese género de cine, a pesar de que pasaba media película mirando a través de los dedos y luego tenía que dormir con la cabeza bajo las sábanas, medio ahogada por el sofocante calor. Dudó un momento, pues sabía que después tendría que pasar la noche sola, pero al final repitió—: Sí, de miedo.

—De acuerdo, tengo muchas de esas.

—Elige una mientras yo recojo todo esto.

Abby se levantó y empezó a amontonar los platos y los vasos para llevarlo todo a la cocina en un viaje.

—¿Quieres que haga las palomitas?

—De momento estoy bien. Quizá más tarde.

Llevó todo a la cocina y dejó la vajilla sucia en el fregador. Se sintió tentada de poner el lavavajillas en un momento; pero desistió, lo haría por la mañana, no quería hacerle esperar más. Volvió al salón apagando todas las luces a su paso, incluso la de dicha habitación. Se sentó a varios centímetros de él en el sofá, y subió las piernas al mismo.

—Así me gusta, creando ambiente —bromeó Leo—. ¿Seguro que luego podrás dormir?

Abby le sacó la lengua y sonrió.

A la media hora de película ya se había pegado a él por completo, se había agarrado con una mano a su brazo y, como de costumbre, miraba la tele entre los dedos de la mano que le quedaba libre, ocultando parte de la pantalla. Leo se reía cada vez que ella soltaba un gritito, que era bastante a menudo. Cuando terminó no quería ni levantarse del sofá, y Leo se reía a carcajadas de ella.

—No tiene gracia, daba mucho miedo —se quejó ella—. Pon otra cosa, lo que sea, a ver si consigo olvidarla.

Leo pasó los canales hasta que encontró un estúpido programa del corazón. Los presentadores no dejaban de hacerle preguntas incómodas a una chica que parecía conectada a una especie de polígrafo, y la mujer encargada de leer los resultados no paraba de decir «el polígrafo dice que... miente», con una pausa súper tensa antes de soltar la última palabra. Lo dejó porque pensó que sería lo mejor para que a ella se le pasara pronto el susto.

Abby se recostó hacia el otro lado y se hizo un ovillo. Estaba muy cansada, se le cerraban los ojos y, casi sin darse cuenta, se quedó dormida en el sofá.

Leo se dio cuenta a los pocos minutos. La observó durante un rato, por si se movía, pero no lo hizo. Pensó que había llegado la hora de irse a casa. Con un suspiro, apagó la tele y se levantó. Se giró para recoger sus cosas, aunque al momento volvió a darse la vuelta. No podía dejarla ahí, en el sofá, seguro que se enfriaría. Se agachó frente a ella para pasarle los brazos por debajo y la levantó. Ella se quejó un poco; sin embargo, apoyó la cabeza en su pecho y su cuerpo volvió a relajarse.

Fue hasta su cuarto y tuvo que hacer malabares con el codo y el pie para conseguir abrir la puerta. La cama estaba ya deshecha y con las sábanas apartadas, así que la dejó encima y la tapó con la colcha. Antes de irse, se agachó y le dio un beso en la frente. No sabía por qué lo había hecho, simplemente pensó que durmiendo no se acordaría. Después, se dio la vuelta para irse.

Abby sintió el suave roce en su frente y se despertó. Vio a Leo dirigirse hacia la puerta y las palabras salieron de su boca sin permiso, quizá porque todavía estaba medio dormida y aquello podría haber sido solo un sueño.

—Quédate.

Leo se dio la vuelta al escuchar su voz.

—¿Tienes miedo de que los demonios vengan a por ti? —bromeó.

—Por favor.

El tono de su voz le hizo comprender que ella hablaba en serio.

—¿Estás... segura?

En la oscuridad, vio que Abby asentía con la cabeza. Leo tragó con fuerza para liberar el nudo que se había formado en su garganta. Fue al otro lado de la cama, se sentó en el borde y se quitó los zapatos empujando con los pies. Dudó con los pantalones, pero llevaba unos vaqueros tan rígidos que sería incómodo para los dos, así que se los sacó con cuidado y se metió entre las sábanas. Al menos llevaba *boxes*, lo que era casi como llevar un pantalón corto. Abby se giró hacia él y levantó la cabeza para dejar que pasara su brazo por debajo, con el que le rodeó el hombro desnudo. Se acurrucó sobre él y volvió a dormirse casi de inmediato.

Leo giró la cabeza y aspiró el aroma de su cabello. Estaba tan tenso que pensó que le sería imposible dormir esa noche. La miró mientras ella lo hacía. La tenía tan cerca, y al mismo tiempo los separaban un par de universos. Ella se movió un poco para acomodarse y un mechón de pelo le cayó sobre los ojos. Él sacó de debajo de las sábanas la mano que le quedaba libre, se lo apartó con cuidado y el cabello se deslizó entre sus dedos con suavidad.

Con los dedos de la mano que tenía bajo ella le acarició muy despacio el brazo, y pensó que su piel desnuda era la cosa más suave y deliciosa que había tocado nunca. Sintió que le iba a explotar la cabeza. Pensó encontrarse en el cielo; pero, por otro lado, aquello debía ser el infierno, porque desear a la novia de su hermano estaba mal, allí y en la Cochinchina. «Idiota», se dijo una vez más.

Dejó caer la mano contra el colchón, intentando tocarla lo menos posible. «Haberlo pensado antes de meterte en su minúscula cama —dijo otra voz acusadora en su cabeza—, ahora la cosa está difícil, teniéndola literalmente encima». Cerró los ojos con fuerza y colocó el otro brazo sobre ellos.

Sí, no debería haberse quedado, debería haberla dejado en el sofá y salido por patas, debería haberse ido cuando terminaron el trabajo y debería haberse olvidado de ella hacía mucho tiempo, porque eso era lo que hacían los solo-amigos. Pero ese era su problema, que no sabía —ni quería— ser solo su amigo, y quizá no volvería a tener otra oportunidad como aquella de estar con ella.

Sí, definitivamente, se había vuelto loco.

Capítulo Treinta y Dos

Leo sabía que tenía que dar un paso decisivo con Abby. Después de la noche del sábado, y de salir corriendo a la mañana siguiente como un cobarde sin dar más explicaciones mientras ella aún dormía, lo había meditado mucho, y estaba casi seguro de que ella sentía lo mismo por él o, al menos, que le gustaba un poco más que solo como amigo. Si no, no le habría pedido que durmiera con ella, ¿no? Simplemente, necesitaba encontrar una forma efectiva de hacerle ver que podían estar juntos, que no era imposible.

Sí, por otra parte, ella seguía pensando que sí, también quería saberlo cuanto antes. Lo necesitaba.

Subía las escaleras del instituto pensando en eso cuando, de repente, algo en la pared de enfrente llamó su atención. Algunos estudiantes se arremolinaban entorno a un enorme cartel en tonos azules y morados donde, encima de la silueta en negro de una pareja que se mostraba agarrada en medio de un baile, podía leerse en letras doradas: Gran Baile de Graduación. Debían haberlo colgado esa misma mañana, porque no recordaba haber visto el cartel antes.

¡Claro! Recordó la conversación que habían mantenido con las amigas de Abby en el mercado medieval, cuando todo se enredó. Tuvo una idea. Al final, y si todo salía como esperaba, iba a resultar que sí que irían juntos al baile. Una sonrisa inesperada acudió a su cara, y continuó su camino hacia el aula.



Abby observó cómo la mano de Leo escribía veloz sobre el papel y se quedó embelesada. Incluso escribiendo rápido, el chico tenía buena letra, casi mejor que ella. Le gustaba mirar lo que hacía, sus movimientos eran casi hipnóticos y la relajaban. Saber que estaba ahí y que pensaba en ella, como demostraba cada vez que levantaba la vista para dirigirle una mirada cargada de sentimientos, le hacía sentirse segura, más de lo que recordaba haberse sentido en toda su vida.

En ese momento, Leo levantó la mirada y la miró un instante. Sonrió y volvió a fijarla en el papel. Sus ojos parecían traspasar la barrera de su piel y ver en su interior. Cada vez que lo hacía, creía sentir una corriente eléctrica allí donde posaba sus ojos.

¿Era eso amor? No, no podía ser. Aún quería a Adam, no podía sentir lo mismo por nadie más. ¿O sí era posible amar a dos personas a la vez y del mismo modo? Cuando rompías con alguien, el amor se iba debilitando hasta extinguirse, si no lo había hecho antes de la separación; pero cuando alguien moría, el amor se quedaba en suspenso, flotando en el aire. Ese era su caso. Su amor por Adam no iba ni para delante ni para atrás, se había quedado tal cual, estancado, como en un parpadeo eterno, un paréntesis sin final. Y eso era un gran problema.

Sí, estaba claro que tenía sentimientos por Leo, y sí, ya no eran los mismos que tiempo atrás; pero ¿cómo saber si aquello era amor, deseo... o solo agradecimiento o amistad? ¿La seguridad podía convertirse en amor? Si bien, era verdad que las piernas le flojeaban cuando él la tocaba, y más de una vez se había quedado embobada mirando sus labios...

No quería quererlo, ni quería sentirse así hacia él. Más aún, estaba decidida a no hacerlo. ¡Por Dios, era su hermano! ¿Cómo podía pensar de esa forma en él? Todavía sentía la sombra de la traición pendiendo sobre ella. «Olvídalo», se dijo. Debía controlarse, ser fuerte, no dejarse llevar

por sus sentimientos, pero ni siquiera era capaz de apartar la mirada de su mano. Hacía días que su boca y su cuerpo iban por libre, eran como un imán que se aferraba a él.

—¿Necesitas copiar los apuntes? —preguntó Leo, acercándole el folio donde un minuto antes había estado escribiendo.

Abby se sobresaltó cuando su voz la sacó de su ensimismamiento. Mierda, había vuelto a pillarla mirándole. Desde luego, así nunca cumpliría su propósito. En ese momento, sonó el timbre que anunciaba el final de las clases.

—¿Los quieres?

Leo señaló de nuevo el papel. Ella negó con la cabeza.

—No, ya he copiado lo que necesitaba.

Se levantó, recogió sus cosas y se colgó la mochila a la espalda. La mayoría ya había salido de clase; pero Leo seguía sentado, bloqueando el paso con su silla.

—Mmm, ¿nos vamos? —preguntó, para llamar su atención.

Leo miró a su espalda y esperó a que las dos últimas chicas salieran. Eran Marga y Alexia, que se despidieron de ellos con la mano, saludo que Abby devolvió con una sonrisa.

—Yo... quería hacerte un par de preguntas —dijo él en voz baja.

Abby notó que estaba cortado, y volvió a sentarse en la silla.

—Dime.

—Bueno, verás... he visto el cartel del baile esta mañana y me preguntaba si...bueno... si te apetecería ir.

Se echó el pelo hacia atrás con una mano, nervioso, y se retorció los dedos, a la espera de una respuesta. Nunca le había costado tanto invitar a salir a una chica.

Ella permaneció en silencio un instante antes de responder.

—¿Si me apetecería ir, o si me apetecería ir contigo? —puntualizó.

Leo soltó un suspiro. Aquello iba a ser más difícil de lo que había pensado. Lo había repasado mil veces en su cabeza durante la mañana, pero las reacciones de la chica eran difíciles de prever.

—Sí, bueno... las dos cosas. En realidad, esa era la segunda pregunta, pero antes de preguntarte si querías ir conmigo necesitaba saber si querías ir.

Cada vez se sentía más y más nervioso, y empezaba a costarle trabajo seguir mirándola a la cara. Si era que no, necesitaba oírlo cuanto antes, o se desmoronaría. Pero ella se negaba a responder con claridad y, sobre todo, rapidez.

—No me imaginaba que te gustaran esas cosas.

—Es que va a ir todo el mundo... y, en verdad, nosotros también nos graduamos —intentó excusarse Leo.

—Bueno, eso aún no lo sabemos...

—Pues yo creo que sí —la cortó él, con demasiada sequedad.

Abby volvió a guardar silencio. Notaba que Leo quería ir con ella, pero no estaba segura de que fuera una buena idea.

—Sabes que es una *americanada* como una casa, ¿no?

—¿Y qué más da?

—Y que todo el mundo va a ir en plan parejitas y estarán metiéndose mano... ¿De verdad quieres ver eso?

—No es cierto, mucha gente va a ir en plan amigos y, una vez allí, todos estarán juntos... —le rebatió Leo; pero, al final, se dio por vencido. Se sentía estúpido intentando convencer a una chica de ir a un estúpido baile, cuando debería ser al revés. Agachó la cabeza para que ella no pudiera ver la vergüenza reflejada por toda su cara y puso las manos sobre el tablero de la mesa para

impulsarse en su ascenso—. Bueno, no pasa nada, ya veo que...

Abby puso su mano sobre una de las de él para detenerlo, e inclinó la cabeza buscando su cara desde abajo.

—Perdona. Me encantaría ir contigo —dijo, y añadió, para que quedara claro—: Amigo.

A pesar de la última palabra, la cara de Leo se iluminó de felicidad.

—Genial.

Sin decirse nada más, fueron hasta la calle juntos, donde se despidieron. Leo siguió el coche de la tía de Abby con la mirada hasta que se perdió entre el tráfico. Ella había recalcado la palabra «amigo», pero no le importaba. Esa noche, cualquier cosa podría pasar y, según le parecía a él, las probabilidades estaban totalmente a su favor.

Capítulo Treinta y Tres

A pocos días del baile, Abby se sentía nerviosa y extraña a partes iguales. Tenía un nudo en el estómago que no lograba entender. También, estaba desorientada. En el instituto, la tensión se podía cortar con un cuchillo. La tierra parecía haberse tragado a todas las chicas normales y serenas y haber escupido en su lugar a un conjunto de chicas histéricas que trataban de encontrar pareja a toda costa antes del baile.

Tuvo que soportar carcajadas, abrazos y muchos «te lo dije» cuando les contó a sus amigas algunos días después quién le había pedido ir al baile con él. Por más que ella insistió en que irían como amigos, no había logrado convencerlas ni hacerlas cambiar de opinión.

Hasta Maggie parecía contener en su cuerpo toda la ilusión existente en el mundo. Las dos habían pasado tardes enteras metidas en los probadores de cientos de tiendas buscando el vestido perfecto, mientras su tía le mandaba fotos de los trajes a su madre para que se sintiera incluida. Ella también se había emocionado mucho cuando se había enterado de que acudiría al baile de graduación como una más, aunque no le había hecho tanta gracia con quién. Aun así, después de repetirle también a ella mil veces que eran amigos, no le había quedado más remedio que aceptarlo, sobre todo porque no podía ir hasta allí a impedirselo, y tampoco quería empañar su felicidad ahora que la veía sonreír por primera vez en meses.

Después de días y días buscando, por fin habían encontrado el vestido perfecto en una pequeña boutique del centro. Maggie abrió mucho los ojos cuando la vio descender la cortina del probador, y se llevó una mano a la boca, incapaz de contener la emoción.

—Pareces... una verdadera princesa —le había dicho entre lágrimas—. ¡Dios, qué tonta! Me siento como si fueras a casarte.

Abby cogió la etiqueta que colgaba de un lateral del vestido y miró el precio, sintiendo como la decepción la invadía por completo. ¡Casi cuatrocientos euros! Era demasiado.

—Maggie, no podemos...

—Shhh —la hizo callar—, ni lo digas. Será mi regalo de cumpleaños atrasado. No podemos no llevarnos ese vestido. ¡Es el vestido! —dijo, poniendo mucho énfasis en sus palabras.

Abby no pudo más que sonreír. Pero una voz en su cabeza seguía empeñada en estropearlo todo, sin dejar de recordarse lo que podía y no podía hacer con Leo. Aun así, al final se había contagiado de la emoción reinante y, a fuerza de voluntad, había conseguido callarla.

No quería que se le notara pero, en realidad, se sentía ilusionada. Sí, era una *americanada*, y sí, para ella no tenía ningún significado romántico, a diferencia del resto del universo; sin embargo, como había dicho Leo, ¿qué más daba eso? Era su baile de graduación y era su graduación —si conseguía terminar el curso con todo aprobado, aunque, gracias a él, estaba bastante cerca de hacerlo—. Irían como amigos, y había encontrado un vestido maravilloso que le sentaba a la perfección y la hacía sentirse como una princesa recién salida de un cuento de hadas. ¿Qué había de malo en eso? Y ¿qué podía salir mal?

Pronto lo descubrió. La llegada de una carta inesperada dos días antes del baile hizo añicos su alegría, al igual que hizo ella con el sobre que la contenía.

Maggie dejó con cuidado el sobre abierto encima de la mesa de la cocina, donde Abby estaba terminándose el postre después de comer.

—¿Qué es eso?

—Ha llegado hoy —respondió su tía, con una mueca torcida.

Abby se metió la última cucharada de natillas a la boca y dejó la cuchara sucia sobre el envase vacío. Dentro del sobre había un único papel, doblado por la mitad.

—Es la citación para el juicio —le aclaró Maggie.

Abby pasó los ojos rápido por las escasas líneas del papel y, cuando encontró la fecha, levantó la mirada hacia su tía.

—Es el 26 de mayo —susurró—. Dentro de... tres días.

—Sí.

—¡Pero eso es el día después del baile! —elevó la voz.

—Lo sé, cariño. Pero no pasa nada —se apresuró a añadir—. No quiere decir nada, es un día como otro cualquiera.

Abby no sabía qué pensar, aquello lo cambiaba todo. ¿Cómo iba a divertirse en el baile con aquello rondándole la cabeza? Sin darse cuenta, había empezado a desmenuzarse en trozos minúsculos el sobre, ya solo quedaba entera la solapa. Miró el confeti de papel entre sus manos. Se levantó en silencio y, sin decir nada más, fue hasta su cuarto, cerró la puerta y apoyó la espalda en ella.

El vestido colgaba de la lámpara del techo dentro de su funda de plástico transparente. Se quedó mirándolo, sintiendo una opresión en el pecho que no había estado allí minutos antes. En un abrir y cerrar de ojos había perdido todas las ganas de ir. ¿Podría negarse ahora? No, no podía. Incluso Leo estaba más contento de lo habitual, y cada vez más emocionado conforme se acercaba el día. ¿Quién iba a decir que un chico se sintiera de esa forma por un simple baile de instituto? Incluso la había obligado a enviarle una foto del color exacto del vestido para comprarse una corbata igual. Puso los ojos en blanco al recordarlo. Iría, aunque sabía que no sería su mejor noche.



Los dos días siguientes pasaron demasiado rápido. En un abrir y cerrar de ojos, el día del baile había llegado. La mañana en el instituto fue un caos absoluto. Las chicas del comité de planificación, entre ellas Marga y Alexia, no pisaron la clase ni una sola vez, atareadas con los detalles de última hora. Hacía un par de días que nadie había podido entrar en el pabellón de deportes, y todas guardaban con celo el secreto de la decoración. Era una absoluta sorpresa. El resto de chicas del curso pasaron las seis horas de clase soltando gritos de emoción y saltando eufóricas, y los chicos no hacían otra cosa que comparar sus citas con las de los demás. Nadie pudo concentrarse en nada que no fuera el esperado baile.

Por la tarde, después de tomar una abundante merienda, Maggie la llevó a un salón de belleza para un completo: recogido, maquillaje y uñas, incluidas las de los pies. Abby pensó que era un gasto innecesario, pero su tía había insistido tanto que no pudo negarse. Por la ilusión que destilaba, parecía que fuera a ella a la que iban a recoger en unas pocas horas.

Cuando las chicas del salón terminaron de arreglarla, su tía le impidió mirarse en el espejo.

—Para que la impresión sea completa cuando te pongamos el vestido —le dijo, a modo de explicación.

Abby tuvo que prometer que no haría trampas para evitar que le pusiera una venda sobre los ojos.

Ya en casa, Maggie la ayudó a meterse en el vestido, con cuidado de no destrozar el recogido, y le subió la cremallera de la espalda. Antes de dejarla mirarse, retocó un poco el brillo de labios.

—¡Maggie, vamos! Leo debe estar a punto de llegar —se quejó, cada vez más impaciente y casi de los nervios. El reloj marcaba cinco minutos más de la hora a la que habían quedado.

—No te preocupes tanto. El chico siempre debe esperar un poco a la chica, por Ley.

—Sí, seguro que la Ley dice eso... —dijo con ironía en voz baja.

Lo último fueron las cuñas. Los zapatos había sido lo más difícil de encontrar, pues su pierna aún no estaba preparada para subirse en unos tacones de diez centímetros, pero tampoco podía ir con unas simples sandalias planas. Después de mucho buscar, finalmente habían encontrado unas cuñas en un tono blanco brillante con reflejos violáceos que le daban la altura perfecta para destacar sin peligro de torcerse un tobillo, y eran lo suficiente cómodas como para pasar mucho tiempo de pie.

—Con esto, podrás bailar toda la noche —había dicho Maggie después de probárselas ella misma.

Un minuto después, Maggie por fin la guio hasta su cuarto para que pudiera verse mejor en el gran espejo que había allí. Al principio, Abby miró su reflejo sin reconocerse en él. Apenas podía creer lo que sus ojos veían. El vestido le sentaba incluso mejor que cuando se lo había probado en la tienda, ya que ahora el bajo quedaba a ras del suelo gracias a los zapatos y no se arremolinaba entre sus pies. El escote en forma de corazón realzaba su figura. El maquillaje era muy natural, tal y como ella había pedido; pero resaltaba sus facciones, perfeccionándolas. El recogido era una verdadera obra de arte. La parte superior formaba una especie de nudo pequeño, y el resto de su melena caía en una gran cascada de rizos que le llegaba a media espalda. Nunca en su vida se había visto tan guapa.

Escuchó que Maggie sorbía con fuerza a su lado. La miró a través del espejo y vio que se había vuelto a emocionar. Su tía la miraba de arriba abajo con una gran sonrisa en la cara. Al final, se detuvo en sus ojos y sonrió.

—Cariño, no tengo palabras.

Ella le devolvió la sonrisa, en el mismo momento en que su tío Tom entraba en el dormitorio con algo entre las manos. Al verla, se paró en seco en la puerta, visiblemente asombrado.

—Si sigues mirándome así voy a terminar pensando que normalmente te parezco fea —bromeó ella.

Tom sacudió la cabeza.

—Vas a ser la más guapa de la fiesta. Leo ha llamado, está abajo.

Asintió con la cabeza y se dirigió a su cuarto para coger el móvil. El vestido llevaba una especie de bolsito interior con el tamaño justo para guardarlo. Necesitaba subirse la falda para sacarlo pero, de todas formas, no iba a usarlo en principio. Tan solo lo llevaba por si acaso. Después, se encaminó hacia la puerta de entrada, la abrió, pulsó el botón de la luz y comenzó a bajar las escaleras con mucho cuidado de no tropezarse. A medio camino se dio cuenta de que sus tíos la seguían unos pasos por detrás.

—¿Adónde creéis que vais? —Entonces reparó en el objeto que Tom portaba en su mano: una cámara de fotos—. No pensarás sacarnos fotos con eso, ¿verdad?

—Abby, tu madre quiere verte, así que no discutas —le riñó Maggie.

Ella suspiró y aceptó, retomando su descenso. Total, había cedido en tantas cosas ya que poco importaba una más. Tom la adelantó al llegar abajo para abrirla y sostenerle la puerta.

Leo estaba apoyado en su coche, con las manos en los bolsillos, pero se enderezó y se alisó la chaqueta cuando la vio salir del portal. Llevaba un traje negro clásico con una camisa blanca y, para sorpresa de Abby, la corbata que asomaba sobre la camisa era exactamente del mismo color violeta de su vestido. Tuvo que admitir que estaba muy guapo.

El chico se quedó boquiabierto cuando la vio salir del portal y acercarse a él. Estaba irreconocible y su vestido era espectacular —incluso un hombre podía darse cuenta de eso—. La falda violeta caía con vuelo desde la cintura, donde se unía al cuerpo del vestido, en tonos blancos. De la parte superior izquierda nacía un tirante en una tela semitransparente que se iba estrechando hasta perderse en su espalda. El cuerpo y el tirante estaban cubiertos de una especie de gemas ovaladas en tonos también violeta y nácar. Cuando se giró para decirles algo a sus tíos, pudo ver que el tirante se unía por detrás a la parte contraria del vestido, dejando la mayor parte de la espalda al aire libre, tan solo cubierta en parte por su larga melena que ahora se encontraba dividida en suaves rizos. Dios, con un vestido así, tendría que controlarse mucho para no tocarla más de lo debido. Por el momento, se veía incapaz de cerrar la boca.

Abby se detuvo a un par de pasos de distancia, esperando a que él hiciera o dijera algo. Por fin, Leo reaccionó y cruzó el espacio que les separaba, mirándola de arriba abajo.

—Guau, estás... realmente preciosa.

Se agachó y le dio un beso en la mejilla.

—Tú tampoco estás nada mal.

—Bien, una foto y podréis iros —dijo Tom a su espalda—. Antes de que tu tía inunde la calle —añadió por lo bajo, refiriéndose a Maggie, que no dejaba de llorar.

Tom levantó la cámara y los chicos se colocaron uno al lado del otro. Ambos se sentían cortados, sin saber muy bien qué hacer con las manos, pero al final Leo le pasó el brazo por la cintura. El *flash* de la cámara iluminó la calle unas cuantas veces antes de que Tom dijera que había terminado. Cuando volvieron a parpadear, los dos veían puntitos blancos por todas partes.

—Vale, vámonos —dijo Abby, rodeando el coche hacia la puerta del copiloto.

Leo reaccionó deprisa y la adelantó para sostenerle la puerta del coche.

—¡Que os divirtáis! ¡Haced muchas fotos! —gritó Maggie cuando empezaron a alejarse, mientras los despedía agitando efusivamente la mano.

Hicieron todo el camino hasta el instituto en silencio mientras Leo le dedicaba pequeñas miradas de reojo de vez en cuando; pero ella miró por la ventanilla durante todo el trayecto y, pocos minutos después, aparcó el coche frente a la puerta principal. Cuando apagó el motor pudieron escuchar tenuemente la música proveniente del pabellón. Un enorme cartel con una gran flecha colgaba sobre las escaleras principales rezaba: «Gran Baile de Graduación. Aquí». Algunas parejas subían entre risas en ese momento.

Abby se quedó paralizada. Sin querer, su mente había volado hasta el día siguiente. Leo se apeó y rodeó el coche para ayudarla a bajar. Por lo general, a las chicas les gustaban esas cosas, al menos así era en las películas, así que estaba haciendo todo lo posible por ser un auténtico caballero. Le abrió la puerta y le tendió la mano, que ella agarró para ponerse en pie. Al salir, sus ojos se encontraron un momento, y Leo notó que la expresión de la chica se había ensombrecido.

—¿Qué sucede? —preguntó. Temía que se hubiera arrepentido de ir con él.

—Ya sabes que mañana se decide todo.

Leo supo a lo que se refería sin necesidad de pedirle más explicaciones. Su madre también había recibido aquella citación para el juicio un par de días atrás. Sin embargo, no estaba dispuesto a que ese suceso siguiera estropeándoles la vida, oscureciendo cada momento que pasaban juntos. Le puso un dedo bajo la barbilla para obligarla a levantar la mirada.

—Abby, lo que tenga que venir mañana, vendrá. Eso no nos va a impedir pasarlo en grande esta noche —le dijo, tratando de infundirle ánimos.

—Pero ¿y si...?

—Pase lo que pase, estaré contigo. Te lo prometo.

Abby le sostuvo la mirada en silencio.

—¿Confías en mí? —le preguntó él, tendiéndole de nuevo la mano.

Abby sonrió y la agarró.

—Sí.

Capítulo Treinta y Cuatro

Entraron de la mano en el gimnasio y observaron con sorpresa el trabajo de las chicas del comité. No parecía en absoluto el mismo edificio donde tan solo unos días atrás habían dado las clases de Educación Física. El interior simulaba una noche estrellada. Habían instalado un pequeño escenario al otro lado de la sala, donde un grupo juvenil ya había empezado a tocar y su animada música resonaba por toda la estancia. Del techo colgaban cientos de estrellas minúsculas, que debían ser luces LED, e iluminaban tenuemente la pista de baile, en la que se agolpaban decenas de chicos y chicas que ya habían comenzado a bailar. En la entrada había un *photocall* con un fotógrafo contratado, donde las parejas hacían cola para echarse la primera foto de la noche. O la segunda, o la tercera; a saber. Más a la derecha habían colocado unas mesas alargadas que contenían las bebidas y diversos pasteles salados para picotear. La decoración era simple, pero producía el efecto deseado: aquella iba a ser una noche mágica.

Mientras contemplaba todo a su alrededor, Abby escuchó un grito a su espalda. Se dio la vuelta y vio que Marga y Alexia corrían hacia ellos, con sus respectivas parejas siguiéndolas por detrás a paso lento. Marga se lanzó a su cuello y la abrazó, con la alegría que la caracterizaba. Las tres alabaron los vestidos de las otras y se llenaron de piropos. Además, Abby las felicitó por el gran trabajo que habían hecho con la organización del baile. En ese momento, los chicos de la banda cambiaron de canción y, tras los primeros compases, a Marga se le iluminó la cara.

—¡Me encanta esta canción! —Agarró a su prima de la mano y tiró de ella hacia la pista de baile—. ¡Vamos a bailar!

Abby las vio alejarse y perderse entre los cuerpos. Leo carraspeó para llamar su atención, y se giró hacia él.

—¿Quieres bailar?

Ella aceptó con una sonrisa.

Bailaron hasta lo que le parecieron horas después, sin abandonar la pista de baile en ningún momento, pues incluso Leo había salido en un par de ocasiones para llevarle algo de beber. Después de tanto tiempo empezaba a sentirse acalorada entre tanta gente, y pensó que sería buena idea salir un rato del edificio. Se acercó a Leo para avisarle.

—¡Voy a salir a tomar el aire!

Tuvo que acercarse a su oído y elevar la voz para hacerse oír sobre el volumen de la música.

Leo le hizo un gesto, indicándole que saldría con ella.

Sortearon a varios compañeros que les bloqueaban el camino hasta la puerta y, cuando consiguieron salir, Abby inspiró profundamente, llenando los pulmones de aire fresco. Se alejaron un poco más del edificio y agradeció el cambio en el volumen de la música. Un continuo pitido se había instalado en sus oídos debido al sonido de dentro. Caminaban pegados, con sus brazos rozándose. Ninguno necesitaba decir nada.

La intensidad de la música cambió y comenzó a sonar una balada. Leo se detuvo y le ofreció la mano, invitándola. Ella se la tomó y colocó la otra mano en su hombro; él en su cintura. Se movieron al compás de la melodía, cambiando el peso de un pie a otro, mirándose a los ojos. De repente, un recuerdo voló a la memoria de él. Su relación había comenzado con mal pie por su culpa, y los remordimientos le obligaron a disculparse.

—Oye... Todavía siento lo que te dije aquel día, cuando volviste al instituto. Lo de que Adam no te aguantaba.

Abby tuvo que hacer memoria un instante. Habían pasado tantas cosas desde entonces que apenas recordaba el momento al que él se refería, hasta que se acordó. Tragó saliva.

—No te preocupes, en realidad tenías razón. Yo no estaba a su altura para nada. Él era tan perfecto, y yo... yo solo soy yo.

Leo no pudo evitar notar que era la primera vez que la chica usaba el pasado para referirse a su hermano; deseó que eso significara lo que él quería. Por otro lado, su sinceridad y su falta de confianza en sí misma le rompieron el corazón e hicieron que una ola de amor surgiera de él. Necesitaba protegerla, de todo, de todos, del mundo; pero, sobre todo, de sí misma.

—No. —La soltó y le sujetó la cara entre las manos—. Yo estaba equivocado. Tú eres perfecta, siempre lo has sido. Eres tan perfecta que no sé cómo no lo vi antes.

Sin pararse a pensar, agachó la cabeza, dispuesto a besarla de una vez por todas; sin embargo, un instante antes de rozar sus labios, ella retrocedió y se alejó de él.

—Leo, ¿qué estás haciendo? ¿Qué dices?

—Que te quiero. Que no pasa ni un solo segundo del día sin que te tenga en mi cabeza. Que los momentos en que estoy a tu lado son los más felices que he tenido en mucho tiempo. Que cada día que pasa estoy más desesperado por besarte. —Hizo una pausa para tomar aire—. Me he enamorado de ti.

Abby se quedó boquiabierta. En ningún mundo paralelo o realidad alternativa habría esperado una declaración tan directa y sincera como esa. Todo ese tiempo, y en contra de sus propios sentimientos, ella no le había ofrecido nada más que amistad. Creía que lo había dejado claro, y creía que él lo había entendido así. Pero allí estaban, en la puerta del instituto, vestidos de gala y era obvio que él esperaba algo más de ella. ¡Dios! Todo se estaba torciendo tan rápido que no iba a ser capaz de controlarlo.

—¡Pero dijiste que yo era una obligación para ti! —exclamó.

—Al principio era como una obligación, pero ya no lo es, ¡hace mucho que no lo es!

—No... no es posible... —Su voz fue apenas un susurro.

—Lo siento, ¿vale? —se disculpó Leo—. No he podido evitarlo. Yo tampoco buscaba esto.

Ella se quedó en blanco. No se veía capaz de afrontar nada de eso en ese preciso momento. Un terrible dolor de cabeza empezaba a asentarse en sus sienes y su cabeza amenazaba con explotar si seguía pensando a tal velocidad. Necesitaba serenarse, estar sola. Miró a ambos lados buscando una salida, pero no encontró nada ni a nadie a quien pudiera recurrir para huir de allí. Sí, huir; en el fondo, sabía que eso era lo que estaba haciendo: escapar de una situación que no podía controlar. Una que no debía dejar que avanzara por el camino que, de alguna forma, ella también deseaba.

—Creo que voy a dar una vuelta. Necesito despejarme y pensar.

Leo dio un paso involuntario hacia ella pero, antes de que pudiera acercarse más, añadió:

—Sola.

Se giró y echó a andar sin rumbo fijo y sin un destino en mente, simplemente siguió la calle. Sin darse apenas cuenta, caminó y caminó hasta que llegó al inicio del paseo que llevaba al mirador sobre el acantilado. Sin querer ir más lejos, se sentó a descansar en el primer banco que encontró. Le dolían los pies por la caminata. Agotada y sin saber qué hacer, dejó la mente vagar.

Capítulo Treinta y Cinco

Habían pasado dos horas desde que había permitido que Abby se marchara sola del baile. Había estado todo ese tiempo esperándola, sentado en una silla en el gimnasio, imaginando que aquellas parejas que se movían abrazados al son de la música eran, en realidad, ellos. Era más de medianoche y ya no esperaba que volviera; suponía que se había ido a casa tras su desastrosa declaración.

Había metido la pata hasta el fondo. Sabía que la chica necesitaba tiempo, debería habérselo dado; pero, en lugar de eso, había forzado la situación —algo que ya había decidido no hacer— y todo había salido del revés. «Eres un idiota». En las últimas semanas se lo había repetido tantas veces que empezaba a creerlo de verdad.

Estaba a punto de marcharse a casa cuando notó su teléfono vibrar dentro del bolsillo derecho del pantalón. Miró la pantalla, pero no reconoció el número. Normalmente no contestaba esas llamadas; sin embargo, esa vez decidió cogerlo; algo le dijo que lo hiciera. Descolgó y contestó.

—Hola, Leo. Soy Maggie. ¿Está Abby contigo? —respondió una voz femenina al otro lado.

—No, ya... —De repente, pensó en lo que iba a decir y rectificó. Si Maggie le preguntaba por Abby es que no había llegado a casa. A lo mejor había vuelto a la fiesta y él no la había visto. No había necesidad de preocupar a su familia sin motivo—. Sí, está en el baño ahora mismo. La fiesta se va a alargar más de lo previsto.

—Oh, de acuerdo, no pasa nada. ¡Pasáoslo bien!

Colgó la llamada y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo. Si Abby había vuelto estaría con sus amigas, a las que, por cierto, también hacía bastante rato que no veía. Dio un par de vueltas por la pista buscándolas, fue hasta los aseos y regresó, sin encontrarlas. De pronto las vislumbró a lo lejos, haciéndose fotos en el *photocall*.

—Chicas, ¿habéis visto a Abby? —preguntó cuando llegó hasta ellas.

—No, pensábamos que estaba contigo.

—Mmm, de acuerdo.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida.

—¿Va todo bien? —oyó que gritaba Alexia a sus espaldas, pero no se molestó en responder.

Salió al exterior y miró a ambos lados; ella no estaba por allí. Sacó de nuevo el teléfono y marcó su número, sin obtener respuesta. «Mierda». La había dejado irse sola y ahora no estaba allí ni en su casa ni atendía las llamadas. ¿Y él quería protegerla?

—¿En qué coño estabas pensando? —masculló, refiriéndose a sí mismo.

Corrió hasta el coche, abrió y arrancó en cuestión de segundos. Por lo menos había visto la dirección que había tomado la chica al marcharse, así que decidió seguir la calle y tal vez la encontrara por el camino. «Más te vale encontrarla», dijo una voz en su cabeza.

Por suerte, lo hizo escasos minutos después. La divisó sentada en uno de los bancos del paseo que llevaba al mirador. Menos mal que no había seguido hasta allí, pues no la habría visto desde la carretera y habría pasado de largo. Paró el coche y corrió hasta ella, que se levantó al verlo llegar. Cuando llegó a su altura lo primero que hizo fue abrazarla. Después le sujetó la cara con una mano y le apartó un mechón de pelo que se le había soltado del recogido con la otra.

—¡Dios, dime que estás bien! Me ha llamado tu tía, ¡pensaba que estabas en casa! Casi me

muerdo de la preocupación, ¿no puedes desaparecer así! —Hizo una pausa para respirar, pues le faltaba el aliento—. ¿Y es que no sabes contestar al teléfono?

Abby lo miró a los ojos sin poder decir nada, el nudo que le oprimía la garganta no le permitía hablar. La maraña se había enredado tanto que iba a ser imposible desliarla sin dejar algún nudo. Lo veía en sus ojos, y se sentía culpable por ello. Aun así, una parte de ella saltaba de pura alegría en su interior, por verle, porque había ido a buscarla y por lo que le había dicho unas horas atrás. Una parte, sin embargo, que estaba a punto de ser ahogada en lo más profundo de su ser.

Recordó a Adam. El de Adam había sido el amor fácil, por el que no tenía que luchar porque siempre lo había tenido, con el que lo tenía todo a favor y nada les impedía estar juntos. Pero, con Leo... con él todo era difícil. Abby se sentía nadando a contracorriente todo el tiempo, como un salmón que debe remontar el río que lo vio nacer. Luchaba por no mirarlo, por no tocarlo, por no quererlo, porque eso sería traicionar a Adam, y él había sido su todo. Antes, se había sentido bien imaginando sus conversaciones con él; ahora, ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que había aparecido, ¡y no quería dejar de verlo! A pesar de eso, sabía que, de seguir así, al final iba a dejarse llevar por Leo.

De repente, la imagen de Lucas ocupó su mente con la frase que se le había quedado grabada: «te arrepentirás de esto». Ya se había arrepentido una vez, no quería tener que hacerlo una segunda, no podía permitírselo. Debía proteger a Leo de él, y más ahora que lo más probable era que al día siguiente saliera por sí solo del juicio y fuera libre de hacer lo que quisiera. Lucas era peligroso, y la única forma de mantener a Leo a salvo era mantenerse alejada de él.

Aquella iba a ser la decisión más dolorosa de su vida, pero debía hacerlo para evitar un mal mayor. Para protegerlo, debía alejarse definitivamente de él y no mirar atrás.

Decidió terminar con la lucha y salir del río.

Le agarró las manos, se las bajó y se separó de él.

—No puedo seguir con esto —le dijo, mientras sentía como se le desgarraba el corazón.

—¿Qué? ¿Con qué?

—Con esto. Tú y yo.

—¿De qué estás hablando? Debería llevarte a casa...

Intentó acercarse de nuevo a ella, pero Abby levantó las manos, creó una barrera entre los dos para impedirle acercarse más.

—Por favor —suplicó con un hilo de voz—, no me lo pongas más difícil.

—Abby, por favor. Lo siento, siento mucho haberte dicho que te quería, lo olvidaré, yo...

—Es que el problema no son tus sentimientos, son los míos. ¡Dios, es que por ti cada vez hablo menos con él!

—¿Cómo? —preguntó Leo, cada vez más desconcertado.

—Uf, son... cosas mías. El caso es que me estoy olvidando de Adam, ¡le estoy olvidando!

Leo podía sentir el debate interno de la chica como si fuera el suyo propio, porque él también había querido luchar contra sus propios sentimientos antes de decidirse a aceptarlos.

—No lo estás olvidando, lo estás superando —intentó explicarle, pero ella ya no atendía a razones. Abby estaba cumpliendo su propósito, alejarlo todo lo posible de ella.

—¡No puedo superarlo! ¡No quiero! Se suponía que estaríamos juntos para siempre, ¿no es eso lo que siempre se espera? Si lo supero, ¡se irá para siempre!

—Abby, él ya se ha ido.

—¡No, tú no lo entiendes! Él sigue aquí, conmigo. Me dijo que siempre estaría conmigo. Me estás haciendo olvidar lo y, por eso, tengo que olvidarme de ti.

—¿Qué quieres decir con eso?

Leo dio un primer paso hacia atrás, perplejo. Abby sintió cómo se le retorcían las tripas, pero ya no podía retractarse. Con un último esfuerzo, terminó de soltarlo.

—Lo siento, pero no voy a verte más.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos, algo que no les había pasado hasta ese momento. Por su cara, supo que no le habría hecho más daño si le hubiera propinado un puñetazo. Leo frunció el ceño y asintió con la cabeza. Una, dos veces. Después, se dio la vuelta y se metió en el coche. Pasaron un par de minutos que parecieron horas, antes de que por fin pusiera en marcha el motor y se alejara de allí sin volver a mirarla ni una sola vez.

Con un suspiro, Abby se dejó caer en el banco, se recostó y se hizo un ovillo. Aquella estaba siendo la segunda noche más dura de su vida.

Capítulo Treinta y Seis

—Hace días que no apareces —dijo Abby, cuando Adam se sentó a su lado en el banco.

—*Porque no me necesitabas.*

Se incorporó de golpe, dispuesta a hacerle tragar sus palabras. No necesitaba más ataques por ese día.

—¡Claro que te necesito! Cada día, cada momento. ¿Cómo puedes decir que no?

—*Porque es la verdad, y lo sabes porque yo solo sé lo que hay en tu cabeza. Tú también lo has pensado* —respondió Adam, enfrentándose a su mirada.

—Pero yo te quiero...

—*Y yo a ti, Abby, pero tienes que despertar.* —Adam acercó mucho la cara a la de ella y gritó —: ¡YA!

Abby despertó y se incorporó de golpe en el banco. Había sido un sueño. Debía haberse dormido sobre la madera después de irse Leo. De repente, tuvo que entrecerrar los ojos porque los faros de un coche la apuntaron directamente a la cara, deslumbrándola. Pensó que el chico había vuelto para llevarla a casa, y se alegró por dentro.

Nada más lejos de la realidad.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la potente luz distinguió el color rojo del deportivo que había frente a ella y empezó a temblar. Ahora sí que estaba sola.

—¡Por fin! —escuchó la voz de Lucas, seguida de un portazo. Su silueta apareció recortada delante de los faros con los brazos en jarras, oscurecida por el potente contraluz—. Pensaba que ese capullo no iba a marcharse nunca. Deberías saber que ha sido difícil encontrarme a solas contigo, siempre andabas con ese tío. Deberíamos haber tenido esta conversación hace mucho tiempo. Si en el último interrogatorio hubieras dicho lo que yo esperaba que dijeras, y realmente lo esperaba, todo esto habría acabado mucho antes y podríamos haber vuelto a nuestra antigua vida. ¡Pero, chica, parece que te gusta complicar las cosas! Esta noche era mi última oportunidad para solucionar este tema contigo y, mira por donde, aquí estamos, solos. Al parecer, la suerte sigue de mi parte.

Abby miró desesperada a todos lados, buscando una salida, aunque no había nada que pudiera hacer para escapar de allí. Decidió seguirle la corriente mientras pensaba qué hacer.

—No sé a qué te refieres.

—Ya me lo imagino... Pero, antes de nada, ¿nunca te has preguntado cómo pudo ser que casualmente ocurriera el accidente contigo cerca de la casa de ese tipo?

En realidad, Abby se había preguntado eso millones de veces. Esa pregunta le había quitado el sueño durante meses, pues no sabía cómo él había logrado encontrarla. Ni siquiera les dijo a sus antiguas amigas que iba a mudarse, ni mantuvo el contacto con ellas. La única que lo sabía era su madre, pero ella no sabía que Lucas existía, así que no veía la relación entre ellos dos. No tuvo que intentar descubrirlo durante mucho más, pues Lucas parecía más que dispuesto a contárselo todo.

—En realidad, encontrarte fue una súper casualidad —hizo énfasis en la palabra súper—, de esas que solo suceden una vez en la vida. Resulta, no sé si te acordarás, que uno de mis primos juega al fútbol. Casualmente, el año pasado entró al instituto ese de pijos religiosos... el Ciudad

de Dios. Entró en el equipo de fútbol y, ¡por casualidad también!, llegaron a la final contra el tuyo. Ese día me pidió que fuera a verlo, estaba seguro de que ganarían gracias a él.

»Como ya podrás imaginarte, yo estaba allí, entre el público en las gradas, viendo el partido. Por desgracia, fue el equipo contrario el que ganó. Una chica saltó al campo en cuanto sonó el final del partido. Bueno, mucha gente lo hizo, pero una en especial, corrió a besar al capitán. Era imposible no fijarse en ti, dado que todo el mundo os silbó. Aun así, tengo que admitir que me costó reconocerte. Nunca te había visto con flequillo, y hacía tiempo que no veía tu cara. Aunque sí, sin duda, eras tú.

Abby recordó ese día como si volviera a vivirlo en ese momento.



Los católicos iban empate, necesitaban un gol para ganar la liga y quedaban cinco minutos de partido. La gente empezó a desanimarse; pero, en el minuto ochenta y siete, tras un pase magistral de Leo, Adam marcó el punto de la victoria.

Abby derrochaba felicidad. Ella y sus amigas se abrazaron, gritaron y hasta lloraron de emoción. Cuando el árbitro dio por finalizado el partido, todo el mundo se lanzó al campo a celebrarlo y ella corrió a los brazos de Adam, que la alzó por la cintura y la besó mientras giraba sobre sí mismo.



—Te reconocí por tu sonrisa. La recordaba a la perfección y, Dios, te había estado buscando, ¿sabes? Pero estabas besándolo y me dieron ganas de matarlo allí mismo.

A Abby se le puso la piel de gallina al oír esas palabras. Necesitaba salir de allí cuanto antes. Lucas no paraba de andar de un lado a otro y apenas la miraba. De repente, se acordó del móvil. Con mucho cuidado para no llamar su atención, se levantó despacio la falda por detrás, haciendo como si se estuviera acomodando, y tanteó hasta encontrar el bolsito oculto. El botón se le resistió, pero al final consiguió abrirlo.

Sacó con cuidado el móvil. Hizo un ovillo con la parte trasera del vestido y lo escondió entre las arrugas, manteniéndolo a su espalda. No podía mirarlo, pues él se daría cuenta enseguida y se lo quitaría, pero sabía que solo necesitaba desbloquearlo y apretar dos veces el botón de llamada para que marcara la última hecha o recibida. No recordaba quién había sido, así que tan solo deseó que, quien fuera, escuchara el teléfono y descolgara a pesar de la hora. Tanteó el lateral del aparato hasta que encontró el botón de desbloqueo y lo pulsó. Después, hizo lo mismo dos veces con el de llamada, y esperó no haberse equivocado de tecla.

Por su parte, Lucas seguía con su monólogo.

—Obviamente, necesitaba saber todo lo que pudiera sobre el tipo con el que salías, así que hice preguntas, investigué su entorno, hasta que di con él y, al mismo tiempo, contigo. Las semanas y meses posteriores, me dediqué a seguiros. Sabía todo lo que hacíais, dónde y cuándo lo hacíais y con quién lo hacíais. Me convertí en vuestra sombra. Hasta que, un día, vi mi oportunidad.

—¿Tu oportunidad para qué?

—¡Para que volvieras conmigo, por supuesto! —Lucas trató de explicarse mejor ante la cara de confusión de ella—. Ya sabes... estrellé mi coche... No fue una cosa deliberada, es obvio. Simplemente, se dio la ocasión.

»Estaba dando una vuelta por allí, esperaba a que salierais de su casa, cuando os vi cruzar la calle y, lamentablemente, mi pie resbaló y pisó un poco de más el acelerador. Sabía que él

intentaría protegerte, os había seguido lo suficiente como para conocerlo bien, así que eso estaba cantado. Lo que no podía imaginarme es que entonces tú te tirarías a los brazos de ¡su propio hermano! —exclamó, y dio un par de palmadas—. Eres una buena zorrita, ¿eh? Quién lo iba a decir. De todas maneras, sentí mucho que tú sufieras daños; créeme, hasta me dolió. Un poco. Pero, ya sabes lo que dicen: daños colaterales.

—Estás loco.

—Estaba nuevo el cabrón... mi coche, quiero decir. Así que, mientras lo arreglaban, tuve que pedir prestado otro. Esa preciosidad pelirroja —dijo Lucas, sin hacer caso al comentario de Abby. Golpeó con la palma de la mano el capó del coche—. Y, bueno, el resto ya lo sabes.

Los recuerdos del accidente se agolparon en su memoria sin control. Todo lo que había tratado de retener hasta ese momento, las imágenes, el dolor, pugnaba por abrirse paso hacia la superficie, hasta que no pudo contenerlo más.



Estaban aún en su casa cuando llegó la hora de irse y Adam, como siempre, se ofreció a acompañarla hasta la suya dando un paseo. Podrían haber ido en coche, como hacían normalmente, pero ese día decidieron caminar. Pura casualidad.

Cuando llegaron a la carretera principal el semáforo peatonal ya se encontraba en verde, así que empezaron a cruzar. Cada uno llevaba uno de los dos auriculares conectados a su iPod en una oreja. Iban cantando de la mano, riéndose, así que no vieron el semáforo parpadear ni cambiar a rojo, pero ya se encontraban en medio de la carretera.

Adam fue el primero en oír y ver el coche, porque vino por su lado. Le dio un empujón a Abby hacia atrás para apartarla, sin llegar a conseguirlo del todo. Aun así, gracias a eso, el coche solo le pasó rozando. Acabó a varios metros del paso de peatones cuando su cabeza se estrelló contra el asfalto. Al principio, perdió la noción del tiempo y del espacio, sentía el mundo girando bajo ella, no sabía dónde estaba y un fuerte pitido era todo lo que oía.

De repente, gritos amortiguados. Consiguió incorporarse con mucho esfuerzo. Adam no estaba. No sabía dónde estaba. No lo veía. Lo buscó y al final lo distinguió en medio de la carretera, solo un oscuro bulto a lo lejos. El coche debía de haberlo arrastrado hasta allí. Estaba bocarriba y no se movía, y un charco comenzaba a formarse a su alrededor. Un charco oscuro y espeso que no tenía pinta de agua.

Abby intentó levantarse; en ese momento sintió el dolor por primera vez. Ese dolor, como si le estuvieran atravesando la pierna con una taladradora. Sin mirar, se la sujetó con las dos manos, ahogando un grito, y notó el hueso sobresaliendo de la piel y un líquido caliente y viscoso escurriéndose entre sus dedos. Pero necesitaba llegar hasta él, así que se arrastró como pudo, a pesar del dolor, de las náuseas y de tener la vista nublada.

Distinguió un par de personas agachadas al lado de Adam. La mujer se levantó y corrió hacia ella. Abby creyó escuchar que le pedía que no se moviese, pero ella continuó arrastrándose. La mujer gritó algo al hombre, que también acudió a su lado e intentó sujetarla. Le pareció que ella misma empezaba a gritar.

Entonces llegó la ambulancia. Abby vio a los médicos correr hacia Adam, todo transcurría como a cámara lenta. El hombre y la mujer seguían sujetándola cuando llegó una segunda ambulancia y los médicos que se bajaron fueron hacia ella. Los otros habían sacado ya el desfibrilador. Pusieron las palas sobre el pecho desnudo de Adam y Abby vio su cuerpo elevándose con cada descarga eléctrica, mientras los suyos luchaban contra su lucha, intentando retenerla, ayudarla, cortar la hemorragia mientras ella no dejaba de patear.

*Y de repente, los otros se detuvieron.
Y Adam no se movió nunca más.
Y uno de ellos miró el reloj que llevaba en la muñeca.
Y el mundo se volvió negro a su alrededor.
Y creyó que estaba muerta.
Pero no lo estaba.*



Empezó a hiperventilar. Su corazón latía tan deprisa que parecía un tren al borde del descarrilamiento, y el dolor que sentía en el pecho estaba a punto de partírsele en dos.

—¡Puff, debería haber sido tan fácil! —continuó Lucas—. Solo tenía que decir que fue un accidente y tú, siendo lista, dirías lo mismo y volverías conmigo. ¡Pero no! La zorrilla tenía que seguir jugando y saltar a otra cama. Dime, ¿a cuántos más te tiraste mientras estuviste aquí perdida? Porque a mí apenas me dejabas tocarte...

»En fin, ya da igual, aun así, te perdonaré. Aquí se acaba el juego. Mañana vendrás conmigo y, en el juicio, dirás lo que tendría que haber soltado esa boquita tuya desde un principio: que todo fue un accidente y que me perdonas y todo ese rollo.

—¿Y por qué iba a saber si fue un accidente o no? ¿Qué importa lo que crea? —soltó Abby—. Y, ¿perdonarte? Eso jamás.

—Vamos, si es solo un pequeño paripé. Tú eres la víctima, tu declaración juega mucho a mi favor... o en mi contra. Si ven que incluso tú has sido capaz de perdonarme, serán más indulgentes conmigo. Y más con esa arpía de jueza que nos ha tocado. ¿Ves? Con eso sí que no tuvimos ninguna suerte.

—No voy a hacer nada de eso.

—Sí, sí que lo harás. —Sus palabras sonaron como una amenaza que no tardó en materializarse. Lucas se acercó a Abby y puso su cara a la altura de la de ella. Sus ojos eran como dos profundos pozos negros sin vida ni emoción alguna. Abby sintió náuseas cuando le llegó el amargo aroma a tabaco de su aliento, y se odió por haber estado con él en el pasado—. Lo harás y, luego, volverás conmigo a casa.

»Porque, si no lo haces, si te desvías tan solo un poquito de lo que te estoy diciendo —juntó los dedos índice y pulgar—, voy a empezar por pegarle una paliza de muerte a tu nuevo amiguito. Después, a esa tía tuya que está como un tren, con la que vives ahora. Y después, a tus dos amigas, las que siempre van juntas. Y más tarde seguiré con todos y cada uno de tus familiares y amigos, y cualquier otra persona en quien puedas pensar. Tu madre le gusta demasiado a mi tío, así que la dejaremos de lado. Por el momento.

En ese momento, a Abby le pareció escuchar una sirena a lo lejos que se acercaba con rapidez.

—Eres un cerdo. Y un asesino.

—Eso, cariño, no se va a poder demostrar.

—Me parece que sí —respondió ella, sacando de entre su falda el móvil que había estado escondiendo hasta ese momento.

De repente, un coche de policía tomó la curva derrapando y quedó a la vista. Llegó hasta ellos en cuestión de segundos y bloqueó el paso al deportivo rojo. Del mismo se apearon dos agentes, un hombre y una mujer.

—¡Aléjate de la chica! —gritó el hombre.

Ambos corrieron hacia Lucas, que no daba crédito a lo que acababa de pasar. Estaba tan conmocionado que ni siquiera trató de resistirse.

—¡No estaba haciendo nada malo! —gritó cuando sintió que le esposaban las muñecas a la espalda.

—Cariño, tienen la grabación de todo lo que has dicho. Yo de ti no diría nada más que pudiera agravar tu situación —le respondió la mujer.

De inmediato llegó otro coche del que salieron dos policías más y, de la parte trasera, sus tíos, que corrieron a abrazarla. Maggie, con los ojos llenos de lágrimas, le apartó el pelo, que se le había soltado del recogido, de la cara para verla bien.

Por último, paró a varios metros de distancia el único vehículo que realmente deseaba ver, del que salió Leo. Abby lo vio a lo lejos, pero el chico no se acercó. Se limitó a observarla desde la distancia y, a los pocos minutos, se marchó tal y como había llegado.

Leo recibió una llamada a altas horas de la madrugada, tiempo después de haber dejado a Abby en el mirador. Estuvo tentado de ignorarla y no contestar, tan enfadado como estaba con ella, así que aguantó la llamada hasta el último tono; pero, al final, descolgó. La voz que escuchó al otro lado, un poco lejana y amortiguada, lo dejó helado.

Estaba claro que no era la voz de ella y, tras un pequeño esfuerzo, lo reconoció. ¡Era Lucas! Ese cabrón estaba con Abby, y no parecía saber que él lo escuchaba. Ella le estaba pidiendo ayuda.

Escuchó algo sobre el juicio, el nombre de su hermano, partidos de fútbol... Le pareció que aquello era importante, así que se quitó el teléfono de la oreja para poder ver la pantalla y pulsó el botón de la grabadora. Además, puso el altavoz mientras se vestía a toda prisa. Unas pocas frases después, ya había escuchado lo suficiente. Corrió al salón y marcó el número de emergencias en el teléfono fijo. Cuando terminó de darle todos los detalles a la operadora, y tras insistirle mucho en el peligro de la situación, colgó y marcó el número de la casa de los tíos de Abby.

Después, se subió a su coche y volvió al mirador.

Capítulo Treinta y Siete

Como era obvio, el juicio no se realizó al día siguiente. Tal y como le explicó su abogado, a la vista de las nuevas pruebas —la grabación donde Lucas reconocía haber provocado el accidente— y los nuevos delitos que podrían imputársele —homicidio doloso en lugar de imprudente y las amenazas proferidas contra ella, sus familiares y amigos—, iban a necesitar tiempo para realizar una instrucción complementaria del caso. Sin embargo, esa misma noche la policía lo detuvo y, gracias a esas amenazas y a que Abby por fin contó todo lo que había vivido con él, así como la persecución y el acoso a los que la había sometido en los últimos meses, su abogado pudo solicitar la prisión provisional para él, que la jueza acordó al día siguiente sin fianza. Así, al menos, no tendrían que preocuparse por él durante una larga temporada. Ya no podría volver a hacerles daño.

Su madre regresó del pueblo esa misma noche, hecha un manojo de nervios y de preocupación, decidida a no volver a separarse de su lado nunca más. Se sentía una madre pésima por no haber descubierto antes la verdad oculta tras las palabras de su hija y por no haber sabido interpretar mejor sus silencios. Pero también se sentía contenta porque parecía que todo se estaba solucionando. Al final, solo pudo quedarse unos días antes de volver de nuevo al trabajo. La noche antes de marcharse, Abby se despertó de madrugada y se la encontró durmiendo encogida a los pies de su cama.

Por supuesto, todo el mundo en el instituto se enteró de lo ocurrido la noche del baile. En el instituto y en el país entero, pues la noticia pronto saltó a la prensa y los telediarios, que la repitieron al día siguiente, y al otro, y cada día durante la semana que siguió. Como si no hubiera pasado nada más en el mundo que fuera más importante o digno de contar.

Cuando volvió a clase el lunes siguiente, fue un auténtico descontrol. Todos querían escuchar de sus labios lo que había sucedido en el mirador, invadidos por un intenso sentimiento de morbo colectivo. Durante el fin de semana había dudado mucho sobre si regresar o tomarse un par de días libres hasta que se calmaran los ánimos, pero estaba en la recta final del curso y no quería echarlo todo a perder.

Además, una vez allí, toda la atención recayó sobre ella, porque los días siguientes Leo no apareció por el centro. Lo había visto el viernes en el juzgado, acompañado por su madre, quien, después de saber todo lo ocurrido, incluso se acercó y mantuvo una pequeña conversación con ella en la que se disculpó, con evidente arrepentimiento, por cómo la había tratado el día que fue a su casa. Leo no se acercó ni cruzaron ninguna palabra. Se miraron a lo lejos, cada uno en un extremo de la sala de espera, igual que la noche anterior, pero eso fue todo.

Se sintió sola esos últimos días, y fue difícil concentrarse en las clases mientras el resto de sus compañeros la bombardeaban a miradas muy mal disimuladas, pero siempre pudo contar con el apoyo de sus dos amigas, que no se separaron de su lado en todo ese tiempo. Los profesores incluso hicieron una excepción con ellas y les permitieron unir tres mesas para poder sentarse juntas.

A pesar de que sabía que debería sentirse aliviada por haberse librado de Lucas y por saber que recibiría su justo castigo, no era así. Su mente se veía invadida con demasiada frecuencia por la imagen de Leo, y el recuerdo de las últimas palabras que le había dicho la atormentaba, hasta el

punto de provocarle pesadillas. Cada noche revivía ese momento y, aunque deseaba cambiar sus palabras, siempre terminaba sucediendo lo mismo.

Cada mañana lo buscaba al entrar en clase y, cada mañana, su ausencia la decepcionaba un poco más. No soportaba sentirse así. Eso era lo que ella había querido, ¿no? Casi lo había apartado de su lado a empujones, había hecho lo que ella misma se había propuesto, nadie la había obligado a separarse de él. Casi le había suplicado que la dejase en paz. Y, a pesar de eso, no se sentía mejor. Es más, estaba incluso peor. Lo echaba de menos, y no quería hacerlo. Sus ganas de verlo se estaban convirtiendo en una necesidad casi física. Tampoco quería, pero su cuerpo había decidido necesitarlo como nunca antes había necesitado a nadie.

No podía hacer nada al respecto. Coger el teléfono para llamarlo y escribirle estaba descartado; le daba tanta vergüenza que apenas se había atrevido a planteárselo en serio.

Hasta que, casi dos semanas después del baile, bien entrada la noche se produjo la llamada que ya no esperaba recibir. Fuera estaba cayendo un buen aguacero, y Abby se encontraba en la cama viendo una película cuando sonó el teléfono. Se quedó atónita al leer el nombre que parpadeaba en la pantalla, pues ya casi se había hecho a la idea de que no volvería a hablar con él. Tardó tanto en contestar que la llamada se cortó, pero al momento el teléfono volvió a cobrar vida; esta vez sí que lo cogió.

—Te llamo para despedirme —dijo Leo al otro lado de la línea—. Me marcho de la ciudad, mañana por la mañana. Quería que lo supieras.

Abby se quedó callada un momento, asimilando sus palabras. Ante su silencio, Leo volvió a hablar.

—Bueno...

—¿Te vas? —interrumpió Abby—. ¿Cómo que te vas? ¿A dónde? ¿Hasta cuándo?

—No voy a volver —respondió Leo, por toda explicación.

—¿Por qué?

—No puedo seguir aquí, Abby. Hay tantas cosas que me recuerdan a él... y a ti. Hice todo lo posible, todo lo que él habría querido de mí, ¿y a dónde me condujo eso? A enamorarme de su novia —dijo con voz angustiada—. Esté donde esté, tiene que estar descojonándose de mí.

—Leo, escúchame.

Abby empezó a sentir la imperiosa necesidad de detenerlo. No sabía cómo, pero tenía que hacer que Leo siguiera hablando con ella, hacerlo cambiar de idea antes de que fuera demasiado tarde. La certeza de que si colgaba el teléfono lo perdería para siempre la invadió. Mientras había sido ella la que había mantenido esa puerta cerrada, siempre había quedado una ventana abierta, aunque ella no se hubiese dado cuenta hasta ese momento. Sin embargo, ahora, era Leo quien se estaba despidiendo, era él quien le decía a ella que no, quien se daba por vencido, quien se alejaba para no regresar.

Le dolió. Lo sintió con una intensidad que no creyó que pudiera volver a sentir por nadie. Ella había estado rota, y él la había arreglado. Había recompuesto los pedazos de su moribundo corazón, y ahora este amenazaba con volver a hacerse añicos sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Incluso podía escuchar las grietas resquebrajándose un poco más con cada una de sus palabras.

—No tienes que decir nada más, la decisión está tomada. Aquí ya no me retiene nada. Solo necesito despedirme de una persona más. —Leo hizo una pausa, mientras Abby intentaba encontrar las palabras adecuadas, que no llegaron a tiempo—. Pensaré en ti.

Al otro lado del teléfono la línea quedó en silencio, únicamente roto por el típico pitido que significaba el final de la llamada. Leo había colgado.

Se quedó mirando la pantalla negra del teléfono, destrozada por dentro. Destrozada por perderlo a él también. Había necesitado eso para darse cuenta de que no quería estar sin él.

Levantó la mirada y, de pronto, Adam apareció delante de ella, sentado a los pies de su cama.

—*Ve* —le dijo, mientras la miraba con una sonrisa triste en la cara.

—No puedo dejarte.

—*No lo harás. Pero tienes que seguir adelante, tienes que seguir con tu vida. Es lo que quiero.*

Entonces, Abby notó algo cálido y húmedo recorriéndole las mejillas. Se sorprendió, eran lágrimas. Después de tanto tiempo, tantos meses, estaba llorando y, así, de esa manera, se dio cuenta de que todo había terminado.

—No voy a volver a verte, ¿verdad?

Adam se acercó y se sentó a su lado. Era la primera vez que lo hacía desde que aquella pesadilla había comenzado, la primera vez que lo tenía tan cerca de ella.

—*Siempre me tendrás contigo. Pero ahora tienes que irte. Él te necesita, y tú a él.* —Levantó la mano y le acarició la cara con el dorso. Abby cerró los ojos y pudo jurar que, a pesar de saber que no era más que un producto de su imaginación, sintió su tacto en su rostro, por última vez—. *Siempre te querré, Abby.*

Cuando volvió a abrir los ojos Adam se había ido. Por fin, había podido despedirse de él.

Se levantó de la cama, agarró la sudadera que había encima de la silla y corrió hacia la puerta. Sus tíos, que veían la tele en el sofá, la vieron pasar y se miraron extrañados. Abby salió al descansillo, cerró de un portazo y bajó las escaleras de dos en dos, mientras se metía la sudadera por la cabeza. Un tramo más arriba, escuchó abrirse de nuevo la puerta y a Maggie gritar hacia el hueco de la escalera.

—¡Abby, está diluviando ahí fuera! ¿Se puede saber a dónde vas?

Se lanzó hacia la húmeda noche sin detenerse y echó a correr, todo lo rápido que le dejaba su pierna. Enseguida se encontró calada hasta los huesos, pero no le importó.

Sabía de quién tenía que despedirse Leo, y sabía a dónde iría a hacerlo.

Bueno, en realidad, podían ser dos sitios: el cementerio y el lugar del accidente, pero deseó haber acertado con el segundo, ya que no tenía forma de llegar hasta el primero en mitad de la noche y, además, supuso que estaría cerrado. Tan solo esperaba que siguiera allí para cuando ella llegara.

Meses después, todavía no había sido capaz de enfrentarse a aquel lugar. Si tenía que pasar andando, había dado un rodeo para no hacerlo, y las pocas veces que el coche en el que iba se había acercado a él, había cerrado los ojos para no ver nada. Si no lo veía, no existía; así pensaba antes. Pero no era cierto, y ya era hora de enfrentarse a sus demonios. Era la última frontera, el último muro por derribar. Tenía que hacerlo por Leo, lo haría por él, y tuvo la firme certeza de que no habría podido por nadie más.

Apenas sin darse cuenta llegó al lugar y lo vio a lo lejos, sentado en la mediana, con la barbilla entre sus brazos apoyados sobre las rodillas y con la mirada perdida en el suelo. Se acercó y, poco después, él también la vio. La observó extrañado un momento, como si se tratara de una sorprendente aparición. Cuando estuvo seguro de que era ella de verdad se levantó, cruzó la carretera y se detuvo a pocos pasos.

—¿Qué haces aquí?

—He venido por ti —respondió, un poco cohibida, pues no conseguía descifrar la expresión de su cara.

Leo la miró de arriba abajo con dureza.

—Estás empapada.

—Tú también.

Incapaz de contener las lágrimas por más tiempo, empezó a llorar de nuevo.

—¿Estás llorando?

—No podía perderte a ti también.

De repente se movió un poco de aire frío, una ráfaga de viento que le revolvió el pelo y, casualmente, la empujó en su dirección. Entonces, la cara de Leo cambió, se relajó. Se rindió. Cruzó en dos pasos el espacio que los separaba y se detuvo casi pegado a ella, mirándola desde arriba. Tan cerca que Abby pudo sentir su calor envolviéndola. Sus dedos rozaron su mejilla con suavidad, atrapando una lágrima perdida.

El sonido del viento y la lluvia a su alrededor fue todo lo que oyó cuando Leo, por fin, se agachó y la besó. Cuando, por fin, volvió a la vida.

Epílogo

Ha pasado un año desde que Adam murió, pero solo tres meses desde que dejé de verlo.

Leo me dijo una vez que la vida era lo que pasaba mientras esperaba al viento, y que ella no iba a esperarme a mí. A veces nos aferramos a instantes que, creemos, nos hacen felices, sin darnos cuenta de que lo único que consiguen es hacernos vivir en el dolor del recuerdo. Él me hizo abrir los ojos a esa realidad.

Creo que fue entonces, aunque no me diera cuenta en ese preciso instante, cuando dejé de luchar en su contra y comencé a hacerlo a su favor. A favor de la vida.

Él sigue conmigo. Lo necesito; pero, sobre todo, lo quiero, de una forma absurda y completamente absoluta. Necesité creer que iba a perderlo para siempre para entender que no podía dejar que eso pasara, para darme cuenta de lo que sentía por él. Ahora, Leo es el barco que me mantiene a flote, quien me sujeta bien fuerte para que no vuelva a perderme de mí misma. Quien tira de mi mano para hacerme avanzar, a pesar de las dificultades. El «algo bueno» que me trajo el viento.

Al final, mi vida siguió su curso, tal y como debería haber hecho desde un principio. Lenta pero inexorablemente hacia delante. Y a veces rápida, como en este momento.

Adam me enseñó a amar la vida, y Leo a luchar por ella; a querer hacerlo. Aunque sé que algún día seré capaz de hacerlo sola, de momento, él está a mi lado.

Ahora sé lo que quiero. Quiero vivir. Quiero hacer algo con mi vida. Todavía no sé exactamente el qué, pero tengo mucho tiempo por delante para pensar en ello y averiguarlo. Y, quién sabe, quizá termine siendo algo importante.

Como he dicho, hace un año que Adam murió, y aquí estamos, en el lugar donde sucedió, donde todo terminó y volvió a empezar. Encontré una nueva vela verde que ahora yace encendida sobre la carretera. Su luz nos ilumina y nos cubre como un gran manto de esperanza. Porque, al final, Adam tenía razón: la esperanza no muere, nunca se pierde, te sigue allá donde vayas, aunque no quieras. Aunque no lo creas. Siempre está contigo.

Siento cómo me resbalan un par de lágrimas por las mejillas, mientras Leo me pasa un brazo por los hombros. Me las seco con el dorso de la mano, mientras esbozo una sonrisa. Hoy no es día para llorar.

Hoy no lamentamos su muerte.

Hoy celebramos la vida.

Agradecimientos

Primero de todo me gustaría explicar que escribir un libro, o hacer cualquier otra cosa, con un bebé, es difícil. Y lo es porque, mientras tú intentas hilar una palabra con otra, intentando crear algo que no sea un completo desastre, ella está abriendo los cajones del escritorio y vaciándolos en el suelo, tirando los libros de las estanterías más bajas y rompiendo las portadas, atropellándote los tobillos con el tacatá, revolcándose con la perra o, simplemente, berreando sin parar.

Por eso, en primer lugar, quería dar las gracias a mi madre Maricruz, a mi hermana Delia, a mi suegra Carmen y a mi cuñada Victoria, porque son las que más han tenido que aguantar a Elsa para que yo pudiera cumplir mi sueño y concluir esta historia, incluso perdiéndose muchas y preciadas siestas, y todos sabemos lo poco que le gusta eso a cualquiera.

A mis padres, por todos los sábados de biblioteca, por enseñarme a amar la literatura y llenar mi vida con miles de historias inolvidables; por haberme animado siempre a perseguir mi sueño; y por su constante cariño y apoyo. También a mi tío Ramón, que siempre estuvo encantado de que me gustara escribir, aunque empezaron siendo guiones absurdos para pelis. Y al resto de mi familia, a todos, gracias.

A Alex, que ha soportado estoicamente el atronador sonido del teclado hasta altas horas de la madrugada en los últimos meses, y lo que le queda. La próxima vez, compraremos uno con silenciador.

A mis comentaristas de textos, por todo el follón que les di con mis interminables dudas sobre los aspectos técnicos jurídicos, que supieron resolver de la mejor forma posible; también a mis primeras *lovers*, ellas saben quiénes son. Y, sobre todo, a Eva, mi Pepita Grilla en esto de escribir, quien se ha pasado meses animándome cada día y, al mismo tiempo, exigiéndome más y más; la que ha aguantado sin quejarse cada uno de mis cambios y dudas, ¡incluso con la dedicatoria!. Por tus continuas broncas ante la falta de capítulo nuevo, esta historia también es tuya.

A mi padre, por la primera revisión y corrección crítica que tuvo *Esperando al viento*, cuando publicarla no era más que un sueño.

A mi gran amigo Jorge, quien empezó siendo un referente para mí como escritor, esa persona en la que algún día querría convertirme pues, lo que él hacía, era también mi sueño, y quien, desde el primer momento en que supo que comenzaba esta carrera de fondo que es el mundo de la literatura, no ha dejado de darme ánimos y consejos de valor incalculable.

A mis chicas de Murcia Romántica: Ailina Shebelle y Judith Romero, por ser las mejores compañeras de aventuras que una podría desear. También a todos los socios de la Asociación, porque las experiencias de cada uno de ellos se convierten en un aprendizaje constante para mí.

Mención especial a Aeryn Anders, mi agente literaria a efectos prácticos, además de correctora, consejera, socia, animadora... Hiciste que recuperara la confianza en mí misma y me diste la fuerza y las herramientas que necesitaba para salir del bache.

También a todo el equipo de Ediciones Libro Azul, por darle a esta historia la oportunidad y la casa que se merecía desde el principio. ¡Y por esa portada que parece literalmente extraída de mi cabeza!

Dejo el agradecimiento más importante para el final. A ti, lector, que has decidido reservar un poquito de tu tiempo para leer esta novela, dándole una oportunidad, y la has dejado entrar en tu vida.

GRACIAS.

Biografía

Alba Cayuelas nació en Murcia una soleada mañana de primavera de 1990, donde creció rodeada de montones de libros.

Estudió Derecho en la Universidad de Murcia, si bien, muy pronto comprendió que su camino era otro bastante diferente. Gran apasionada de la lectura, su mayor sueño es hacer algún día de la escritura, de la que ha disfrutado desde pequeña como pasatiempo, su forma de vida.

Su género literario predilecto es la fantasía; sin embargo, su primera novela, *Esperando al viento*, es juvenil romántica, otro que también le encanta, pues se considera una eterna adolescente (de las partes buenas). Está dirigida a ese público y, también, a todos aquellos adultos que, como ella, todavía recuerdan con cariño esa etapa tan especial.

Ha participado con su relato *Empieza por B* en la antología benéfica *Valientes*, de la Editorial Dokusou, a favor del cáncer de mama, y con *Tenemos que hablar* en la antología *13 almas y 1 corazón*, de la Asociación de Escritores Murcia Romántica.

En la actualidad, reparte su tiempo libre entre su pequeña, escribir, leer, ver series y la presidencia de la Asociación de Escritores Murcia Romántica, de la que forma parte desde su fundación en 2018.